

TEMA II
Concepción del hombre
en Ignacio de Loyola

Este amplio tema vamos a dividirlo en dos grandes capítulos con una introducción. Empecemos por presentar y explicar brevemente el esquema que vamos a seguir para no perdernos.

Introducción: presupuestos de su antropología

Capítulo I: El hombre como persona: su individualidad

I.1. Como ser condicionado (EE 23)

A. Físicamente

a) Con un cuerpo

b) Con una sensibilidad

B. Psíquicamente

a) Indiferencia

b) Penitencia

C. Espiritualmente

a) Discernimiento

b) Exámenes

I.2. Como persona libre: puede equivocarse pero está llamado a acertar (EE 23)

A. Deliberación: capacidad de afrontar

B. Virtudes sólidas: que inciden en la realidad

Capítulo II: El hombre como ser social (EE 22)

II.1. Abierto a la relación

A. Amistad

B. Conversación

C. Reconciliaciones

II.2. Situado en la realidad social

A. Pobres

B. Poderosos y nobles

II.3. Con una responsabilidad

A. Riesgo-prudencia

B. Edificación

Introducción: presupuestos de su antropología

Creo que todo el mundo está de acuerdo en que Ignacio de Loyola fue un gran conocedor del hombre en la práctica. Pero, como en todo lo demás, no lo tematizó teóricamente y sólo por breves alusiones o indirectamente podemos descubrir los pilares donde se apoya toda una antropología. Intentaremos, brevemente, enunciar los presupuestos antropológicos que enmarcan el esquema que hemos presentado y, que el lector, podrá profundizar sin perderse a lo largo de su desarrollo.

Ante todo una observación: todo enunciado sobre el hombre, en Ignacio, tendrá una estructura dinámica, lo cual supone que su concepción del hombre no es esencialista y estática sino transida de tiempo: el hombre, para él, es ante todo un ser histórico, improgramable e irreplicable en su individualidad.

Ignacio accede, por tanto, al hombre no como algo genérico sino como individuo, como persona. Es interesante saber que esta palabra, “persona”, sale en el texto de los EE unas 67 veces, mientras que tengo la impresión que, en otros textos de su época, apenas surge. De ahí que nunca se le ocurriese que los EE podían darse a más de una persona.

Esta individualidad irreplicable del hombre como ser personal (1^{er} capítulo del tema que tratamos) se apoya en dos grandes presupuestos aparentemente contradictorios: el hombre es un ser llamado a la libertad pero que está condicionado. Esta doble afirmación es la que late en el PF y en EE 32. Efectivamente la primera parte del PF nos dice que el hombre es una tarea no resuelta de antemano. Por tanto, puede equivocarse porque no está programado, aunque está llamado a acertar. En esta búsqueda está remitido a su libertad.

Pero al mismo tiempo, en el momento mismo de remitirse a la propia libertad, constata que está condicionado (2^a parte del PF) y ha de empezar su búsqueda por una tarea previa de descondicionamiento (Cfr. EE 1: “para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina...” En EE 32 viene a presentar el mismo problema. Veamos cómo lo formula: “Presupongo ser tres pensamientos en mí, a saber, uno propio mío, el cual sale de mi mera libertad y querer; y otros dos que vienen de fuera, el uno que viene del buen espíritu y el otro del malo”.

Es decir, lo propio del hombre, que podíamos enmarcar en sus niveles activos, lo que lo va a definir como persona es su “mera libertad y querer”. Pero en el hombre hay además otros pensamientos “que vienen de fuera” (de su mera libertad y querer) y que padece, con los que tiene que contar (que podíamos enmarcar en los niveles pasivos).

Esto supuesto, el primer capítulo del hombre como individuo, queda dividido en dos grandes apartados:

El primer apartado es el hombre como ser condicionado, que a su vez se divide en tres tipos de condicionamiento: físicos, psíquicos y espirituales.

El segundo apartado es, pese a los condicionamientos anteriores, que el hombre está llamado a ser libre y acertar en su apuesta desde la libertad, a pesar y partiendo de esos condicionamientos.

Pero el hombre no es un individuo aislado sino que es ser social. Será el segundo capítulo que subdividiremos en tres apartados: el hombre como ser relacional, el hombre como ser situado en una realidad social (estructura, nivel pasivo) y, el hombre como ser responsable (nivel activo).

Explicado brevemente el esquema pasemos a su desarrollo.

Capítulo I: El hombre como persona

I.1. Condicionado

A. Físicamente

Este apartado lo dividimos en dos: *a)* su condicionamiento primordial comienza por su propio cuerpo. Este cuerpo se comunica a través de unos sentidos. *b)* El hombre condicionado por su sensibilidad: esta sensibilidad tendrá en cada persona una historia que condicionará la manera de relacionarse con la realidad.

a) El hombre ser corpóreo

Ante todo tenemos un dato significativo en la vida de San Ignacio antes de la conversión: cuando en Loyola, superada la extrema gravedad de que nos habla la **Autobiografía**, la víspera de S. Pedro, descubre que “le quedó abajo de la rodilla un hueso encabalgado sobre otro... que era cosa fea... y juzgaba que aquello le afearía”, por lo cual “él se determinó martirizarse por su propio gusto”.

I, 368-9 (D. 12, 4)

4. Y viniendo ya los huesos a soldarse unos con otros, le quedó abajo de la rodilla un hueso encabalgado sobre otro, por lo cual la pierna quedaba más corta; y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cosa fea; lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir el mundo, y juzgaba que aquello le afearía, se informó de los cirujanos si se podía aquello cortar; y ellos dijeron que bien se podía cortar, mas que los dolores serían mayores que todos los que había pasado, por estar aquello ya sano, y ser menester espacio para cortarlo. Y todavía él se determinó martirizarse por su propio gusto, aunque su hermano más viejo¹ se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sólita paciencia.

Esta dimensión *estética* del cuerpo, que luego conservará, se ve bruscamente interrumpida en Manresa. Así nos lo narra la **Autobiografía**.

¹ Llamábase Martín García de Loyola, hermano mayor de San Ignacio después de la muerte del primogénito, Juan Pérez de Loyola, fallecido en Nápoles el año 1496.

I, 388-91 (D. 12, 19)

19. Y él demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne, ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y, si le daban un poco de vino, lo bebía. Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él lo tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa, de noche ni de día. Y por la misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso...

Las penitencias van a deteriorar seriamente su salud. Y como situación simbólica de este desprecio por el cuerpo podemos recordar su intento de suicidio. Esta tentación parece ser el arranque de la recuperación de la valoración de su cuerpo: al principio es simplemente una constatación: “conociendo que era pecado matarse”. Luego ante el ayuno indefinido que pretende hacer para alcanzar remedio a sus escrúpulos, pone como límite “si “se viese ya del todo cercana la muerte... entonces determinaba de pedir pan y comer”. Pero añade él mismo al narrar esto una importantísima observación “como si pudiera él en aquel extremo pedir ni comer”. Es la lógica de un hombre que ha recuperado totalmente la irrenunciable mediación corpórea.

I, 396-7 (D. 12, 24)

24. Estando en estos pensamientos, le venían muchas veces tentaciones, con grande ímpetu, para echarse de un agujero grande que aquella su cámara tenía y estaba junto del lugar donde hacía oración. Mas, conociendo que era pecado matarse, tornaba a gritar: -Señor, no haré cosa que te ofenda-, replicando estas palabras, así como las primeras, muchas veces. Y así le vino al pensamiento la historia de un santo, el cual, para alcanzar de Dios una cosa que mucho deseaba, estuvo sin comer muchos días hasta que la alcanzó. Y estando pensando en esto un buen rato, al fin se determinó de hacello, diciendo consigo mismo que ni comería ni bebería hasta que Dios le proveyese, o que se viese ya del todo cercana la muerte; porque, si le acaeciese verse in extremis, de modo que, si no comiese, se hubiese de morir luego, entonces determinaba de pedir pan y comer (como si lo pudiera él en aquel extremo pedir, ni comer).

Es en Manresa donde comienza esta recuperación: para dedicarse al espíritu necesita un cuerpo sano. De ahí el descubrimiento de que es tentación no dedicar el tiempo necesario al sueño por las “grandes consolaciones espirituales”, lo mismo que el volver a comer carne aún en contra de la sospecha del confesor de que esa decisión pudiese ser tentación.

I, 398-401 (D. 12, 26-27a)

26. Ultra de sus siete horas de oración, se ocupaba en ayudar algunas almas que allí le venían a buscar, en cosas espirituales, y todo lo más del día que le vacaba daba a pensar en cosas de Dios, de lo que había aquel día meditado o leído. Mas, cuando se iba acostar, muchas veces le venían grandes noticias, grandes consolaciones espirituales, de modo que le hacían perder mucho del tiempo que él tenía destinado para dormir, que no era mucho; y mirando él algunas veces por esto, vino a pensar consigo que tenía tanto tiempo determinado para tratar con Dios, y después todo el resto del día; y por aquí empezó a dudar si venían de buen espíritu aquellas noticias, y vino a concluir consigo que era mejor dejallas y dormir el tiempo destinado, y lo hizo así.

27.a. Y perseverando en la abstinencia de no comer carne, y estando firme en ella, que por ningún modo pensaba mudarse, un día a la mañana, cuando fue levantado, se le representó delante carne para comer, como que la viese con ojos corporales, sin haber precedido ningún deseo della; y le vino también

juntamente un grande asenso de la voluntad para que de allí adelante la comiese; y aunque se acordaba de su propósito de antes, no podía dudar en ello, sino determinarse que debía comer carne. Y contándolo después a su confesor, el confesor le decía que mirase por ventura si era aquello tentación; mas él, examinándolo bien, nunca pudo dudar dello.

Y así recupera la dimensión estética del cuerpo: cuando vió “el fruto que hacia a las almas tratándolas, dejó aquellos extremos que antes tenía”.

I, 402-3 (D. 12, 29)

[29] Tercero. En la misma Manresa, adonde estuvo cuasi un año, después que empezó a ser consolado de Dios y vio el fructo que hacía en las almas tratándolas, dejó aquellos extremos que de antes tenía; ya se cortaba las uñas y cabellos...

En la misma **Autobiografía** narra infinidad de enfermedades que en gran parte reconoce que son fruto de sus rigores (Cf. nos 32-34 de la **Autobiografía**).

Pero, curiosamente, ya en París, ante un recrudecimiento de su dolencia de estómago y la sugerencia de los médicos de que le harían bien los aires natales, no tiene dificultad en ir a su tierra (Decisión que curiosamente Araoz considerará como desedificante: cfr. Vida de Ignacio).

I, 478-81 (D. 12, 84c-85)

84c. En París se encontraba ya a este tiempo muy mal del estómago, de modo que cada quince días tenía dolor de estómago, que le duraba un hora larga y le hacía venir fiebre. Y una vez le duró el dolor de estómago dieciséis o diecisiete horas. Y habiendo ya en este tiempo pasado el curso de las Artes, y habiendo estudiado algunos años teología, y ganado a los compañeros, la enfermedad iba siempre muy adelante, sin poder encontrar ningún remedio, aun cuando se probasen muchos.

85. Los médicos decían que no quedaba otro remedio que el aire natal. Además, los compañeros le acompañaban lo mismo y le hicieron grandes instancias. Ya por este tiempo habían decidido todos lo que tenían que hacer, esto es: ir a Venecia y a Jerusalén, y gastar su vida en provecho de las almas; y si no consiguiesen permiso para quedarse en Jerusalén; volver a Roma y presentarse al Vicario de Cristo, para que los emplease en lo que juzgase ser de más gloria de Dios y utilidad de las almas. Habían propuesto también esperar un año la embarcación en Venecia, y si no hubiese aquel año embarcación para Levante, quedarían libres del voto de Jerusalén y acudirían al Papa, etcétera.

Al fin, el peregrino se dejó persuadir por los compañeros, y también porque los españoles de entre ellos tenían algunos asuntos que él podía despachar”. Y lo que se acordó fue que, después que él se encontrase bien, fuere a despachar los asuntos de los compañeros, y después se dirigiese a Venecia y esperase allí a los compañeros.

Todo este lento descubrimiento a través de sus exageraciones le llevarían a una gran valoración del cuerpo y de la salud que dejaría plasmado en las **Constituciones de la Compañía**. Pero recojamos algunos datos significativos en este punto.

Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio** recoge una clarividente frase: “**Quando el hombre está malo, no puede hacer nada; quiero decir, que Dios N.S. no quiere hacer por él**”.

II, 365-7 (D. 14, 67)

<67. Las señales desto son muchas: el mandar al comprador que cada día le viniere ac dezir dos vezes si havia dado al enfermero todo lo que pedía para los enfermos; el mandar vender los platos de estaño y mantas para suplir a las neçessidades dellos; las penitencias que daba por cualquier descuydo que con ellos se usaba: el embiar a ver cómo estava mi vena, de noche, dos o tres vezes, quando estava sangrado: el mandar al Rector que, en cayendo uno malo, luego se lo viniere a dezir; lo que suele dezir: que sólo esto le haze temblar; y alguna vez me dezía: - Quando el hombre está malo, no puede hazer nada; quiero dezir, que Dios nuestro Señor no quiere hazer por él; y quando está sano [puede hazer mucho], id est, Dios quiere hazer por él —Y otra vez, estando el doctor Olave indispuerto, que era algo riguroso, me dixo: - Dezid al Dr. Olave de mi parte, que buen señor tenemos, que nos enseña cómo havemos de compadescer a los otros, etc. -. Otra vez dixo que el ministro podía hazer saber al Padre Nadal todo lo que en su regla se remite al superior, y con esto satisfacía, excepto en lo de los enfermos. Pero aquí se ha de notar que usava comúnmente desta blandura y regalo; mas si había alguno durae cervicis, y acosado de algún vicio que requiriessc para su remedio la mortificación y flaqueza de la carne, también lo dexará enflaquecer y trabajar, Como podría poner algunos exemplos, ut spiritus salvus fieret >

Las señales dello son muchas: el mandar al comprador que cada día le viniere a dezir dos vezes, si havia dado al enfermero todo lo que pedía para los enfermos; el mandar vender los platos de estaño y mantas para suplir a las necesidades dellos; las penitencias que dava por cualquier descuydo que con ellos se usava; el embiar a ver cómo estava mi vena, de noche, dos o tres vezes, quando estava sangrado; el mandar al Rector que, en cayendo malo uno, luego se lo viniere a dezir; lo que solía dezir: que sólo esto le haze temblar; y alguna vez me dezía: - Quando el hombre está malo, no puede hazer nada; quiero dezir, que Dios N. S. no quiere hazer por él; y quando está sano, puede hazer mucho, id est, Dios quiere hazer por él -; el ordenar al ministro, que estando nuestro Padre muy malo, que refiriesse a Mtro. Nadal todo lo que por su officio era obligado a referir a nuestro Padre, excepto lo que tocava a los enfermos; que esto, malo como estava, él lo quería saber, y por, sí lo quería tractar, etc. [Rib.]

Y el mismo Ribadeneyra en **Dichos y Hechos del P. Ignacio** recoge la experiencia del propio Ignacio.

II, 474-5 (D. 19, 16-17)

16. *No puede comúnmente comer cosa buena, sino lo ruyn, como fructas, queso, etc.; y, tamen, el comer le ayuda mucho; y a las vezes, que estava quasi desmayado, el almorçar, y beber después de comer, le ayudava, y podía entender en algo.*

17. *Solía dezir que comúnmente, quando estava mejor del cuerpo, tanto mejor se hallava de ánimo para con Dios y negocios y todo.*

Y en el mismo documento vuelve a aludir al tema desde la propia experiencia de Ignacio “porque entonces se hallaba mejor quando mejor comía”. Y respecto al tema del descanso necesario confiesa que para hallar “lo que deseaba en Dios; una mañana no podía, y tornó a dormir un poco, y halló; y conocido tenía que Dios quería que tuviese cuidado de su cuerpo”. Incluso parece insinuar que el ambiente de la época, tan negativo con respecto al cuerpo, convertía en “desedificación” lo necesario, pues a no ser por esto “se trataría mejor del cuerpo”.

II, 475 (19, 1, 19-20)

19. *En el comer las cosas contrarias quasi solas hallava gusto, y assí comía duraznos, queso, vaca, etc., y, utcumque, era menester comer, porque entonces se hallava mejor quando mejor comia. Cosas buenas y bien guisadas comúnmente no podía comer”.*

20. *Me confesó que havía más de un año que hallava la mañana, y no indeterminadamente, lo que desseava en Dios; una mañana no podía, y tornó a dormir un poco, y halló; y conocido tenía que Dios quería que tuviesse cuidado de su cuerpo. En otras veces que esto le acaesció, dezía que, si no tuviesse respecto a la edificación, que se trataría mejor del cuerpo.*

Esto no quita que después de muerto “echasen su cuerpo a un muladar para que fuese manjar de las aves y de los perros... para castigo de mis pecados”. Pero como vemos no pasa de ser algo simbólico.

IV, 781 (L. 5, 52)

52. *Acuérdome que un día me dixo que avía de suplicar a nuestro Señor que despues dél muerto echassen su cuerpo en un muladar para que fuesse manjar de las aves y de los perros. Porque siendo yo (dize) como soy un muladar abominable y un poco de estiércol ¿qué otra cosa tengo de dessear para castigo de mis pecados?*

Si había descubierto que para la vida del espíritu era necesario cuidar el cuerpo, no lo era menos para los estudios, y así lo observa Polanco en **De la vida del P. Ignacio**. De tal manera que desde los comienzos de la Compañía ordenó que en los colegios hubiese un encargado de la salud.

II, 559 (D. 21, 58)

[58] *Aliud impedimentum ex adversa valetudine, quam laboribus et incommodis variis contraxerat, et quam coelum parisiense (parum ipsi salubre) auxerat, habuit. Et cum experientia disceret, et orationis et studiorum profectum ea ratione impediri, diligenter deinde, cum aliis praepositus est, valetudinem eorum curavit, adeo, ut in collegiis etiam praefectum sanitatis, qui ad valetudinem collegialium tuendam curam adhiberet, et singulis hebdomadis relaxationem aliquam honestam studiosis concedi voluit. Iis autem, qui in morbum inciderant, vel domi vel in collegiis, nihil de necessariis et opportunis deesse patiebatur, licet ad id vel suppellectilia vendi, vel aes alienum conflare oporteret.*

[58] Tuvo otra dificultad por la mala salud en la que había caído por diversos trabajos e incomodidades y que el clima de París había aumentado. Había aprendido por experiencia que por esta causa se impedía el aprovechamiento en la oración y en los estudios y por eso, después, cuando tuvo a otros a su cargo, se preocupó tanto de su salud que puso en los colegios un prefecto de salud que se cuidara de la salud de los colegiales y quiso que cada semana se diera a los estudiantes un descanso conveniente. No toleraba que les faltase lo necesario y conveniente a los enfermos, en casa o en los colegios, aunque para esto hubiese que vender el ajuar o contraer deudas.

Es decir, la salud no es algo que hay que dar por supuesto o por suerte o que Dios nos la depare, sino algo que hay que poner los medios para conservarla y así controlaba el tema de los ayunos en Cuaresma. Más aún, como Cámara nos refiere en su **Memorial** que, habiendo delegado en Nadal prácticamente todos los negocios, siempre se reservaba el tema de la salud.

I, 548-9 (D. 13, 36-37)

36. 5° *Los días de ayuno que ha hecho voto Bernardo se comuten, y consúltese en qué.*

Los días de ayuno

Este Bernardo era el japonés, de quien hablé arriba: tenía hecho voto de ayunar ciertos días; y por ser de complexión delicada y débil, se los conmutó el Padre Ignacio,

37. 6°. *El ministro puede hacer saber al P. Nadal todo lo que en su regla se remite al superior, y con esto satisface a ello; excepto en lo de los enfermos.*

El ministro puede hacer saber

Después que yo fui ministro, nombró Nuestro Padre como vicario general de toda la Compañía al Padre Doctor Jerónimo Nadal, que ya había acabado su primera visita. En las reglas y oficio del ministro había muchas cosas, cuya resolución se remitía al superior, para las que yo siempre recurrí al Padre Ignacio; mas dudando entonces si bastaba consultar sobre ellas al Padre Nadal, para que Nuestro Padre tuviese menos ocupación, se lo pregunté; y, respondiéndome él que sí, lo hice así de entonces en adelante.

Cayó en este tiempo enfermo un Hermano; y, como uno de los puntos reservados eran las enfermedades de los Hermanos, fui enseguida a dar cuenta al Padre Nadal, pero sin hacérselo saber al Padre; éste, enterado después, me mandó llamar, y preguntándome cómo no le había avisado inmediatamente de que el Hermano había caído enfermo, respondí que se lo había dicho al Padre Nadal, conforme a la orden que Su Reverencia me había dado. A pesar de todo, me impuso por ello una buena penitencia.

Y comentando después este caso con el Padre Polanco, recuerdo que decía que, al imponerme aquella penitencia, Nuestro Padre quería dejar claro que exceptuaba de lo que me había dicho las enfermedades de los Hermanos. Y es por esto por lo que lo he dejado consignado aquí juntamente con la respuesta general a lo que pregunté, si bien él no me lo especificó más que cuando me reprendió.

El Padre daba penitencias y reprensiones en materias leves con mucha facilidad, aunque no hubiera culpa; y así le salían muchas veces de los labios estas palabras: “En dar penitencias bueno es ser liberal”.

Y así el problema del ayuno de cuaresma hace que sea el mismo médico el que lo decida “con los que tienen el cargo”. Y los que tenían trabajos duros como los “muradores” no les dejaba ayunar, dando duros “capelos” a quienes dejaran ayunar a los niños.

I, 653 (D. 13, 212)

212. 1° *El padre hizo examinar hoy por el médico, con los que tienen el cargo, los que habían de ayunar, o habían de hacer quaresma; y porque había dos días que andaba pidiendo esto, mandó que el P. Polanco ni los demás comiésemos hoy hasta que se lo diésemos escrito; y trayéndolo antes de comer, estuvo el Padre después de comer más de dos horas continuas examinando cada uno lo que podía, de los dubios, o que no tenían edad, así del colegio como los de la casa; y quiere hacer lo mismo en el Colegio tudesco.*

Inclinábase siempre más el Padre a la piedad, y así decía que era bueno: todavía algunos por algunas particulares razones a algunos le parecía bien dexallos ayunar toda la quaresma, y a los niños un día a la semana; a los de 19 o 20 años tres; los que trabajan como muradores etc. ninguno.

El Padre, aunque el médico manda que coma siempre carne, todavía dixo que miraría en ello, porque el año pasado solos tres días la comía.

Mandó el Padre que se escribiese a Sicilia un buen capelo, porque dexaron ayunar toda la quaresma a los niños, ordinariamente comendando mucho havello a todos los novicios por novicios

hacer quaresma

“Hacer cuaresma” significa comer pescado en tiempo de cuaresma.

Como ya hemos visto, controlaba el ayuno de los más jóvenes. Cámara refiere la petición de dos jóvenes para ayunar toda la Cuaresma y la concesión controlada de S. Ignacio por que “querría que todos ayunasen, si fuese posible, mas no ultra de lo que pudiesen sus fuerzas”.

I, 675 (D. 13, 252)

252. 1º. Lanciloto de 17, y Juan francés de 19 años, que piden ayunar toda la quaresma, se, les concede la primera semana, con tanto que avisen cómo se hallan, y de ahí adelante, ultra de los 3 días, si se hallaren para ayunar, pidan licencia, diciéndoseles que N. P. querría que todos ayunasen, si fuese posible, mas no ultra de lo que pudiesen sus fuerzas

El Padre ha pocos años que, aunque estaba muy enfermo, ayunaba toda la quaresma.

Pero curiosamente es el mismo médico el que se siente con responsabilidad frente a Ignacio e impide que éste envíe a peregrinar por temor a las “calmas”.

I, 718 (D. 13, 339)

339. 2º El doctor Arce importunó mucho al Padre para que no fuesen ningunos, y así se cumutaron. Quería Nuestro Padre enviar a otros muchos peregrinos; pero se opuso el doctor Arce, gran amigo de la casa, por temer que con los calores cayesen enfermos. Le pareció bien a Nuestro Padre y conmutó las peregrinaciones por la estación y visita de la Scala Santa.

Sin embargo, este control del médico ha de estar coordinado con el gobierno ordinario de cada comunidad y no directamente con el enfermo, para que el ministro o sotoministro juzgue “si se podrá dar aquello o no, presupuesto tamen que se le ha de dar aun todo lo posible”.

Mas aún toda la obediencia al médico que como veremos prescribirá, no le impide controlar su competencia y despedirlo por su poca ciencia.

I, 613-4 (D. 13, 143)

143. 2º Ya el Padre ha dado orden que en toda la Compañía ningún médico diga a enfermo, ni hable en mudar aire; y agora añade diga yo a nuestro médico, que vea los enfermos en la enfermería, y determine consigo lo que han menester, y después lo diga fuera de la enfermería al enfermero; mas que me halle siempre yo presente, o el sotoministro, para se juzgar si se podrá dar aquello o no, presupuesto tamen que se le ha de dar aun todo lo posible. Y así manda el Padre que yo hable al médico liberamente en su modo de curar para ayudalle, mas que preceda prefación de quanto le amo, etc.

que yo hable al médico

Se trataba del médico que equivocó en la curación de Nuestro Padre. Y como después, mientras yo era ministro, se nos murieron dos Hermanos en casa a causa de su impericia, propuse al Padre que pa-

recía necesario cambiar de médico, y por orden suya lo despedí con toda libertad, no sin antes expresarle la benevolencia que le profesábamos.

Como resumen de esta preocupación de Ignacio por la salud podemos leer la siguiente cita del P. Nicolás Lancicio en **Colección de sentencias y hechos de N.P. Ignacio** donde formula la feliz frase de que no se fuera a mortificar de tal forma el hombre viejo que el nuevo también lo fuese. Es decir, Ignacio prefería prevenir a curar.

III, 663 (D. 41, 75-76)

[75] *Cum tempus instaret quadragesimalis. ieiunii, medico advocato, singulorum e domesticis aetatem, vires, indispositionem et sanitatem examinari iubebat accuratissime, et annotari eorum nomina, quos a ieiunii legibus liberandos censebat, et quibus lacticiniorum vel carniuum esus concedendus videretur. Eos vero, qui nondum 21 annum absolverant, etsi robusti essent et sani, singulis ieiunare diebus non permittebat, praesertim parvulos; murarios autem fabros et similes coena abstinere non permittebat, dicebatque ita veterem esse mortificandum hominem, ne simul cum vetere novus mortificaretur, innuens externas corporis mortificationes, et afflictationes et experimenta paupertatis ea moderatione adhibenda esse, ne sanitati officerent, aut aliquot eius ledendae periculum adferrent. Hac non contentus diligentia, factum ex medici praescripto catalogum deinceps per aliquot horas examinabat, veritus ne quis, qui non posset, ieiunare cogeretur. Hoc ipsum in collegio Romano et in collegio Germanico diligenter servari mandabat; et cum prima vice id praescripsisset, et rem hanc P. Polancus et alii distulissent, vetuit illos cibum sumere, nisi prius catalogum istum cum medico confecissent. Et cum rescivisset in Sicilia permissum novitiis, eo quod novitii essent, et aliis iunioribus tota quadragesima ieiunare, a crem superioribus reprehensionem scripto transmitti curavit.*

[76] *Quando videbat aliquem ex iunioribus pallidorem solito vel debiliorem, praesertim iunioem vel novitium, diligenter causas examinabat, et longiorem somnum ei praescribebat, ac Ministrum, ut talium cura peculiaris haberetur, etiam in victu et aliis minuendis laboribus, monebat. Eandem ob causam peculiari regula ministris praecepit, ut, qui exercitiis spiritualibus se exercuissent, illi, instar convalescentium, per 8 vel 10 dies in refectorio cibis melioribus reficerentur. Tanto enim fervore tunc exercitia suscipiebantur, ut debilitatae vires corporis ciborum instauratione egerent.*

[75] Cuando se acercaba el tiempo del ayuno cuaresmal llamaba al médico y le mandaba examinar con gran cuidado la edad, las fuerzas y la indisposición de cada uno de los de casa y anotar los nombres de los que creía que había que dispensar de la ley del ayuno y a los que había que dar carne y lacticios. A los que no habían cumplido 21 años, aunque estuvieran sanos y fuertes, no les permitía ayunar todos los días, sobre todo a los más jóvenes. A los albañiles y a los que se ocupaban en trabajos parecidos les obligaba a cenar y decía que había que mortificar al hombre viejo pero sin matar al mismo tiempo al nuevo. Así afirmaba que las penitencias corporales y austeridades y el experimentar la pobreza se había de hacer con tal moderación que no dañasen la salud o la pusieran en peligro. No contento con estas disposiciones, hizo un catálogo bajo la prescripción del médico y luego lo examinaba durante horas temiendo que a alguno se le obligase a ayunar cuando no podía. Mandaba que se observase lo mismo con gran cuidado en el colegio Romano y Germánico. Y como cuando lo prescribió por primera vez, el P. Polanco y otros lo descuidasen, les prohibió comer hasta que hubiesen redactado el catálogo con el médico. Y al saber que en Sicilia se había permitido a los novicios porque eran novicios y también a los más jóvenes ayunar toda la cuaresma, mandó que se le enviase por escrito a los superiores una severa reprensión.

[76] Cuando veía a alguno de los más jóvenes más pálido o débil que de costumbre, sobre todo si era junior o novicio, buscaba con diligencia la causa y le mandaba dormir más y al Ministro que tuviera con ellos especial cuidado aun en la comida y las ocupaciones. Por el mismo motivo les puso a los Ministros una regla especial: que se alimentase mejor en el refectorio durante 8 o 10 días, como si fuesen convalescentes, a los que habían hecho ejercicios espirituales. Porque tomaban con tanto fervor los ejercicios que necesitaban reparar con mejor alimentación las fuerzas corporales.

Un dato interesante en este tema de la salud es el “enflaquecimiento” de su cuerpo por la intensidad de “su oración con tanto hervor y estaba tan atento y con tanto ahinco a las cosas divinas” y aún no decía misa todos los días “porque el día que oía misa se sentía la cuarta parte con peor disposición de lo ordinario”. Veamos cómo nos refiere esto Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio**.

II, 390 (D. 14, 104)

104. Hazía nuestro Padre su oración con tanto hervor, y estava tan atento y con tanto ahinco a las cosas divinas que, aunque el spiritu se regalava en gran manera, el cuerpo mucho se enflaqueçia; y assi en un tiempo que por su indisposición no dezia ni oya missa cada día, me acuerdo que me dixo, a mi que lo hazía porque el día que oya missa se sentía la quarta parte con peor disposición de lo ordinario; porque qualquiera cosa que el Padre hazía de Dios la hazía con maravilloso recogimiento, que pareçia claramente que no sólo imaginava tener a Dios nuestro Señor delante, sino que le vía con los ojos; y esto se podía ver aun en el bendezir la messa. Y de aquí se piensa que nascia el grande daño que resçibia en el cuerpo quando oya o dezía missa, si no estava rezio; y aunque lo estuviesse, muchas vezes enfermava el día que dezía missa.

Pero veamos a este respecto, una cita del **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía** de Polanco donde nos dice que Ignacio entendió que la causa de sus continuas recaídas en enfermedades “había sido no dejar aun en la enfermedad sus devociones; y así aconsejaba él a las personas devotas (aprendiendo con error) que en las enfermedades dejen sin escrúpulo los ejercicios mentales...”.

I, 165 (D. 7, 27)

27. Convaleciendo desta enfermedad, tornó a recaer una y muchas vezes; y la causa desto él después entendió que había sido no dejar aun en la enfermedad sus devociones; y así aconsejaba él a las personas (aprendiendo con error), que en las enfermedades dejen sin escrúpulo los ejercicios mentales, especialmente los más prolijos, para cuando tengan salud, ejercitándose en la paciencia de presente, y edificando a sí y otros en lo que compadece aquel estado de su enfermedad, y no más adelante. Sanó desta enfermedad con una nueva medicina, no bastando las de los médicos, y fue que, viendo en un árbol muchos bigos, pidió a una mujer, cuyo era, dellos, y ella con mucha devoción le cogió una gran cantidad: la cual él comiendo, quiso N. Señor por ella darle salud entera.

“Aprendiendo con error” nos ha dicho Polanco. Y efectivamente esta actitud continua de aprender buscando en la propia experiencia (acertada o errónea) es algo típico de Ignacio y que quedó plasmado en una de las **Sentencias Selectas de N.P. S. Ignacio**: “Qui se errasse comperit, non cadat animo; etiam errores prosunt ad sanitatem” (sentencia 21). Y esto hay que aplicarlo también a la salud. El final de la última cita nos narra “una nueva medicina” que él encontró para su enfermedad, “no bastando la de los médicos”. Y es que aquella capacidad de auto observación que tenía se extendía a todo. Y así nos encontramos otra curiosa referencia a estos remedios caseros (más sanos sin duda que los de la medicina de la época) que él encontró en otra dolencia. Así lo refiere Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio**.

II, 326 (D. 14, 8)

In iuventute, cum corporis robore et aetatis flore gloriaretur, gravissimum in naribus morbum contraxit, ita ut vix quispiam graveolentiam narium et foetorem terribilissimum ferre posset. Quo tempore agitabatur desiderio eremum petendi et abdendi se in inviam solitudinem, magis ea ratione, ne aut videretur ab hominibus, aut ipse eos videret nares comprimentes y avertentes faciem, quam aut desiderio aut voluntate Deo serviendi. Postea, omnibus medicis reiectis, se ipse curavit frequenti aquae frigidae irrigatione, cum omnia pene medicamenta prius tentasset. <Ego ex ipso>

En su juventud, cuando se gloriaba de estar en la flor de la edad y de las fuerzas, contrajo una grave enfermedad en la nariz tal, que nadie podía soportar el terrible mal olor y la peste. En aquel tiempo se debatía entre los desos de irse al desierto y esconderse en una perdida soledad. Y dudaba sobre todo por esta razón: que les pareciera a los demás (al verlos taparse la nariz y volver la cara) que lo hacía por esto y no por la voluntad de servir a Dios. Dejó todos los médicos y él mismo se curó con baños frecuentes de agua fría después de haber probado antes casi todos los remedios. <Yo lo oí de él mismo>

Pero hay un hecho especialmente sugerente en su **Autobiografía** que nos revela lo consciente que era del componente psicológico que puede haber detrás de toda dolencia, y que sólo se supera afrontando el miedo a la enfermedad.

I, 476-7 (D. 12, 83-84a)

83. Y mientras los dos hablaban, se acercó un fraile para pedir al doctor Prago que le buscara una casa, porque en aquella donde él se hospedaba habían muerto muchos, y creía que de peste, porque entonces comenzaba la peste en París. El doctor Frago y el peregrino quisieron ir a ver la casa, y llevaron una mujer que entendía mucho en esto, la cual, entrando en la casa, afirmó que era peste. El peregrino quiso entrar también, y encontrando un enfermo, lo consoló, tocándole en la mano la llaga; y después de haberle consolado y animado un poco, se fue solo; y la mano le empezó a doler, de modo que le pareció que tenía la peste. Y esta imaginación era tan vehemente, que no la podía vencer, hasta que con gran ímpetu se metió la mano en la boca, dándole muchas vueltas dentro, y diciendo: -Si tú tienes la peste en la mano, la tendrás también en la boca-. Y habiendo hecho esto, se le quitó la imaginación y el dolor en la mano.

84. Pero, cuando volvió al colegio de Santa Bárbara, donde entonces vivía y seguía el curso, los del colegio, que sabían que había estado en la casa apestada, huían de él, y no quisieron dejarle entrar; y así se vio obligado a vivir fuera algunos días.

Pero sus casi continuas dolencias van a posibilitarle “que supiese compadecer a los flacos y enfermos”. Así se lo confesó a Ribadeneyra, reconociendo que de no haber sido “enseñado” por Dios a través de sus muchas enfermedades hubiera sido un hombre extremadamente riguroso (cfr. latín).

II, 365 (D. 14, 66)

66. Dixit interdum mihi, mirabili Dei providentia se esse tot morbis obnoxium, ut aliorum vicem dolere disceret et moerere angoribus. - Nam cum ego - inquit - semper in animo haberem socios cogere, et rigidissimam atque asperrimam vitae rationem complexus essem, si firmus omnino fuissem corpore, et nihil de illa animi contentione et vitae austeritate remissem, nullus sane me praeaeuntem sequi potuisset; nunc vero, corpore fracto atque debilitato, Deus me docet ut infirmer cum infir-

DH, V, 11. Díxome que Dios N.S. con particular providencia le había dado tantas indisposiciones y enfermedades, para que supiese compadecer a los flacos y enfermos. Y un día, estando malo en la cama, y también el Dr. Olave, que era superior del collegio Romano, y hombre zeloso y ferviente, díxome nuestro Padre: — Dezid al Dr. Olave, que yo me encomiendo en su buena gracia, que buen Señor tenemos, que con la enfermedad que nos da, nos enseña a tener

mantibus, et aliquid humanae imbecillitati tribuam.
Anno 53.—R.

compasión a los enfermos —Y así en esto tuvo particular gracia de nuestro Señor. (Rib.]

Efectivamente, su delicadeza y solicitud por los enfermos era proverbial. Ya vimos que todo lo delegaba menos esta directa vigilancia de la salud de los que le rodeaban. Veamos lo que nos cuenta Ribadeneyra en su **Vida**.

IV, 761 (L. 5, 29)

29. Siendo ya viejo y quebrantado de trabajos y enfermedades, le vinieron a rogar que fuese a ayudar a morir a uno que le llamava; y aunque tenía muchos en casa con quien podía descargarse, no quiso sino consolarle, y se fue a estar con él toda la noche, confortándole y ayudándole a bien morir.

[Post a bien morir, haec deleta habentur in M: Contóme una persona grave que fue en un tiempo discípulo espiritual de nuestro padre en París, que estando él una vez muy malo y muy congojado y afligido por la enfermedad, lo visitó nuestro padre y con gran charidad lo preguntó aparte qué cosa avría que lo pudiese dar contento y quitarlo aquel afán y estramada tristeza que tenía; y como él respondiese que su pena no tenía remedio, volviolo Ignacio a rogar que lo mirase bien y pensase qualquier cosa que le pudiese dar gusto y alegría; y el enfermo, después de aver pensado en ello, dixo un disparate: — Una cosa sola, dixo, se me ofrece: si cantásedes aquí un poco y vaylásedes al uso de vuestra tierra, como se ussa en Vizcaya; desto me parece que recibiera yo alivio y consuelo —, ¿De esto (dizo Ignacio) recibiréis gran placer? — Antes grandísimo — dixo el enfermo. Entonces Ignacio, aunque le parecía que la demanda era de hombre verdaderamente enfermo, por no acrecentarle la pena si se lo negara, y con ella la enfermedad, venciendo la charidad a la authoridad y mesura de su persona, determinó de hazer lo que se le pedía, y así lo hizo, y en acabando le dixo: — Mirad, que no me pidáis esto otra vez, porque no lo haré —. Fue tanta la alegría que recibió el enfermo con esta tan suave charidad de Ignacio, que luego comenzó a despedir de sí toda aquella tristeza que le carcomía el corazón, y a mejorar; y dentro de pocos días estuvo bueno del todo; por do parece que el enfermo siguió su antojo en pedir lo que pidió, y Ignacio en concederlo tuvo quenta con la charidad, por la qual nuestro Señor dio salud al enfermo.]

Las actitudes que aparecen reflejadas en los dos textos manifiestan que su postura frente al enfermo no se regía por su sentido práctico y eficaz (tan típico, por otro lado de él) sino ese saber estar junto al enfermo terminal (diríamos hoy) para “consolarle” o “darle contento y quitarle aquel afán y extrema tristeza que tenía”: actitudes de la más pura gratuidad.

Toda su vida está llena de semejantes gestos, haciendo lo imposible por dar ánimo al enfermo. De nuevo Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio**:

II, 333-4 (D. 14, 23-24)

<23. Aegrotabat Pater Simon Bassani, quod oppidum est 20 milibus passuum a Vincentia (ubi itidem Pater Ignatius febre afflictabatur) distans. Cum autem Simonis morbus invalesceret et mortem homini minaretur, nuntium ea de re Pater noster accepit, et e vestigio, ut erat febre correptus, pedibus una cum Patre Fabro in iter Bassanum versus se dedit. Cum autem proficiscerentur, e via paululum deflexit et pro Patre Simone Dominum oravit; ex oratione porro surgens, Patri Fabro dixit: — No será nada lo de Simón —, vel: Non morietur hac vice:

< 23. Estaba enfermo el Padre Simón en Basano, que es un pueblo que dista veinte mil pasos de Vincentza (donde el Padre Ignacio estaba también sufriendo por la fiebre). Al agravarse la enfermedad de Simón y parecer cercana su muerte, lo supo nuestro Padre y de inmediato, tal como estaba abrasado por la fiebre, se fue a pie con el Padre Fabro a Basano. Durante el camino se apartó un poco y oró al Señor por el Padre Simón; al levantarse le dijo al Padre Fabro: -No será nada lo de Simón, - Esta vez no mo-

et tandem cum ad eum in lecto iacentem et aegre laborantem pervenisset, complexus hominem: Nihil est – inquit – quod timeas, Simon; surge – ; et ita convaleuit. Ego ex Patre Laynez Venetiis anno 48, et postea de Patre Ignatio Romae 53. Pater autem Simon et agnoscit et praedicat hoc beneficiū.>

<24. *Quidam (nomen non satis memini), cui Pater Exercitia spiritualia dederat, vel certe quem Christo crucifacere cupiebat, Lutetia evaserat et se Ruanum contulerat, ubi in morbum incidit; quod cum audisset Pater Ignatius, qui Lutetiae Parisiorum erat, mox iter pedibus Ruanum versus corripuit; et nihil omnino in via gustans, sed pro eo orans, secundo aut 3^a die Ruanum venit, et sanum hominem, quem quaerebat, invenit. Distat autem Ruanum a Lutetia 30 leucis gallicis. Ipse Olavius: ego ex Olavio 53, et ex Patre Laynez 54 .>*

rirá. Al llegar lo encontró acostado y sufriendo mucho y abrazándolo le dijo: no hay nada que temer, Simón. Levántate. Y así convaleció. Yo lo supe del P.Laínez el año 48 en Venecia y después del Padre Ignacio en Roma el 53. Y el Padre Simón reconoce y cuenta este beneficio.

<24. Uno (no recuerdo su nombre) a quien el Padre había dado los Ejercicios espirituales y a quien quería ganar para Cristo, había salido de París y se había ido a Ruán. Allí cayó enfermo y al enterarse el Padre Ignacio, que estaba en París, enseguida emprendió a pie el camino de Ruán. Durante el camino no iba de ningún modo contento pero oraba por él. Llegó a los dos o tres días a Ruán y encontró sano al que buscaba. Ruán está a 30 leguas francesas de París. Esto lo cuenta el mismo Olave: yo de él lo supe el 53 y del Padre Laínez el 54.>

Pero esta preocupación por los enfermos va a ser especialmente significativa siendo ya General de la Compañía. Las continuas preocupaciones y problemas no la disminuyeron lo más mínimo, sino más bien la hicieron resaltar. Y así aparece en las frecuentes referencias que tenemos de este tema en el **Memorial** de Cámara. Veamos el largo excursus que a este respecto hace a propósito del japonés Bernardo, muy delicado siempre de salud.

I, 544-8 (D. 13, 30-35)

30. 4º Bernardo, japonés vaya al colegio para servir, haciéndole primero una prefación, que mire lo que le será mejor para su salud; y si juzgare que es bueno hacer un poco de ejercicio en oficios de casa, le manden, haciéndole hacer promesa, que todas las veces que se sintiere trabajado, o con alguna necesidad, la manifieste.

Bernardo japonés

Bernardo, natural de Japón, fue uno de los primeros convertidos por el P. Maestro Francisco Javier en aquellas islas; y, después de convertido, fue siempre su fidelísimo compañero en todos sus trabajos y correrías que por ellas hizo. Luego vino por orden del mismo Padre a este reino de Portugal, para enterarse de sus cosas, y de aquí ir a Roma a visitar sus santos lugares, ver al papa, conocer al Padre Ignacio y a los demás de la Compañía. Fue un hombre extraordinariamente ejemplar, tanto en aquellas como en estas regiones. Contaba diversas historias muy edificantes del Padre Francisco y daba muy notable testimonio de su gran virtud.

Tenía especial devoción a las costumbres y prácticas de la Iglesia que niegan los herejes de nuestro tiempo, como la confesión y uso de los demás sacramentos, la obediencia al papa, etc. Y hablaba de todo esto con tanto espíritu y fervor, que parecía tener especial inteligencia y singular luz y gracia de Dios para ello.

Cuando fue a Roma, Nuestro Padre lo agasajó mucho y lo trató siempre con muestras de gran amor, que en efecto le tenía. Y porque, aun siendo de complexión delicada deseaba servir al colegio en los oficios domésticos, no lo quiso el Padre conceder, a no ser con la condición que aquí se expresa.

Después de estar cerca de un año en Roma, le traje conmigo a Portugal cuando el año 1555 me vine a esta provincia, y en ella murió en el colegio de Coimbra con la misma edificación y ejemplaridad con que había vivido.

31. *Nuestro Padre tiene siempre grandísimo cuidado de los enfermos que sanen, y de los sanos que conserven la salud; y así, en el colegio, habiendo setenta y tantos, hay muy pocas veces enfermos y de muy leves enfermedades.*

“Las señales desto son muchas: El mandar al comprador que cada día le viniese a decir si había dado todo lo que pedía al enfermero, el mandar vender los platos de estaño: el poner las suertes sobre

El Padre Pedro Ribadeneyra escribió al margen lo siguiente que vio hacer a nuestro Padre; y luego, cuando me copiaron en Roma este cuaderno porque me habían perdido el mío, lo incluyeron en el texto con lo demás.

las mantas: las penitencias que da por qualquiere descuido que con ellos se usa como parece en Micer Bernardo, que era ministro, que de noche lo quiso echar de casa; el enviar a ver cómo está la vena; quando uno está sangrado; el mandar al rector que le venga a decir luego que uno estuviere enfermo; lo que suele decir, que solo esto le hace temblar, scilicet, que los del colegio vengan a enfermar: e desto decía que temía mucho el asalto. Aquí se ponga la

obediencia que tiene a los médicos, después que se ha entregado en sus manos, aunque juzgue que le sería mejor otra cosa. Item, la obediencia que quiere que tengan los enfermos, ut patet en don Silvestre y otros, que ha querido embiar al hospital o fuera de la Compañía por esto:

las señales desto son

32. *Todo lo que sigue, hasta el fin de este párrafo, me lo añadió al margen del párrafo el P. Ribadeneyra.*

los platos

Mandaba nuestro Padre vender los platos de estaño, para poder comprar las cosas necesarias para los enfermos, para las que no había en casa otro dinero.

suertes sobre las mantas

33. *No había en casa más mantas que las necesarias para los Hermanos. Y, porque todos necesitaban las que estaban usando, mandó Nuestro Padre echar suertes sobre las que se venderían, si hubiera necesidad de hacerlo para el cuidado de los enfermos.*

Micer Bernardo

34. *No me acuerdo de los detalles de este caso, que sucedió antes de mi ida a Roma y me contó el Padre Ribadeneyra (ni tampoco de todo lo demás que se dice en este párrafo). Era el Padre micer Bernardo flamenco de nacimiento; fue ministro en la casa de Roma antes de marchar yo a Portugal; acabó su vida en Flandes, ocupándose con mucho fruto en la conversión a la fe de aquellas provincias.*

aquí se ponga la obediencia

35. *Nuestro Padre, durante sus enfermedades, obedecía a los médicos con la misma perfección con que él quería que los de la Compañía obedecieran a sus superiores. En esta materia se asemejaba a un hombre*

que hubiera perdido su propio juicio sobre las cosas que se le ordenaban, el cuidado de sí mismo y de su salud.

Estando en Roma, cayó enfermo de cierta gravedad; le curó un médico de casa, joven y de pocos conocimientos médicos; y engañándose en la causa de la enfermedad, le aplicaba remedios calientes, lo que le causaba mucho perjuicio. Era en el verano y en el tiempo de los grandes calores de Roma; le mandaba envolverse con muchas mantas, con las ventanas y puertas de la casa cerradas, para que no entrase aire; le mandaba beber únicamente vino puro muy fuerte, convencido de que sus dolores de estómago procedían del frío. Ardía el Padre de sed, sin pedir nunca un poco de agua para beber; se deshacía en sudor con la intensidad de los dolores y la fuerte calentura que le abrasaba, hasta el punto de que el sudor traspasaba los colchones de la cama, y él no se quejaba; en fin, se sentía desfallecer, y nada decía, mostrando en todo tener tanta estima y sujeción al médico, como si fuera un consumado especialista en la ciencia médica, constando por otra parte manifiestamente al Padre la gran insuficiencia de su saber.

Y finalmente llegó la situación a tales extremos, que comenzó a prepararse para morir, de lo que nos dimos cuenta, porque mandó que nadie fuese a hablarle a su habitación, a no ser el enfermero, remitiendo a los Padres todos los asuntos de la Compañía, como quien se entregaba ya a la muerte.

Nos reunimos entonces los Padres profesos que había en casa y nos pareció a todos que estábamos obligados a llamar a otro médico, para que le visitara y viera si podría vivir aún. Vino el doctor Alejandro y, en cuanto le vio y fue informado de lo que sucedía con el tratamiento, comenzó a gritar que lo habían matado a fuerza de calor. Mandó al punto que lo desembarazaran del exceso de ropa, que le dieran de beber todo el agua fresca que quisiera: y de esta manera sanó y convalenció en muy poco tiempo.

Más aún, reacciona enérgicamente ante la proposición de enviar a dos novicios que habían caído enfermos “a curarse al hospital”, diciendo que “no es bien... que nosotros así les desamparemos en su necesidad”.

I, 614 (D. 13, 144)

141. 3º Los dos novicios de la primera probación, Guillelmo francés, y Alonso español, cayeron malos. La casa está tan cargada con más de 70, y tal año, y ellos sin letras. A algunos parecía que les sería bueno, pues no habían aun entrado dentro de nuestra común habitación, que vayan a curarse al hospital, y endereçaríamos cómo los recibiesen y curasen bien, -Rta.” Eso no, eso no: no vais más adelante, sino que se multipliquen médicos y remedios, etc. Porque no es bien que habiendo aquellos dexado el século por amor de Dios, nosotros así les desamparemos en su necesidad”. El español venía de curarse en un hospital; el francés lo había intentado a servir, y no le habían querido recibir por la carestía; y el Padre sabía esto; y ninguno dellos sabe letras.

Lo mismo nos cuenta Ribadeneyra en su **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio**.

III, 633 (D. 38, 6, 24)

24. En tiempo de mucha carestía, pidieron la Compañía en Roma dos, el uno francés, que se llamava Guilliemo, y el otro, que se dezía Alonso, español. Estando en la primera provaçión cayeron ambos malos, y el español venía de curarse en un hospital, y el francés lo avía intentado y no lo avía podido alcanzar. Sabiendo esto nuestro bienaventurado Padre, y siendo algunos de parecer que pues aun no estaba dentro de nuestra común habitación, se embiassen a curar al hospital, nunca lo consintió, antes

ordenó que se les proveyese de médico y medicinas, diziendo que, pues ellos por amor de Dios dexavan el siglo, que no era justo desampararlos en su nezesidad.

Y esto es una continua práctica en él, como comenta Cámara en su **Memorial**.

I, 654 (D. 13, 214-215)

214. 2º A un flaco in utroque [los dos hombres, el corporal y el espiritual] homine el Padre le examinó de sus enfermedades corporales, y le hizo dar por escrito todo lo que le podría hacer mal y le era necesario, y así mandó que se hiciese.

215. Es cosa admirable la compasión del Padre tiene con los enfermos; y así suele muchas veces, hallando a novicios que eran algún tanto flacos o descoloridos, mandalles que duerman más, o que tomen otros alivios de los trabajos: en todas las cosas videtur induisse viscera misericordiae. Y quanto al hacer dar por escrito, suélelo hacer el Padre en todas las cosas, y después él mismo lo lee y pondera.

Ribadeneyra al describirnos en **Hechos del P. Ignacio** su paradógica compaginación de benignidad con severidad, el ejemplo que pone de “suavidad y benignidad” es su preocupación por los enfermos, llegando a vender cosas necesarias de la casa para que estuviesen bien atendidos.

II, 356-7 (D. 14, 55a)

55 a. Erat Pater, ut in necessariis tribuendis suavis et benignus, ita in superua [ca]neis rescindendis rigidus et severus. Nam etiam initio, cum res Societates tenuiores essent, nec sumptus abunde pro aegrotantibus suppetere, iussit Pater obsonatori domus ut bis quotidie, ante prandium et coenam, ad se veniret et referret an omnia, quae infirmarius pro infirmis petiisset, illi tribuisset; si vero pecunia deesset, distraheret lances quasdam, forte decem duodecimve, stagnas, quae ex eleemosyna datae domi reperiebantur, ut infirmorum necessitatibus subveniret; quod si illis consumptis neccesitas adhuc urgeret, unum ex tribus lecti stragulis, scilicet ipsius Patres, procuratoris, id est Petri Codacii, et obsonatoris sorte educatum vel pignori oponeret vel venderet: denique daret operam ut nulla in re necessaria morbo laborantibus deessent. Ex adversum vero, cum audiisset quendam ex nostris novitiis saponem manus lavare solitum, mihi a se accersito mandat ut diligentissime investigem unde ille saponem, quoties lavisset etc., et ut non acquiescam donec rem depraehensam et pervestigatam ad se e vestigio deferam, ut exemplum aliquod huius rei aedat. Alias etiam cum, inscio Patre, pilae palmariae lusus in usum convalescentium irrepsisset, et interdum, cum deambulandi gratia vineam peterent, lusitarent, et agitatione pilae exercerent, ubi Pater rem rescivit, mihi commisit ut omnes pilas, quae quidem in collegio essent, undequaque conquisitas, colligerem et igni statim traderem.

55 a Era el el Padre benigno en conceder las cosas necesarias y estricto y severo en las superfluas. Al principio el estado de la Compañía era más bien débil y no había abundancia para los enfermos. Mandó el Padre al comprador de casa que le informase dos veces al día, antes de la comida y de la cena, y le dijera si le había dado al enfermero todo lo que éste había pedido para los enfermos. Y si faltara dinero, que vendiera algunos platos de estaño, diez o doce que habíamos recibido en casa de limosna, y así ayudase a los enfermos; y si aún apretase la necesidad, que se echase suerte sobre las mantas del lecho de tres Padres: del mismo comprador, del procurador y del P. Codacio y se empeñara o se vendiera una: y finalmente que se ocupara en que no faltase nada de lo necesario a los enfermos. Y al contrario, al oír que algún novicio de los nuestros acostumbraba a lavarse las manos con jabón me llamó y me mandó que viera con diligencia de dónde sacaba el jabón, cuántas veces se lavaba, etc. y que no descansase hasta encontrar el jabón y todo lo averiguado se lo dijera a él al momento para que esto sirva de ejemplo. Otra vez, sin saberlo el Padre, se metió la costumbre entre los convalecientes de jugar a la pelota y algunas veces cuando iban de paseo a la viña jugaban y se entretenían con el juego de la pelota. Cuando el Padre lo supo me encargó que recogiera todas las pelotas que hubiera en el colegio y que enseguida las quemara.

Y el P. Nicolás Lancicio en su **Colección de sentencias y hechos de N.P. Ignacio**, como concreción de su gran caridad remite a su “admirable preocupación por la salud de los suyos, ya para que los sanos no cayesen enfermos, ya para que los enfermos sanasen”. Y pone ejemplos de su solicitud como de su severidad para reprender cualquier negligencia en este sentido, cómo lo único que no delegaba era la vigilancia de este asunto, el que los estudiantes y convalecientes pudiesen gozar de descanso y recreo en el campo, y de la construcción de una enfermería.

III, 667-9 (D. 41, 89-90)

[89] *Sed hunc charitatis affectum maxime demonstrat miram, quam habebat, curam sanitatis suorum, tum ne sani in morbum inciderent, tum ut sanarentur infirmi; ideoque quamvis Romanum collegium eius tempore valde esset numerosum, rarissime, et non nisi levissime, infirmabantur. Ne autem incuria domesticorum iis aliquid deesset, quotidie iubebatur emptor ad ipsum accedere eique significare num omnia providisset infirmis, quae infirmarius exigebat. Quod si deesset pecunia pro necessariis emendis, vasa stannea iubebat vendi: iis vero divenditis, lectorum tegumenta, ad sanorum usum destinata, sortibus iactis, vendi curabat*

[90] *Quamlibet circa curam infirmorum negligentiam puniebat, nec ipsi Ministro parcebat, si contigisset aliquid eius incuria neglectum pro solatio infirmorum, vel si is ei non statim significasset num aliquis male valere coepisset. Unde quendam P. Bernardum, Ministrum, nocte intempesta domo expellere voluit ob rem quandam infirmo non suppeditatam. Dum alicui vena incisa esset, mittebat subinde aliquem, qui postea inspiceret num bene fascia esset constrictum brachium, ne casu aliquo sanguis erumperet. Noctu aliquoties, alios excitare nolens, ipsemet, praesertim novitios, tanquam minorem sui curam gerentes, adibat, et num bene haberent ligatum brachium inquirebat. Quotiescumque aliquis scholasticorum in collegio in morbum incideret, nunciari mandavit. Et hoc solum dicebat esse, quod eum tremere et valde timere faceret, dum quempiam e scholasticis collegii aegrotare audiret. Cum enim medicorum consilio coactus esset a gubernationis curis animum avertere et ideo Vicarium sui loco nominasset a consultoribus electum, quamvis omnia alia, etiam gravissima Societatis negotia, Vicario cum plena potestate tractanda reliquisset, solam infirmorum curam sibi soli reservavit, quam semper habuit exactissimam et liberalissimam sine ullo personarum discrimine. Hanc ob causam, cum videret sanctus Pater pro recreatione convalescentium et scholasticorum nostrorum necessarium esse locum aliquem suburbanum, ad quem pro abstrahendo a studiis et a domesticis angustiis animo secederent, et sub libero coelo in amplis hortorum pomarii ac vineae spatii se recrearent. etsi tunc domus debitis premeretur, et magna esset Romae caritas annonae, et*

[89] Pero como más demostraba su amor era con el cuidado admirable que tenía de la salud de los suyos para que los sanos no cayeran enfermos y los enfermos sanaran. Por eso, aunque en aquel tiempo había muchos en el Colegio Romano, rara vez enfermaban y esto de cosa ligera. Para que a los enfermos no les faltase nada por descuido de los de casa mandaba al comprador que lo informara cada día si había comprado para los enfermos lo que pedía el enfermero. Y si faltara dinero para comprar las cosas necesarias mandaba vender los platos de estaño: y una vez vendidos éstos, cuidaba de que se vendieran las mantas que usaban los sanos echando suerte.

[90] Imponía penitencia por cualquier negligencia en el cuidado de los enfermos y no perdonaba ni al Ministro si faltaba algo para alivio de los enfermos por su descuido o si él no le informaba suficientemente de si alguno comenzaba a sentirse mal. Por eso quiso echar de la casa a media noche a cierto P. Bernardo, Ministro, por no procurar a un enfermo lo que necesitaba. Cuando alguno estaba sangrado mandaba enseguida a alguien que viera si estaba bien vendado el brazo para que no le saliera sangre por casualidad. Alguna veces de noche, para no despertar a otros, él mismo preguntaba (sobre todo a los novicios que se preocupaban menos de sí mismos) si tenían bien vendado el brazo. Mandaba que en cuanto enfermase alguno del colegio le informaran. Y decía que esto era así porque a él le hacía temblar y tener mucho miedo al enterarse de que alguno de los escolares caía enfermo. Por consejo de los médicos fue obligado a dejar las preocupaciones del gobierno y por tanto a nombrar un Vicario en su lugar, elegido por los consultores. Y aunque había dejado al Vicario plenos poderes para tratar aun los más graves asuntos, se reservó el cuidado de los enfermos que siempre ejerció con gran diligencia y generosidad sin distinción alguna de personas. Por esta causa al ver el santo Padre que hacía falta un lugar fuera de la ciudad para el descanso de los convalecientes y escolares adonde pudieran retirarse para descansar del estudio y las ocupaciones de la casa, al aire libre, en un espa-

cardinales numerum familiae diminuerent et domi nulla pro aedificando pecunia esset, ea mutuo accepta, in domo professa valetudinarium extrui iussit, et simul vineam, ut vocant, Balbinam emit, et in ea pulcherrimum trium contignationum aedificium erigi curavit, et triclinio, et sacello, et cubiculis aliquot elegantibus, ac cellario et puteo instructum. illudque non vulgari opere, sed valde pulchro et eleganti ad speciem elaboratum, eo plane modo, quo virorum principum aedificia in hortis suburbanis in Italia, quo exstructa cernuntur, et quo exteriore ornatus ac florum et picturarum incrustatione nullum in his partibus collegium vel religiosorum domicilium exornatum vidi.

cio amplio de huertos frutales y de viña. Aunque entonces la casa estaba cargada de deudas y en Roma había carestía de provisiones y los cardenales habían reducido el número de sus sirvientes y aun faltaba en casa dinero para edificar, pidió dinero prestado y mandó levantar en la casa profesa una enfermería y al mismo tiempo compró la viña llamada Balbina y en ella cuidó de construir un hermoso edificio de tres pisos con comedor, capilla, algunas habitaciones de muy buen gusto, una despensa y un pozo, y esto no lo construyó de cualquier manera sino muy hermoso y vistoso, de tal apariencia que yo nunca vi así en Italia en las afueras de las ciudades edificios de los señores principales en los que se ven adornos exteriores e incrustaciones y pinturas de flores. No vi por aquí ningún colegio o domicilio de religiosos así adornado.

El proceso de construcción de esta enfermería aparece en el **Memorial de Cámara**, y así urge su construcción aún “con dineros prestados”. Y esto con ‘prisa’ “por los muchos enfermos que es probable que haya, sin haber adonde ponellos”.

I, 663 (D. 13, 234a)

234. 2ª— Aunque se tomen dineros prestados o de compañías, se comience luego la enfermería en casa, y la de la viña. Dice el Padre a Polanco que nos echen a los dos en la cárcel. La causa de esta prisa es, por lo mucho que ha crecido y crece la casa y el colegio en tan breve tiempo, y por los muchos enfermos que es probable que haya, sin haber adonde ponellos. Y el Padre concluye esta plática con decir que Dios ayudará; que confiemos en Él.

Y días después, en **Memorial**, vuelve a aparecer el mismo tema ‘con urgencia’: “luego”

I, 681 (D. 13, 263)

263. El Padre quiere que se haga una enfermería luego, y que hable yo luego al maestro Domingo, y después persuada a Polanco, diciendo que hable al maestro; y no bastando esto, que yo le pida licencia para hablar a S. R. y le hable en presencia de Polanco.

El P. Nicolás Lancicio en **Colección de sentencias y hechos de N.P. Ignacio** recoge alguna regla del Ministro y del Enfermero en las que aparece esta solicitud por los enfermos. Es especialmente sugerente la del Enfermero: “que con solicitud averiguase del enfermo, quienes de los de casa le eran más agradables para que le fuesen a ver, y sólo estos y no otros, fuesen admitidos para recrear al enfermo”.

III, 669-70 (D. 41, 94-95)

[94] *Speciali regula, inter regulas Ministri posita, praescripserat sanctus Pater Ministro, ne ullum officium sine expresso suo scitu iniungeret ei, qui esset ab aliqua invaletudine liberatus; volebat ut convalescentibus, etiam si iam in valetudinario non manerent, per manus infirmarii cibi darentur, et nihilominus essent sub cura medici, sicut +erant+ antea dum essent infirmi. .*

[95] *Inter regulas infirmarii ultimam posuerat, ut sollicite inquireret ab infirmo, qui essent ei magis grati ex domesticis, a quibus visitari vellet, et isti soli, non alii, admitterentur ad recreandum infirmum; quos admittere erat in potestate infirmarii.*

[94] Entre las reglas del Ministro hay una especial en la que dice el santo Padre que sin expreso conocimiento y mandato suyo no ponga en ninguna ocupación al que haya salido de una enfermedad; porque quería que los convalecientes, aunque ya no estuvieran en la enfermería comieran de mano del enfermero; y que siguiesen bajo el cuidado del médico como antes, mientras estaban enfermos.

[95] Entre las reglas del enfermero puso esta última: que le preguntase al enfermo quienes eran entre los de casa los que más le agradaban para que lo visitaran y que sólo estos, y no otros, se admitieran para consuelo del enfermo. El admitirlos estaba en manos del enfermero.

Como resumen de este tema traemos, finalmente, lo que Ribadeneyra dice en su **Vida**.

IV, 829-33 (L. 5, 105-112)

105. *De la misma blandura y benignidad procedía aquel condolerse de los dolientes de casa, porque era sin duda grande su caridad para con los enfermos, convalecientes y flacos. Tenía ordenado que, en enfermando alguno, luego se lo hiziessen saber, y al comprador de casa que le viniessen a dezir dos vezes cada día si avía traydo al enfermero lo que para los enfermos era menester. Y quando no avía dineros para comprarlo, mandava que se vendiessen unos pocos platos y escudillas de peltre que entre las alhajas de casa se hallavan; y si esto no bastava, que se vendiessen las mantas de las camas para que a los enfermos no faltasse cosa de lo que el médico ordenava.*

106. *Y viendo que en aquellos principios de la Compañía muchos de nuestros estudiantes, mosos de grande virtud y habilidad, o se avían muerto o quedavan muy debilitados (de puro trabajo que con el fervor del espíritu tomavan), hizo edificar una casa en una viña dentro de los muros de Roma, pero apartada de lo que aora es habitado, a donde los estudiantes pudiessen recrearse honestamente a sus tiempos y cobrar nuevos alientos para trabajar más. Y como algunos, por aver en casa mucha necesidad, le dixessen que en tiempo tan apretado harto era vivir y sustentarse sin labrar casa en el campo, respondió: -Más estimo yo la salud de qualquier hermano, que todos los tesoros del mundo -; y nunca le pudieron apartar de su propósito. Antes solía dezir: - Quando uno está enfermo no puede trabajar ni ayudar a los próximos; quando está sano, puede hazer mucho bien en servicio de Dios - .*

107. *Estava el Padre una vez muy flaco y cansado, tanto que, a persuasión de los que entonces nos hallamos en Roma, huvo de nombar un vicario general que, mientras durava aquella flaqueza, le descargasse y aliviassse en el gobierno; y ordenando al ministro de la casa que todo lo que por las reglas de su oficio estava obligado a consultar con él lo consultasse y tratasse con el vicario, solo se reservó lo que tocava a los enfermos, para que se lo refiriesse a él; y no quiso cometer este cuydado a otro ninguno, sino tenerle él mismo, estando tan debilitado como digo que estava.*

108. *Yvan una vez peregrinando juntos los padres Ignacio y Laynez; dióle un dolor gravíssimo a Laynez repentinamente; y lo que para su remedio y alivio hizo nuestro padre fue buscar una cavalgadura, dando por ella un real, que solo avían allegado de lismona; y embolviéndole con su pobre manteo, le subió en ella, y para animarle más, como otro Elías yva siempre delante dél, corriendo a pie con tanta ligereza y alegría de rostro y ánimo, que el padre Laynez me dezía que a penas a cavallo podía atener con él.*

109. *No quiero dexar de dezir lo que a mí, estando enfermo, me aconteció. Avíanme sangrado una noche de un brazo; puso el padre quien estuviesse aquella noche conmigo; no contento con esto, estando ya todos durmiendo a la medianoche, sólo el buen padre no dormía. Dos o tres vezes embió quien reconociesse el brazo y viesse si estava bien atado, porque no me aconteciesse por descuydo lo que a muchos ha acontecido que, soltándoseles la vena, perdieron la vida.*

110. *Dezía que por maravillosa y divinal providencia tenía él tan corta y tan quebradiza salud y estava sujeto a enfermedades, para que por sus trabajos y dolores supiesse estimar los trabajos y dolores de los otros y compadecerse de los flacos.*

111. *Todo esto era usar de compasión y misericordia con los enfermos, mas no le faltava también la severidad con ellos quando era menester. Porque quería que de todo punto se descuydassen de sí mismos y obedeciesse perfectamente y tuviessen paciencia y fuessen bien acondicionados y no pesados o dessabridos o mal contentadizos, ni pidiessen que los mudassen a otros ayres por su antojo, ni tratassen desto por sí con los médicos. Y finalmente quería que los enfermos supiesse que sus superiores tenían dellos el devido cuydado y que ellos se descuydassen enteramente de sí. Y si veía que alguno en la enfermedad no yva por este camino, sino que era congoxoso, mal sufrido y pesado, aguardava que sanasse y después le castigava por ello.*

112. *También, si veía que alguno era de rezia condición e intratable, y que por ser hombre robusto y por la rebeldía y malas mañas de la carne no tomava tan bien el freno, ni seguía tanto la regla del espíritu y de la mortificación, a este tal, para que su alma se salvasse y assentase el passo, cargávale algunas vezes aún más de lo que sus fuerças podían llevar. Y si caía malo no le pesava mucho, mas, hazíale curar de tal manera que ni él se olvidava de la benignidad de padre, ni se descuydava de lo que para ayuda de su espíritu el enfermo avía menester.*

Pero este apartado de la importancia del cuerpo en Ignacio no podemos terminarlo sin aludir a su preocupación porque se satisficiesen adecuadamente sus necesidades: alimento y descanso (sueño, recreo, juegos).

El tema de la comida hay que enmarcarlo, como es lógico, en sus Reglas de ordenarse en el comer [EE, 210-217]. Todas ellas giran en torno a conseguir, en lo posible, el equilibrio en la satisfacción de una necesidad irrenunciable de nuestra condición corpórea: “por tanto, se debe mucho mirar lo que hace provecho, para admitir y lo que hace daño, para lanzallo” (Regla 2^a). Pero a Ignacio siempre le preocupan los niveles de integración del hombre (el “ordenarse”) y en este tema de la satisfacción de sus necesidades (punto de arranque del mundo de nuestros deseos) sabe que el desorden puede surgir, (alienarse, diríamos hoy), y por eso busca todos los medios posibles “porque assí tome mayor concierto y orden de cómo se debe haber y gobernar” (Regla 5^a) para “que sea señor de sí, assí en la manera del comer, como en la cantidad que come” (Regla 7^a).

Esto supuesto, veamos como Cámara nos describe en su **Memorial**, “la mesa de N.P. Ignacio”: “ante todo era un lugar de encuentro, una señal de caridad y agasajo”. Luego nos describe el menú que ordinariamente había. Y alude a que cuando Ignacio estaba delicado le ponían un “pollito” que por falta de cocinero venía a veces seco y mal guisado. Cuenta, a este respecto, que en una de estas ocasiones el propio Cámara ponderó, mientras comía Ignacio, lo mal guisado que estaba, a lo que Ignacio nada dijo. Pero acabada la comida, le reprendió diciéndole que “no era discreto hablar mal al enfermo de lo que estava comiendo, porque ningún provecho le podía hacer eso sino el que no comiere lo que necesitaba”.

Alude a la sobriedad en la cantidad porque “modinun veneni non nocet”. Describe su mortificación y dominio de sí en el comer (RR 5^a, 6^a y 7^a de ordenarse en el comer) aunque esto no impedía que después exigiere que el fallo se evitase para adelante. Otro detalle de finura es que no atosigaba con la comida, respetando las apetencias del convidado. En su modo de comer no era apresurado, y así, aunque comía poco, nunca terminaba el primero, preocupándole cuando este ‘modo de comer’ de los demás podía tener “algún gesto desedificativo” e intentando que se le avisase. Y sobre todo, el tiempo de la comida era un momento de conversación, no sólo de cosas serias e importantes sino recreativas y alegres, con humor. Algunas veces se aprovechaba este momento para comprobar cómo uno predicaba. Pero leamos el texto de Cámara.

I, 140-3 (D. 13, 184b-193)

Y ya que, por razón de la bendición y acción de gracias se ofrece la oportunidad, diré aquí lo que recuerdo sobre la mesa de Nuestro Padre Ignacio.

185. *Nuestro Padre Ignacio comía en una habitación contigua a su dormitorio: comían con él los Padres con quienes consultaba los asuntos de la Compañía, que eran, cuando yo estuve allí, los Padres Laínez, Salmerón y Bobadilla, cuando estaban en Roma; Nadal, Polanco, Madrid y yo, que residíamos en la casa; Olave y Frusio, que muchas veces venían de los colegios a casa, y Ribadeneira, a quien Nuestro Padre mandaba a llamar algunas veces al colegio donde estaba. Además de éstos, cuando algunos Padres o Hermanos marchaban de Roma o venían de nuevo a ella, solían comer con él alguno de los últimos días en señal de caridad y agasajo. Otras veces también comían con él algunos hombres de fuera, personas de autoridad y virtud, y devotas de la Compañía, a quienes Nuestro Padre les decía al invitarlas: “Quédese vuestra merced con nos, si quiere hacer penitencia”.*

186. *Lo que se comía a la mesa era esto: en invierno, carnero; en verano camparicha, es decir novilla, que está en Roma al precio del carnero. Y jamás se servía a la mesa otra clase de carne, como cabrito o aves de pluma, aunque hubiera huéspedes. No se daba a nadie su ración por separado, sino que toda la carne se ponía en una fuente en medio de la mesa, y de allí echaba cada uno en el plato en que comía. No recuerdo si en la comida había plato de entrada; a la cena durante el invierno se servían como plato de entrada unas verdurillas cocidas o unas pequeñas salseras de zanahorias; y durante el verano unas ensaladas de hierbas o un poco de fruta del país. Y como plato final había ordinariamente queso o alguna de las frutas que he dicho. Y así concluía la comida. Pero cuando el padre estaba enfermo, si comía carne, le daban pollito; pero por falta de cocinero que supiera prepararlo, venía de ordinario desabrido y mal guisado.*

187. *Y recuerdo que una vez le hablé muy mal de un pollo que estaba comiendo; sin embargo, el Padre acabó de comerlo impasible, sin responderme nada; pero, acabada la comida, me reprendió por lo que había comentado, diciéndome que era falta de discreción afear al enfermo lo que comía, pues de eso ningún provecho podía resultar, a no ser el impedirle comer aquello de que tiene necesidad.*

188. *La cantidad que Nuestro Padre comía era muy escasa; y de modo similar la ración de carne o pescado que correspondía a los comensales de su mesa era también pequeña. Recuerdo a este propósito que, sirviéndonos un día a la mesa cazón (pescado que en Roma es más nocivo que en Portugal) dijo uno de nosotros al P. Bobadilla que no comiera de aquello, porque le iba a hacer daño; a lo que él, adelantándose, respondió: “Un poco de veneno no hace daño”.*

189. *Volvamos a Nuestro Padre Ignacio. Todos cuantos le trataban se asombraban de la gran mortificación que mostraba en su manera de comer; porque no ya ponderar o manifestar complacencia en lo que comía, ni durante la comida ni después de ella, pero ni siquiera mostrar el más ligero indicio de*

gusto por las cosas, por exquisitas que fueran; tan sólo después de quitar la mesa, si los compañeros se referían a la comida, decía algunas veces esta simple expresión: "Yo entraba bien en ello". De la misma manera, si lo que se servía a la mesa venía mal guisado, estaba salado o soso, incluso pudiendo ser perjudicial para su salud, ni aun así lo afeaba o se quejaba con el menor gesto o palabra mientras duraba la comida; pero, una vez quitada la mesa, imponía una penitencia a Juan Bautista que era cocinero, para ejercitarle su gran virtud, como ya dije.

Y como su estómago no admitía alimento ácido, se le traía un poco de vino dulce por orden del médico; y a pesar de que con frecuencia estaba muy ácido por la deficiente conservación, con todo el Padre lo bebía sin decir ni exteriorizar nada; y una vez acabada la comida, llamaba al Hermano que se encargaba de esto diciéndole: "Hoy el vino estaba un poco ácido".

Llegaba esto a tal punto, que de verdad parecía que en este terreno había perdido el sentido del gusto. Y así, en todo el tiempo que estuve en Roma no recuerdo que mandase nunca le prepararan algo especial para comer, ni que dejara traslucir cómo le gustaría que estuviese guisado lo que comía. Y el regalo que a veces le hacíamos era darle cuatro castañas asadas, que por ser fruto de su tierra y haberse criado con ellas, daba la impresión de que se alegraba.

Tenía otra costumbre: que, estando a la mesa, nunca decía a los otros comensales que comieran, ni les ofrecía ningún alimento.

190. Aunque como dije, comía poco, sin embargo nunca acababa de comer antes que los demás comensales; y para eso tenía la costumbre de coger un cacho pequeño de pan e ir desmenuzándolo y comiéndolo muy despacio en trocitos tan diminutos (ayudándose a la vez de la conversación de la mesa), que a fin de cuentas venía a acabar a la vez que los otros, dando la impresión de haber estado comiendo sin interrupción. Y tanto era esto, que a veces, estando ya casi al fin de la comida, si llegaba alguna persona de fuera, de las que él solía invitar a hacer penitencia, el Padre la hacía sentar, y de esta manera, con sus pedacitos de pan, acompañaba al que entonces comenzaba a comer, sin dejarlo hasta que el otro terminaba.

191. Como él mismo guardaba mucha modestia en su modo de comer, también quería que ninguno de la Compañía tuviera en este punto algo de qué ser reprendido. Comía en su mesa un Padre de los más antiguos, el cual, al beber, hacía cierto gesto poco edificante; recuerdo que una vez me dijo Nuestro Padre: "Ahora vino aquí Poncio y me dijo que N. tenía este modo en el beber. Yo muchos días hace que lo noté; y pareciéndome que no advertirían otros en ello, no le he avisado; mas ahora que ya se lo notan otros, le avisaré". Y así lo hizo.

192. En la mesa de Nuestro Padre, más que hablar él, oía la charla de los otros. Y las conversaciones que se tenían no tocaban cosas de importancia o que exigieran mucha reflexión; más bien los Padres le contaban los sucesos de entonces, tanto de Italia como de otras partes, que pudieran ayudar al buen gobierno de la Compañía, y algunas otras cosas piadosas y recreativas, algunas de las cuales se refieren en este cuaderno.

Y en algunas de estas charlas familiares demostraba Nuestro Padre que no era en absoluto tristón ni pesado, sino que tenía muy ordenadas la alegría y afabilidad religiosa, no menos que la gravedad y prudencia de que estaba dotado; y así, sin menoscabo alguno de estas virtudes, aplaudía con gracejo lo que otros decían o hacían.

Como dije, la mesa era, aunque pobre, muy limpia en todo.

Una vez comimos algunos Padres de casa, sin estar Nuestro Padre presente. No se sirvió aquella vez otra cosa que dos o tres huevos para cada uno; y después de ellos, el Hermano que servía nos presentó en un plato unos palillos de dientes mojados en vino y cubiertos con hojas de salvia; y ante esto dijo uno

de nosotros: “¿Ya trae palillos para mondar los dientes, cuando aún no ha habido con qué ensuciarlos?”. Esta ocurrencia le gustó mucho a Nuestro Padre, cuando después se la contaron.

193. Pedía el capitán de La Goleta a Nuestro Padre un predicador para aquella fortaleza. No había entonces en casa muchas posibilidades de concederlo; con todo, creía el Padre Polanco que para ello bastaría el Padre Mendoza, que entonces estaba en Roma. Al proponérselo a Nuestro Padre, no quiso él que fuera sin que lo oyésemos primero en casa y juzgásemos lo que nos parecía; y para esto lo mandó predicar en el refectorio.

Por entonces era yo todavía un recién llegado a Roma y, aunque comía con Nuestro Padre, me llevó el Padre Polanco al refectorio para que oyera el sermón; y estando ambos juntos oyendo, el Padre Polanco, que deseaba me agradase el predicador, no dejaba de darme con el codo y preguntarme: “¿Qué le parece a Vuestra Reverencia? ¿Pasaré para La Goleta?”. Yo, por no desconsolarlo diciendo lo que sentía, algunas veces me callé, hasta que tanto me preguntó, que le respondí: “Padre, pasará si tuviere buena embarcación”. Esta historieta se la contó después el Padre Polanco a Nuestro Padre y se alegró mucho de oírla.

Comiendo una vez con Nuestro Padre el Padre Poncio, que era entonces administrador de casa, vino a decir con gracia que un cardenal, con quien había ido a comer, le dio de comer lampreas. Por naturaleza era él un poco tacaño, y Nuestro Padre deseaba mortificar la raíz de aquella inclinación y perfeccionarlo en la caridad fraterna; y por esto le respondió de este modo: “¿Y os parece bien que vos comáis lampreas y los Hermanos ni siquiera tengan sardinas para comer? Pues iréis a buscar lampreas, para que todos los Hermanos las coman”. Empezó él a escatimar y a afligirse por la falta de dinero; pero Nuestro Padre no se retractó de lo que le había dicho hasta después de algunos días, durante los cuales le mantuvo en aquella aflicción y mortificación; pero como sólo pretendía esto y no que comiéramos lampreas, no quiso finalmente que se compraran.

Más aún en la comida no quería que se escatimasen los gastos, optando por un nivel que no tenía nada que ver con los pobres, según cuenta Nicolás Lancicio en Colección de sentencias y hechos de N.P. Ignacio, y le preocupaba que la comida fuese bien condimentada, haciendo incluso unas reglas para el cocinero a este respecto. Él mismo parece ser que cocinaba muy bien.

III, 665-7 (D. 41, 86-87)

[86] *Aegre ferebat si necessaria victui nostrorum non suppeditarentur. Qua in re ne procuratores errarent, 3 veluti in classes dividebat romanam victus rationem : 1^{am} cardinalium et virorum principum ; 2^{am} virorum nobilium non supremæ authoritatis; 3^{am} opificum et vilioris conditionis personarum. Ex his mediam in Societate servari volebat. Sed præstat audire unum exemplum. Erat in romana domo parcus Procurator, quem ut confunderet ac emendaret sanctus Pater, et ad debitæ charitatis erga domesticos affectum conduceret, cum intellexisset eum in cuiusdam cardinalis prandio lampredas comedisse, advocatum ad se ita allocutus est : - Itane tu comedis lampredas, quod non improbo, et Fratribus ne quidem bonas emis sardellas? (genus est piscium, quibus mediocris fortunæ homines Romæ vescuntur). Eas, et deinceps Fratribus eme lampredas-. Cumque se Procurator in hanc et alteram partem torque-*

[86] Llevaba muy a mal que no le diesen a los nuestros lo necesario para su sustento. Para que no se equivocaran en esto los procuradores, dividía como en tres clases la comida de los romanos: la primera propia de los cardenales y varones principales, la segunda de varones nobles pero de no gran autoridad y la tercera de los obreros y gente de condición humilde. Quería que en la Compañía se tuviera la segunda. Pero ayuda considerar este ejemplo: había en la casa de Roma un Procurador que gastaba demasiado poco en la comida: para corregirlo y llevarlo a una discreta caridad hacia los de casa el santo Padre lo llamó y le dijo al saber que había comido lampreas en casa de un cardenal: (un pescado exquisito cocinado con vino etc...) ¿de modo que tú comes lampreas -cosa que no repruebo- y a tus Hermanos ni siquiera le pones buenas sardinas? (es una clase de

ret, et sibi tantum deesse pecuniae, quantum expendi oporteret pro lampredis assereret, sanctus Pater perstitit in sententia, et omnino pecunias quaeri iussit et lampredas emi. Quod quidem sanctus Pater non eo dicebat animo, quasi vellet nostros vesci lampredis, sed ut parum dedolaret hominem et ad charitatem inflecteret. Unde per dies aliquot ita eo vexato, tandem admonuit ut, loco lampredarum, minoris pretii pisces emeret, nec tam caros ut pro principium mensis utebantur, nec tam viles uti pro rusticorum usu emuntur.

[87] *Ex hoc erga domesticos amore, quos tanquam filios Dei tractari volebat, providentia parentum saecularium ex Dei amore destitutos, nascebatur ut inter antiquas regulas, anno 1549 a se factas, tam in Ministri quam coci regulis praescripserit, inter alia, duo: 1^{um} ne cibus una vice totum sal iniiceretur, sed [per] partes, bis vel 3, ne semel eo iniecto cibi vel nimium salsi vel insipidi preberentur. Et binis hac de re regulis non contentus sanctus Pater, sed etiam modum iniiciendi salem coco praescripsit, nimium: ut prima vice, dum caro despumata bullire inciperet, mediam partem salis imponeret; secunda vice quartam partem; tertia vice reliquam partem. Neque hac contentus diligentia, alia praescripsit regula, ut Subminister bis quotidie inviseret culinam multo ante prandium et coenam, et numeraret allatas portiones, num tot essent, quot erant necessariae pro numero personarum, ne ob alicuius defectum minor aliquibus portio, quam par esset, daretur. 2^a Ut alternis hebdomadis Minister cum Subministro per vices, tam ante prandium quam ante coenam, bis vel ter gustaret cibos in singulis ollis, et viderent an essent bene conditi et sapidi, ne male conditi et insipidi in triclinium inferrentur. Quos etiam ab ipso coco gustari praecepit in ultima regula eius officii, addita hac causa et motivo: ut cibi sapidi tribuerentur, tanquam pro Dei nostri amore, pauperibus eius. Et quod aliis ipse faciendum praescripserat, hoc multo ante ipsemet factis docuerat. Cum enim in statu Veneto, ante fundatam Societatem socii iuvandis animabus incumberent, illa hebdomada, qua per vices ille in tugurio remanebat sociis coquens cibos, omnium optime et sapidissime coquebat et eondiebat, quamvis ipse, dum esset factus Praepositus Generalis, de cibis soli sibi allatis male conditis numquam sit conquestus, numquam eos respuerit, imo eos reprehendere solitus fuerit, +qui+ de ciborum, pro solius illius usu allatorum, mala quererentur.*

pescado que come en Roma la gente sencilla). Por eso, en adelante, compra lampreas para los Hermanos. El Procurador se las veía y deseaba y decía que le faltaba precisamente el dinero que necesitaba para las lampreas. El santo Padre persistió en su parecer y mandó que se buscara todo el dinero necesario para comprarlas. Esto lo decía el santo Padre no porque quisiera que los nuestros comieran lampreas sino para ablandar un poco a este hombre y llevarlo a la caridad. Después de unos días que lo tuvo angustiado le mandó que en lugar de lampreas comprara pescado más barato: no tan caro como el que se comía en la mesa de los principales ni tampoco tan barato como el que compran los campesinos.

[87] De este amor hacia los de casa, que quería que se tratasen como hijos de Dios, nacía también su solicitud hacia los parientes de fuera desamparados por el amor de Dios. Así en las antiguas reglas que escribió el año 1549 tanto en las del Ministro como en las del cocinero, entre otras mandó lo siguiente: primero, que no se pusiese sal en la comida de una vez sino dos o tres veces para que no quedara la comida demasiado salada o insípida. El santo Padre no quedó contento con estas dos reglas sino que prescribió al cocinero hasta el modo de echar la sal: la primera vez, cuando la carne empezara a hervir, que echara media parte de sal; la segunda vez una cuarta parte y la tercera vez lo restante. Y no contento con esta diligencia prescribió al sotoministro que visitara dos veces todos los días la cocina mucho antes de la comida o la cena y contara las raciones para ver si había tantas cuantas personas para que no ocurriera por descuido que se le diese a alguno una porción menor. La 2^a que alternado las semanas mutuamente el Ministro y Sotoministro antes de la comida y de la cena probasen la comida dos o tres veces para ver si estaba bien cocinada y sabrosa para que no llevaran al comedor lo mal condimentado e insípido. Y mandó en la última regla de su oficio que el mismo cocinero lo probara y añadía la causa y el motivo: que se diera de comer sabrosamente por amor de Dios a sus pobres. Y lo que mandó hacer a otros él mismo lo había enseñado con los hechos. Porque cuando estaban en tierras venecianas antes de fundar la Compañía y se ocupaban los compañeros en ayudar a los prójimos, cuando a él le tocaba quedarse en el tugurio cocinaba de manera sabrosísima mejor que todos, aunque luego, cuando fue elegido Preposición General, nunca se quejó de los alimentos mal condimentados que a él solo le llevaban y nunca los rechazó y ni siquiera corrigió a los que se quejaban de la comida que a él le llevaban.

Para terminar este apartado traemos una alusión de Ribadeneyra en **Dichos y Hechos de S. Ignacio** donde dice que quería que en su mesa hubiere alguna mejoría de manjares, no por él sino porque los que allí comían eran “viejos y cansados o personas que se llaman para hacerles algun regalo”.

II, 488 (D. 19, V, 17)

17. Oý dezir a nuestro Padre, que quería que en su mesa huviesse alguna mejoría que en la común: y dió por causa, porque los que comen en ella, o son Padres viejos y cansados, que tienen della necesidad, o personas que se llaman para hazerles algún regalo. Y assí dava buenas penitencias al que tenía cargo de proveer, quando tenía falta, aunque sabemos lo que él comía y cómo se tractava.

Y en el párrafo anterior del mismo documento, Ribadeneyra cuenta una conversación con Ignacio acerca de “una minestra particular” que le habían puesto a él y que los demás no habían comido. Ante la opinión de Ribadeneyra de que “el uno ha menester la una, el otro la otra”, S. Ignacio alude a una especie de ‘compensación’ que habría que conectar con la última cita o a una de sus salidas de fino humor, pues que duda cabe que su estómago tan delicado necesitaba algo “particular”.

II, 488 (D. 19, V, 16)

16. Comiendo un día nuestro Padre a la segunda en su cámara, y trayéndole una minestra particular, me preguntó si yo havía comido de aquella minestra. Dixe que no. Preguntó sí otros en tabla havían comido della. Respondí que no havía advertido en ello. Dixo entonces: - Pues ¿por qué pensáis que a uno se da una minestra y a otro otra? - Dixe yo: - Porque el uno ha menester la una, y el otro la otra -; y nuestro Padre dixo :- Si, y también porque, pues los primeros de la Compañía han padescido y trabajado tanto, y los que agora vienen no los pueden ygualar en los trabajos, en el tratamiento sean diferenciados en algo, para que por esta vía vengan a recompensar lo que del padescer y trabajar les falta -. Esto fué el año 1543, en el qual tiempo los que entravan tenían harto que padescer. - Idem usque ad 20.

El otro capítulo de necesidades que nuestra realidad corpórea ha de satisfacer es el descanso. Pues también esto le preocupó tanto que, como observa Cámara en el **Memorial**, aun faltando dinero y contra la opinión de algunos de que no sería edificación para los que vinieren después a la Compañía, decide que “había que buscar necesariamente alguna recreación para alivio del estado y ejercicios mentales que ordinariamente tienen” (los de la Compañía). Y para esto reglamenta los juegos y hace unas Reglas para los que van a la “viña”, la granja que se compró para este recreo. Tanto los juegos como las RR. nos resultan hoy día demasiado estructurados para servir de verdadero “recreo”. Es su típica minuciosidad en la concreción que hoy día nos resulta asfixiante, pero que en aquel momento histórico posibilitaba algo necesario frente a actitudes más rigoristas y que “los primeros fuesen regla y ejemplo de los que después siguiesen”.

I, 633-5 (D. 13, 172-3)

172. 7. El Padre le parece necesario que el colegio tenga una granja; y decía que estas cosas, puestas en buena orden agora, no serían para dar mal exemplo a los pósteros, antes para ayudalles, viendo cómo se usaban con templança, y quedando reguladas desde agora.

y dicia que estas cosas

Cuando el Padre Ignacio mandó comprar esta finca y construir en ella unas buenas casas del colegio romano, hubo algunas dificultades que los Padres proponían, así por causa de la gran necesidad de dinero, de que ya hablé antes, como por el ejemplo y edificación de los de la Compañía que después habían de venir. Y hablando yo del asunto en la misma finca con Nuestro Padre, me respondió que como él preveía que los que después viniesen a la Compañía (de cuyo ejemplo parece que hacía más caso que de todas las cosas presentes) habían de buscar necesariamente algún descanso, para alivio de la ocupación y trabajos intelectuales en que ordinariamente se ocupan, y que podría ocurrir que fuesen en este punto más indulgentes de lo que convenía, que por eso quería que quedara determinado ya desde entonces lo que se debía hacer al respecto, de modo que los primeros servirán de regla y ejemplo a los que después los siguiesen.

173. *Para ello él mismo indicó y determinó los juegos a que los Hermanos podían jugar, que fueron solamente las tablillas y el tejo o chito. El primero era al estilo del colegio de la Sorbona, que es el más serio y de gente más docta y recogida de París, donde los doctores, después de comer, suelen jugar con las llaves de las habitaciones en que residen a ver quién se acerca más al borde de la mesa; en lugar de las llaves, Nuestro Padre prescribió las tablas, que son las que ahora usamos. Para el segundo de los juegos mandó hacer unas chapas de hierro, delgadas y redondas, grandes como la palma de la mano poco más o menos, con un agujero grande en el centro para poder meter bien los dedos; y por su propia mano hizo en cera roja el modelo y tamaño que quería que tuvieran.*

Aquí se incluirán las reglas de la finca, que vendrán de Roma

174. *No consentía en la finca ningún otro juego, de cualquier clase que fuera; e impuso una fuerte penitencia al Padre Doctor Olave, superintendente del colegio, al Padre Ribadeneira y a otros, por haber jugado allí con unas naranjas, lanzánoselas unos a otros, formando una rueda*

sucesiva y continua: quien las dejaba caer de las manos tenía que rezar de rodillas un Ave María; también impuso una buena penitencia a otros dos, por jugar en la finca al castro. En fin, parece que estaba vigilando continuamente para tapar todos los resquicios por donde con el tiempo pudiera colarse en la finca la disipación; y para conseguirlo, compuso las reglas siguientes, que llamábamos "las reglas de la finca".

†

IHS

REGLAS QUE DEBEN OBSERVAR LOS QUE VAN A LA FINCA

1. *Ninguno vaya a la finca sin licencia del Padre Rector o del que tenga su lugar.*
2. *Ninguno coma o toque las uvas u otras frutas, a menos que tenga esa licencia.*
3. *Ninguno coma uvas o frutas más que cuando le sea concedido por la obediencia, a fin de que no caiga ninguno enfermo por el desorden.*
4. *Ninguno deje ropa por la viña, sino en el lugar que sea señalado para ello.*
5. *Ninguno entre en la cocina sin licencia del cocinero o del que cuide de ella.*
6. *No se juegue en la viña a otro juego que el tejo, también se puede cantar.*
7. *Ni los jugadores ni ningún otro se apoyen en los setos, ni los golpeen, ni pongan nada sobre ellos, ni se suban a ellos.*

8. *Ninguno quite ramas de las vides o árboles, o haga señales en ellos.*
9. *Ninguno juegue al tejo en los senderos que atraviesan la viña a lo ancho.*
10. *El Padre Rector nombre un responsable, que, cada vez que se va a la viña, se encargue de dar los tejos; y, cuando se haya acabado de jugar, de contarlos y devolverlos a la espuerta que habrá destinada para ellos.*
11. *Cada uno se preocupe de llevar el tejo con que ha jugado a la puerta de la casa y de entregarlo al responsable.*
12. *Cada uno debe interrumpir el juego o el canto cuando el responsable le llama para regresar a casa, bien porque haga mucho calor o demasiado viento en invierno, o por otra causa que juzgue conveniente.*
13. *Ninguno haga rayas u otras señales en las paredes de la casa y de las habitaciones, ni por dentro ni por fuera.*
14. *Nadie arroje nada en el pozo*
15. *Ninguno lleve a la viña forasteros sin licencia del Padre Maestro Ignacio.*
16. *Nómbrese responsables que hagan guardar estas reglas y que impongan orden en la viña entre los estudiantes; y cuando van a la viña, haya siempre alguno que sea superior o haga sus veces hasta que regresen a la casa, a quien todos deban obedecer, etc.*

Y Ribadeneyra nos refiere en **Dichos y hechos de S. Ignacio** esta preocupación porque se tuviese el descanso necesario, que tenía que aumentar en los días “caniculares” de Roma.

II, 488-9 (D. 19, V, 19)

19. Por el cuidado que nuestro Padre me havia dado de la salud de los hermanos del collegio, propuse al Dr. Olave, que era superintendente dél, que los días caniculares durasse la recreación después de comer dos horas, por ser aquel tiempo tan trabajoso y peligroso en Roma. Parecióle mucho, y en mi presencia quexóse dello a nuestro Padre, el qual, sin haverle yo hablado palabra dello, dixo que aquel tiempo era tan peligroso, que comúnmente se dezía que hasta va en él biviir en Roma; y que le rogava que tuviesse por bien que en aquellos días, pues eran pocos, hiziesse durar la recreación después de comer, tres horas; añadiendo que en el collegio ay muchos flacos, y de varias naciones, etc. Esto dixo nuestro Padre, no para que se hiziesse, sino para refrenar al Dr. Olave, que, como nuevo y ferviente en los estudios, todo lo que se hazía le parecía poco; y a mí me havia nuestro Padre dado cargo de su persona, y muchas vezes me dezía: -Tened, yo os ruego, cuenta con Olave, que este hombre se nos ha de morir presto -; y assí fué.

b) El hombre condicionado por su sensibilidad

Pero en el condicionamiento físico del hombre creo que merece la pena resaltar algo que, a mi manera de ver, es central en Ignacio: la importancia de los “sentidos corporales” (EE 247-8) y “de la imaginación” (EE 121). Podríamos decir que Ignacio tenía muy claro que todo nos lo jugamos en la sensibilidad, que somos nuestra sensibilidad. El llevar “descansadamente” (EE 18) o “suavemente” (que tanto aparece en su literatura) está dependiendo del célebre “sentir y gustar” de EE 2, contrapuesto al “mucho saber”.

Pero pasemos a los hechos que pueden iluminar esto. En la **Autobiografía** nos cuenta que el don de castidad que Dios le concedió, después de su vida más o menos licenciosa, tenía un fuerte

componente sensitivo sin el cual no hubiese sido real. Y veamos su precisa formulación: “y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habersele quitado del ánimo todas las especies que antes tenía en ella pintadas”. Las dos palabras que hemos subrayado se refieren directamente a la sensibilidad.

I, 374-7 (D. 12, 10)

10. Y ya se le iban olvidando los pensamientos pasados con estos santos deseos que tenía, los cuales se le confirmaron con una visitación, desta manera. Estando una noche despierto, vido claramente una imagen de nuestra Señora con el santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habersele quitado del anima todas las especies que antes tenía en ella pintadas. Así, desde aquella hora hasta el agosto de 53, que esto se escribe, nunca más tuvo ni un mínimo consenso en cosas de carne; y por este efeto se puede juzgar haber sido la cosa de Dios, aunque él no osaba determinarlo, ni decía más que afirmar lo susodicho. Mas así su hermano como todos los demás de casa fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánima interiormente.

Es decir, nuestra “ánima” no es un limpio panel en el que vamos a ir ‘dibujando’ nuestros proyectos, sino que está “pintada” con “especies” que la hacen no tan inocente como podemos creer y que va a condicionar seriamente nuestra libertad. Sólo el “asco” de unas “especies” concretas, el “aborrecimiento” del triple coloquio de las repeticiones de la **1ª semana** [EE 63], puede posibilitar el que se ‘pinte’ otro proyecto. No podemos hacer lo que no nos atrae, y esta atracción está previamente “pintada” en nuestra ánima.

Veamos cómo nos describe este mismo pasaje Ribadeneyra en su **Vida**.

IV, 93 (L. 1, 10)

10. Pero, con todo esto, no se determinó de seguir particular manera de vida, sino de ir a Jerusalén después de bien convaldecido y, antes de ir, de mortificarse con ayunos y diciplinas y todo género de penitencias y asperezas corporales, y con un enojo santo y generoso crucificarse y mortificarse y hazer anatomía de sí. Y así, con estos desseos tan fervorosos que nuestro Señor le dava, se resfriavan todos aquellos feos y vanos pensamientos del mundo, y con la luz del sol de justicia que ya resplandecía en su ánima, se deshazían las tinieblas de la vanidad y desaparecían, como suele desaparecer y despedirse la obscuridad de la noche con la presencia del sol.

Estando en este estado quiso el Rey del cielo y Señor que le llamava abrir los senos de su misericordia para con él, y confortarle y animarle más, con una nueva luz y visitación celestial. Y fue así, que estando él velando una noche, le apareció la esclarecida y soberana Reyna de los Angeles, que traía en braços a su preciosísimo Hijo, y con el resplandor de su claridad le alumbrava, y con la suavidad de su presencia le recreava y esforçava. Y duró buen espacio de tiempo esta visión; la cual causó en él tan grande aborrecimiento de su vida pasada, y especialmente de todo torpe y desonesto deleite, que parecía que quitavan y raían de su ánima, como con la mano, todas las imágenes y representaciones feas. Y bien se vio que no fue sueño sino verdadera y provechosa esta visitación divina, pues con ella le infundió el Señor tanta gracia y le trocó de manera, que desde aquel punto hasta el último de su vida guardó la limpieza y castidad sin manzilla, con grande entereza y puridad de su ánima.

Observemos que expresamente usa la palabra “aborrecimiento”. Sólo éste le “quitaba y raía de su ánima... todas las imágenes y representaciones feas”.

Pero, veamos cómo nos lo refiere Polanco en **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús**.

I, 158-8 (D. 7, 11 y 13)

11. Finalmente, sin otra muestra exterior, ni comunicar con otros sus cosas, se determinó, para poner en efecto sus propósitos, de salir de su casa (tomando por pretexto ir a la corte del Duque de Nájera), y totalmente renunciar a su tierra y a los suyos y su mismo cuerpo, y entrar en la vía de la penitencia; pero antes le pareció ir a Ntra Señora de Monserrate. Y porque tenía más miedo de ser vencido en lo que toca a la castidad que en otras cosas, hizo en el camino voto della, y éste a Ntra Sra., a la cual tenía especial devoción. Que, aunque por entonces, no fuese secundum scientiam tal manera de voto, todavía el Señor que le daba aquella pura intención y tomaba la Santísima Madre suya por medio para ayudar esta su criatura, parece que aceptó este sacrificio y le tomó en su protección cuanto a la castidad; de manera que, con haber sido otro tiempo combatido y vencido de la carne, desde entonces le ha dado el Señor el don de la castidad, y, según se ve, de muchos quilales.

13. Siguiendo, pues, su viaje, llegó a Ntra. Sra.; y porque, como está dicho, no tenía lumbre en las cosas espirituales, y también porque nuestro Señor suele mover a cada uno según su disposición y entender y inclinaciones, vínole ánimo de imitar los caballeros noveles, que se lee solían velar las armas cuando se habían de dedicar a la milicia, velándolas él para dedicarse al servicio de nuestro Señor; y así compró un saco grueso y una cuerda para ceñirse y un palo o bordón, y estuvo toda una noche haciendo oración y velando estas armas; y desde allí comenzó a no usar otra vestidura alguno sino aquel saco, sin bonete ni zapatos, aunque por algún tiempo, por amor de la pierna mala, trajo un zapato, el cual después dejó.

Pero fijémonos en el párrafo 13. Polanco al describirnos su ‘vela de armas’ afirma que Dios “suele mover a cada uno según su disposición, y entender y inclinaciones”. ¿No podríamos decir, según su sensibilidad? Esta formulación está tomada al pie de la letra de la Carta de Lainez.

I, 78 (D. 6, 7)

7. Siguiendo pues su viaje, llegó a nuestra Señora: y porque, como está dicho, no tenía lumbre en las cosas espirituales; y porque también nuestro Señor suele mover a cada uno según su entender y inclinación; habiendo leído cómo se suelen armar y dedicar a la milicia los caballeros noveles, le vino ánimo de imitarlos en dedicarse al servicio de Dios; y así, comprando un saco grueso y una cuerda para ceñirse y un palo de bordón, estuvo una noche haciendo oración y velando las armas; y con aquel saco sólo, sin bonete ni zapatos, y comiendo pan y agua, y disciplinándose cada día creo diversas veces, escondiendo su sobrenombre y las otras señales, por donde pudiese ser conocido o tenido en algo, y diciendo mucha oración vocal: perseveró algunos meses con tanta austeridad de penitencia que no dexaba casi en cosa tomar deleite su cuerpo; y con ser al principio recio y de buena cumplimiento, se mudó totalmente quanto al cuerpo.

Y lo mismo describe la **Autobiografía**:

I, 386-7 (D. 12, 17)

17. Y fuese su camino de Monserrate, pensando, como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios. Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula

y de semejantes libros, veníanle algunas cosas al pensamiento semejantes a aquéllas; y así se determinó de velar sus armas toda una noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de Nuestra Señora de Monserrate, adonde tenía desteterminado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo. Pues, partido deste lugar, fuese, según su costumbre, pensando en sus propósitos; y llegado a Monserrate, después de hecha oración y concertado con el confesor, se confesó por escrito generalmente, y duró la confesión tres días; y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de Nuestra Señora. Y éste fue el primer hombre a quien descubrió su determinación, porque hasta entonces a ningún confesor lo había descubierto.

Es decir, Dios no va a incidir en el hombre al margen de su sensibilidad, sino a través de ella y su acción salvífica culminará en una nueva sensibilidad.

Más adelante en la **Autobiografía** saca otra palabra que vuelve a expresar estos niveles espontáneos de una sensibilidad cambiada que son los eficaces.

I, 406-7 (D. 12, 32)

32. Estando enfermo una vez en Manresa, llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte, que claramente juzgaba que el ánima se le había de salir luego. Y en esto le venía un pensamiento que le decía que era justo, con el cual tomaba tanto trabajo, que no hacía sino repugnarle y poner sus pecados delante; y con este pensamiento tenía más trabajo que con la misma fiebre; mas no podía vencer el tal pensamiento por mucho que trabajaba por vencerle. Mas, aliviado un poco de la fiebre, ya no estaba en aquel extremo de expirar, y empezó a dar grandes gritos a unas señoras que eran allí venidas por visitalle, que por amor de Dios, cuando otra vez le viesen en punto de muerte, que le gritasen a grandes voces diciéndole pecador, y que se acordase de las ofensas que había hecho a Dios.

Es decir, sólo lo que nos repugne lo rechazamos eficazmente.

Y esta nueva sensibilidad es lo que va consiguiendo en Manresa. Y así lo formula Ribadeneyra en la **Vida**: “que assí suele nuestro Señor trocar los corazones a los que trae a su servicio, y con la nueva luz que les da, les hace ver las cosas como son, y no como primero les parecían; aborreciendo lo que antes les daba gusto y gustando lo que antes aborrecía”.

IV, 109 (L. 1, 19)

19. Llegado a Manresa, se fue derecho al hospital para vivir allí entre los pobres que mendigavan, ensayándose para combatir animosamente contra el enemigo y contra sí mismo. Y lo que más procurava era encubrir su linage y su manera de vivir pasada, para que, encubierto y desconocido a los ojos del mundo, pudiesse más libre y seguramente conversar delante de Dios. La vida que hazía era esta. Cubría sus carnes con la desnudez y desprecio que arriba contamos. Mas, porque en peinar y curar el cabello y ataviar su persona avía sido en el siglo muy curioso, para que el desprecio desto igualasse a la demasía que en preciarse dello avía tenido, de día y de noche truxo sempre la cabeça descubierta, y el cabello (que, como entonces se usava, por tenerle rubio y muy hermoso, le avía dexado crecer) traíale desgredado y por peinar; y con el menosprecio de sí dexó crecer las uñas y barba; que assí suele nuestro Señor trocar los coraçones a los que trae a su servicio, y con la nueva luz que les da, les haze ver las cosas como son, y no como primero les parecían; aborreciendo lo que antes les dava gusto, y gustando de lo que antes aborrecían. Diciplinávase reziamente cada día tres vezes, y tenía siete horas de oración puesto de rodillas, y esto con grande fervor e intensa devoción; y oía missa cada día, y Vísperas y Completas, y en esto

sentía mucho consuelo interior y grande contento. Porque, como ya su corazón estava mudado y como una cera blanda dispuesto para que en él se imprimiessen las cosas divinas, las bozes y alabanças del Señor que entravan por sus ojos, penetravan hasta lo interior de sus entrañas; y con el calor de la devoción derretiasse en ellas, contemplando su verdad.

“Como ya su corazón estaba mudado y como una cera blanda dispuesto para que en él se imprimiesen las cosas divinas...”. Efectivamente, esta disposición de “cera blanda” será el resultado positivo de unas exageraciones que luego abandonará. Y este mismo sentido parecen tener las ‘experiencias’ del noviciado que prescribe en el Examen [66, 67, 68 y 69] (Cuando veamos su relación con los pobres volverá a salir este importante tema de la sensibilización).

Pero veamos la observación del P. Frusio que recoge Cámara en su **Memorial** y Ribadeneyra repite en **Hechos del P. Ignacio**.

I, 650 (D. 13, 207)

207. 1º Acordarme he de lo que me dixo Frusio de nuestro P.: 1º Que la gracia le parecía connatural. 2º Que las pasiones naturales tenía tan habituadas a la virtud, que ellas mismas de suyo no le servían para otra cosa, según parecía, sino para cosas buenas. Y cierto, en esta parte es cosa mucho de alabar a Dios, por el imperio que le ha dado sobre toda su alma.

II, 364-5 (D. 14, 65)

<65. Ipse vero Pater ita erat suorum affectuum dominus, ut magister Andreas Frutius diceret gratiam Dei quodammodo in Patre sibi congenitam et quasi connaturalem videri; sic enim erant in eo perturbationes sedatae et perdomitae, sic propensiones animi omnes in virtute radicatae et quasi concretatae, ut nulli usui praeterquam virtuti et sanctitati subseruirent, et ex se in Deum quodammodo ferrentur. Quod dictum sit, non ut naturae tribuamus quod est gratiae, sed gratiam ipsam magnificemus et extollamus, quae ita hominem confirmat, ut naturam vincat, et ita Deo subiiciat, ut possit aliquando dicere: “vivo ego, iam non ego, vivit vero in me Christus”.>

DH, 1, 4. Dos cosas dixo el P. Frusio al Padre Luys Gonçález de nuestro Padre: Primera, que la gracia le parecía connatural; la segunda, que las pasiones naturales tenía ya tan habituadas a la virtud. que ellas mismas de suyo no le servían para otra cosa, según parecía, sino para cosas buenas. Y cierto, en esta parte es cosa mucho de alabar a Dios, por el imperio que le ha dado sobre toda su alma. - P. Luys Gonçález..

Es decir, esa “connaturalidad” de la gracia, esa habituación de las pasiones naturales a la virtud es la consecuencia de todo lo que llevamos dicho en este apartado y que Ribadeneyra expresa preciosamente en su **Vida**.

IV, 129 (L. 1, 36)

36. Parecerá, por ventura, a algunos que estos que avemos contado son extraordinarios favores de Dios y que son increíbles, y más en un soldado que, quitado del ruydo de las armas y destetado de los deleites y dulcedumbre ponçoñosa del mundo, començava a abrir los ojos y a gustar de la amargura saludable de la mirra y cruz de Christo. Mas los que dizen que son impossibles (si ay algunos que lo digan) serán comúnmente hombres que no saben ni entienden, ni han oýdo dezir qué cosa sea espíritu, ni gozo y fruto espiritual, ni visitación de Dios, ni lumbre del cielo, ni regalo de ánimas santas y escogidas, ni

piensan que ay otros passatiempos y gustos ni recreaciones, sino las que ellos de noche y de día, por mar y por tierra, con tanto cuidado y sollicitud y artificio buscan para cumplir con sus apetitos y dar contento a su sensualidad. Y assí no ay que hazer caso dellos, pues nos enseña el Apóstol que el hombre animal (esto es carnal y entregado a la porción inferior y parte sensual de su ánima) no percibe ni entiende las cosas de Dios. Y así, pues es ciego, no es justo que se haga juez de lo que no vee.

Pero, este partir de la propia sensibilidad le haría estar muy atento a la de los demás. En una cita del P. Francisco Toledo que encontramos en **Recopilación de dichos y hechos de algunos de la Compañía de Jesús del P. Gregorio Rosepho**, se nos refiere su actitud ante los campesinos que venían a confesar: no exigirles una preparación muy minuciosa, pues “lo que en breve tiempo no hagan... menos harán si se preparan durante ocho días”.

III, 504-5 (D. 29, F. 11)

[101, 69] 11 Pater noster beatae memoriae (arbitror intellexisse P. Laynez) solebat dicere :- Quando rustici veniunt ad confessionem, non est ab illis extorquendum, quanto tempore se praepararent ad confessionem. Nam quod intra brevissimum tempus non faciunt, non plura praestarent, imo fere minus, si per octo dies se praepararent.

[101,69] Solía decir nuestro Padre, de feliz memoria, (según creo entendió el P. Laínez): cuando vienen a confesarse los campesinos no hay que insistirles demasiado sobre cuánto tiempo han empleado en prepararse. Porque lo que no hacen en tiempo muy corto no lo harán en otro más largo, y quizá harán menos si se preparan durante ochos días.

Y es que, como Ribadeneyra observa en su **Vida**, hay que contar siempre con la situación de la persona. La verdadera actitud apostólica es la que parte de un desbloqueo previo. Veamos cómo lo describe.

IV, 853 (L,4, 40)

40. Dávale Dios singular gracia en sacar de pecados a los hombres mal acostumbrados y envejecidos en ellos. En sabiendo que alguno andava enlazado y ciego en algún amor deshonesto o perdido de torpe afición, no le yva luego a la mano, mas con un santo artificio se le entrava por las puertas; hazíasele su amigo y familiar y, aviéndole ganado la voluntad, él mismo se combidava y se quedava a comer con él. Quando ya veía aquel alma dispuesta para oyr las amonestaciones y consejos saludables, envestía con ella y venía a quitarle las malas compañías y ocasiones de pecar, y si no podía de un golpe arrancar todos los pecados, yva con tal suavidad y destreza ablandando poco a poco el corazón, que uno a uno los quitava todos. Y desta manera, con admirable prudencia y blandura, quitó a un hombre, una a una, ocho mugeres, con las quales, no sin escándalo de muchos, vivía deshonestamente.

Hay que “disponer” el alma para proceder con “suavidad”. Todo esto es poner en primer plano la sensibilidad.

Y aquí podemos recordar algo que trataremos más detenidamente en el capítulo de su relación con la Iglesia, pero que expresa esta acentuación de la sensibilidad. Es el tema de las lecturas que debía frecuentar el jesuita (aparte de los estudios serios). Veamos una observación de Manareo (**Respuesta de Manareo a algunos postulados de Lancicio**).

III, 431 (D. 23, 18)

18. *Volebat ut nos omnes frequenter lectitaremus libros spirituales, sed cum affectu et devotione, tum ad ascendendum affectum et devotionem promovendam, tum ut prompti evaderemus ad promendos sermones spirituales, potius quam ad doctrinam vel fundendam, vel ostentandam; et exemplo nos quidem suo docebat; nam in cubiculo suo secretiori ordinarie super mensam alios libros non habebat quam Novum Testamentum et Thomam de Kempis, quem solebat appellare perdicem librorum spiritualium.*

18. Quería que todos leyésemos frecuentemente libros espirituales, pero con devoción y afecto para alimentar precisamente la devoción y el afecto y para estar bien dispuestos para las conversaciones espirituales y no tanto para fundamentar y demostrar la doctrina; y nos enseñaba con su ejemplo: en su cuarto íntimo no tenía sobre la mesa de ordinario otros libros que el Nuevo Testamento y a Tomás de Kempis al cual solía llamar la perla de los libros espirituales.

Es decir, aquello que podía mover más el “afecto y la devoción”, frente a lo más estrictamente intelectual que apuntaría directamente a “fundamentar y promover la doctrina”. Es al pie de la letra la aplicación del principio fundamental de la Anotación segunda: que lo que “harta y satisface al ánimo” es el “sentir y gustar”, no el “mucho saber”.

Y en este contexto se entiende su recomendación de la lectura de vidas de santos (cfr. EE, 100) que ayudan a que no se “resfriasen en la vocación”. Veamos la curiosa observación de Cámara en el **Memorial** a este respecto.

I, 728-9 (D. 13, 370)

370. *De cómo a la Compañía es necesario lea libros espirituales y aun [...], y preguntas a estos Padres cómo se han habido con ellos, si han sentido que se resfriasen en la vocación.*

se resfriaban en la vocación

Nuestro Padre Ignacio se dispuso, para que Nuestro Señor hiciera de él lo que hizo, con la lectura de las historias de los santos de otras órdenes religiosas. Y de esas mismas historias se ayudaban mucho los primeros Padres de la Compañía, tanto para su propia edificación y deseo de la perfección, como para instruir al prójimo. Y recuerdo que también a los comienzos de esta provincia [de Portugal] crecían los Hermanos en santa emulación por la lectura de estas mismas cosas, sin que por eso se ocasionara a nadie la más mínima tentación en la vocación; muy al contrario, se pudo ver que, habiéndose ordenado más tarde en esta misma provincia que no hubiera tanto de esta clase de lectura de santos y cosas de otras órdenes religiosas, permitió Nuestro Señor que muy pronto, pocos meses después, salieran de la Compañía dos conocidas personas para hacerse frailes, una de las cuales, después de ocasionar muchos disgustos y turbación pública, se quedó por fin en su monasterio y aún persevera en él.

Efectivamente, las narraciones nos mueven más que nos instruyen.

Y la razón profunda que tenía al vigilar los libros que se leían (aunque fuesen buenos en sí, pero de autor sospechoso) era la “afición” que a dicho autor podía surgir. Esta “afición” no es otra cosa que una orientación de nuestro <sentir y gustar> que va a ser lo que decida. Veamos cómo nos formula esto Ribadeneyra en la **Vida**.

IV, 859-61 (L. 5, 142)

142. *Por esta misma razón no quería que en la Compañía se leyese libro ninguno (aunque el libro fuese bueno), si era de autor malo o sospechoso. Porque decía él que quando se lee un libro bueno de mal autor, al principio agrada el libro y después poco a poco el que le escribió, y que sin sentir se va en-*

trando en los coraçones blandos y toma la possessi3n de los que le leen la afici3n del autor, y que es muy f3cil, ganado el coraç3n, persuadirle la dotrina y hazerle creer que todo lo que el autor ha escrito es verdad. Y que si a los principios no se resiste, con mucha dificultad se pueden remediar los fines. Esto sentía particularmente de Erasmo Roterodamo y otros autores semejantes, aun mucho antes que la Yglesia cat3lica huviere contra sus obras dado la censura que despu3s avemos visto. Porque, como muy bien dize san Basilio, conviene que el religioso huya de los hereges y los tenga grande aversi3n, y que los libros que leyere sean aprovados y legítimos, y que no vea de los ojos los ap3cryphos y reprovados; porque sus palabras como, dize el Ap3stol, “cunden como c3ncer”.

Y es que nuestro ‘sentir y gustar’ (la orientaci3n de la sensibilidad que cada cual tiene la suya) es el que decide: nuestros deseos no pueden moverse en otro terreno, no podemos desear lo que nos repugna. Pero aqu3 descubre Ignacio una profunda interacci3n. Si es verdad que no puedo realmente desear lo que me repugne (lo que rechace mi sensibilidad) s3 puedo procurar fomentar deseos de deseos (cfr. Examen, c..4, 45 [102]). As3 lo refiere Lainez en sus **Pláticas sobre el Examen**.

II, 139-40 (D. 6, 17)

[17]. . . A me accadde non poter intendere questo punto del P. Ignatio di desiderare le ingiurie; et dicensoglielo io, et mi rispose che se non potevo desiderarle, che desiderassi desiderarle. Fac quod potes et dabitur quod non potes. Se deve almeno desiderare di desiderarle, et haver questa perfettione. “Concupivit anima desiderare iustificationes tuas”, et per questo bisogna sempre havere la gratia di Dio, la quale fa tre effectti nell’anima: di eccitare, di sanare et di roborare.

Pero, sin olvidar que estos “deseos de deseos” no tocan la realidad sino que abren a una orientaci3n de la sensibilidad que a3n no es real. As3 se entiende el dicho de Ignacio que recoge Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio** y vuelve a repetirlo en **Colecci3n de sentencias de S. Ignacio**.

II, 386 (D. 14, 95)

<95. Decía nuestro Padre, que si la perfecci3n estuvi3se solamente en tener buenos desseos, que no diera la ventaja en ellos a hombre que bivi3se sobre la tierra. Al Padre Laynez.>

DH, 1, 36. Decía, que si la perfecci3n consistiese en tener buenos desseos, que 3l no daría ventaja a hombre viviente. [Rib.]

III, 635 (D. 39, 5)

5. Dixo que si la perfecci3n consistiese en solos buenos desseos, que no diera ventaja a hombre viviente.

Y como testimonio de esta convicci3n en los primeros jesuitas leamos estas dos comparaciones del P. Francisco de Toledo que encontramos en **Recopilaci3n de dichos y hechos de algunos de la Compañía de Jes3s**.

III, 501 (D. 29, 82)

[82,53] 6 *Obiecta debent esse proportionata potentiis, nam auris non videt, nec nasus audit. Sic animalis homo non percipit ea, quae sunt spiritus Dei, quia non est proportionatum obiectum, cum ipse sit carnalis.*

[82,53] 6 Los objetos deben ser los adecuados a la capacidad; el oído no ve ni la nariz oye. Así el hombre carnal no entiende lo que viene del espíritu de Dios porque no está preparado ya que él mismo es carnal.

III, 504 (D. 29, F. 6)

[96, 65] 6 *Homines qui non expectant futuram gloriam, sed sua solatia hic quaerunt, sunt similes iis hominibus, qui invitati ad prandium splendidum, non possunt tempus prandii expectare, sed anteverunt, comedentes interim panem siccum, cepas. Quando autem appropinquat tempus prandii, non habent amplius appetitum, nec facultatem comedendi. Sic illi, quando evocantur ex hoc mundo, nullum gustum sentiunt ad gloriam futuram.*

[96, 65] 6 Los que no esperan la gloria futura sino que buscan aquí su felicidad, son como los invitados a un banquete espléndido y no pueden esperar a la hora de la comida sino que se adelantan y comen pan seco y cebollas. Cuando llega la hora de la comida han perdido el apetito y las ganas de comer. Así son los que, al salir de este mundo, no sienten ningún gusto de la gloria futura.

Como conclusión de este apartado del condicionamiento físico del hombre (su cuerpo y su sensibilidad), podemos hacer referencia a sus célebres **Reglas de la modestia** que Lainez promulgó por orden de Ignacio aludiendo a “cuánto caso hacía Dios de las cosas, que a los hombres parecen muy pequeñas”. Y es que en realidad somos exterioridad que se sensibiliza en una orientación concreta. Nuestros modales, a pesar nuestro, son simbólicos. Así, él quería que en todo el hombre exterior del jesuita “se vea la modestia y humildad y religiosa manera y buen ejemplo y edificación a todos aquellos que les vean”. (Evidentemente, este porte exterior simbólico cambia según contextos históricos y culturales).

Como concreción del sentido que la “modestia” debe tener, leamos la escena que nos describe Cámara en el **Memorial**.

I, 638 (D. 13, 181)

181. *Caminando una vez con él por el cobertizo que va desde la huerta a la Iglesia, nos encontramos con un Hermano que se llamaba Juan Domingo, novicio desde hacía pocos meses, romano de nacimiento, que tenía y traía siempre los ojos muy vivos y despiertos; quiriéndole amonestar el Padre para ayudarlo a corregirse, cayendo en la cuenta que aún era débil, le dijo estas palabras con mucha delicadeza: “Juan Domingo, ¿por qué no hacéis que aparezca también exteriormente en vuestros ojos la modestia que Nuestro Señor os ha impreso en vuestra alma?”*

Es decir, la modestia que Dios nuestro Señor nos ha dado ha de expresarse en nuestros ojos. Leamos, pues, en este contexto el sentido de unas “reglas de modestia” que hoy día tendrían otra concreción porque siempre tienen un sentido. De nuevo es Cámara en el **Memorial**.

1, 539-41 (D. 13, 21-22)

21.º *Platíquense en casa las reglas que el Padre hizo de la modestia, y generalmente se tenga este miramiento: que los que tuvieren más necesidad dellas, esos las lean o declaren a los otros, y ansí también en las otras faltas se haga lo mismo.*

de la modestia

22. Nuestro Padre estimaba mucho en los de la Compañía la modestia y compostura del hombre exterior; y, para ayudarnos a conseguirla, se aplicó con gran empeño a componer las reglas siguientes, ordenándome, como aquí se dice, que las hiciera observar en casa, valiéndose de penitencias y de todos los demás medios que para las otras reglas se emplean. Y, para que todos comprendieran estas reglas de la modestia, mandó el Padre Ignacio al Padre Laínez que las promulgase en una plática que para esto tuvo, a la que hizo asistir, sin faltar ninguno, a todos los de casa, así antiguos como nuevos. Y el tema de la plática fue aquello de Santiago en el capítulo IV de su epístola canónica: “Y escuchad ahora vosotros, los que decís: Hoy o mañana iremos a tal ciudad y pasaremos allí el año; comerciaremos y lograremos pingües ganancias. Pero ¡si no sabéis siquiera qué os va a suceder mañana!”. Sobre estas palabras habló largamente del mucho caso que Dios hace de las cosas que a los hombres les parecen muy pequeñas.

[NOTA: En el texto manuscrito del Memorial faltan dichas reglas, por más que en este pasaje diga el Padre Luis Gonçalves da Cámara que las ha transcrito antes. Es posible que pensara incluirlas entre la primera y la segunda frase del núm. 22, ya que en la primera habla de “las reglas siguientes”, mientras que en la segunda habla de “estas reglas”, como si el lector ya las conociese. Probablemente se olvidó de transcribirlas, quizá porque en el momento de componer estos pasajes no dispusiera del texto de las mismas. Aunque en todas las ediciones del Instituto de la Compañía se hallan traducidas al latín, es probable que San Ignacio las compusiera en castellano. Ofrecemos aquí un texto en español muy antiguo tomado de *cod. Instit. 24.*]

REGLAS DE LA MODESTIA

Aquello que deben guardar los hermanos de la Compañía en el andar público: en general se puede dizir brevemente de nuestros hermanos que en todo el hombre exterior se vea la modestia y humildad y religiosa manera y buen exemplo y edificación a todos aquellos que le[s] veen. Viniendo a lo particular se guarden las cosas següentes.

No vuelva la cabeça ligeramente a una parte ni a otra, mas con madurez y alegría quando cumplierse, y quando no fuese necesario, se tenga con moderada inclinación del pescueço para la parte de delante, ni a una parte, ni a otra.

Los ojos se tengan comúnmente baxos sin mucho alçarlos ni volverlos a una parte ni a otra; hablando, máxime con personas de respecto, no miren fixamente al rostro de las tales, antes abaxo del rostro comúnmente.

Las rugas en la frente se deben evitar, y mucho más en la nariz, para que la sinceridad de fuera muestre la que tienen de dentro.

Los labios ni mucho cerrados ni mucho abiertos.

Toda la cara y vulto muestre alegría antes que tristeza o otro efecto [sic pro afecto] menos ordenado.

La vistidura de arriba cubra todo lo debaxo en modo que solamente se vea la parte superior del pescueço.

Todos traigan los vestidos limpios.

Las manos si no se ocupan en alçar la veste, se tengan en modo decente e quieto.

El andar sea moderado sin notable priesa, si la necesidad no fuese urgente, guardando lo decoro quanto sea posible.

Todos los gestos finalmente y movimientos sean tales que muestren humildad y muevan a devoción a todos los que miraren para ellos.

Quando salen fuera de casa en número, tengan orden de dos en dos, o tres, de la manera que fueron ordenados.

Se aconteciere hablar, se alembarrarán [lusit. pro acordarán] de la modestia y de las palabras y modo de hablar,

Ninguno de casa o de la Compañía se atreverá a dizir palabra injuriosa o escandalosa a otro de la Compañía, ni de fuera, so pena de tres semanas, tres día de cada una, comer a la mañana y a la noche pan y vino y caldo y no otra cosa.

Por cierto que ante el accidente que ocurrió mientras se explicaban estas reglas, Ignacio comenta que “con este signo Dios mostraba que estas reglas no le desagradaban”, expresión que parece manifestar el sentido de búsqueda y tanteo que tenían sus numerosas y minuciosas reglas. Veamos cómo nos lo cuenta Ribadeneyra en sus **Hechos del P. Ignacio**.

II, 363 (D. 14, 60)

60. Eodem die iussit Pater ut omnes domestici ad unum explicationi huiusmodi regularum, quam Pater Laynez sub vesperum erat habiturus, interessent, et ut aequae sacerdos, neque professus, neque ex primis decem Patribus aliquis omnino exciperetur, id quod < insolens admodum et > inusitatum videbatur. Cum ergo in refectorium omnes convenissemus, et Pater Laynez in sua adhortatione pergeret, ecce tibi fragor ingentis ruinae refectorium concutit, et omnes que audierunt (audierunt autem plurimi), subito terrore commovet. Finita autem Patris admonitione in hortum regredimur, et tectum quoddam, quod eam partem horti contegebat, in quam praecipui Patres a coena convenire consueverant, et, considerantes, de rebus spiritualibus inter se confabulabantur, repente concidisse videmus; et Domini benignitatem et Patris nostri spiritum admiramur, qui, nisi praeter consuetudinem praecepisset ut ea hora expositio regularum fieret, et ut omnes, ne uno quidem excepto, adessent, sine dubio aliquem ex Patribus tectum illud ruina oppressisset; eo namque, ut dictum est, tempore a coena animi gratia eo loci Patres congregabantur. Ubi autem rem Pater rescivit, dixit Deum hoc signo ostendisse huiusmodi regulas sibi esse non ingratas.

60. El mismo día mandó que, todos los de casa, asistieran, en común, al atardecer, a una explicación que daría el P. Laínez sobre estas reglas y que de ningún modo se dispensase a nadie: los sacerdotes, los profesos y los que hubiera de los diez primeros compañeros lo cual se veía como “algo desacostumbrado y raro”. Al reunirnos todos en el refectorio y cuando el Padre Laínez iba adelante en la plática, de pronto, el refectorio fue sacudido por el ruido de un gran desplome y todos lo que lo oyeron (fueron muchos) quedaron aterrorizados. Acabada la plática volvimos al huerto y vimos que de pronto se había caído el techo que cubría aquella parte del huerto en la que acostumbraban reunirse los Padres graves después de la cena y se sentaban para hablar de cosas espirituales. Nos quedamos admirados de la bondad de Dios, y de la intuición de nuestro Padre, que había mandado fuera de la costumbre que se hiciera a aquella hora la exposición de las reglas y que no faltara ni uno; alguno de los Padres hubiera sido sepultado por el tejado porque, como se ha dicho, allí se reunían los Padres después de la cena por lo agradable del lugar. Cuando el Padre lo supo dijo que Dios había mostrado con esta señal que estas reglas no le desagradaban.

Pero volviendo al tema de la exterioridad terminamos con su preocupación por la limpieza y la estética que dejó plasmada en las **Reglas del Ministro**.

III, 653 (D. 41, 39)

[39] *Quolibet die vespere Minister, ex praescripto regulae suae, et ex speciali commissione sancti Patris in ea regula nominata, tenebatur visitare omnia loca secreta domus, in quibus si invenisset vel unam solam guttulam urinae sparsam in terra, vel supra sedem, vel ex olla non effusam, vel portulam apertam, vel foramen sedis asserculo non coopertum, debebat in authorem inquirere, eumque solemniter poenitentia mulctare iussu eiusdem P. Ignatii. Hae sunt verba formalia istius regulae.*

[39] El Ministro estaba obligado a visitar cualquier día por la tarde, por mandato especial del santo Padre expresado en esa regla, todos los retretes de la casa y si encontraba una sola gota de orines en el suelo o sobre el asiento o por no haber echado el agua o que la puerta estuviera abierta o no tapado el asiento del agujero, debía averiguar quién había sido el autor y ponerle una buena penitencia por mandato del mismo Padre. Estas son las palabras exactas de esta regla.

B. El hombre como ser condicionado psíquicamente

Al final del apartado de la sensibilidad hemos introducido el tema de los deseos, que entrarían estrictamente en el campo de los condicionamientos psíquicos. Pero para mostrar la tremenda unidad de la concepción ignaciana del hombre, hemos querido iniciar dicho tema en su entronque con la sensibilidad, porque creemos que de hecho así es. Y es que en Ignacio es muy difícil tratar cualquier tema sobre el hombre sin tocar los demás: todo está implicado.

Pero además, tenemos que tener en cuenta otra observación. Ignacio nunca trató nada sobre el hombre de forma abstracta (quizás sólo la 1ª parte del Principio y Fundamento), ni meramente descriptiva, sino en cuanto ayudaba para que el hombre concreto se orientase en su praxis, en sus búsquedas y decisiones.

Esto supuesto, vamos a subdividir este apartado en dos temas:

- a) la indiferencia y
- b) la penitencia, en cuanto puede posibilitarla y facilitarla

a) La indiferencia como estado previo a la decisión del hombre

Efectivamente, la indiferencia no sería un tema a plantear si no estuviésemos condicionados. Este tema, como es natural, hay que enmarcarlo en la 2ª parte del P.F. Frente a la afirmación de la primera de que el hombre está llamado a un “para” que sólo alcanzará desde su opción (ya que no está programado), en la 2ª supone que todos estamos condicionados previamente “por lo cual es menester hacernos indiferentes...” (porque no lo estamos). Es una tarea que todo hombre ha de plantearse previamente a su decisión.

Pero quiero también aludir a otros dos números de EE especialmente sugerentes. El primero es EE 177 (3º tiempo para hacer sana y buena elección). Lo llama “tiempo tranquilo”, que describe de la siguiente forma: “*Dixe tranquilo quando el ánima no es agitada de varios espíritus y usa de sus potencias naturales libera y tranquilamente*”. Quizás sea la formulación más sugerente de lo

que Ignacio entendía por indiferencia. Efectivamente, dos números después, en el **Primer modo para hacer sana y buena elección**, nos dice: “Segundo: es menester tener por objeto el fin para que soy criado, que es para alabar a Dios nuestro Señor y salvar mi ánima; y con esto hallarme indiferente sin affección alguna dessordenada, de manera que no esté más inclinado ni ni afectado a tomar la cosa propuesta, que a dexarla, ni más a dexarla que a tomarla; mas que me halle como en medio de un peso para seguir aquello que sintiere ser más en gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi ánima” [EE 179].

Es decir, yo no podré “usar de mis potencias naturales líbera y tranquilamente” si mi inclinación y afección (deseo) previas están fijadas en algo. Esta fijación impedirá que mi búsqueda sea mía (líbera) y objetiva (tranquilamente). Para esto es necesario que me “halle indiferente”.

Esto supuesto veamos un sugerente texto de Cámara en el **Memorial**.

I, 596-7 (D. 13, 117)

N. P. dixo una vez estas palabras: “Yo deseo mucho en todos una general indiferencia, cte.; y así, presupuesta la obediencia y abnegación de su parte del súbdito, yo me tengo hallado mucho bien de seguir las inclinaciones”. Y según esto hace el Padre, id est, quando quiere mandar a uno al estudio, o a una parte fuera, o darle un oficio de trabajo, examínale a qué está más inclinado (presupuesta la indiferencia). El modo de examinar es, hacerle hacer oración o decir misa, y dar por escrito tres puntos: Lo uno, si se halla aparejado para ir conforme a la obediencia; 2º, si se halla inclinado a ir; 3º, si le dexasen en su mano, cuál escogería. También usa otro modo de examínale, y es por alguno que le hable y saque dél su inclinación. Lo primero usa el Padre en cosas de más importancia, como en misiones, etc., en las quales hace escribir a todos, como para el Preste hizo y para Loreto. Lo segundo usa en quasi todos, o en todos, quando no consta de la inclinación, por la qual N. P. se mueve tanto, que, quando delibera en la consulta de quién irá a tal parte, o de quién hará tal cosa (después de presupuesta etiam la aptitud), una de las razones que el Padre más pondera es, que aquel tal se inclina o no inclina: y esta es una cosa muy ordinaria.

Es también verdad que, aprobando el Padre estas inclinaciones subyectas a la obediencia, todavía loa mucho aquellos, que nunca tienen inclinación a nada, sino a obedecer; qual fue el P. Nadal el otro

Éste es el actual provincial de Francia

Ferrão, noble portugués de Castello Branco

día, que dio por escrito, quando se trataba de la ida a Loreto, que a ninguna cosa se inclinaba sino a no inclinarse: y qual fue Oliverio, retor moderno de Loreto, que nunca el Padre le pudo sacar si quería ir a Venecia, o estar en Augubio (a éste por este hecho loó mucho el Padre: y qual fue Ferrón, que tantos días le ha hecho el Padre hacer oración notable espacio en la capilla, y nunca se pudo sacar dél, se era inclinado a estudiar o no estudiar, aun-

que el Padre usó de muchos medios y quasi fuerças para que dixese.

Este tema tan sugerente lo desarrollaremos más detenidamente en el **Modo de gobierno**, pero es importante traer aquí este texto porque en él aparece que la indiferencia no quiere decir convertirnos en una materia amorfa y genérica, sino la posibilidad de que mi realidad (con unas inclinaciones y potencialidades concretas) pueda abrirse al servicio de mis capacidades no desde mis caprichos o condicionamientos previos, es decir que pueda decidir desde mi “mera libertad y querer” [EE 32].

Pero en el párrafo segundo parece decir lo contrario: “todavía loa mucho aquellos que no tienen inclinación a nada, sino a obedecer” y pone tres ejemplos. En los tres los protagonistas son personas de gran confianza para Ignacio, cuyas capacidades conocía de sobra. Más aún, en el caso del Ferrón aparece claramente que Ignacio buscaba la inclinación, pues dice que “usó de muchos medios y quasi fuerças para que dixese”.

Lo mismo nos narra el P. Nicolás Lancicio en **Colección de sentencias y hechos de N. P. Ignacio**.

III, 645-6 (D. 41, 7)

[7] *Etsi omnes subditos plena cuperet indifferentia pollere, et paratos esse sine delectu locorum, graduum et officiorum a voluntate superiorum pendere, magnam tamen habebat rationem innatae inclinationis. Atque ita, insinuaturus aliquod officium alicui non vulgare, tria ab illo exigebat: primo ut explicaret scripto, paratusne sit id facere, quod superior praescriberet; 2º an sit propensus ad hoc de quo deliberatur; 3º quam partem eligeret si eius arbitrio res tota relinqueretur. Et hac ratione, praesupposita aptitudine hominis et obedientiae ac abnegationis fundamento, ordinarie in rebus maioris momenti inclinationem subditi S.P. sequebatur. In rebus vero levioribus, in quibus nulla sese subditi prodebat propensio, eum per eius familiarem aliquem investigare conabatur. Quam etiam ob causam in consultationibus, inter motiva iniungendi alicuius officii alicui, quod sanctus Pater magis ponderabat, erat inclinatio subditi ad faciendum aliquid vel non faciendum. Verumtamen quamvis sanctus Pater probaret inclinationes subditi obedientiae subiectas et ad omnem eius nutum paratas, magis tamen laudabat illas, quae ad nullam rem in particulari propendebant, sed tantum ad id, quod superior diserte praescriberet.*

[7] Aunque deseaba en todos los súbditos que tuvieran en gran estima la indiferencia y el estar dispuestos a depender de la voluntad del superior sin ninguna preferencia por el lugar, grados u ocupaciones, sin embargo tenía muy en cuenta la natural inclinación. Por eso cuando proponía alguna ocupación de importancia a alguien le pedía tres cosas: 1º que pusiera por escrito si estaba dispuesto a hacer lo que mandara el superior; 2º si estaba inclinado a lo que se le proponía, 3º qué elegiría si todo el asunto se le dejase a él para decidir. Y con este modo de proceder el santo Padre, en las cosas de mayor importancia, seguía ordinariamente la inclinación del súbdito, supuesta la disposición a la obediencia y el principio de la abnegación. En las cosas de menor importancia, en las que no veía ninguna inclinación del súbdito, procuraba saberla por alguno de sus amigos. Por esta causa, el santo Padre valoraba mucho, en las consultas que trataban de las razones para dar alguna ocupación, la inclinación del súbdito para hacer o no alguna cosa. Pero aunque el Padre sondeaba la inclinación del súbdito sometida a la obediencia y dispuesta a todo lo que le mandara, alababa más aún a los que no se inclinaban a nada en particular sino solamente a lo que el superior ordenara.

Por último quiero traer la descripción que hace Ribadeneyra en la **Vida** sobre cómo escribía las **Constituciones** o “quando determinaba qualquier cosa grave e importante”.

IV, 739 (L. 5, 4)

4. *Quando escribía las Constituciones y quando determinava qualquiera cosa grave e importante, siempre (como diximos) la consultava primero por la oración con nuestro Señor; y la manera de consultarla era esta. Desnudávase primeramente de qualquiera pasión y afecto que suele ofuscar el juicio y escurecerle, de manera que no pueda tan fácilmente descubrir el rayo y luz de la verdad, y poníanse sin inclinación ni forma alguna, como una materia prima, en las manos de Dios nuestro Señor. Después con grande vehemencia, le pedía gracia para conocer y para abraçar lo mejor. Luego considerava muy atentamente y pesava las razones que se le ofrecian por una parte y por otra y la fuerça de cada una dellas, y cotejándolas entre sí. Al cabo bolví a nuestro Señor con lo que avía pensado y hallado, y poníalo*

todo delante de su divino acatamiento, suplicándole que le diese lumbre para escoger lo que le avía de ser más agradable.

5. Preguntó algunas vezes, mientras que escribía las Constituciones, al padre maestro Laynez que, pues avía leído todas las vidas de los santos que han fundado religiones y los principios y progressos dellas, le dixesse si creía que Dios nuestro Señor avía revelado a cada uno de los fundadores todas las cosas del instituto de su religión, o si avía dexado algunas a la prudencia dellos y a su discurso natural. Respondió a esta pregunta el padre Laynez que lo que él creía era que Dios nuestro Señor, como autor y fuente de todas las religiones, inspirava y revelava los principales fundamentos y cosas más propias y más sustanciales de qualquiera de los institutos religiosos a aquél que el mismo tomava por cabeça y por principal instrumento para fundarlas. Porque como la religión no sea invención de hombres, sino de Dios, el qual quería ser servido de cada una dellas en su manera, era menester que el mismo Dios descubriese y manifestasse a los hombres lo que ellos no podían por sí alcançar. Pero que las demás cosas que se pueden variar y mudar con los tiempos y lugares y otras circunstancias, las dexava a la discreción y prudencia de los fundadores de las mismas religiones, como vemos que lo ha hecho también con los ministros y pastores de la Yglesia, en lo que toca a su governación. Entonces dixo nuestro padre: – Lo mismo me parece a mí –. De cuyas palabras parece que se puede colegir, que a lo menos las cosas más sustanciales y que son como los fundamentos y nervios de nuestro Instituto, Dios nuestro Señor se los reveló a nuestro padre Ignacio. Y que quando se le ofreció determinar alguna que no era tan sustancial, preguntó aquello al padre Laynez para ver si la podía ordenar, aunque no tuviesse revelación della como de las demás.

Es una formulación sugerente de la indiferencia. De lo que se “desnudaba” era de “qualquier pasión y afecto que suele ofuscar el juicio y escurecerlo”. Es prácticamente al pie de la letra EE 177. La exigencia de indiferencia previa a la búsqueda es, por tanto, no una anulación sino la posibilitación de ser uno mismo con sus “potencias naturales” y no ser “ofuscado” (¿alienado, diríamos hoy?).

b) La penitencia como posibilitadora del descondicionamiento del hombre

Evidentemente podríamos haber situado, con toda lógica, la penitencia en los condicionamiento físicos. Más aún parece su lugar apropiado y si queremos, allí podemos situarla. Sin embargo, al emplazarla aquí, queremos resaltar algunos aspectos de la concepción ignaciana de la penitencia especialmente novedosos en aquella época y que, resaltaremos al final.

Pero partamos como siempre de los EE. En la 10ª Adición nos divide la penitencia en interna y externa afirmando que la segunda es fruto de la primera. Si ésta es una experiencia de conversión, la externa ha de ser algo que apunte eficazmente a dicha conversión [EE 82]. Después de distinguir tres maneras de penitencia (“comer”, “modo de dormir” y “castigar la carne” [EE 83-86]) añade tres notas. Sólo voy a fijarme en un aspecto de la primera y en la tercera. En la primera [EE 87] nos dice en la segunda razón de por qué se hace penitencia lo siguiente: “por vencer a sí mesmo, es a saber, para que la sensualidad obedezca a la razón, y todas partes inferiores estén más subiectas a las superiores”. ¿No es esto una formulación paralela del estado de indiferencia que nos describía en el apartado anterior? Y en la 7ª regla de ordenarse en el comer vuelve a decirnos lo mismo “sino que sea señor de sí, ansí en la manera del comer, como en la cantidad que come” [EE 216].

En la tercera nota [EE 89] la penitencia pierde totalmente cualquier sentido en sí misma “porque a algunos conviene hacer más penitencia y a otros menos”. Por eso hay que hacer “mudanzas” porque Dios “muchas veces da a sentir a cada uno lo que le conviene” porque “en infinito conoce mejor nuestra natura”. Se convierte, de este modo, en un medio para descubrir lo que conviene a nuestra natura. Lo mismo van buscando las **Reglas para ordenarse en el comer**. Y es que la penitencia debe pretender ese ordenarse.

Vamos a dividir el tema en dos apartados:

- 1.º Evolución de su concepto de penitencia.
- 2.º Finalidad de la penitencia.

1. Evolución de su concepto de penitencia

Al comienzo de su conversión la penitencia tiene un sentido en sí misma. Y así consta en todos los documentos.

Veamos como nos cuenta Laínez en su **Carta** aquellos primeros tiempos de su conversión.

I, 74 (D. 6, 4)

4. Y así entonces con buena intención le parecía que la sanctidad se había de medir por austeridad, de manera que aquel que más austera penitencia hiciese, sería delante de Dios nuestro Señor más sancto; y esto le hacía tornar propósito de hacer vida muy austera; y así, sin otro maestro exterior, ni comunicar su deliberación a otros, se determinó, con pretexto de ir a la corte del Duque de Nájera, de salirse de su casa y totalmente renunciar su tierra y los suyos y a su mismo cuerpo, y entrar en la vía de la penitencia.

Esta era la visión simplista al salir de Loyola: “la sanctidad se había de medir por la austeridad”. Es curioso que Laínez observa “con buena intención”. Ignacio va a tener muy claro después que ésta no basta. Vemos también, en contraste con lo que hemos dicho sobre su concepción del cuerpo, la actitud del comienzo: “renunciar... a su mismo cuerpo”. Por último, observar que toda esta decisión va a ser en solitario, sin nadie que le pueda objetivar: “sin otro maestro exterior”.

Y la misma descripción nos hace Polanco en el **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús**.

I, 558 (D. 7, 10)

10, Determinado, pues, de emplearse del todo en el divino servicio y con ánimo de mucho extremarse en él, iba leyendo las vidas de los Santos en lengua vulgar y sacando dellas los puntos que le parecían de mayor santidad para imitarlos: teniendo más ojo a los exteriores ejercicios y penitencias que a otras cosas internas, las cuales aún no entendía: pareciéndole que la perfección se había medir por la aspereza exterior, de manera que aquel que más austera penitencia hiciese, le parecía que sería delante de Dios nuestro Señor más sancto; y esto le hacía tomar propósitos de hacer vida muy áspera.

Pero leamos lo que el mismo Ignacio nos dice en la **Autobiografía**. Es la primera concreción de su incipiente discernimiento.

I,374-5 (D. 12,9)

9. Y cobrada no poca lumbre de aquesta lección, comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en cuánta necesidad tenía de hacer penitencia della. Y aquí se le ofrecían los deseos de imitar los santos, no mirando más circunstancias que prometerse así con la gracia de Dios de hacerlo como ellos lo habían hecho. Mas todo lo que deseaba de hacer, luego como sanase, era la idea de Jerusalén, como arriba es dicho, con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso, encendido de Dios, suele desear hacer.

Pero es en el nº 14 de la **Autobiografía** donde va a evaluar aquellos primeros momentos

I. 382-3 (D. 12, 9)

[14]. Y en este camino le acaeció una cosa que será bueno escribirse, para que se entienda cómo nuestro Señor se había con esta ánima que aún estaba ciega, aunque con grandes deseos de servirle en todo lo que conociese; y así determinaba de hacer grandes penitencias, no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por

Tenía tanto aborrecimiento a los pecados pasados, y el deseo tan vivo de hacer cosas grandes por Dios, que, sin hacer juicios que sus pecados eran perdonados, todavía en las penitencias que emprendía a hacer no se acordaba muchos dellos.

sus pecados, sino agradar y aplacer a Dios. Y así, cuando se acordaba de hacer alguna penitencia que hicieron los Santos, proponía de hacer la misma y aún más. Y estos pensamiento tenía toda su consolación, no mirando a cosa ninguna interior, ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción para reglar ni medir estas virtudes, sino toda su intención era hacer destas obras grandes exteriores, porque así las habían hecho los santos para gloria de Dios, sin mirar otra ninguna más particular circunstancia.

Empieza diciendo que su ánima “aún estaba ciega, aunque con grandes deseos de servirle en todo lo que conociese”. Ni la “buena voluntad” a la que aludía Laínez ni estos “grandes deseos” acceden de por sí a la verdad real, objetiva. Más aún, su determinación “de hacer grandes penitencias” no tenían ya tanto el sentido de “satisfacer por sus pecados” (cfr. EE 87), “sino agradar y aplacer a Dios”. Y en la nota que añade Cámara al margen vuelve a insistir que sus penitencias, en aquel momento, no guardaban una relación directa con sus pecados, sino que tenían sentido en ellas mismas, “y en estos pensamientos tenía toda su consolación, no mirando a cosa ninguna interior”. Este subrayado nuestro es lo que nos concreta en qué consistía la “ceguera” de su ánima. Y vuelve a decirnos que “toda su intención era hacer destas obras grandes exteriores”. Nunca valoraremos suficiente esta visión que el Ignacio maduro (a sus 62 años) nos da de esta época de su vida y la crítica que de ella hace: la concreción de aquellos “grandes deseos de servirle en todo lo que conociere” en hacer las “grandes penitencias... que hicieron los Santos... y aún más”, era pura ceguera ‘exterior’. Para Ignacio, la santidad no va a ser una generosidad autónoma y aislada de la realidad, sino ‘circunstanciada’, no “sin mirar otra ninguna más particular circunstancia”. La santidad va a ser respuesta desde lo que él va a llamar “virtudes sólidas” (“humildad”,

“caridad”, “paciencia”) que han de ser regladas y medidas por la discreción–deliberación que las sitúa en la realidad (en las circunstancias) (Remitimos a lo que diremos sobre ser contemplativos en la acción).

Lo mismo describe Ribadeneyra en su **Vida** aludiendo al deterioro de su salud y a que “era principiante en las cosas espirituales y poco ejercitado en las virtudes” aunque con grandes fervores.

IV, 109-11 (L. 1, 20)

20. *Pedía limosna cada día; pero ni comía carne, ni bebía vino, solamente se sustentaba con pan y agua; y aun esto con tal abstinencia, que si no eran los domingos, todos los demás días ayunaba. Tenía el suelo por cama, pasando la mayor parte de la noche en vela. Confesábase todos los domingos, y recibía el santísimo sacramento del altar. Tenía tanta cuenta con irse a la mano, y tomaba tan a pechos el sojuzgar su carne y traerla a la obediencia y servicio del espíritu, que se privaba y huía de todo lo que a su cuerpo pudiese dar algún deleite o regalo. Y así, aunque era hombre robusto y de grandes fuerzas, a pocos días se enflaqueció y marchitó la fuerza de su antiguo vigor y valentías, y quedó muy debilitado con el rigor de tan áspera penitencia. Vino con esto a traer a sí los ojos de las gentes, y tras ellos los coraçones. De manera que muchos que se le allegaban, y deseaban tratar familiarmente con él, quando le oían, quedaban por una parte maravillados, y por otra inflamados para todo lo bueno. Porque, aunque él era principiante en las cosas espirituales, y poco ejercitado en las virtudes; pero estaba tan abrasada su ánima en el fuego del amor divino, que no podían dexar de salir fuera sus llamas y resplandores.*

En resumen, vemos que una penitencia puramente exterior (cfr. EE 82), ‘autónoma’ y no fruto de la interior (“dolerse de sus pecados con firme propósito de no cometer aquellos ni otros algunos”) es pura ceguera.

Pero veamos cómo describe Nadal estos comienzos en su **Exhortaciones en España**.

I, 306-7 (D. 10, 3-5)

[3]. *Andando el P. M. Ignacio con estos deseos y divinas mociones, se inclinó a hacer penitencia, pensando que en esto agradaría más al Señor, conforme a lo que Christo comenzó a predicar, dicens:*

Instruere per orationem primum est vincere se ipsum per poenitentiam, deinde proximum adiuuare; et hoc processit ordine P. Ignatius, poenitentiam enim egit contemplationi vacans, deinde se in ministerio proximi exercuit, docens et aliis praedicans quod in se prius fuerat expertus.

paenitentiam agite; y en esto experimentó muchas cosas, y sacó de la experiencia claro conocimiento de lo que conviene que hagamos los que seguimos este espíritu. Hacía en este tiempo cosas extraordinarias en penitencia, teniendo cada tres veces disciplina, y 7 horas de oración, dormiendo en tierra y comiendo pan y agua, y estuvo una vez 7 días sin comer ni beber por vencer sus escrúpulos, y conoció que no convenía tanta penitencia.

[4] *Fue desta manera su despedida a hacer penitencia: que pensando entre sí, cómo se armaría como caballero de Cristo, compró un saco y una cuerda y un palo, y confesándose generalmente y comulgando un día de la Anunciación de nuestra Señora 1522 se fue así a hacer penitencia.*

[5] *En este tiempo, guiándole N.S., comenzó a tratar del interior de su alma y de la variedad de los espíritus, dándole el Señor en esto conocimiento y sentimientos muy vivos de los misterios divinos y de la Iglesia; y aunque comenzó a escribir, pero no perseveró¹.*

De un “pensando que en esto agradaría más al Señor...”, “sacó de la experiencia claro conocimiento de lo que conviene que hagamos los que seguimos este espíritu”. Y esto en la medida en que “comenzó a tratar del interior de su alma y de la variedad de los espíritus”. De nuevo la contraposición exterior-interior del nº 14 de la **Autobiografía**.

Y el mismo Nadal en las **Pláticas de Alcalá** vuelve a tocar el mismo tema.

II, 188-9 (D. 8, plat. 2á, 6-7)

[6] *Aviendo, pues, determinado de mucho servir a nuestro Señor, comenzó por la penitencia. Buen principio, qual nos manda el Evangelio que tomemos: “penitentiam agite”. Y su penitencia al principio era extraordinaria. Fuése a Monserrate, y después a Manrresa. Vistióse de un saco, dando sus vestidos, sin bonete, con un çapato, porque no tenía sana del todo la pierna.*

[7] *Ayunava toda la semana a pan y agua; sólo el domingo vevia un poco de vino. Haçia en aquel principio la diçiplina çinco veçes al dia, y siete oras de oraçion; asistía a las horas canónicas y oía las missas y vísperas y completas, y él lo escrivió, quando lo haçía. Siempre tubo el Padre este espíritu eclesiástico. Pedía por amor de Dios el comer, porque luego quando llegó Monserrate. todo lo que tenía dió por amor de Dios. En fin, nuestro Padre en aquel tiempo realmente hizo excessos en la penitencia que no son para imitar; antes esse hyerro suyo permitió nuestro Señor que fuesse para que tomase experiencia, y después nosotros no herrásemos. Pero, biniendo a la práctica, es menester que todos los de la Compañía tengamos desseo de nuestra parte de haçer tanto como él, y aun más, reglados tamen, por el juiçio del superior.*

“En fin, nuestro Padre en aquel tiempo realmente hizo, exceso en la penitencia que no son para imitar”. Pero su “error” posibilitaría que “después nosotros no errásemos”. Pero aquí Nadal va a suprimir la ‘discreción’ personal para aludir simplemente a la objetivación del superior, objetivación de la que él se va a servir con respecto a su confesor, pero no como criterio exclusivo.

Efectivamente, en la **Autobiografía** nos describe cómo corrige su propósito de no comer carne (“y le vino un grande asenso de la voluntad para que de allí adelante la comiese”). “Y no podía dudar en ello, sino determinarse que debía comer carne”. Y ante la sospecha de su confesor de “que mirase por ventura si era aquello tentación”, él “examinándolo bien, nunca pudo dudar dello”.

I, 400-1 (D. 12, 27a)

27a. *Y perseverando en la abstinencia de no comer carne, y estando firme en ella, que por ningún modo pensaba mudarse, un día a la mañana, cuando fue levantado, se le representó delante carne para comer, como que la viese con ojos corporales, sin haber precedido ningún deseo della; y le vino también juntamente un grande asenso de la voluntad para que de allí adelante la comiese; y aunque se acordaba de su propósito de antes, no podía dudar en ello, sino determinarse que debía comer carne. Y contándolo después a su confesor, el confesor le decía que mirase por ventura si era aquello tentación, mas él, examinándolo bien, nunca pudo dudar dello.*

1. Scribere incepit librum de Trinitate. EP. LAIN. nº 12.

Es decir, la confrontación de objetivación exterior (confesor), no puede suplir totalmente el discernimiento personal.

Y es que, efectivamente, esta objetivación del confesor fue decisiva para interrumpir el ayuno indefinido (mientras no peligrase su vida), que había emprendido con ocasión de sus escrúpulos (**Autobiografía**).

I, 396-9 (D. 12, 25)

23. Esto acaeció un domingo después de haberse comulgado; y toda la semana perseveró sin meter en la boca ninguna cosa, no dejando de hacer los sólitos ejercicios, aun de ir a los oficios divinos, y de hacer su oración de rodillas, aun a media noche, etc. Mas, venido el otro domingo, que era menester ir a confesarse, como a su confesor solía decir lo que hacía muy menudamente, le dijo también cómo en aquella semana no había comido nada. El confesor le mandó que rompiese aquella abstinencia; y aunque él se hallaba con fuerzas, todavía obedesció al confesor, y se halló aquel día y el otro libre de los escrúpulos; mas el tercero día, que era el martes, estando en oración, se comenzó acordar de los pecados; y así, como una cosa que se iba enhilando, iba pensando de pecado en pecado del tiempo pasado, pareciéndole que era obligado otra vez a confesallos. Mas en la fin destes pensamientos le vinieron unos desgustos de la vida que hacía, con algunos ímpetus de dejalla; y con esto quiso el Señor que despertó como de sueño. Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las liciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido, y así se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas; y así de aquel día adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por su misericordia.

El confesor parece que tuvo que recurrir a negarle la absolución si no le obedecía (según Ribadeneyra, **Vida**, L, 1, 28)..

Lo mismo nos relata Polanco en el **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús**.

I, 161-2 (D. 7, 20)

20. En este tiempo se confesó generalmente, y creo diversas veces, no pudiendo quietarse en sus escrúpulos, los cuales tanto le acosaban y afligían, sin que humanamente pudiese hallar remedio, que se determinó (en espíritu de fe como el fin mostró), de no comer hasta que hubiese de Dios esta gracia de quietarse en ellos. Y así lo puso por obra y estuvo un día, y dos y hasta 8 que perseveró en no comer cosa alguna; y es cosa de gran maravilla, y que muestra bien la supernatural ayuda de Dios nuestro Señor, que en tanto tiempo que por vía natural no pudiera conservar la vida, no disminuía nada de sus devociones, ni trabajos espirituales ni corporales, ni se sentía nada faltar en las fuerzas de ánimo y cuerpo; y al cabo de ocho días confesándose, y entendiéndolo su confesor que no comía ni bebía, y la causa por que, comenzó a le espantar, y decir no le daría la absolución cte., si no se disponía a creer que Dios le hubiese perdonado, y a comer; y así, por este medio, su bondad infinita le quietó, y consoló mucho, y libre de tal pasión, comenzó a comer.

Laínez en su **Carta** cuando hace referencia a este ayuno dice que fue “en espíritu del Señor (según que el buen fin demostró)”. Pero no menciona la intervención del confesor.

I, 80-1 (D. 6, 11)

11. Y hacia este tiempo, poco a poco iba haciendo discursos de su vida pasada, y conociendo intensamente la variedad de sus pecados, y amargamente a llorarlos, y entretanto por diversos escrúpulos y angustias y tentaciones y aflicciones espirituales; y en ellas nuestro Señor le daba gran fortaleza y humildad para buscar y procurar los remedios; de manera que una vez, entre las otras, viéndose demasadamente tentado y afligido, y no hallando por vía humana remedio, en espíritu del Señor (según que el buen fin demostró), estuvo siete días sin comer y sin beber, al fin de los cuales fue ayudado y consolado de nuestro Señor.

2. Finalidad de la penitencia

Según la última cita de Laínez veíamos que cualquier penitencia ha de evaluarse, no en sí, sino por el 'buen fin' que consiga. Y este fin, como veíamos al enfocar el tema partiendo de los EE, era el ser "señor de sí". Así nos describe Cámara en el **Memorial** el dominio de sus "pasiones interiores, que no toma dellas más, sino quanto la razón quiere". Es, al pie de la letra, el segundo efecto de la primera nota sobre la penitencia (EE 87). Ignacio nunca pretende eliminar o destruir ninguna potencialidad humana sino encauzarla 'ordenarla', poder ayudarse de ella y no ser su víctima.

I, 543 (D. 13, 26-27)

26. El Padre, así en el uso como en todos los demás movimientos exteriores, siempre parece que primero precede la consideración; y así se demuestra airado muchas vezes y enojado, estando sin ningún enojo; y alegre y amoroso con uno, no le teniendo tanto amor; et breviter: en quanto se puede juzgar por los que le conversan, es tan señor de las pasiones interiores, que no toma dellas más, sino quanto la razón quiere,

señor de las pasiones

27. Una de las cosas que más resplandecía en Nuestro Padre era este dominio de las pasiones interiores y movimientos exteriores, con lo que edificaba y convencía tanto a los que le trataban, que sólo con esto ganó para la Compañía a personas muy distinguidas. De esta manera rindió al Padre Doctor Miguel de Torres, invitándolos y comiendo algunas veces con él en Roma; así ganó a los Padres Nadal, Madrid y a otros muchos, sin otro medio de persuasión que el modo de comportarse en la mesa comiendo y hablando con ellos.

Es muy significativo y pintoresco el diálogo que nos reproduce Simón Rodríguez en su **Comentario sobre el origen y progreso de la Compañía de Jesús** entre los primeros compañeros con ocasión del hambre que pasaron yendo de Venecia a Ancona. Exhaustos y sin fuerzas echaban de menos el pan que habían dejado de comer en Venecia en una penitencia que hicieron. "Si yo ahora tuviese la fuerzas que perdí en aquella penitencia... debilitándonos tanto, iría ahora a cualquier sitio y pediría algún socorro para esta necesidad."

III, 65-7 (D. 3, 49)

[49] *En cuanto salieron de Venecia, caminaron por la orilla del mar Adriático hasta Ancona; y en este camino tardaron hasta dos o tres días casi sin comer, por no encontrar sitio donde poder pedir limosna (hasta que llegaron a Ravena). En una ocasión les pasó que se sentían tan débiles, tanto por la falta de alimento como por los trabajos del camino, que no podían avanzar ni tampoco volver atrás; y no tenían otra esperanza ni otro remedio humano sino encomendarse a Dios; y siempre en estos trabajos cada uno de ellos parecía sentir más los trabajos de los demás que los suyos propios. En uno de estos trabajos (unos tumbados en el suelo y los otros sentados en él de lo puramente débiles y agotados que se sentían) se acercó uno de los padres a otro y le dijo: “¿Os acordáis de la penitencia que hicimos en Venecia dejando de comer aquella porción de pan que era necesaria para el sustento del cuerpo?”, y enseguida, presuponiendo que el otro padre le entendía, añadió: “Si yo ahora tuviese la fuerzas que perdí en aquella penitencia que los dos hicimos debilitándonos tanto, iría ahora a cualquier sitio y pediría algún socorro para esta necesidad.”*

Nuestro Señor todavía les dio fuerza y pudieron seguir adelante y encontraron algún socorro, aunque poquita cosa.

Al margen de lo exagerado que es siempre Simón Rodríguez en sus descripciones, revela hasta qué punto había calado en aquellos hombres la concepción ignaciana de la penitencia exterior.

En **Recopilación de dichos y hechos de algunos de la Compañía de Jesús** se nos relata lo siguiente.

III, 541 (D. 29, K, 8)

8 Antequam nostri haberent regulas, faciebant mortificationes ex arbitrio suo. Quidam petiit consilium a Patre quodam: quid ei faciendum, si obdormiret in oratione? Respondit Pater :- Facias disciplinam -. Et si adhuc subreperet somnus, pergeret secundo. Quod si tertia vice obdormiret, satisfaceret in nomine Domini somno, esse enim tunc signum quod natura indigeret somno.

8 Antes de que los nuestros tuvieran reglas, cada cual hacía las mortificaciones según su propio parecer. Uno preguntó a cierto Padre qué debía hacer si se dormía en la oración. El Padre respondió: toma una disciplina. Y si todavía sigue el sueño, toma otra. Y si a la tercera vez aún sigue el sueño, duérmete en el nombre del Señor porque es señal de que la naturaleza necesita dormir.

En todo lo que llevamos visto aparece un claro desplazamiento desde una valoración de la penitencia exterior en cuanto tal, hacia la concepción de un puro medio que puede ser totalmente contraproducente. De ahí su decisión de que en tiempo de estudios no se hiciesen penitencias que iban a gastar las energías necesarias para el estudio.

Veamos cómo nos describe Ribadeneyra en su **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio** este desplazamiento.

III, 814 (D. 38, cap. 2, 5)

5. Quanto a la mortificación, más quería y estimava la de la honrra y estima de sí mismos, especialmente en gente honrrada, que la que aflige la carne con ayunos, disciplinas y cilicios; y así, aunque tenía por buenas y provechosas, y a sus tiempos necessarias estas asperezas, y él se avía exercitado tanto en ellas, parece que no sólo no dava espuelas, pero aun tenía el freno a los que no sienten combates mo-

lestos y peligrosos, especialmente siendo estudiantes; porque juzgava que para las mortificaciones el tiempo más oportuno era antes de comenzar, o después de aver acabado los estudios.

Y lo mismo recoge el P. Nicolás Lancicio en su **Sentencias de S. Ignacio**:

III, 675 (D. 42, 4)

[4] Tra le mortificationi stimava quelle che sono contra l'honore et stima propria, che quelle che affligono la carne. Et queste non concedeva molte a quelli che non erano combattuti molto dalla carne, massime se studiavano, tenendo che non era tanto bono per gli scolari diligenti et vertuosi il darsi alle mortificationi esterne nel tempo de'studii, ma piú tosto avanti, o dopo haver finiti li studii,

Es decir, la penitencia que de suyo parece apuntar exclusivamente a dominar 'la carne', Ignacio la desplaza a un terreno más profundo y decisivo en el hombre: sus condicionamientos psíquicos. Esto apunta a lo que él va a llamar virtudes sólidas y que, de hecho, es tan central en los EE.

Por esta razón he querido tratar este tema en el contexto de los condicionamientos psicológicos, aunque reconozco que estaría situado con más 'lógica' en los condicionamientos físicos. Pero, quizás entonces no se resaltaría tanto el desplazamiento revolucionario que Ignacio dio al tema.

Todo esto se reflejaría en la Compañía de Jesús. Aunque, por devoción, será controlada por él, permitía la penitencia corporal. Veamos la referencia de Cámara en el **Memorial**.

I, 656 (D. 13, 219)

219. 3º. Hoy veinte y seis, día de carnestolendas, permitió el Padre que hicieran muchos juntos disciplina en el tinelo por su devoción, y lo querían hacer muchos más. El Padre suele ser en esto liberal.

Sin embargo, encontramos ejemplos en el mismo **Memorial** referentes a humillarse.

I, 704 (D 13,304)

304. Loarte fue a humillarse al refitorio, diciendo sus tentaciones y besando los pies etc., y esto por orden el Padre.

Y, sobre todo, la negativa de Ignacio de convertir la abstinencia del viernes en ayuno eclesiástico.

III, 634 (D. cap. 8, 27)

27. Algunos Padre querían que la abstinencia del viernes, que usa la Compañía, se mudasse en ayuno eclesiástico; mas nuestro bienaventurado Padre no lo consintió.

Y efectivamente, Ignacio en el **Examen** que se ha de proponer al candidato a la Compañía le dice: "En lo demás la vida es común en lo exterior...; ni tiene algunas ordinarias penitencias o asperezas que por obligación se hayan de usar...". Esto, como es natural, despertó extrañeza, cuando no sospechas, entre los demás religiosos de la época. Veamos la curiosa anécdota que aparece en **Recopilación de dichos y hechos de algunos de la Compañía de Jesús**. A un fraile español sorprendido ante la ausencia de "penitencias ordinarias" en las Reglas de la Compañía,

un jesuita le responde: “Pero sepa que en nuestra Compañía hay un gran amor y unidad”, a lo que el fraile contesta: “... Felices vosotros, habéis llegado a la meta; nosotros buscamos eso con nuestras penitencias”.

III, 568 (D. 29, Ribadeneira, 6)

6. *Quidam monachus in Hispania magni iudicii, poenitentiae et austeritatis, cum incidisset in nostras regulas et vidisset nos non habere ordinarias poenitentias, fuit scandalizatus; cui cum quidam Pater alio tempore loqueretur, obiecit ei: -Vos non habetis poenitentias statas, etc. - Respondit noster Pater:- Verum est, domine. Interim sciat in nostra Societate esse magnam charitatem et unitatem -. Cui monachus:- Estne ita, habetis haec? Beati vos, estis enim in termino; nos haec quaerimus cum nostris poenitentibus.*

6. En España cierto monje de gran prudencia, penitencia y austeridad, tropezó con nuestras reglas y se escandalizó al no encontrar en ellas penitencias ordinarias; así, hablando en otro tiempo con un Padre, le objetó: Vosotros no tenéis penitencias establecidas por regla.- Así es, señor, dijo nuestro Padre. Pero sepa que en nuestra Compañía hay gran caridad y unión- El monje le contestó: ¿Es así, esto es lo que tenéis? Dichosos vosotros porque esto es lo que nosotros buscamos en definitiva con nuestras penitencias.

Más aún, en su praxis de gobierno va a imponer penitencias que a nosotros nos resultan excesivas o extrañas, y que en la época eran comunes, pero no cae en la trampa de atar a la naciente Compañía a los condicionamientos del momento histórico en que surge. Como en tantas otras cosas, sin salirse del presente posibilitó la superación de dicho presente.

Para terminar este apartado traigo la variante italiana de un texto de las **Pláticas de Alcalá** del P. Nadal en que relaciona la experiencia y evolución de Ignacio en este tema con la práctica de la Compañía.

II, 189-91 (D. 8, plat. 2á, 7, italiano)

[7] *Digiunava tutta le settimana in pane et acqua; solamente la domenica beveva un puoco di vino. Si confesava et communieava ogni 8 giorni, hattevasi con discipline cinque volte il giorno, teneva sette hore d'oratione, stava alle hore canonicae, senteva la messa, vespere, compiete, prediche. Sempre hebbe il Padre questo spirito ecclesiastico. Et, finalmente, in quel tempo il Padre fece realmente nella sua penitenza eccessi che non sono da imitare. L'eccesso suo in questo fu a poi altri regola per non errare. Imperò, descendendo alla practica, tutti quelli che siamo nella Compagnia dobbiamo haver dal canto nostro desiderii di far tanto quanto lui, et piú ancora, governandosi però quanto alla essequitione per il giudicio del superiore. Doviamo fare il meglio; cosi il Padre per la sua penitenza ci mostrò li vivi desiderii ch'abbiamo d'havere di quella, gl'eccessi dover esser governati nelli fervori.*

C. El hombre como ser condicionado espiritualmente

En todo lo que llevamos dicho sobre la visión ignaciana del hombre como ser condicionado hemos podido observar que este condicionamiento no tiene por qué ser considerado siempre como algo negativo: muchos de los condicionamientos de nuestra realidad corpórea son una posibilidad sine qua non, lo mismo que los psíquicos: las pasiones han de ser ordenadas, no suprimidas.

Por tanto, quizás convendría usar un vocablo más neutral que ‘condicionado’. Por ejemplo ‘circunstanciado’. Siempre vamos a estar rodeados de unas circunstancias que habrá que ver si son favorables o desfavorables.

Pues bien, esto también es verdad espiritualmente. Ya en la introducción aludíamos al importantísimo número 32 de EE: hay dos pensamientos que vienen de fuera, uno del buen espíritu y otro del malo; y en el título de las Reglas de discernimiento de 1ª Semana se nos dice: “Reglas para en alguna manera sentir y cognoscer las varias mociones que en el ánima se causan: las buenas para rescibir y las malas para lanzar” [EE 313].

El hombre, por tanto, según Ignacio, se encuentra ‘invadido’ por “pensamientos que vienen de fuera” de su “mera libertad y querer” y por mociones que surgen (“se causan”) continuamente en su interior y que lo empujan imperiosamente en un sentido u otro.

Es decir, el hombre que percibe que lo “propio suyo” es su “mera libertad y querer” ha de partir del hecho de que dicha realidad personal siempre estará circunstanciada por unas fuerzas interiores que vienen de fuera de su decisión, pero que de hecho, paradójicamente, la posibilitarán. Efectivamente, sin ‘mociones’ nuestra libertad carecería de energía.

Esto supuesto, ante esta realidad, se imponen para Ignacio dos consecuencias fundamentales: la necesidad de una actitud permanente de discernimiento y la práctica concreta del examen. Serán los dos apartados en que dividiremos este tema.

a) Necesidad del discernimiento

En este apartado trataremos tres aspectos:

1. La experiencia de las mociones.
2. Dificultad de su discernimiento: ilusiones.
3. Los escrúpulos.

1. *Experiencia de las distintas mociones*

Evidentemente, no puede haber discernimiento sin mociones. Pero en la detallada descripción que hace en la **Autobiografía** de sus mociones resalta que aquella “sucesión de pensamientos tan diversos le duró hartó tiempo, deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba”. Ahora bien, en todo este tiempo, su experiencia era algo tan pasivo que ni siquiera caía en la cuenta de que los pensamientos que pasaban por él eran “diferentes” y “no miraba en ello ni se paraba a ponderar estas diferencias”. Es decir, toda persona se encuentra inundada de experiencias interiores, a veces incluso contradictorias, como era el caso de Ignacio, pero el hombre puede “no mirar en ello” y quedar en una experiencia sin contenido, o mejor dicho, sin sentido.

El discernimiento, por tanto, va a tener una condición previa y sin la cual no podrá darse: como él formula en sus reglas de discernimiento, “en alguna manera sentir y cognoscer”. No basta la mera experiencia pasiva, el mero dato (sentir) si este no es enmarcado en nuestras coordenadas espacio-temporales que es lo que hará que lo conozcamos. Estamos sumergidos en continuas experiencias que nunca llegamos a conocer. Sólo a partir de este conocimiento podremos discernir: “las buenas para rescibir y las malas para lanzar” [EE 313].

Pero leamos detenidamente el relato de la **Autobiografía**.

I, 568-74 (D. 12, 5-8)

5. *Y cortada la carne y el hueso que allí sobraba, se atendió a usar de remedios para que la pierna no quedase tan corta, dándole muchas unturas, y extendiéndola con instrumentos continuamente, que muchos días le martirizaban. Mas nuestro Señor le fue dando salud; y se fue hallando tan bueno, que en todo lo demás estaba sano, sino que no podía tenerse bien sobre la pierna, y así le era forzado estar en el lecho. Y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos dellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un Vita Christi y un libro de la vida de los Santos en romance.*

6. *Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito. Mas, dejándolos de leer, algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno destas.*

7. *Todavía nuestro Señor le socorría, haciendo que sucediesen a estos pensamientos otros, que nacían de las cosas que leía. Porque, leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos se paraba a pensar, razonando consigo: —¿Qué sería, si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo?— Y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Mas todo su discurso era decir consigo: —Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer—. Duraban también estos pensamientos buen vado, y después de interpuestas otras cosas, sucedían los del mundo arriba dichos, y en ellos también se paraba grande espacio; y esta sucesión de pensamientos tan diversos le duró harto tiempo, deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba; o fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer, o destas otras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta tanto que de cansado lo dejaba, y atendía a otras cosas.*

8. *Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalén descalzo, y en no comer sino hierbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos, no*

Este fue el primer discurso que hizo en las cosas de Dios: y después, cuando hizo los ejercicios, de aquí comenzó a tomar lumbre para lo de la diversidad de espíritus.

solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dejado, quedaba contento y alegre. Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse desta diversidad, y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste y de otros

alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio y el otro de Dios.

Efectivamente, los dos pensamientos contrapuestos se van sucediendo ‘pasivamente’, es decir, aislados de su realidad histórica (de su situación espacio-temporal: espacio: “no miraba cuán

imposible era poderlo alcanzar” y temporal “que de unos pensamientos quedaba triste y de otros alegre”. Sólo después de quedar enmarcados dichos pensamientos en su historia, es decir, una vez que “se le abrieron un poco los ojos” “para ponderar esta diferencia”, “empezó a maravillarse desta diversidad... y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio y el otro de Dios”.

Es decir, la experiencia de las distintas mociones que por nosotros pasan no basta con que sea meramente sentida (y a veces ni siquiera este primer paso lo posibilitamos), sino que ha de ser conocida para que pueda darse el discernimiento. La materia prima del discernimiento, por tanto, no puede ser ‘provocada’ sino meramente ‘constatada’ (sentida), y situada, enmarcada en la propia historia (conocida). De donde se siguen dos consecuencias fundamentales para entender lo que Ignacio llamaba discernimiento: que ha de ser una actitud permanente (no sabemos cuándo van a surgir unas “mociones” que vienen “de fuera” de nuestra “mera libertad y querer”), y que no puede hacerse aislando la experiencia en su presente sino enmarcándola en nuestra historia (distanciamiento temporal). Sólo ese distanciamiento puede posibilitar la captación de que hay ‘diversidad’ de espíritus. Que no todo “pensamiento” que hay en mí tiene el mismo sentido. Que unos me dejan “seco y descontento” y otros “alegre y contento”, aunque aislados en su presente, ambos se experimentasen como positivos.

Es de tal trascendencia esta constatación que el mismo Cámara avisa al margen que “este fue el primer discurso que hizo en las cosas de Dios...”. Efectivamente, como ya vimos, en Ignacio Dios no es teoría o evasión, sino incidencia salvífica en el hombre, pero no impuesta sino ofrecida como posibilidad a mi opción. Todo el tema del discernimiento ignaciano va a pretender abrir a todo hombre a esta posibilidad que estando presente no “miraba en ello”.

Pero veamos las otras referencias que encontramos a esta importantísima experiencia. Laínez en su **Carta** nos describe lo fundamental: “al fin cayó en que estos movimientos del Señor, allende de ser buenos, le dexaban la mente consolada y harta; y los otros, así como eran vanos, la dexaban al fin vacía y desconsolada”. No es la mera evaluación objetiva (lo bueno, lo vano) sino su incidencia en mi historia.

I, 72-4 (D. 6, 3)

3. Y así enfermo y dada la tierra a los franceses, usando con él cortesía, lo llevaron a su tierra y casa, donde sufrió diversos trabajos de la enfermedad y cura de la pierna por algunos meses: y entre estos se veía diversas veces combatido y movido de diversos espíritus; algunas veces era inclinado y tirado a cosas grandes y grandemente vanas en el mundo: otras se sentía animar de nuestro Señor a dedicarse totalmente a su servicio. Y no siendo práctico en estos movimientos, al fin cayó en que estos movimientos del Señor, allende de ser buenos, le dexaban la mente consolada y harta: y los otros, así como eran vanos, la dexaban al fin vacía y desconsolada: y así, con la gracia del Señor, el cual le daba entonces más una sencilla intención y buena voluntad, que lumbre de entendimiento de las cosas divinas, poco a poco en su convalecencia se iba resolviendo. Y juntamente con esto, iba leyendo las vidas de los sanctos en lengua vulgar, y sacando dellas lo que le parecía para su propósito, teniendo más ojo a los exteriores ejercicios y penitencias, que a otras cosas interiores, las quales aún no entendía.

Con la misma brevedad y casi con idénticos términos nos lo relata Polanco en su **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús**:

I. 157-8 (D. 7, 8)

9. *En la enfermedad, comenzó a sentir fuertes inspiraciones de Dios nuestro Señor para darse del todo a su servicio; pero combatíale reciamente el mal espíritu a vueltas del bueno: porque algunas veces era tirado a cosas muy vanas del mundo, otras se sentía animar de Dios nuestro Señor a dedicarse totalmente a su servicio; y en la una y en la otra vía siempre se inclinaba a cosas grandes; y, no siendo práctico en estos movimientos, dejabase agitar de los unos y de los otros; pero, al fin, cayó en que estos movimientos del Señor, allende de ser buenos, le dejaban la mente consolada y harta; los otros, así como eran vanos, la dejaban al fin vacía y desconsolada; y así poco a poco en su convalecencia se iba resolviendo de servir a Dios, aunque le daba su divina providencia entonces más una buena intención y voluntad, que lumbre de entendimiento de las cosas divinas.*

Nadal en sus **Pláticas de Alcalá** también hace referencia distinguiendo lo que es propiamente discernimiento (“y assi vino a juzgar la diferencia que había de las unas a las otras”), de la opción desde la libertad que es posterior “y determinose de seguir las buenas mociones y inspiraciones”. Es decir, el discernimiento es previo a la decisión, la posibilidad:

II, 186-88 (D. 8, plat. 2^a, 5)

[5] *Y como era magnánimo y de muy noble y generoso ánimo, y antes puesto en el mundo, con esta lección començáronle a venir muchos buenos pensamientos, y algunas veces a turbarse con los varios pensamientos y con diversas mociones: algunas veces de vanidades y de hacer cosas grandes por servicio de reyes en guerra, como ya avía començado; otras vezes de haçer cosas grandes en serviçio de Dios nuestro Señor, como un S. Francisco, S. Onofrio y otros que se le ofresçian; y andava baçilando en estos diversos pensamientos. Prosiguiendo su lección, vino a caer y experimentar, no sin luz sobrenatural, como pienso, cómo los primeros pensamientos le dexavan la mente ofuscada y tenebrosa, y hallávase desgustado y desabrído, y los segundos le davan una claridad y dexávandle con devoçión y consolación. Y assí vino a juzgar la diferençia que avía de las unas a las otras, y determinóse de seguir las buenas mociones y inspiraciones y servir a nuestro Señor con aquel ánimo generoso que tenía, y haçer lo más que pudiesse por su amor y su mayor honrra y gloria; y este fué su primero prinçipio y su primera determinaçion y propósito. Y de aquí era que él tan a menudo usava destes términos del mayor serviçio y gloria del Señor, y tantas vezes están puestos en las constituçiones; y sobre este prinçipio de buscar en todo el mayor servicio y gloria del Señor está fundada esta Compañía, y esto pretende y an de pretender en todo los de la Compañía, que es el más alto fin que puede ser.*

Más extenso es Nadal en su **Diálogo en favor de la Compañía contra los herejes**, y precisa más su formulación: “Pero en estos pensamientos había esta diferencia: aquellos le deleitaban ciertamente cuando estaban presentes; mas cuando desaparecían dejaban... tristeza y aridez”. Resalta, pues, el problema del tiempo tan fundamental en el discernimiento, describiendo prolijamente la diferencia que dicho factor revelaba.

II, 233-5 (D. 10, 5)

[5] PHILA. - *Redeo igitur ad Ignatium, tametsi mihi gratum erit si suscitentur commodum si quid vobis obiter occurrerit; verum de iis, quae ad historiam explicandam attinebunt non quae ad dogmata.*

LIB. - *Apposite, id ego polliceor.*

PHILIP. - *Probe*

PHILA. - *Iam erat nactus otium Ignatius a morbo; otii vero quum esset impatiens, quamvis etiam dum lecto decumberet, tamen tempus voluit occupare lectione libri alicuius, qualem tamen ille optabat ex superiorum temporum consuetudine et animi propensione; liber domi repertus non est. Postulabat enim librum aliquem eorum, qui magnificas fabulas confingunt reique militaris inaudita facinora: miscent amorum furia [s] ac turpitudines: qui esse solent libri iuventuti perniciosissimi, et sunt quidem ex omni republica exterminandi. Horum igitur librorum cum copia non esset, exhibiti sunt illi (non absque Dei singulari providentia) duo libri, alter vitae Christi ex Chartusiano, alter qui Flos sanctorum nuncupatur, quo vitae Sanctorum enarrantur et gesta.*

In horum lectione quum versaretur, coepit variis cogitationibus et quidem vehementibus et diuturnis exerceri, illinc ut egregia facinora aederet militaria, varias vias excogitaret ad expugnandam principis cuiusdam faeminae pudicitiam; hinc ut Christi et Sanctorum vitam imitaretur, neque quicquam omitteret earum rerum, quibus celebrari solent praestantes sanctitate viri. In ea vero nominatim quae fecit D. Dominicus, quae D. Franciscus, ferebatur impensius. Subibat illius animo: - Ego non faciam quae D. Dominicus, quae D. Franciscus? - Simul ad ea exequenda magnum animum et robur concipere videbatur. Verum inter has cogitationes hoc erat discriminis: illae delectabant quidem praesentes; sed animum, quum abirent, maerore confectum et ariditate obseptum relinquebant. Contra vero, quae erat de imitatione Christi et Sanctorum concepta cogitatio, et praesens mirifice animum oblectabat, et quum desineret tamen magna illum spiritus dulcedine atque alacritate perfundebat, erectumque quoddam desiderium perfectionis evangelicae cordi imprimebat.

Hanc rerum vicissitudinem quum miraretur, atque animadverteret attentius illam cogitationem a daemone intrudi, hanc conciliari a Deo; illa carnem delectari, ad spiritum penetrare eam non posse, haec carnis et cordis exultationem parere in spiritu; illam offundere (quod est vitiorum ingenium) praesentem oblectationem, desinere vero in taedium ac paenitentiam, hanc contra, cum praesenti et spiritus et carnis consolatione annectere bonorum spiritualium perseverantiam: huic igitur spiritui obedi-

[5] PHILA.- Vuelvo, pues, a Ignacio aunque me sería agradable que me preguntéis si a vosotros se os ocurre algo; pero que sea para explicar los hechos no la doctrina de fe.

LIB.- A propósito yo tengo algo que ofrecer.

PHILIP.- Adelante

PHILA.- Ignacio había ya conseguido la tranquilidad pero en este ocio estaba impaciente y quería ocuparlo con la lectura de algún libro y lo deseaba en aquellos tiempos por la costumbre e inclinación del ánimo. No se encontró en casa tal libro. Porque pedía uno de los que traen grandiosas aventuras y hechos militares inauditos y los mezclan con tramas de amores y pasiones. Esos libros suelen ser muy perniciosos para la juventud y habría que eliminarlos de todos los países. Como no había facilidad para esta clase de libros le llevaron dos (no sin providencia especial de Dios), uno de la vida de Cristo del Cartujano y el otro el llamado Flos Sanctorum que cuenta la vida y obras de los Santos.

Ocupado en esta lectura comenzó a sentirse inquietado por varios pensamientos muy largos e intensos, unos para llevar a cabo grandes hazañas militares y buscando él varios modos de liberar de algún príncipe la honestidad de una doncella; otros pensamientos para imitar la vida de Cristo y de los Santos y de no descuidar nada de aquellas cosas que se suelen celebrar de los que sobresalen en la santidad. Así pues, en concreto, lo que hizo santo Domingo, lo que hizo S. Francisco y se sentía impulsado fuertemente. Le venía a su ánimo: -¿No voy a hacer yo lo que Santo Domingo, lo que San Francisco? Le parecía sentir gran ánimo y valor para hacer aquello. Pero había esta diferencia entre estos pensamientos: los primeros le deleitaban ciertamente cuando estaban presentes pero al dejarlos quedaba su ánimo lleno de tristeza y sequedad. Y al contrario, los pensamientos de la imitación de Cristo y de los Santos le deleitaban y aun cuando los dejase, le inundaba una gran dulzura y entusiasmo de espíritu y le imprimía en el corazón un gran deseo de la perfección evangélica.

Se admiraba de estas diferencias y, mirando con más atención los pensamientos, vio que aquellos venían del demonio y los otros eran de Dios; que aquellos deleitaban la carne pero no podían penetrar en el espíritu; que éstos le daban ánimo en el cuerpo y en el espíritu mientras que los otros le llenaban de gozo presente (como es el atractivo de los vicios) pero que terminaban en tedio y arrepentimiento y al con-

vit Ignatius, ac constanti animi persuasione proposuit Christum imitari ac Sanctos, atque in hoc vitae instituto optima quaeque sectari, et quod perfectissimum factu esset, id amplecti, innixus in divina vocatione et gratia. Neque diu moratus est: quum primum enim in equo consistere potuit, fratres, domum, cognationem, patriam relinquens sese in longinquam regionem citerioris Hispaniae recepit ad paenitentiam agendam, quem primum gradum scivit imitationis Christi et Sanctorum, ut deinde Hierosolymam ad sacra loca visenda peregrinatum proficisceretur, fructibus paenitentiae dignis continenter se exercere cupiens. In hoc animi proposito fuit vehementer confirmatus a Virgine Dei Matre, quae illi, in imagine gestans puerum Iesum, vigilanti apparuit.

trario los otros juntaban el consuelo corporal y espiritual a los bienes espirituales con la perseverancia. Siguió Ignacio a este espíritu y se propuso imitar a Cristo y a los Santos con constancia y, en esta forma de vida, seguir siempre lo mejor abrazando todo esto apoyado por el llamamiento de Dios y su gracia. Y no tardó demasiado: en cuanto pudo andar con facilidad dejó a sus hermanos, los parientes, su tierra y se fue a una región de España citerior para hacer penitencia que creía era el primer paso de la imitación de Cristo y los Santos y que después iría en peregrinación a Jerusalén para visitar los santos lugares, deseando ejercitarse continuamente en frutos dignos de penitencia. Fue confirmado firmemente por la Virgen Madre de Dios que se le apareció en sueños llevando al niño Jesús.

Este factor temporal tan decisivo no siempre se resalta con precisión y es el propio Nadal el que, en sus **Pláticas de Colonia**, simplemente dice que los primeros pensamientos no producían “ninguna consolación” mientras los segundos sí, sin precisar que esto sólo lo captó en el distanciamiento temporal.

II, 404-5 (D. 15, 5)

[5] Hic vero, quum ocii impatiens petiit librum profanum, quales solet legere, is repertus domi non est. Huius loco illi exhibuerunt duos, alterum Vitam Christi ex Chartusiano, et librum qui Flos Sanctorum inscribitur, ubi narrantur gesta Sanctorum, utrumque hispanice, nam latine nesciebat. Hos libros quum legeret, coepit agitari in animo variis cogitationibus, et partim agebatur animus eius ad vanitates mundi sectandas, partim cogitabat de recta via, et Christi ac Sanctorum imitatione. Tum subibat affectus: - Hoc fecit Franciscus? cur non et ego? Discrimen tamen inter utramque cogitationem contrarium erat; quod prior cogitatio nihil adferebat consolationis, tandem scilicet contraria est; posterior vero plurimum roboris, laetitiae, consolationis. Inde collegit hanc esse spiritus Domini, illam vero daemonis, et cogitavit:

Haec est vocatio Dei. Atque haec fuit prima motio animi eius ad religionem: ut in vita imitaretur et sequeretur Christum et Sanctos, mundo vero renuntiaret. Eodem modo nos ad Societatem fere ducimur, cogitando miserias mundi, et pericula etc., iucunditatem vero et fructum etc. qui in sequendo Christo positus est.

[5] Estando desocupado pidió impaciente un libro profano de los que solía leer. Pero no se encontró en casa. Le ofrecieron en su lugar dos, uno la Vida de Cristo del Cartujano y el otro que se llama Flos Sanctorum donde se cuentan los hechos de los Santos, los dos en castellano pues no sabía latín. Al leer estos libros comenzó a sentir en su interior diversos pensamientos: unos le llevaban a seguir las vanidades del mundo y otros a imitar el recto camino de Cristo y los Santos. Entonces le invadía el sentimiento: – ¿Esto lo hizo Francisco? ¿Porqué no yo? Sin embargo había una diferencia entre las dos clases de pensamientos: los primeros no le traían ninguna consolación y le eran contrarios; los otros en cambio, le dejaban mucha alegría, ánimo y consolación. De ahí concluyó que éstos eran del espíritu de Dios y los otros del demonio.

Esta es la voz de Dios. Y ésta fue su primera moción para la religión: que viviera para imitar y seguir a Cristo y a los Santos y renunciara al mundo. De la misma manera nosotros venimos a la Compañía, viendo las miserias y peligros del mundo etc. y la alegría y el fruto que hay siguiendo a Cristo.

Polanco, de nuevo, en **De la vida del P. Ignacio y de los comienzos de la Compañía de Jesús** nos relata la experiencia con la precisión que le caracteriza en sus formulaciones: “advertía que los pensamientos del buen espíritu... además de ser buenos, dejaban a su alma satisfecha como alimentada por un sólido alimento; las mundanas, por el contrario, aunque parecían deleitables mientras estaban en su ánimo, como eran vanas, dejaban su alma vacía y sin satisfacción”.

II, 518-9 (D. 21, 8)

[8] *Iam inde ab eo tempore, quo in curatione corporis Ignatius versabatur, eius animum coelestis ille medicus curare coepit. Nam cum utriusque cruris dolores mitigati quidem essent, et tamen plena curatio in tempus longum extraheretur, ut tempus lectione falleret, libros aliquos legendos postulavit; et cum de vita Christi et sanctorum duo libri, hispanico sermone scripti, fuissent ei oblati, eorum quae legebat occasione, variae cogitationes a bono et malo spiritu immissae, eius mentem subire coeperunt; et aliquando inspirationes validas ut se totum divino servitio manciparet, et ea quae legerat imitaretur, in se sentiebat; interdum vanae et ad mundi gloriam et magnitudinem tendentes suggestiones illis succedebant; ut enim erat animo magno, in utraque parte semper ad magna propendebat, nec ullum poenitentiae genus a sanctis susceptum legerat, quod ipse imitari se posse diffideret; et tunc, ut tyro in spirituali militia rudis, huiusmodi poenitentias ac asperitatem propter Deum susceptam, praecipuam sanctitatem esse existimabant; et cum in rebus spiritualibus se parum admodum in antea vita exercuisset, tam a mundanis tam a bonis cogitationibus in hoc initio se agitari sinebat; sed paulatim observare coepit principia et exitus huiusmodi cogitationum, et animadvertere cogitationes a bono spiritu immissas et ad Dei obsequium tendentes, praeterquam quod bonae essent, mentem ipsius quadam refectione et consolatione quasi solido cibo repletam; mundanas contra, licet iucundae viderentur dum animo pertractabantur, ut vanae erant, ita vacuam et sine satisfactione sui animam summa relinquere. Sed die quodam eius animus, multo plenius a Deo illustratus, clare discernere bonum a malo spiritu, et utriusque effectus coepit; deinde successu temporis et experimentis rerum spiritualium edoctus, regulas illas de discernendis spiritibus, de quibus in libro Exercitiorum spiritualium agitur, adnotavit.*

[8] Ya desde el tiempo en que estaba curando su cuerpo el médico celestial empezó a curar su espíritu. Remitieron los dolores de las dos rodillas pero la curación total se veía que tardaría mucho. Entonces para ocupar el tiempo con la lectura pidió algunos libros y le dieron dos de la vida de Cristo y de los santos en castellano. Según lo que leía le venían a la mente distintos pensamientos sugeridos por el buen o mal espíritu. Algunas veces le venían para que se entregara del todo al divino servicio e imitara lo que leía; otras veces le sucedían a éstos sugerencias que le atraían a la grandeza y a la gloria vana del mundo. Como era de ánimo esforzado, tendía en las dos clases de pensamientos a lo más grande y le parecía que no había ninguna clase de penitencia que había leído en los santos que él no pudiera imitar. Como novicio en las cosas espirituales pensaba que la santidad consistía principalmente en las penitencias y austeridad corporales tomadas por Dios. En su vida pasada se había ejercitado muy poco en las cosas espirituales: por eso, a los principios, se dejaba llevar tanto por los buenos como por los malos pensamientos; pero poco a poco comenzó a darse cuenta adónde le llevaban unos y otros pensamientos y vio que los del buen espíritu le inclinaban al servicio de Dios y además de ser buenos le dejaban la mente llena de consuelo y de sólido alimento; y que al contrario, los que parecían agradables mientras les daba vueltas, eran vanos, de tal modo que dejaban su alma vacía y sin satisfacción alguna. Pero un día Dios le ilustró mucho más y comenzó a discernir claramente el buen y el mal espíritu y sus efectos. Después, andando el tiempo, y enseñado por la experiencia de las cosas espirituales redactó las reglas de discernimiento de espíritus como está en el libro de los Ejercicios espirituales.

Para terminar todas estas referencias, leamos la de Ribadeneyra en su **Vida**, aunque un tanto exuberante, sus formulaciones son precisas y expresivas.

IV, 88-9 (L. 1, 7)

7. *Hasta este punto avía ya llegado Ignacio sin que ninguna dificultad de las muchas que se le ponían delante fuese parte para espantarle y apartarle de su buen propósito, pero sí para hazerle estar perplexo y confuso por la muchedumbre y variedad de pensamientos con que, por una parte, el demonio le combatía, queriendo continuar la posesión que tenía de su antiguo soldado, y con que por otra el Señor de la vida le llamava y convidava a ella, para hazelle caudillo de su sagrada milicia. Mas, entre los unos pensamientos y los otros avía gran diferencia; porque los pensamientos del mundo tenían dulces entradas y amargas salidas. De suerte que a los principios parecían blandos y halagüeños y regaladores del apetito sensual; mas sus fines y dexos eran dexar atravesadas y heridas las entrañas, y el ánimo triste, desabrida y descontenta, de sí mesma. Lo qual sucedía muy al revés en los pensamientos de Dios. Porque, quando pensava Ignacio lo que avía de hazer en su servicio, cómo avía de ir a Jerusalén y visitar aquellos santos lugares, las penitencias con que avía de vengarse de sí y seguir la hermosura y excelencia de la virtud y perfección christiana y otras cosas semejantes, estava su ánima llena de deleites y no cabía de plazer mientras que duravan estos pensamientos y tratos en ella; y quando se iban, no la dexavan del todo vazía y seca, sino con rastros de su luz y suavidad. Passaron muchos días sin que echase de ver esta diferencia y contrariedad de pensamientos, hasta que un día, alumbrado con la lumbrera del cielo, comenzó a parar mientes y mirar en ello, y vino a entender quánto diferentes eran los unos pensamientos de los otros en sus efectos y en sus causas. Y de aquí nació el cotejarlos entre sí, y los espíritus buenos y malos, y el recibir lumbrera para distinguirlos y diferenciarlos.*

8. *Y este fue el primer conocimiento que nuestro Señor le comunicó de sí y de sus cosas.*

Antes de terminar este primer apartado, quiero traer dos citas. La primera está sacada de **Algunos hechos y dichos de algunos religiosos de la Compañía de Jesús.**

III, 580 (D. 30, 11)

[11] *Idem. Solebat, inquit, P. Ignatius dicere: <Ut ad omnem bonum et spiritualem profectum optime praemunit, si quis diligenter observet et exequatur quae in nobis Deus loquitur, ita omnis mali origo est, haec negligere.>*

[11] Lo mismo. Dijo que Ignacio acostumbraba a decir: < Que dispone mucho para todo aprovechamiento espiritual que se atienda y se ponga por obra lo que Dios habla en nosotros, así como es principio de todo mal descuidar estas cosas.>

Es decir, el discernimiento presupone una escucha previa y permanente de lo que Dios puede decirnos en nuestro interior. Pero si esta escucha se descuida es origen de todos los males.

La otra cita es de Ribadeneyra en su **Vida** y viene a decirnos esa difícil distinción entre lo puramente natural, atribuible a la enfermedad y lo propiamente “espiritual” que él designa tentación.

IV, 867 (L. 5, 150)

150. *Dezía que el hombre era algunas vezes tentado del demonio y oprimido tan fuertemente que parecía estar fuera de juyzio, y que solían entonces atribuyr los hombres a la naturaleza o a la enfermedad lo que en la verdad se avía de atribuyr a la tentación.*

Pero esta dificultad nos lleva al apartado siguiente.

2. Dificultad del discernimiento: las ilusiones

Sin embargo, la aparente claridad de aquel primer discernimiento de Loyola va a complicarse a medida que avanza su vida. Ya en Manresa nos describe una “visión” que le daba gran consolación. Pero, en la misma descripción que nos hace en la **Autobiografía**, dicha consolación parece agotarse en el presente: “y cuanto más veces la veía, tanto más crecía la consolación; y cuando aquella cosa le desaparecía, le displacía dello”.

I, 388-91 (D. 12, 19)

19. Y él demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne, ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y, si le daban un poco de vino, lo bebía. Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él lo tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa, de noche ni de día. Y por la misma causa dejaba crecer las uñas (de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso. Estando en este hospital le acaeció muchas veces en día claro ver una cosa en el aire junto de sí, la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa en grande manera. No devisaba bien la especie de qué cosa era, mas en alguna manera le parecía que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que resplandecían como ojos, aunque no lo eran. Él se deleitaba mucho y, consolaba en ver esta cosa; y cuanto más veces la veía, tanto más crecía la consolación; y cuando aquella cosa le desaparecía, le displacía dello.

La misma visión nos refiere Laínez en su **Carta** diciendo que le “le duró” hasta París y Roma.

I, 160 (D. 7, 17)

17. En este mismo tiempo se le solía aparecer una serpiente de mucho resplandor con 7 ó 8 ojos, y esto cada día sin faltar ninguno, dos, 3, 5, 6 veces, y con solábase con su presencia, y desconsolábase cuando se le iba; y esta aparición le duró hasta el tiempo que estuvo en París y aun en Roma, aunque él no explica el secreto della. Su dormir en este medio era en los hospitales, y lo que comía le daban por amor de Dios, guardando muchos ayunos etc.

Poco después en la **Autobiografía** nos cuenta que en plena experiencia del Cardoner vuelve a aparecer esta “visión” y “tuvo un muy claro conocimiento con grande asenso de la voluntad, que aquel era el demonio”. En esta formulación parece claro que para él el discernimiento será una prolongada tarea en la que no estará en juego sólo el “claro conocimiento” de las experiencias (‘consolaciones’), sino que ha de entrar también el riesgo de la decisión personal: “con grande asenso de la voluntad”. El discernimiento no es algo que simplemente se me da sino un riesgo que yo he de correr en mi búsqueda de Dios.

I, 406-7 (D. 12, 31)

31. Y después que esto duró un buen rato, se fue a hincar de rodillas a una cruz que estaba allí cerca, a dar gracias a Dios; y allí le apareció aquella visión que muchas veces le aparecía y nunca la había conocido, es a saber, aquella cosa que arriba se dijo que le parecía muy hermosa, con muchos ojos. Mas bien vio, estando delante de la cruz, que no tenía aquella cosa tan hermosa color como solía; y tuvo un muy claro conocimiento, con grande asenso de la voluntad, que aquél era el demonio; y así después mu-

chas veces por mucho tiempo le solía aparecer, y él, a modo de menosprecio, lo desechaba con un bordón que solía traer en la mano.

Esta curiosa experiencia la encontramos recogida por Polanco en **De la vida del P. Ignacio y de los comienzos de la Compañía de Jesús**.

II, 526 (D. 21, 16)

[16] Cum strenue Ignatius acceptis a Deo donis uteretur, alia maiora a divina bonitate accepit; cum enim Manresa egressus, ad quoddam templum mille passibus ab oppido distans, prope fluvium quendam sederet, subita quadam et insolita luce illustratus de divinis mysteriis mirum in modum fuit; et eadem lux ad discretionem etiam spirituum bonorum a malis in particulari se extendebat, adeo ut omnia divina et humana novis mentis oculis sibi cernere videretur; et inde summa spiritualis consolationis abundantia consecuta est, cum thesauros suos divinae suae bonitatis in eius animam uberrime effunderet qui Pater est misericordiarum et Deus totius consolationis. Ad vicinam autem crucem adorandam et Deo gratias agendas procumbens, vidit in suprema parte crucis quandam serpentis figuram, quae etiam superioribus diebus, ante hanc illustrationem, splendida valde, et cum 7 vel 8 oculis ornata, se ipsi obiicere solebat, et quotidie bis, ter, quater, et interdum saepius, hoc illi spectaculum apparebat; et, ut praesens spectantem consolabatur, ita, cum recedebat, eius animum afflictum relinquebat; sed tunc, post acceptum, quod diximus, a Domino lumen, daemonem esse plane cognovit; ac deinceps, licet crebro se illi praesentaret, etiam postquam Parisios et Romam venit, non amplius eius ullam rationem habuit, et obscurior illa, et non cum primo illo splendore iam apparebat. Nulli autem P. Ignatius huius visionis secretum quid sibi vellet explicavit, ut erat in suis rebus communicandis difficilis; factum tamen ipsum retulit.

[16] Al responder Ignacio con generosidad a los dones de Dios, recibió de su bondad otros mayores; en efecto, salió Ignacio de Manresa a una capilla que distaba del pueblo mil pasos, y sentó junto al río. De pronto le vino una ilustración extraordinaria de los misterios de Dios con una luz maravillosa. Y esta luz se refería particularmente a la discreción de espíritus, los buenos de los malos, de tal manera que le parecía ver todas las cosas tanto divinas como humanas con nuevos ojos de la mente. Y así obtuvo una gran abundancia de consolación espiritual al derramar los tesoros de su divina misericordia el Padre que es el Dios de toda consolación. Fue a adorar una cruz cercana y se arrodilló para adorarla y vio en la parte alta de la cruz una figura de serpiente que se le había aparecido muy brillante y adornada con 7 u 8 ojos los días anteriores a esta ilustración y la había visto todos los días dos veces, tres veces y hasta cuatro y algunas veces más. Y mientras la miraba lo consolaba pero cuando desaparecía dejaba su alma afligida. Entonces, después de recibir esta luz de Dios, supo claramente que era el demonio. Luego aunque se le presentara con frecuencia, aun después de ir a París y Roma, no le hizo más caso y aparecía con resplandor más tenue que al principio. A nadie comunicó el P. Ignacio este secreto que reservó para sí ya que era difícil para hablar de sus cosas: pero ésto lo refirió.

Como Laínez en su **Carta**, Polanco vuelve a decirnos que Ignacio desconocía qué sentido podía tener dicha engañosa visión. Es decir, el discernimiento no parece ser una especie de ‘ciencia’ que me proporciona conocimientos precisos y leyes que sin más he de aplicar, sino una delicada tarea práctica para “en alguna manera” [EE 313], situarme en una serie de “mociones” cuyo significado, en gran parte, se me escapará.

Por último, veamos la versión de Ribadeneyra en su vida.

IV, 127-9 (L. 1, 34)

34. Antes que fuese visitado del Señor con estos regalos y favores divinos, estando aún en el hospital y otras muchas vezes se le avía puesto delante una hermosa y resplandeciente figura, la qual no podía distinguir como quisiera, ni qué cosa fuese, ni de qué materia compuesta, sino que le parecía tener forma

como de culebra que con muchos, a manera de ojos resplandecía. La qual, quando estava presente le causava mucho contento y consuelo, y por el contrario mucho descontento y pena quando desaparecía. Esta visión se le representó aquí, estando prostrado delante de la cruz. Pero, como ya tenía más abundancia de la divina luz, y en virtud de la santa cruz ante la qual estava abinojado, fácilmente entendió que aquella cosa no era tan linda ni tan resplandeciente como antes se le ofrecía, y manifiestamente conoció que era el demonio que le quería engañar. Y de ay adelante por mucho tiempo le apareció muchas vezes, no sólo en Manresa y en los caminos, sino en Paris también y en Roma, pero su semblante y aspecto no dava ya resplandor y claridad, mas era tan apocado y feo, que no haziendo caso dél, con el báculo que traía en la mano fácilmente le echava de sí.

Antes de seguir, es curiosa la versión que aparece de este hecho en **Algunas cosas del P. Ignacio que no están impresas**, de varios autores, donde la cosa queda simplificada diciendo que la visión de Ignacio era “manadas de serpientes y escorpiones y otras visiones horribles”, perdiendo el primitivo sentido positivo que tenía en la descripción de Ignacio (**Autobiografía** 19): “Él se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa”.

III, 205 (D. 9, 3)

[3] Y el P. Araoz solía decir que le acaesció en este monte a nuestro Padre una cosa arto notable, la qual tampoco está en el libro de su vida, y es que en aquel monte avía una cruz, y solía yr nuestro Padre adonde estaba esta cruz a rezar las siete horas canónicas a sus tiempos; y a cabo de algunos días que continuaba este santo exercitio, apareciósele una gran temporada [en] el ayre por encima, de la cruz manadas de serpientes y escorpiones y otras visiones orribles; y siempre permanesció Padre Ignacio en su sancto exercicio, y así venció al mal espíritu.

Lo ambiguo nos asusta y preferimos simplificar para poder sentirnos seguros, y esta simplificación no parece tan posible en el delicado problema del discernimiento.

Y efectivamente, en la **Autobiografía**, después de describir la visión ‘consoladora’ a la que nos hemos referido dice cómo “hasta este tiempo siempre había perseverado cuasi en un mismo estado interior, con una igualdad grande de alegría”. Da la impresión de una meta alcanzada, un logro conseguido desde el que todo queda solucionado y clarificado. Como antes decíamos: es una simplificación. Pero esta situación Ignacio la define así: “sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales”. Y, efectivamente, este ‘conocimiento’ va a irlo adquiriendo a través de experiencias contrapuestas y desconcertantes. Pero leamos cómo describe estas vicisitudes la **Autobiografía**. (Dejaremos el tema de los escrúpulos para el apartado siguiente)

I, 390-3 (D. 12, 20-21)

20. Hasta este tiempo siempre había perseverado cuasi en un mismo estado interior, con una igualdad grande de alegría, sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales. Aquestos días que duraba aquella visión, o algún poco antes que comenzase (porque ella duró muchos días), le vino un pensamiento recio que le molestó, representándosele la dificultad de su vida, como que si le dijeran dentro del ánima: -¿Y cómo podrás tú sufrir esta vida setenta años que has de vivir?- Mas a esto le respondió también interiormente con grande fuerza (sintiendo que era del enemigo): -¡Oh miserable! ¿Puedesme tú prometer una hora de vida?- Y así venció la tentación y quedó quieto. Y ésta fue la primera tentación que le vino después de lo arriba dicho. Y fue esto entrando en una iglesia, en la cual oía cada día la

Misa mayor y las Vísperas y Completas, todo cantado, sintiendo en ello grande consolación; y ordinariamente leía a la misa la Pasión, procediendo siempre en su igualdad.

21. *Mas luego después de la susodicha tentación empezó a tener grandes variedades en su alma, hallándose unas veces tan desabrido, que ni hallaba gusto en el rezar, ni en el oír la misa, ni en otra oración ninguna que hiciese; y otras veces viniéndole tanto al contrario desto, y tan súbitamente, que parecía habersele quitado la tristeza y desolación, como quien quita una capa de los hombros a uno. Y aquí se empezó a espantar destas variedades que nunca antes había probado, y a decir consigo: -¿Qué nueva vida es esta que agora comenzamos? En este tiempo conversaba todavía algunas veces con personas espirituales, las cuales le tenían crédito y deseaban conversarle; porque, aunque no tenía conocimiento de cosas espirituales, todavía en su hablar mostraba mucho hervor y mucha voluntad de ir adelante en el servicio de Dios. Había en Manresa en aquel tiempo una mujer de muchos días, y muy antigua también en ser sierva de Dios, y conocida por tal en muchas partes de España; tanto, que el Rey Católico la había llamado una vez para comunicalle algunas cosas. Esta mujer, tratando un día con el nuevo soldado de Cristo, le dijo: -¡Oh! Plega a mi Señor Jesucristo que os quiera aparecer un día-. Mas él espantóse desto, tomando la cosa así a la grossa. -¿Cómo me ha a mí de aparecer Jcsucristo?- Perseveraba siempre en sus solitas confesiones y comuniones cada domingo.*

“¿Qué nueva vida es esta que agora comenzamos?”. Es decir, “el conocimiento de cosas interiores espirituales” es complejo y desconcertante: su geografía es extremadamente accidentada. Por eso es necesario un penoso y continuo discernimiento que no va a proporcionar precisamente seguridad sino tan sólo “en alguna manera sentir y conocer las varias mociones que en el ánima se causan, las buenas para rescibir y las malas para lanzar” [EE 313]. La ‘vida espiritual’ nunca será un ir pisando fuerte desde las claras y ‘profundas’ convicciones, sino la apertura atenta y sospechosa a un misterio que nos desborda y que en último término no tiene más seguridad que un Dios al que no podemos abarcar y menos manipular, pero que quiere nuestra respuesta libre y arriesgada en su servicio y alabanza, por usar dos términos fundamentales para Ignacio.

Pero este primer aprendizaje en Manresa va a irle abriendo al complejo “conocimiento de cosas interiores espirituales”, que no consiste tanto en experimentarlas cuanto en la capacidad de discernirlas. Como ya en otro capítulo (**La relación con Dios**) veremos, Ignacio confiesa que en aquellos comienzos su ánima “aún estaba ciega... ni mirando cosa interior (aunque tenía grandes consolaciones), ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción para reglar ni medir estas virtudes, sino toda su intención era hacer destas obras grandes exteriores (grandes penitencias), porque así las habían hecho los santos para gloria de Dios, sin mirar otra ninguna más particular circunstancia” (**Autobiografía**, 14).

La ‘cosa interior’ no va a ser para Ignacio una experiencia evasiva e intimista, sino circunstanciada y en esas circunstancias discernida desde la humildad, el amor y la paciencia. Esta convicción quedó plasmada en la problemática del discernimiento de **2ª Semana** formulada en la **Anotación 10**.

10ª La décima: quando el que da los ejercicios siente al que los rescibe, que es batido y tentado debaxo de especie de bien, entonces es proprio de platicarle sobre las reglas de la 2ª semana ya dicha. Porque comúnmente el enemigo de natura humana tienta más debaxo de especie de bien, quando la persona se exercita en la vida illuminativa, que corresponde a los ejercicios de la 2ª semana, y no tanto en la vida purgativa, que corresponde a los ejercicios de la 1ª semana.

Efectivamente, como nos dirá en la 4ª regla de discernimiento de 2ª Semana, esta tentación “debajo de especie de bien” es con “pensamientos buenos y sanctos conforme a la tal ánima justa” [EE 332] y que han de ser desenmascarados enmarcándolos en la historia, las ‘circunstancias’: “Más si en el discurso de los pensamientos que trae acaba en alguna cosa mala o distractiva, o menos buenas que el ánima antes tenía propuesta de hacer, o la enflaquece o inquieta... clara señal es proceder de mal espíritu...” [EE 333]

Esta breve referencia a la complejidad del discernimiento quizás nos haga vislumbrar qué es lo que él entendía por cosas interiores espirituales. Quiero traer aquí como ejemplo de este complejo discernimiento circunstanciado el relato de Ribadeneyra en su *Vida* de cuando Diego de Gouvea decide azotarlo públicamente en el Colegio de Santa Bárbara de París. Como dice el mismo Ribadeneyra “es combatido... de dos espíritus... (que) ambos se enderezaban al mismo fin. El amor de Dios...” Por tanto los dos espíritus son “buenos y santos”, pero “el amor de Dios, necesario a mis proximos, ha de sobrepujar y vencer al amor de Dios no necesario a mí mismo...” Sólo las circunstancias (el enmarque espacio-temporal, histórico) desenmascaran el engaño “debaxo de especie de bien”.

IV, 221-7 (L. 2, 14-17)

14. *Avía persuadido nuestro B. Padre a muchos de sus condicípulos que dexassen las malas compañías y las amistades fundadas más en sensuales deleytes que en virtuosos exercicios, y que se ocupassen los días de fiesta en santas obras, confessando y comulgando devotamente. De donde venía que ellos en tales días, queriendo acudir a estos devotos exercicios, faltavan algunas vezes a los de las letras, que en París en los días de fiesta aún no se dexan del todo. Viendo, pues, el maestro del padre que su escuela quedava medio desamparada, faltándole los discípulos, tomólo pesadamente y avisóle que mirasse por sí y no se entremetiesse en las vidas ajenas, y que no le desassossegasse los estudiantes, si no quería tenerle por enemigo. Tres vezes fue por esto amonestado, mas no por caso dexó de llevar adelante su empresa y de combidar a sus condicípulos a la freqüencia devota de los santos sacramentos. Trató esto el maestro con Diego de Govea, que era doctor teólogo y el que governava el colegio de Santa Bárbara, donde nuestro padre estudiava, que era como el rector, que allí llaman el principal, del colegio; el qual hizo que el maestro le amenazasse de su parte y que le dixesse que le daría una sala si no cessava de desviar a los estudiantes de sus estudios y traerlos (como los traía) embaucados. Llaman sala en París dar un cruel y exemplar castigo de açotes públicamente por mano de todos los preceptores que ay en el colegio, convocando a este espectáculo todos los estudiantes que en él ay en una sala. El qual afrentoso y riguroso castigo no se suele dar sino a personas inquietas y de perniciosas costumbres. No bastó tampoco esta amenaza para que nuestro Ignacio afloxasse en lo començado. Quexóse con mucho sentimiento el maestro al doctor Diego de Govea, afirmándole que Ignacio sólo le perturbava todo su general, y que en son de santidad les quebrantava los buenos estatutos y costumbres de aquel colegio. Y que, aviéndole uno y muchos días avisado, rogádoselo unas vezes y otras amenazándole en su nombre, avía estado siempre tan duro, que nunca avía podido acabar con él que se emendasse.*

15. *Estava antes desto el doctor Govea enojado contra nuestro p. Ignacio por un estudiante español, llamado Amador, que por su consejo avía dexado el colegio y los estudios y el mundo, por seguir desnudo a Christo desnudo. Irritado, pues, Govea con estas palabras del maestro. y lleno de ira y enojo, determina de hazer en él aquel público castigo, como en un alborotador y rcbolvedor de la paz y sosiego común; y assí manda que, en viniendo Ignacio al colegio, se cierran las puertas dél, y a campana tañida se junten todos y le echen mano y se aparejen las varas con que le han de açotar. No se pudo tomar esta resolución*

tan secretamente, que no llegase a oídos de algunos amigos de nuestro B. Padre, los quales le avisaron que se guardasse. Mas él, lleno de regozijo, no quiso perder tan buena ocasión de padecer y, venciendo, triunfar de sí mismo. Y así, luego, sin perder punto, se fue al colegio donde le estava aparejada la ignominia y la cruz. Sintió bien que rehusava su carne la carrera y que perdía el color y que temblava; mas él, hablando consigo mismo, le dezía: – ¿Cómo, y contra el aguijón tiráis cozes? Pues yo os digo, don asno, que esta vez avéis de salir letrado; yo os haré que sepáis baylar –; y diziendo estas palabras, da consigo en el colegio. Ciérranle las puertas en estando dentro, hazen señal con la campana, acuden todos los condiscípulos, vienen los maestros con sus manojos de varas (con que en París suelen açotar), allégase toda la gente y júntase en el general, que se avía de executar esta rigurosa sentencia.

16. Fue en aquella hora combatido el ánimo de nuestro B. Padre de dos espíritus que, aunque parecían contrarios, ambos se endereçavan a un mismo fin. El amor de Dios, junto con un encendido desseo de padecer por Jesu Christo y de sufrir por su nombre dolores y afrentas, le llevaba para que se ofreciese alegremente a la infamia y a los açotes que a punto estavan. Mas, por otra parte, el amor del mismo Dios, con el amor de la salud de sus próximos y el zelo de sus ánimas, le retirava y apartava de aquel propósito. – Bueno es para mí (dezía) el padecer, mas ¿qué será de los que aora comiençan a entrar por la estrecha senda de la virtud? ¿Quántos con esta ocasión tornarán atrás del camino del cielo? ¿Quántas plantas tiernas quedarán secas, sin jugo de devoción o del todo arrancadas con este torvellino? Pues ¿cómo, y sufriré yo con tan clara pérdida de tantos, buscar un poco de ganancia mía espiritual? Y allende desto qué cosa más agena de la gloria de Christo puede ser que ver açotar y deshorrar públicamente un hombre christiano en una Universidad de christianos, no por otro delito sino porque sigue a Christo y allega a los hombres a Christo? “Qualis inter christianos Christi honor est, ubi religio facit ignobilem?” dize Salviano. No, no, no ha de ser assí, sino que el amor de Dios, necessario a mis próximos, ha de sobrepujarr y vencer al amor de Dios no necessario a mí mismo, para que este amor, vencido del primero, sea vencedor y crezca y triunfe con vitoria mayor. Dé, pues, ahora la ventaja mi aprovechamiento al de mis hermanos; sirvamos aora a Dios con la voluntad y con el deseo de padecer, que, quando sin detrimento y sin daño de tercero se pueda hazer, le serviremos poniendo por obra el mismo padecer.

17. Con esta resolución se va al doctor Govea, que aún no avía salido de su aposento, y declárale todo su ánimo y determinación, diziéndole que ninguna cosa en esta vida le podía venir a él más dulce y sabrosa que ser açotado y afrentado por Christo, como ya lo avía experimentado en las cárceles y cadenas, donde le avían puesto por la misma causa; mas que temía la flaqueza de los principiantes, que aún eran en la virtud pequeñuelos y tiernos, y que lo mirasse bien, porque le hazía saber que él, de sí, ninguna pena tenía, sino de los tales era toda su pena y cuydado. Sin dexarle hablar más palabra, tómale de la mano el doctor Govea, llévale a la pieça donde los maestros y dicípulos le estavan esperando, y súbitamente puesto allí (con admiración y espanto de todos los presentes) se arroja a los pies de Ignacio, y derramando de sus ojos afectuosas lágrimas, le pide perdón, confessando de sí que avía ligeramente dado oídos a quien no devía. Y diziendo a voces que aquel hombre era un santo, pues no tenía cuenta con su dolor y afrenta, sino con el provecho de los próximos y honra de Dios. Quedaron con esto los buenos animados y los malos confundidos. Y viose la fuerça que Dios nuestro Señor dio a las palabras deste santo varón, y cómo libra a los que esperan en Él. El bien que desto sucedió, tomando Dios nuestro Señor por instrumento a este doctor Govea para la conversión de la India Oriental, contarémoslo a los deziseis capítulos deste segundo libro, porque aquel será su propio lugar.

También podemos recoger la acertada formulación de Nadal en las **Pláticas de Colonia** que al aludir a las tentaciones de Manresa dice: “De donde deducía que era el demonio que suele empezar bien con consolación, pero termina en desobediencia, soberbia, etc.”

III, 405-6 (D. 15, 7)

[7] *Secuta est tentatio duplex. Primo scrupulorum, de nunquam rite facta confessione, quibus fere adigebatur ad desperationem. Tandem cogitavit se non commesturum et bibiturum donec relinquerent eum; quod fecit ab ultima communione, usque ad sequentem septimanam per 8 integros dies.. Hic de confessario etc. Altera tentatio erat spectrum illud daemonicum: vox quod 60 annis esset victurus etc. Unde colligebat esse daemonem, qui solet bene incipere cum consolatione, sed desinit in inobedientiam, superbiam etc. Hactenus prima hebdomada Exercitiorum, quae est de agenda poenitentia. Sequitur nunc de oratione, contemplatione, consolatione, visionibus, quas habuit. Omnia mysteria fidei intellexit, et singula fere vidit.*

[7] Siguió una doble tentación: la primera de escrúpulos, de no hacer nunca bien la confesión: lo llevaban casi a la desesperación. Al fin pensó en no comer ni beber mientras no le dejasen los escrúpulos. Lo hizo desde la última comunión hasta la siguiente semana durante 8 días completos... Así, acerca del confesor etc. La otra tentación era una figura demoníaca: una voz que le decía que había de vivir 60 años etc. Concluía que era el demonio que suele comenzar con consuelos y termina en desobediencia, soberbia etc. Hasta aquí la primera semana de los Ejercicios que trata de la conversión (hacer penitencia). Sigue ahora acerca de la oración, contemplación, consolación, visiones que tuvo. Entendió todos los misterios de la fe y a casi todos los vio uno por uno.

Evidentemente, esta complejidad circunstancial hace que el discernimiento deba ser algo permanente y, por otro lado, que sea una búsqueda no segura, sino cargada de sospecha.

3. Los escrúpulos

He querido dedicarle un apartado a este tema por la importancia que él les da en la **Autobiografía**. Por otro lado los podemos ver como un caso particular del ser “batido y tentado debajo de especie de bien”, no desde la consolación sino desde el deseo de fidelidad. Esto hace que, como describe en sus notas “para sentir y entender escrúpulos y mociones de nuestro enemigo” [EE 345], “siento en esto turbación; es a saber, en cuanto dudo y en cuanto no dudo...” Es una paradójica perplejidad y paralización en la entrega, expresada en la duda. Y si bien afirma que “por algún espacio de tiempo no poco aprovecha al ánima” porque “en gran manera purga y alimpia” (EE 348), pero eso no quita que sea “tentación que el enemigo pone” y, por tanto, ha de ser superada.

Curiosamente, en su detallada descripción, la experiencia de escrúpulos va a llevarle a la siguiente constatación: “Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura...” viniendo su liberación a través del discernimiento “como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las liciones que Dios le había dado”, y “teniendo por cierto que Nuestro Señor le había querido librar por su misericordia”. Es decir, la liberación del escrúpulo va a ser un puro don, un encuentro con Dios que “le había querido librar por su misericordia” y no el resultado del propio esfuerzo y la seguridad en la propia ‘fidelidad’. Una vez más vemos que el discernimiento viene a ser el lugar de encuentro con Dios por excelencia,

donde mis 'proyecciones' de Dios pueden ser desenmascaradas y donde puedo experimentar las "liciones" que Dios quiere darnos. Pero leamos el texto de la **Autobiografía**.

I, 395-9 (D. 12, 22-25)

22. *Mas, en esto vino a tener muchos trabajos de escrúpulos. Porque, aunque la confesión general que había hecho en Monserrate había sido con asaz diligencia y toda por escrito, como está dicho, todavía le parecía a las veces que algunas cosas no había confesado, y esto le daba mucha aflicción; porque, aunque confesaba aquello, no quedaba satisfecho. Y así empezó a buscar algunos hombres espirituales que le remediasen destos escrúpulos; mas ninguna cosa le ayudaba. Y, en fin, un doctor de la Seo, hombre muy espiritual que allí predicaba, le dijo un día en la confesión que escribiese todo lo que se podía acordar. Hizolo así; y después de confesado, todavía le tornaban los escrúpulos, adelgazándose cada vez las cosas, de modo que él se hallaba muy atribulado; y aunque casi conocía que aquellos escrúpulos le hacían mucho daño, que sería bueno quitarse dellos, mas no lo podía acabar consigo. Pensaba algunas veces que le sería remedio mandarle su confesor en nombre de Jesucristo que no confesase ninguna de las cosas pasadas, y así deseaba que el confesor se lo mandase, mas no tenía osadía para decírselo al confesor.*

23. *Mas, sin que él se lo dijese, el confesor vino a mandarle que no confesase ninguna cosa de las pasadas, si no fuese alguna cosa tan clara. Mas, como él tenía todas aquellas cosas por muy claras, no aprovechaba nada este mandamiento, y así siempre quedaba con trabajo. A este tiempo estaba el dicho en una camarilla que le habían dado los dominicanos en su monasterio, y perseveraba en sus siete horas de oración de rodillas, levantándose a media noche continuamente, y en todos los más ejercicios ya dichos; mas en todos ellos no hallaba ningún remedio para sus escrúpulos, siendo pasados muchos meses que le atormentaban; y una vez, de muy atribulado dellos, se puso en oración, con el fervor de la cual comenzó a dar gritos a Dios vocalmente, diciendo: -Socórreme, Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura; que, si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré.*

24. *Estando en estos pensamientos, le venían muchas veces tentaciones, con grande ímpetu, para echarse de un agujero grande que aquella su cámara tenía y estaba junto del lugar donde hacía oración. Mas, conociendo que era pecado matarse, tornaba a gritar: -Señor, no haré cosa que te ofenda-, replicando estas palabras, así como las primeras, muchas veces. Y así le vino al pensamiento la historia de un santo, el cual, para alcanzar de Dios una cosa que mucho deseaba, estuvo sin comer muchos días hasta que la alcanzó. Y estando pensando en esto un buen rato, al fin se determinó de hacerlo, diciendo consigo mismo que ni comería ni bebería hasta que Dios le proveyese, o que se viese ya del todo cercana la muerte; porque, si le acaeciese verse in extremis, de modo que, si no comiese, se hubiese de morir luego, entonces determinaba de pedir pan y comer (como si lo pudiera él en aquel extremo pedir, ni comer).*

25. *Esto acaeció un domingo después de haberse comulgado; y toda la semana perseveró sin meter en la boca ninguna cosa, no dejando de hacer los sólitos ejercicios, aun de ir a los oficios divinos, y de hacer su oración de rodillas, aun a media noche, etc. Mas, venido el otro domingo, que era menester ir a confesarse, como a su confesor solía decir lo que hacía muy menudamente, le dijo también cómo en aquella semana no había comido nada. El confesor le mandó que rompiese aquella abstinencia; y aunque él se hallaba con fuerzas todavía, obedesció al confesor, y se halló aquel día y el otro libre de los escrúpulos; mas el tercero día, que era el martes, estando en oración, se comenzó acordar de los pecados; y así, como una cosa que se iba enhilando, iba pensando de pecado en pecado del tiempo pasado, pareciéndole que era obligado otra vez a confesallos. Mas en la fin destos pensamientos le vinieron unos desgustos de la*

vida que hacía, con algunos ímpetus de dejalla; y con esto quiso el Señor que despertó como de sueño. Y como ya tenía alguna experiencia de la diversidad de espíritus con las liciones que Dios le había dado, empezó a mirar por los medios con que aquel espíritu era venido, y así se determinó con grande claridad de no confesar más ninguna cosa de las pasadas; y así de aquel día adelante quedó libre de aquellos escrúpulos, teniendo por cierto que nuestro Señor le había querido librar por su misericordia.

Esta experiencia del Dios misericordioso como única posibilidad de superación de los escrúpulos la encontramos formulada en **Algunos dichos de los padres**, del P. Nadal.

II, 314 (D. 13, 5)

[5] Si servirem ego principi seculari, iam olim ab eo fuisset iustitatus; verum servio ei, etc. Intellexi dixisse illum propterea quod Deus miserator et misericors. Valet vero huiusmodi meditatio ad tollendos scrupulos.

[5] Si yo sirviera a un príncipe de este mundo hace ya tiempo que me hubiera ajusticiado; pero sirvo a aquél, etc. Entendí que lo había dicho porque Dios es compasivo y misericordioso. Esta clase de consideración sirve también para quitar escrúpulos.

En la descripción que Ribadeneyra hace de esta prueba en **Hechos del P. Ignacio** termina diciendo que de ella obtuvo la gracia de poder ayudar a los escrupulosos.

II, 339-40 (D. 14, 34)

<34. In principio suae ad Deum conversionis vehementissime, et supra quam dici potest molestissime, scrupulis afflictabatur, ita ut nullam menti pacem inveniret, neque in orationibus, vigiliis, asperitatibus conquiesceret; semper anxius, semper sollicitus fluctuabat; et quoniam Deum offendere formidabat, Deum se offendisse saepissime, cum non offenderat, credebat. Accedebat ad sacramentissimam Eucharistiam; et cum iam ori admoveatur panis vivificus, conscientiae terrore subito exanimatus, surgebat, et se suspiriis, gemitibus lacrymisque penitus dabat. Occurrebat quidem Patri unum illud praesentissimum remedium, si pater spiritualis, cui conscientiam suam aperiebat, eum tranquillo pacatoque animo esse iuberet, et in se omnia Patris crimina reciperet; hac una in re se posse acquiescere sperabat et exagitationem illam et carnificinam mentis deponere; sed tamen id patri suo spirituali proponere non audebat, ne a se ortum remedium morbum non tolleretur, sed augetur. Omni itaque solatio destitutus. Deum precibus et ieiuniis pulsare statuit, et non prius a corpore maceratione desistere, quam clementissimus Dominus spiritui requiem tribueret. Quare integra hebdomada, hoc est septem solidorum dierum intercapedine, ita fuit sobrius, ut nihil omnino gustaret, et nihilominus consueta orationum et disciplinarum exercitia non omitteret; solebat enim eo tempore septem integras horas in oratione et meditatione genibus provolutis

<34 Al principio de su conversión fue afligido terriblemente y más de lo que se puede decir con los escrúpulos, de tal modo que no encontraba ningún género de sosiego de la mente ni podía hallar alivio con oraciones, vigiliias o penitencias; siempre andaba angustiado, siempre ansioso. Y como tenía terror a ofender a Dios, muchísimas veces creía que lo había ofendido cuando en realidad no era así. Se acercaba a la santa Eucaristía y cuando ya estaba para recibir el pan de vida le sobrevinía de repente un temor que lo dejaba sin fuerzas y se levantaba inundado de suspiros y gemidos y se hartaba de llorar. Pensaba que solamente había un remedio: si el padre espiritual a quien le abría su conciencia, le mandase estar tranquilo y sosegado y que él tomaba sobre sí todos los pecados del Padre; esperaba que con sólo esto podría descansar y detener aquellos pensamientos que lo martirizaban. Pero no se atrevía a proponérselo al padre espiritual no fuera que este remedio al ser propuesto por él no solamente no quitase la enfermedad sino que la aumentase. Desamparado de todo alivio determinó acudir a Dios con oraciones y ayunos y no dejar las penitencias antes de que El Señor diera descanso a su alma. Así pues, durante una semana entera, es decir los siete días completos y sin interrupción, estuvo sin probar absolutamente nada

quotidie ponere, et se aliquoties in die verberunt castigatione domare. Quod cum die dominico proximo confessorio, ex more conscientiam suam aperiens, explicuisset, admirabundus ille et magnitudine rei attonitus Patrem cibum capere iubet, et misericordiam tranquillitatemque a Domino expectare, quam postea consequutus est; et tantam spirituum discretionem et scrupulosarum mentium sanandarum gratiam a Deo obtinuit, ut qui hac aegritudine affectus medicinam a Patre non inveniret, de se actum putaret -. Ex Laynez 54.>

y sin omitir todos los acostumbrados ejercicios de oraciones y penitencias que eran en aquel tiempo siete horas enteras de oración y meditación de rodillas todos los días y azotarse varias veces al día. Cuando lo expuso al confesor el domingo siguiente, como era su costumbre al abrirle la conciencia, éste quedó asombrado de un gesto así y le mandó comer y esperar del Señor la misericordia y la tranquilidad que después alcanzó.

Y obtuvo del Señor una gracia tan grande de discreción de espíritus para sanar las mentes de los escrupulosos que quien no encontrara el remedio por medio de nuestro Padre, se podía dar por perdido.- De Laínez 54.>

Y efectivamente así empieza Polanco su relato de los escrúpulos en **Vida del P. Ignacio y comienzos de la Compañía de Jesús**: que convenía fuese tentado en todo Ignacio, para que luego pudiera ayudar a los demás. Y termina diciendo que Dios le había concedido este don de curar los escrúpulos.

II, 527-8 (D. 21, 18)

[18] Quia vero tentatum per omnia Ignatium esse oportebat, qui alios multos in variis tentationibus pro officii sui ratione erat aliquando sublevaturus, simul cum clariori suorum peccatorum cognitione, in varios scrupulos incidit, qui supra modum hominem torquebant, nec confessiones generales, aut aliae saepe de eiusdem rebus repetitae, pacem eius animo aut quietem dabant; et usque adeo Dei servum affligebant, ut diabolus etiam de vitae taedio et praecipio tentationes ei suggerere auderet, quas tamen bona voluntate placendi Deo non difficile dissipabat; sed scrupulis qui ex ipso Deum offendendi timorem ortum habebant, non ita poterat resistere; cum autem in vitis Patrum aliquem legisset, ad gratiam quamdam optinendam decrevisse cibum non capere donec illum a Domino impetrasset, pacem conscientiae super modum Ignatius optans, decrevit ab omni abstinere cibo, donec eam, concedente Domino, invenisset, nisi se ad mortem accedere prae debilitate virium expertus esset. Cum itaque diem unum abstinuisset, nihil interim de consuetis orationibus et corporis castigationibus remittens, et 2º idem tentasset, nec tamen se viribus destitui observaret, usque ad septimum in ea ipsa inedia perseveravit; et quia dabat Dominus vires, nec tamen pacem se consecutum videbat, ulterius ieiunium prorogaturus erat, nisi ad confessorium accedens (quod octavo quoque die facere, iam ab initio suae conversionis solitus erat), ab eo ulterius in ieiunio progredi prohibitus fuisset, qui negabat absolutionem ei se daturum, nisi abstinentiae illius propositum relinqueret. Paruit Ignatius, et ita uno vel altero die

[18] Como convenía que Ignacio fuera tentado en todas las cosas, él que por razón de su cargo había de ayudar a otros muchos en diversas tentaciones, junto a un conocimiento muy claro de sus pecados cayó en varios escrúpulos que lo atormentaron terriblemente y a los que ni las confesiones generales ni las repeticiones de las mismas cosas procuraban paz y descanso de su alma; y de tal manera afligían al siervo de Dios que el diablo le sugirió, por la desesperación, que se atreviese a arrojar a un precipicio aunque esta tentación la vencía fácilmente por su buena voluntad de agradar a Dios. Pero no podía resistir a los escrúpulos nacidos del mismo temor de ofender a Dios. Había leído en las vidas de los Padres que alguno para alcanzar una gracia había determinado no comer hasta que la alcanzase del Señor; deseando sobre todo alcanzar la paz de la conciencia se decidió a no comer nada hasta que el Señor se la concediera a no ser que se sintiera próximo a la muerte por la debilidad. Así pues ayunó un día sin dejar las oraciones y penitencias acostumbradas y el segundo hizo lo mismo y al no sentir disminución de fuerzas perseveró sin comer hasta el séptimo; y como el Señor le daba fuerzas y no acababa de encontrar la paz pensaba proseguir adelante en el ayuno; pero cuando fue al confesor (lo cual solía hacer cada ocho días desde el principio de su conversión) éste le mandó dejar el ayuno y le negaba la absolución si no dejaba el propósito de la abstinencia. El Padre obedeció y encontró la paz de los

pacem a scrupulis invenit, et constantiorem illam se inventurum credebat, si iussum illi fuisset a confessario ut omnino sollicitudinem circa confessionem peccatorum abiiceret, nec amplius antea vitae peccata confiteretur. Sed hoc pharmacum ab illo spirituali medico non accepit, nec ipse id suggerere studebat. Placuit tandem divinae Bonitati, non solum ab hoc scrupulorum morbo Ignatium sanare, sed ad alios etiam sanandos, qui simili animi afflictione laborarent, multum lucis tribuere; et inter alia Dei dona, hoc eximium in reliquo vitae decursu Ignatius habuit, et ita multos gravibus scrupulis anxios magna cum facilitate curavit.

escrúpulos uno o dos días y se creería más seguro si el confesor le mandara alejar toda preocupación por la confesión de los pecados y que no confesase más los pecados de la vida pasada. Pero no recibió esta medicina de aquel médico espiritual y él no se atrevía a sugerírselo. Quiso finalmente la divina Bondad darle a Ignacio una luz grande para sanar de aquella enfermedad de escrúpulos sino también para sanar a otros que tuvieran la misma aflicción; y entre otros dones tuvo Ignacio el resto de su vida éste de curar con gran facilidad a los atormentados por grandes escrúpulos.

Y Ribadeneyra en su **Vida** y en **Dichos y hechos de S. Ignacio**, nos narra uno de estos casos, en los que usó un medio más psicológico que espiritual al vencer el escrúpulo menor con otro mayor. Leamos las dos versiones.

IV, 873 (L. 5, 159)

159. Avía un Padre en la Compañía muy siervo de Dios que se llamava Cornelio Bruggelman, flamenco de nación el qual era muy escrupuloso en rezar el oficio divino y gastava casi todo el día en él, porque nunca le parecía que avía rezado bien. Sanóle desta enfermedad nuestro B.P. de la manera que aquí diré. Ordenóle que rezasse sus horas en tanto tiempo precissamente en quanto comúnmente las rezavan los demás, y que midiesse este tiempo con un reloxo de arena que le mandó dar, y que si, acabado aquel tiempo, le faltasse alguna hora o horas por rezar, las dexasse aquel día y no hiziesse caso dello. El buen padre Cornelio, por no dexar hora por rezar, dávase priessa para acabar todas las horas en aquel tiempo que el padre le avía limitado. Y tenía mayor escrúpulo de dexar de rezar, que no de rezar algo apressuradamente; y assí venció el escrúpulo menor con otro mayor, y sacó (como dizen) un clavo con otro clavo.

II, 480 (D. 19, II, 2)

2. El P. Cornelio Bruguelman fué un tiempo muy fatigado de escrúpulos en el dezir el oficio divino, de manera que en dezirle y rededirle gastava quasi todo el día, porque nunca le parecía de haver rezado bien. Nuestro Padre, después de haver usado otros remedios sin provecho, le ordenó que no gastasse más tiempo de lo que los otros Padres comúnmente acostumbravan, y que para esto usasse del reloxo; y que si en aquel tiempo no huviesse acabado el oficio, que por aquel día no rezasse más. Y con esto el buen Padre se curó; porque el mayor escrúpulo echava al menor; que, temiendo él de no dexar de dezir alguna parte de las horas, se dava priessa para acabarlas, teniendo este por menos inconveniente. Y assí con esta espiritual prudencia de nuestro Padre vino a sanar y a reducirse a la mediocridad ordinaria.

Para terminar este tema veamos cómo Ribadeneyra describe esta importante experiencia de Ignacio. Como acostumbra, sus formulaciones son especialmente expresivas; el escrúpulo es descrito así: “que muchas veces le remordiese la conciencia y le escarbare el gusano, y dudase” que nos recuerda la alusión al “verme de la conciencia” de la meditación del infierno (EE 69). Su situación de impotencia llega a ser extrema: “que yo no puedo más”, lo que le abre a sólo Dios: “En ti sólo espero, que ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo paz ni reposo”; siendo

su curación una experiencia que podríamos describir con palabras del propio Ignacio “sin causa precedente” [EE 330]: “como quien despierta de un profundo sueño”.

IV, 115-21 (L. 1, 24-28)

24. *Mas, de ay adelante huvo una gran mudança en su ánima y començó a sentir grandes alteraciones y como contrarios movimientos en ella. Porque, estando en oración y continuando sus devociones, se le secava súbitamente algunas vezes el corazón, y hallábase tan angustiado y tan enredado, que no se podía valer ni desmarañar, desagradándose de sí mismo y dessabriéndose por verse sin ningún gusto espiritual. Mas tras esto venía luego con tanta fuerça una como corriente del divino consuelo y tan impetuosa, que le arrebatava y llevava en pos de sí. Y assí con esta luz desaperecían los ñublados de la tristeza passada, y sin dexar rastro de sí; la qual diferencia y mudança como él echasse de ver, movido con la novedad y admirado, dezía :-¿Qué quiere dezir esto? ¿Qué camino es éste por donde entramos? ¿Qué nueva empresa es ésta que acometemos? ¿Qué manera de guerra es ésta en que andamos?*

25. *Pero entre estas cosas le vino un nuevo linage de tormento, que fue començarle a acossar los escrúpulos y la conciencia de sus pecados, de manera que se le passavan las noches y días llorando con amargura, lleno siempre de congoxa y quebranto; porque aunque era verdad que con toda diligencia y cuydado se avía confessado generalmente de sus pecados, pero nuestro Señor, que por esta vía le quería labrar, permitía que muchas vezes le remordiesse la conciencia y le escarbasse el gusano, y dudasse: si confessé bien aquello; si declaré bien esto; si dixé, como se avían de dezir, todas las circunstancias; si por dexarme algo de lo que hize, no dixé toda la verdad, o si por añadir lo que no hize mentí en la confesión. Con los estímulos destes pensamientos andava tan afligido, que ni en la oración hallava descanso, ni con los ayunos y vigiliass alivio, ni con las diciplinas y otras penitencias remedio. Antes, derribado con el ímpetu de la tristeza, y desmayado y caydo con la fuerça de tan grave dolor, se postrava en el suelo, como sumido y ahogado con las olas y tormentas de la mar, entre las quales no tenía otra áncora ni otro refugio sino allegarse, como solía, a recibir el santíssimo sacramento del altar. Pero algunas vezes, quando quería llegar la boca para tomar el pan de vida, tornavan súbitamente las olas de los escrúpulos con más fuerça, y poderosamente le arrebatavan y desviavan de delante del altar donde estava puesto de rodillas, y entregado del todo a los dolorosos gemidos, soltava las riendas a las lágrimas copiosas que le venían. Dava bozes a Dios y dezía :- Señor gran fuerça padezco; respondió Vos por mí, que yo no puedo más -. Y otras vezes con el apóstol dezía :- Triste de mí y desventurado ¿quién me librárá deste cuerpo y de la pesadumbre desta más muerte que vida que con él traigo? - Ofrecíasele a él un remedio, y parecíale que sería el mejor de todos para librarse destes escrúpulos. Este era que su confessor, a quien él tenía por padre y a quien él descubría enteramente todos los secretos y movimientos de su alma, le sosegasse y en nombre de Jesu Christo le mandasse no confessasse de ay adelante cosa de su vida passada. Mas, porque por aver salido dél este remedio temía le hiziesse más daño que provecho, no osava dezirle al confessor.*

26. *Aviendo, pues, passado este trabajo tan cruel algunos días, fue tan grande y rezia la tormenta que un día passó con estos escrúpulos que, como perdido el governalle y destituydo y desamparado de todo consuelo, se arrojó delante del divino acatamiento en oración, y encendido allí con fervor de la fe, començo a dar bozes y a dezir en grito: - Socorredme, Señor, socorredme, Dios mío; dadme desde allá de lo alto la mano, Señor mío, defensor mío. En ti sólo espero, que ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo paz ni reposo. Estadme atento, Señor, y remediadme. Descubrid, Señor, ese vuestro alegre rostro sobre mí, y pues sois mi Dios, mostradme el camino por donde vaya a Vos. Sed Vos, Señor, el que me le déis para que me guíe, que aunque sea un perrillo el que me diéredes por maestro para que pacifique mi desconsolada y afligida alma, yo desde ahora le aceto por mi preceptor y mi guía.*

27. *Aviase pasado en este tiempo del hospital a un monesterio de Santo Domingo que ay en Manresa, adonde aquellos padres le hizieron mucha caridad, y estava aposentado en una celda quando passava esta grande tormenta, la qual no afloxava punto con los gemidos y lágrimas, antes se acrecentó por un torvellino nuevo que le apretó muy fuertemente con un desesperado pensamiento, que le dezía que se echasse de una ventana abaxo de su celda y se despeñasse; mas él respondía: – No haré tal, no tentaré a mi Dios –; y con esto se bolví a Dios y dezía: – ¿Qué es esto, Señor? Vos no sois mi Dios y mi fortaleza? Pues ¿cómo, Señor, me queréis echar de Vos? ¿Por qué permitís que ande tan triste y assí me aflija mi enemigo que me da grita, preguntándome cada hora: ¿adónde se te ha ido tu Dios? Dando, pues, a Dios estas amorosas quejas y estos penosos gemidos, vínole al pensamiento un exemplo de un santo que, para alcançar de Dios una cosa que le pedía, determinó de no desayunarse hasta alcançarla. A cuya imitación propuso él también de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada si ya no se viesse por ello en peligro de morir. Con este propósito guardó siete días enteros tan enteramente el ayuno que no gustó cosa del mundo, no dexando por esto de tener sus siete horas de oración, hincado de rodillas, y de hazer sus diciplinas tres vezes cada día, ni los otros exercicios y devociones que tenía de costumbre. Y viéndose después deste tiempo aún con fuerças para passar adelante y no nada debilitado, quería proseguir su ayuno que avía durado de domingo a domingo. En el qual, yendo al confessor, y confessándose y dándole cuenta de lo que avía passado por su alma aquella semana, como solía, y lo que adelante quería hazer, su confessor se lo estorbó, y le mandó que comiesse, diziéndole que si no lo hiziesse y si piadosamente no confiasse en la misericordia del Señor que le avía perdonado sus pecados, no le daría la absolución.*

28. *Obedeció, pues, llanamente a lo que el confessor le mandó, porque no pareciesse que quería tentar a Dios, y aquel día y el siguiente se sintió libre de los escrúpulos. Pero al tercero día tornó a ser dellos combatido como de antes; mas, al fin, el remate desta dura pelea (que le avía puesto en tan peligroso trance) fue que, desvaneciéndose como humo las tinieblas que a cosas tan claras el demonio le ponía, y vestida su ánima y alumbrada de nueva luz del cielo, como quien despierta de un profundo sueño, abrió los ojos para ver lo que antes no veía. Y con grande desengaño y resolución determinó de sepultar la memoria de los pecados passados y no tocar más a sus llagas viejas ni tratar dellas en la confesión. Y con esta vitoria tan señalada alcançó maravillosa paz y serenidad su ánima, y tan grande discreción de espíritu y conocimiento de sus movimientos interiores y tan admirable gracia de Dios para curar conciencias escrupulosas, que por maravilla venía a él persona ninguna tocada desta enfermedad de escrúpulos, que no quedasse libre con su consejo. Porque no provava Dios a nuestro B. Padre para sí solamente, mas también para nuestro provecho se hazía aquella tan costosa prueba. Que, aunque el Señor quiere a todos sus soldados muy expertos y provados, pero mucho más a aquellos que han de ser como guías y caudillos de los otros, a los quales, después de muy humillados y abatidos, suele levantar y consolar, mortificándolos primero y después bivificándolos, para que puedan, por lo que en sí experimentaron y aprendieron, consolar a los que se hallaren en qualquier género de aprieto y tribulación.*

Resumiendo, el discernimiento de los diversos espíritus fue para Ignacio el medio privilegiado para descubrir al Dios vivo que nos sorprende y desconcierta. Pero este descubrimiento es penoso y lleno de ilusiones (proyecciones). No toda experiencia ‘espiritual’ es de Dios. El hombre, para Ignacio, está también condicionado espiritualmente. Por eso hay que ‘sospechar’, lo que nos llevará a la necesidad de discernir. Pero observemos que usamos la palabra sospecha y no duda. Ésta, para Ignacio, es “tentación que el enemigo pone” (EE 347) porque la acción de Dios es “sin dubitar ni poder dubitar” (EE 175). La experiencia de Dios en Ignacio es siempre liberadora. El Dios vivo descondiciona.

b) La práctica del examen

Esta necesidad de un discernimiento permanente va a tener en Ignacio una consecuencia práctica: la necesidad de los exámenes. Todos sabemos la importancia que le da en los EE. Pero, sobre todo, es significativo que en las **Constituciones**, la práctica del examen será la única que dejará legislada (**Constituciones**, 261, 342, 344).

Ya hemos visto en otro momento que el hombre para Ignacio nunca desaparece frente a Dios, sino que es respuesta responsable. Dios es don, ofrecimiento, pero nunca impone ni supe. La búsqueda del hombre, o mejor dicho, la vigilancia evangélica, el “estad despiertos”, es la actitud fundamental para el encuentro con Dios.

La práctica de los exámenes en Ignacio es la concreción de esta actitud. Acabamos de ver en el apartado anterior que la diversidad de pensamientos que se sucedían en Loyola era una experiencia ante la que paradójicamente estaba ausente: “Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia...” (**Autobiografía**, 8). Podríamos decir, que la práctica de los exámenes (particular y general) va a intentar convertir en zonas de presencia lo que sólo eran experiencias ausentes. Su extraordinario sentido realista y práctico tenía un fundamento: era un gran observador, tenía una gran capacidad de atención.

Con los exámenes va a intentar reeducar nuestra atención dispersa, nuestra consciencia.

Pero hay algo más profundo, a mi manera de ver, en esta difícil práctica del examen. Aunque el campo al que nos abre el examen no debe ser exclusivamente el pecado, sin embargo, parece ser el más obvio. Pues bien, su concepción del pecado, no como “remordimiento” (subjetivo) sino como hecho objetivo del que mi consciencia puede estar ausente, va a darle al examen una dimensión inesperada: el examen debe convertirse en un tiempo de revelación, de luz.

Cuenta Araoz en su **Censura a la Vida de Ignacio de Loyola de Ribadeneira**:

IV, 936

Estando enfermo se levantaba a oración, y decía con gemidos a menudo: - ¡Señor! cuán ciego está el mundo! -.

Efectivamente, el pecado para Ignacio, en su dimensión más honda, es una profunda ignorancia. La contemplación de la Encarnación nos presenta “las tres divinas personas... cómo miran toda la haz y redondez de la Tierra y todas las gentes en tanta ceguedad, y cómo mueren y descienden al infierno” [EE 106].

Así en el **Primer modo de orar sobre mandamientos**, la petición comienza así: “pedir gracia Dios N.S., para que pueda conocer en lo que he faltado...” [EE 240]; en el segundo tiempo del examen particular: “pedir a Dios N.S, lo que el hombre quiere, es a saber, gracia para acordarse cuántas veces ha caído en aquel pecado particular o defecto” [EE 25]; y, por último, en el modo de hacer el examen general, el 2º punto: “pedir gracia para conocer los pecados y lanzallos” [EE 43].

Pero nuestra apertura a esta luz no va a ser desde la amenaza y la angustia (culpabilidad), sino desde una experiencia positiva. El primer punto del Examen general dice así: “Dar gracias a Dios nuestro Señor por los beneficios recibidos”. En Ignacio, la experiencia de Dios nunca es de amenaza sino salvífica. El pecado destaca en este contexto no tanto como ‘culpa’ cuanto como

impedimento a la acción salvadora de un Dios obstinadamente misericordioso: “cómo hasta ahora siempre ha tenido de mí tanta piedad y misericordia” [EE 71].

Por tanto, el examen ignaciano no es el recuento escrupuloso de unos fallos para alcanzar una ‘perfección’ que me justifique farisaicamente frente a un Dios exigente, sino la honrada constatación de mi pobre respuesta al acoso de oportunidades por parte de Dios que deben provocar en mí, no una frustración, sino una “exclamación admirativa con crecido afecto” [EE 60].

Pero vemos algunos datos que pueden iluminar desde la práctica todo lo dicho.

Ante todo la práctica del examen en Ignacio no era una escrupulosa obligación que había que cumplir dos veces al día sino, como hemos dicho, una permanente actitud de atención y presencia que haga posible la constatación de la propia realidad. Así nos lo describe Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio** y luego recoge en su **Vida**.

II, 345 (D. 14, 42)

< 42. *Hanc etiam semper consuetudinem habuit, ut horis singulis conscientiam suam examinaret, et qua ratione hora illa lapsa fuisset diligentissima peruestigatione discuteret. Quod si forte finita hora aliquod negotium intercederet maioris momenti, vel occupatio aliqua tanta, quae pio exercitio impedimentum afferebat, examinationem quidem differebat, sed vel primo quoque tempore, vel hora sequenti interpositam moram compensabat. Itaque semel Patrem quemdam ex nostris B. Pater forte obuium sciscitatus est quoties eo die conscientiae suae examinationem fecisset. Cum ille “septies”, ni fallor, respondisset, tum Pater: – Heu, tam raro? –, cum tamen bona diei adhuc pars superesset. Ex quo conuicere licet quam sedulus et assiduus Pater fuerit in hoc examine, quamque frequenter rationem cum conscientia subduceret. Quod ad nostrum omnium exemplum dictum sit, etc. >*

< 42. Tuvo siempre la costumbre de examinar cada hora su conciencia y descubrir con un cuidadoso examen cómo la había pasado. Y si le venía un asunto de gran importancia al acabar una hora o la ocupación era tan grande que le impedía el examen, lo difería pero lo compensaba en cuanto podía o a la siguiente hora. El B. Padre preguntó por casualidad a cierto Padre cuántas veces hacía el examen de conciencia. Cuando le respondió, “creo que siete” el Padre exclamó: Oh, tan pocas? cuando todavía quedaba mucho día por delante. De aquí se puede concluir cuán diligente y asiduo fue el Padre en el examen y con qué frecuencia se tomaba cuenta de conciencia. Esto se ha dicho para ejemplo de todos los nuestros, etc. >

IV, 741 (L. 5, 8)

6. *No se le passava hora del día que no se recogiesse dentro de sí, y dando de mano a todo lo demás, examinava diligentísimamente su conciencia. Y si por ventura se le ofrecía algún negocio tan grave, o tan urgente ocupación, que no le dexasse cumplir en aquella hora con esta su devoción, recompensávalo la siguiente, o luego que le dava lugar la ocupación. Aunque nunca se metía tanto en los negocios exteriores, que perdiessse la interior devoción de su espíritu.*

Lo mismo refiere el P. Manareo (**Respuesta de Manareo a algunos postulados de Lancio**).

III, 438 (D. 23, 36)

36. *Audiui saepe, et nominatim ex Patre nostro Laynez intellexi, ipsum valde fuisse sedulum circa examen etiam particulare, ac contulisse diligenter examen cum examine, tempus cum tempore, hebdomadum cum hebdomada; tam videlicet studiosus erat sui profectus spiritalis.*

36. Oí muchas veces, y concretamente de nuestro Padre Laínez, que había sido muy asiduo al examen particular y que comparaba con toda diligencia examen con examen, tiempo con tiempo, semana con semana; tan cuidadoso era de su aprovechamiento espiritual.

Pero pasemos a lo más importante: el contenido y sentido de esta continua práctica.

Resulta muy sugerente que su experiencia contradecía las expectativas (dependiendo de la mentalidad de la época). Me explico, frente a un contexto de temor al castigo por los pecados, su experiencia va a contradecir estas expectativas. Ya al comienzo de la **Autobiografía** constata que su determinación de “hacer grandes penitencias” no apunta tanto a “satisfacer por sus pecados” cuanto “agradar y aplacer a Dios”, y Cámara resalta al margen esta experiencia.

I, 382-3 (D. 12, 14)

14. *Y en este camino le acaeció una cosa que será bueno escribir para que se entienda cómo nuestro Señor se había con esta ánima que aún estaba ciega, aunque con grandes deseos de servirle en todo lo*

Tenía tanto aborrecimiento a los pecados pasados y el deseo tan vivo de hacer cosas grandes por amor de Dios, que, sin hacer juicios que sus pecados eran perdonados, todavía en las penitencias que emprendía a hacer no se acordaba mucho dellos.

que conociese; y así determinaba de hacer grandes penitencias, no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino agradar y aplacer a Dios. Y así, cuando se acordaba de hacer alguna penitencia que hicieron los Santos, proponía de hacer la misma y aún más. Y en estos pensamientos tenía toda su consolación, no mirando a cosa ninguna interior, ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción para reglar ni medir estas virtudes, sino toda su intención era

hacer destas obras grandes exteriores, porque así las habían hecho los santos para gloria de Dios, sin mirar otra ninguna más particular circunstancia.

Pero es más expresivo aún otro texto de la misma **Autobiografía** en que resalta, no tanto la constatación de un hecho, cuanto la imposibilidad de una expectativa: “no podía tener temor de sus pecados, ni de ser condenado”.

I, 406-9 (D. 12, 33)

33. *Otra vez, viniendo de Valencia para Italia por mar con mucha tempestad, se le quebró el timón a la nave, y la cosa vino a términos que, a su juicio y el de muchos que venían en la nave, naturalmente no se podría huir de la muerte. En este tiempo, examinándose bien y preparándose para morir, no podía tener temor de sus pecados, ni de ser condenado; mas tenía grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dones y gracias que Dios Nuestro Señor le había comunicado.*

Otra vez, el año de 50, estuvo muy malo de una muy recia enfermedad, que, a juicio suyo y aun de muchos, se tenía por la última. En este tiempo, pensando en la muerte, tenía tanta alegría y tanta consolación espiritual en haber de morir, que se derritía todo en lágrimas; y esto vino a ser tan continuo, que muchas veces dejaba de pensar en la muerte, por no tener tanto de aquella consolación.

Y Ribadeneyra recoge esta misma experiencia con la expresividad que le caracteriza y lo relaciona con la “devoción”, tan importante en Ignacio.

IV, 749 (L. 5, 18-19)

18. *Mirando sus faltas y llorándolas, decía que deseaba que en castigo dellas nuestro Señor le quitase alguna vez el regalo de su consuelo, para que con esta sofrenada anduviese más cuydoso y más*

cauto en su servicio. Pero que era tanta la misericordia del Señor y la muchedumbre de la suavidad y dulçura de su gracia para con él, que quanto él más faltava y más deseava ser castigado desta manera, tanto el Señor era más benigno, y con mayor abundancia derramava sobre él los tesoros de su infinita liberalidad. Y assí dezía que creía que no avía hombre en el mundo en quien concurriessen estas dos cosas juntas, tanto como en él: la primera el faltar tanto a Dios y la otra el recibir tantas y tan continuas mercedes de su mano.

19. Dezía más, que esta misericordia usava el Señor con él por su flaqueza y miseria, y por la misma le avía comunicado la gracia de la devoción, porque siendo ya viejo, enfermo y cansado, no estava para ninguna cosa, sino para entregarse del todo a Dios y darse al espíritu de la devoción.

Por tanto, la constatación del propio pecado no lo encierra en un masoquismo culpabilizante, ni siquiera en la frustración sino “grande confusión y dolor, por juzgar que no había empleado bien los dones y gracias que Dios N.S. le había comunicado”. Es decir, la constatación de “faltar tanto a Dios” le llevaba a la experiencia de “recibir tanto y tan continuas mercedes de su mano”.

Desde esta perspectiva entenderemos el sentido de sus continuos exámenes: no es culpabilizante sino quitar impedimentos a una acción salvífica con la que de antemano contamos. Exámenes que no sólo él practicaba sino que recomendaba frecuentemente. Así nos lo refiere Cámara en el **Memorial**.

I, 542 (D. 13, 24-25)

24. También suele algunas veces nuestro Padre para quitar un vicio a uno hacerle síndico del mismo vicio, y que sindique a todos, y todos le sindiquen a él. También suele para lo mismo hacerle examinar cada día sobre el tal vicio muchas veces, y decir a alguno que hizo el examen las veces mandadas, antes que cene o antes que duerma, y el mismo nuestro Padre lo hace todas las veces que da el relox, tanto de día como de noche quando está despierto, quando no está ocupado, o con algún forastero, o en otro negocio de importancia; y quando esto acaece, después compensa el tiempo en la hora que se sigue. Y queriendo una vez enmendarse de un vicio, el qual era que, como vía alguno, luego se empensaba a reír para él, se daba espúes del examen tantos açotes como veces se había reído.

que todos le sindiquen a él

25. De esto segundo usaba muy posas veces; pero de lo primero, es decir, que el que era acusado de una falta fuese corrector de ella, muchas veces.

como vía alguno

Solía nuestro Padre de ordinario, cada vez que encontraba a algún Hermano, considerar en él el precio de su alma y a Cristo Nuestro que la redimió, y recibía con este pensamiento tanta consolación, que siempre la exteriorizaba con la sonrisa y alegría exterior.

Como podemos ver, la práctica del examen queda enormemente enriquecida en la Compañía. Ya no es el instrumento que entrega al ejercitante y que él en solitario ha de aplicar, sino que las posibilidades de objetivación de un contexto comunitario va a ampliar sus posibilidades. Me explico, a la práctica individual de lo que él llama en EE examen particular “para quitar su vicio a uno hacerle síndico del mismo vicio”, añade dos: el “que sindique a todos” y “todos le sindiquen a él”. Las tres prácticas amplían simplemente las zonas de atención y no tanto unas prácticas voluntaristas, como a veces se ha podido interpretar.

[No quiero dejar de aludir al extraño ejemplo que nos pone Cámara (al enmendarse de un riso) y que refleja una de las muchas rarezas que este hombre genial tuvo, y que recogemos en algunos momentos de este trabajo].

Lo mismo nos refiere Ribadeneyra en su **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio**.

III, 621-2 (D. 38, cap. 4)

Pero, bolviendo a nuestro bienaventurado Padre, tenía grande eficacia en desarraygar los malos hábitos, y curar las enfermedades que, o per ser como connaturales, o muy envejeçidas, o por otros respetos, parecían incurables; y usava de tantos y tan eficazes remedios, que el mal, por rebelde que fuesse, ablandava y se rendía.

Hazía que el que tenía alguna falta, que deseava enmendar, tuviese cuydado de notar aquella misma falta en los otros y avisarles della. Que se conçertasse con algún amigo, confidente suyo, para que estuviessse sobre aviso, y notasse las vezes que faltava, y con charidad le avisasse. Que se examinasse tantas vezes cada día particularmente de aquella falta; y para que no huviessse descuydo, que dos vezes, una antes de comer y otra antes de cenar, dixesse a çierta persona, que el mismo Padre señalava, si avía hecho aquel examen. Que en el refectorio predicasse de aquella virtud que pretendía alcançar, o contra aquel viçio que deseava, vençer, para que, exortando a los otros, él quedasse más convençido y movido para buscar lo que les persuadía. Que se pusiesse alguna pena, y la executasse cada vez que cayesse en aquella falta. Y otros medios como estos usava; pero con tanta, exaçión y eficacia, que no avía cosa tan arraigada que no la arrancasse, ni costumbre tan enbegeçida que con otra costumbre no la vençiesse, y echasse como un clavo con otro.

Y no usava solamente destes medios para domar las passiones y malas inclinaciones del alma, sino también las inclinaciones viçiosas, naturales o pegadizas; como quando alguno hablava o caminava muy aprisa, o meneava descompuestamente la cabeza, o tenía algunos meneos feos o menos agradables, y en otras cosas semejantes, que podría referir con exemplos particulares, si no pretendiesse la brevedad.

Pero el método del examen, según el último párrafo, se aplica no sólo a desviaciones serias (“pasiones o malas inclinaciones”) sino a las “naturales o pegadizas”.

Ribadeneyra vuelve a referir lo mismo en la **Vida**.

IV, 869-71 (L. 5, 155)

155. Tuvo señaladamente eficacia y don maravilloso en curar los vicios que más envejecidos y más arraygados estavan en el alma; y al hombre que tomava entre manos, de tal manera le bolvía y rebolvía por todas partes, y usava con él de tantos y tan diferentes medios, que por maravilla avía cosa tan arraygada que no la desarraygasse y arrancasse. Eran muchos los modos de que usava para esto y, entre otros, era uno que el que se desseava emendar examinasse su conciencia muy a menudo y con examen particular en aquel vicio de que se quería emendar, y esto a ciertas horas y determinadas; y porque no se olvidasse, hazía al que desta manera curava que antes de comer y acostar diesse cuenta a alguna persona de confiança que él le señalava y le dixesse si avía hecho el examen cómo y cuándo se lo avía ordenado. Otro modo era que el que se quería emendar de alguna falta tuviesse cuenta con notar y amonestar a otros que tuviesssen la misma falta que él y que otros tuviesssen cuenta con notarle a él y avisarle. También aconsejava que se pusiesse el hombre çierta pena, la qual executasse en sí todas las vezes que cayesse en aquella falta de que se quería emendar. Y el mismo padre al principio de su conversión fue muy tentado de la risa, y venció esta tentación a puras diciplinas, dándose tantos açotes cada noche quantas eran las vezes que se avía reído en el día, por liviana que huviessse sido la risa.

Esta práctica del examen va ampliando las zonas de consciencia y posibilitando lo que Ribadeneyra llamará en **Hechos del P. Ignacio**, “delicadeza de conciencia”.

II, 344-5 (D. 14, 41)

<41. *Hoc unum ego affirmare ausim, tant delicatam illius fuisse conscientiam, tam subtiliter, tam religiose et exquisite vel minimam cuiusque peccati suspitionem piam eius animam extimuisse, ut saepissime num culpa ulla in ea haereret, in qua nulla omnino esse videbatur, diligentissime conquireret, vel de tenuissima cogitatione, vel de levissimo mentis assensu, vel de rebus id genus minutissimis, quae nobis non primo solum aspectu, sed etiam introsipientibus, nullum cum vitio commertium, nullam societatem habere videbantur. Audivi ego ex Patre a se confessarium accersitum, ut unam tantum culpam confiteretur: ea erat, quod defectum cuiusdam Patris tribus aliis Patribus aperuisset, cum duo ad remedium adhibendum et vulnera curanda suffecissent; quae tamen et multa erant, et tertio illi Patri non ignota, neque ex uno illo publicato peiorem ex homine existimationem suscipere potuisset. Anno 1551 >*

<41. Sólo me atrevería a afirmar una cosa: que fue de una conciencia religiosa tan delicada, tan sutil y exquisita y que consideraba tanto la menor sospecha de pecado, que muy frecuentemente miraba si había alguna culpa en lo que parecía que no había ninguna y se examinaba del más mínimo pensamiento o del más ligero asentimiento o de cosas pequeñísimas que para nosotros no tienen ninguna relación con algún defecto y esto, no sólo mirándolas superficialmente sino aun después de haberlas examinado. Oí de un Padre que llamó al confesor para confesar una sola culpa: que había manifestado el defecto de un Padre a otros tres, cuando bastaba para el remedio y subsanar el mal causado, hacerlo solamente con dos. Esos defectos eran sin embargo muchos y los conocía el tercer Padre y porque se hubiese publicado eso solo no podía tener peor estima de aquel hombre. Año 1551>

Y así, el mismo Ribadeneyra en su **Collectanea** nos recuerda la necesidad de una diligente vigilancia de aquello que en cada uno se inclina al vicio, y que sea “señor de sí” [EE 216] (“sibique sit imperiosus”)

II, 421 (D. 16, 33)

[33] C. *Cum omnia vitia declinanda esse, tum ea cuique potissimum ad quae proclivior cuiusque natura sit. Ab iis etenim maximas impendere ruinas, nisi diligenter sibi quisque caveat sibique sit imperiosus.*

[33] C. Se deben combatir todos los defectos, pero principalmente aquellos a los que la naturaleza de cada uno está más inclinada. Porque los mayores males vienen de ahí a no ser que cada uno con toda diligencia lo evite y sea señor de sí mismo.

Es importante descubrir que esta práctica no se aplica sólo a los niveles negativos (vicios y pecados), sino a potenciar la actitud de búsqueda progresiva.

El hombre para Ignacio no es una realidad estática sino dinámica: el hombre progresa o se degrada (“de bien en mejor subiendo” o “de pecado mortal en pecado mortal”). Pero este progreso, a veces penoso y lento, lo constata con agradecimiento, no como una heroicidad voluntarística. Veamos cómo formula esto Ribadeneyra en la **Vida**.

IV, 745 (L. 5, 10)

10. *Comparando el día de ayer con el de oy y el provecho presente con el passado, cada día hallava aver aprovechado más y ganado tierra y que se le acrecentavan los santos desseos, en tanto grado, que en su vejez vino a dezir que aquel estado que tuvo en Manresa (al qual en tiempo de los estudios solía llamar su primitiva yglesia) avía sido como su noviciado; y que cada día yva Dios en su alma hermo-*

seando y poniendo con sus colores en perfección el dibuxo de que en Manresa no avía hecho sino echar las primeras líneas.

La acción de Dios en el hombre debe ser vivida como algo apasionante. Es el tema del aprovechamiento que con tanta frecuencia aparece en EE. Los exámenes apuntan a este aprovechamiento. Leamos lo que refiere el P. Araoz en **Relatio P. Blasii Rengifo**.

III, 588-9 (D. 33, 8)

[8] Deçía el P. Araoz que el modo con que nuestro Padre aprovechava en breve tiempo a muchos era persuádiéndoles tres cosas: la una que se quitasen de ocasiones, porque ansí aproyectarían y se salvarían con mayor façilidad, con mayor alegría y con mayor aumento y con mayor perseverançia; la 2ª era que hiçiesen los exercicios de 30 días, guardando muy bien las adiciones; la 3ª con renovar los propósitos con actos intensos y vehementes cada hora; y esta terçera encareçía por extremo.

Las “tres cosas” quedan enmarcadas en el método de los exámenes.

Pero antes de terminar el tema del examen quiero recoger unas breves referencias de algo que ya ha salido y que es cómo algo complementario al examen personal; lo que Cámara formulaba: “y todos lo sindiquen a él”. Si hemos dicho que el examen pretende hacer consciente lo que ignoro aunque está en mí, su finalidad es posibilitar una objetivación que puede quedar enterrada en mi inevitable subjetivismo. Pues bien, esta ayuda del otro, tan fundamental en esta labor de objetivación, es referida en varios sitios con ocasión del examen.

Así lo encontramos en **Algunos dichos de los Padres** del P. Nadal:

II, 316-7 (D. 13, 14)

[14] Poenitens est inducendus ut se et sua omnia Deo resignet, et se existimet quasi esset frustum nivis e coelo deiectum; quod si sit princeps et magnam habeat familiam, debet habere censorem, qui eum reddat certiozem de rebus omnibus, etiam minutis, ut nullum domi habeat qui Dominum offendat.

[14] Se debe inducir al penitente a que se ponga a sí mismo y todo lo suyo en manos de Dios como si fuera un copo de nieve caído del cielo. Y si es príncipe y tiene mucha gente a su servicio, debe tener un encargado de informarle de todas las cosas, aun de las más pequeñas, para que no haya en casa nada que ofenda a Dios.

Y en **Collectanea** del P. Ribadeneyra.

II, 420 (D. 16, 28)

[28] <A los que tratavan negocios graves encomendava que la mañana propusiessen etc., y dos vezes se examinassen cada día: y, teniendo compañía, que uno avisasse y corrigiesse al otro de las faltas.>

II, 421 (D. 16, 34)

[34] D. Neque tamen in hac cum praefervida vehementique natura dimicatione, eiusmodi provisione utendum censebat solum, sed in reliquis item vitiis debellandis; multum enim cohibet et quasi vinculis quibusdam exultantem naturam constringit praemeditatio et comparatio animi, et assidua accurataque eorum quae cogitaveris, dixeris, egeris, commemoratio. Quod si so-

[34] D. En esta lucha con una naturaleza ardiente e impetuosa pensaba que había que combatir no sólo contra ella sino también contra todos los demás defectos; porque la previsión, la comparación y la calma mantienen a raya y como que atan a la naturaleza en todo lo que pienses, digas, hagas. Y si tienes un compañero con el puedas conferir con seguridad todo

cium habeas quicum communicari hoc officii recte possit, ultra citro de iis quae minus decora sunt, et ab illo moneri libere et illum monere placide velis.

esto, deberías aceptar con gusto que te avise con libertad de todo aun de lo que te parece menos digno.

(Este tema volverá a salirnos en el modo de gobierno de S. Ignacio)

Ribadeneyra refiere una anécdota curiosa referente a la práctica de esta ayuda mutua en la corrección.

IV, 375-7 (L. 3, 11)

11. Para que mejor se entienda la fuerza de Dios nuestro Señor que hablava en este su siervo, y la cuenta que él tenía con la humildad y con el menosprecio de sí mismo, quiero añadir que yo en este tiempo repetía cada día al pueblo lo que Nuestro Padre avía enseñado el día antes. Y temiendo que las cosas provechosas que él dezía no serían de tanto fruto ni tan bien recibidas, por dezirse en muy mal lenguaje italiano, díxelo a Nuestro Padre, y que era menester que pusiese algún cuydado en el hablar bien; y él con su humildad y blandura me respondió estas formales palabras: - Cierito que decís bien; pues tened cuydado (yo os ruego) de notar mis faltas, y avisarme dellas para que me emiende -. Hízelo assí un día con papel y tinta, y vi que era menester emendar casi todas las palabras que dezía; y pareciéndome que era cosa sin remedio, no passé adelante y avisé a Nuestro Padre de lo que avía passado, y él entonces con maravillosa mansedumbre y suavidad me dixo: - Pues, Pedro ¿qué haremos a Dios? - Queriendo dezir que nuestro Señor no le avía dado más, y que le quería servir con lo que le avía dado. Assí que sus sermones y razonamientos no eran adornados con palabras de la humana sabiduría para con ellas persuadir, mas mostravan fuerza y espíritu de Dios, como dize el Apóstol San Pablo de sí. Que en fin el reyno de Dios, como dize el mismo Apóstol en otro lugar, no consiste en palabras elegantes, sino en la fuerza y virtud del mismo Dios con que las palabras se dizen, embolviéndose en ellas el mismo Dios y dándoles espíritu y vida para mover a quien las oyere.

Es decir, esta apasionada búsqueda del “aprovechamiento” nunca puede llevarse más allá de las propias posibilidades: “Pues Pedro, ¿qué haremos a Dios?”.

Como apéndice al tema del examen, una breve referencia a la importancia que daba a la confesión, en concreto a la confesión general al terminar la 1ª semana de EE [EE 44].

Pero el confesor para él no era sin más el ministro del sacramento sino que debía ayudarle a objetivar su propia historia de pecado. Para ello veía como algo fundamental el que el confesor fuese fijo y comunicase sólo los pecados. Así nos lo refiere Cámara en el **Memorial**.

I, 631 (D. 13, 166-7)

166. 2º Nunca dixo a su confesor sino los pecados, sin comunicalle ninguna gracia, si Dios se la ha comunicado.

sino los pecados

Esto lo decía el Padre a propósito de don Diego, dando a entender que las alabanzas que de él decía no procedían de sus confesiones.

167. 3º. Siempre tuvo un confesor fixo sin mudalle.

Respecto a la confesión general se nos dice en **Algunos dichos de los Padres** del P. Nadal que ésta no ha de ser escrupulosa sino con suficiente diligencia.

II, 314 (D. 13, 4)

(4) Facta generali confessione non est scrupulose agendum, ut semper velimus aliqua peccata neglecta confiteri vel oblita, sed quietanda est conscientia. Cogitet se confessum toties, tum generaliter et adhibita quidem sufficienti diligentia; aliud nihil requirit Deus.

(4) Una vez hecha la confesión general no debemos comportarnos de modo escrupuloso tratando de confesar los pecados a los que hemos prestado poca atención o que hemos olvidado, sino que debemos tranquilizar la conciencia. Y debe pensar el que se confiesa habitual o generalmente que lo debe hacer con la diligencia suficiente; Dios no pide nada más.

I.2. El hombre como persona libre

A este hombre tan condicionado, lo que lo define como persona, lo “propio suyo”, es su “mera libertad y querer” [EE 32], como ya vimos en la Introducción.

Pero esta libertad, tan amenazada como hemos visto, está llamada a acertar desde la realidad, es decir, afrontando, no evadiéndose. Esto supone tomar en serio todos los condicionamientos: fundamentalmente la indiferencia y el discernimiento vienen a resumir esta posibilidad de la libertad.

Pero no demos por supuesto el ‘acto de libertad’. El acto mismo es complejo y no podemos garantizar que en cualquier “tiempo” sea “bueno y sano”: problema de la elección.

Ignacio no es muy optimista respecto al uso correcto de la libertad por parte del hombre. Podríamos decir que las dos primeras semanas de EE apuntan a preparar y garantizar, en lo posible, que ese acto libre sea correcto. Es decir, materialmente podemos elegir en cualquier momento, y de hecho lo hacemos con frecuencia. El problema es que en nuestras elecciones acertemos.

Y es que en la concepción ignaciana del hombre, la libertad no es un concepto vacío y neutral sino que para que sea tal ha de concretarse en una “sana y buena elección” [EE 175], pues si no, nuestro acto no ha sido libre (propio mio) sino resultado de una afección desordenada (cfr. problemática de tres Binarios: [EE 149-157]).

Pero aún sin afecciones desordenadas el acto no está resuelto: el hombre ha de “investigar y demandar” [EE 135]. Desde esta búsqueda, el hombre puede desembocar en un primer tiempo de elección ideal en el que “sin dubitar ni poder dubitar... sigue a lo que es mostrado” [EE 175]. Es una experiencia cumbre de integración, en que toda la realidad personal se siente impulsada y puesta en juego en una decisión liberadora.

Esta situación ideal no siempre se da. Podemos, sin embargo, acceder a un segundo tiempo no tan plenificante y liberador, pero que nos proporcione “asaz claridad y cognoscimiento por experiencia de consolaciones y desolaciones, y por experiencia de discreción de varios espíritus” [EE 176]. La opción por tanto no puede ser fruto de un ‘impulso’ ciego sino que ha de ser clarividente, con “asaz claridad y cognoscimiento”.

Pero esta claridad puede no darse lo suficiente y “no podemos tomar camino para acertar” [EE 318]. Porque este es el problema: que el hombre está llamado a acertar, y este acierto no está ni mucho menos garantizado. En esta situación la búsqueda se convierte en algo más penoso y que tampoco puede llevarse a efecto en cualquier momento, sino que uno ha de estar en un tercer tiempo “tranquilo”. ¿En qué consiste? En que el hombre “usa de sus potencias naturales líbera y tranquilamente” [EE 177], es decir, descondicionado. Entonces es cuando puede entrar en elección o deliberación.

Pero la elección es concreción, determinación sobre “la cosa proposita”. En la elección toma cuerpo mi búsqueda, paso del querer y desear a la determinación deliberada [EE 98], accedo a la realidad objetiva.

Este capítulo, por tanto, lo vamos a subdividir en dos apartados:

A) Deliberación: el hombre al no estar programado puede equivocarse en su búsqueda y por tanto ha de deliberar sobre la realidad en que quiere concretarse (elección, determinación) afrontándola.

B) Pero esta deliberación no puede ser evasiva (debe posibilitar mi acceso a la realidad) Por tanto no toda actitud puede garantizar que mi deliberación sea real. Esta serie de actitudes es lo que él denominará virtudes sólidas.

A. Deliberación-decisión

a) Personal

En Ignacio la deliberación-decisión va a ser la consecuencia práctica de su discernimiento continuo, ya que para él discernimiento y la deliberación (elección) no es lo mismo: el primero se mueve en el campo de las mociones, es decir de lo que viene “de fuera” de “mi mera libertad y querer”, (mis pasividades), mientras la deliberación es mi respuesta (lo que quiero libremente) práctica (decisión, determinación) (Yo como sujeto activo, no pasivo).

Es la culminación de un largo proceso, sin la cual carecería de concreción todo proceso interior por rico que fuese. Es donde se nos da la verdadera altura del hombre real.

Esta deliberación-decisión va a acompañarlo toda su vida: su búsqueda de Dios va a estar jalonada de continuas decisiones nunca ‘cerradas’, es decir, vividas no como definitivas sino como pasos que enriquecerán la búsqueda.

Ya en Loyola aparece que la deliberación en él es continua y sagaz, cargada de realismo. Sus proyectos de irse a la Cartuja son llevados en secreto y ante la sospecha del hermano de su “gran mutación”, consigue dar una respuesta que “sin apartarse de la verdad... se descabulló del hermano”. Aquí aparece ya aquella gran calidad de ‘político’ en el sentido más positivo del término: su realismo. Este realismo hará que sus deliberaciones nunca sean simplistas: deliberación y simplismo son términos contradictorios en Ignacio.

Pero leamos cómo la **Autobiografía** nos describe esta primera deliberación-decisión.

I, 376-9 (D. 12, 11-12)

11. *El, no se curando de nada, perseveraba en su lección y en sus buenos propósitos; y el tiempo que con los de casa conversaba, todo lo gastaba en cosas de Dios, con lo cual hacía provecho a sus ánimas. Y*

El qual tuvo quasi 300 hojas escritas de cuarto

gustando mucho de aquellos libros, le vino al pensamiento de sacar algunas cosas en breve mas esenciales de la vida de Cristo y de los santos; y así se pone a escrebir un libro con mucha diligencia – porque ya comenzaba a levantarse un poco por

casa – las palabras de Cristo, de tinta colorada; las de Nuestra Señora, de tinta azul; y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano. Parte del tiempo gastaba en escrebir, parte en oración. Y la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a nuestro Señor. Pensaba muchas veces en su propósito, deseando ya ser sano del todo para se poner en camino.

12. *Y echando sus cuentas qué es lo que haría después que viniese de Jerusalén para que siempre viviese en penitencia, ofrecíasele meterse en la Cartuja de Sevilla, sin decir quién era para que en menos le tuviesen, y allí nunca comer sino hierbas. Mas, cuando otra vez tornaba a pensar en las penitencias que andando por el mundo deseaba hacer, resfriábasele el deseo de la Cartuja, temiendo que no pudiese ejercitar el odio que contra sí tenía concebido. Todavía, a un criado de su casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de la regla de la Cartuja, y la información que della tuvo le pareció bien. Mas, por la razón arriba dicha, y porque todo estaba embebido en la ida que pensaba presto hacer, y aquello no se había de tratar sino después de la vuelta, no miraba tanto en ello; antes, hallándose ya con algunas*

Sospechaba el hermano y algunos de casa que quería él hacer una gran mutación

fuerzas le pareció que era tiempo de partirse, y dijo a su hermano: – Señor, el duque de Nájera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete (estaba entonces allí el duque). El hermano le llevó a una cámara, y después a

otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuánta esperanza tiene dél la gente, y cuánto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía. Mas la respuesta fue de manera que, sin apartarse de la verdad, porque dello tenía ya grande escrúpulo, se escabulló del hermano.

Pero el riesgo y complejidad que toda decisión lleva consigo, toma en su caso rasgos pintorescos en la escena del moro y la mula camino de Monserrat: “después de cansado de examinar, no hallando cosa cierta a que se determinase, se determinó en esto, scilicet, de dejar ir a la mula con la rienda suelta...” Es decir, la experiencia de la perplejidad ante la imposibilidad de hallar “cosa cierta” no le lleva a sumergirse en una duda paralizante, sino que asume el riesgo de equivocarse.

I, 382-7 (D. 12, 15-16)

15. *Pues yendo por su camino, le alcanzó un moro, caballero en un mulo; y yendo hablando los dos, vinieron a hablar en Nuestra Señora; y el moro decía que bien le parecía a él la Virgen haber concebido sin hombre; mas el parir quedando virgen no lo podía creer, dando para esto las causas naturales que a él se le ofrecían. La cual opinión, por muchas razones que le dio el peregrino, no pudo deshacer. Y así el moro se adelantó con tanta priesa, que le perdió de vista, quedando pensando en lo que había pasado*

con el moro. Y en esto le vinieron unas mociones que hacían en su ánima descontentamiento, pareciéndole que no había hecho su deber, y también le causan indignación con el moro, pareciéndole que había hecho mal en consentir que un moro dijese tales cosas de Nuestra Señora, y que era obligado volver por su honra. Y así le venían deseos de ir a buscar el moro y darle de puñaladas por lo que había dicho; y perseverando mucho en el combate destos deseos, a la fin quedó dubio, sin saber lo que era obligado hacer. El moro, que se había adelantado, le había dicho que se iba a un lugar que estaba un poco adelante en su mismo camino, muy junto del camino real, mas no que pasase el camino real por el lugar.

16. Y así, después de cansado de examinar lo que sería bueno hacer, no hallando cosa cierta a que se determinase, se determinó en esto, scilicet, de dejar ir a la mula con la rienda suelta hasta al lugar donde

Y compró también unas esparteñas, de las cuales no llevó más de una; y esto no por cerimonia, sino porque la una pierna llevaba toda ligada con una venda y algo maltratada; tanto que, aunque iba a caballo, cada noche la hallaba hinchada; este pie le pareció era necesario llevar calzado.

se dividían los caminos; y que si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría el moro y le daría de puñaladas; y si no fuese hacia la villa sino por el camino real, dejarlo quedar. Y haciéndolo así como pensó, quiso Nuestro Señor que, aunque la villa estaba poco más de treinta o cuarenta pasos, y el camino que a ella iba era muy ancho y muy bueno, la mula tomó el camino real, y dejó el de la villa. Y llegando a un pueblo grande antes de Monserrate, quiso allí comprar el vestido que determinaba de traer, con que había de ir a Jerusa-

lén; y así compró tela de la que suelen hacer sacos, de una que no es muy tejida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquella hacer veste larga hasta los pies, comprando un bordón y una calabacita, y púsolo todo delante el arzón de la mula.

Pero no siempre eran situaciones perplejas: pronto su búsqueda va a dejar de ser proyectos de “hacer otras grandes exteriores, porque así las habían hecho los santos para gloria de Dios” (Autobiografía 14), para convertirse en humilde respuesta a lo que va vislumbrando ser la voluntad de Dios sobre él. Esta va a ir leyendo en una realidad que se impone, pero que no elimina la penosa búsqueda. “Después que dicho pelegrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre vino consigo pensando qué haría”, como comenta en la **Autobiografía**:

I 430-1 (D. 12, 50)

50. Llegó a Venecia mediado enero del año 24, habiendo estado en el mar desde Cipro todo el mes de noviembre y diciembre, y lo que era pasado de enero. En Venecia le halló uno de aquellos dos que le habían acogido en su casa antes que partiese para Jerusalem, y le dio de limosna 15 ó 16 julios y un pedazo de paño, del cual hizo muchos dobleces, y le puso sobre el estómago por el gran frío que hacía.

Después que el dicho pelegrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalem, siempre vino consigo pensando qué haría, y al final se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona; y así se partió de Venecia para Génova. Y estando un día en Ferrara en la iglesia principal cumpliendo con sus devociones, un pobre le pidió limosna, y él le dio un marquete, que es moneda de 5 ó 6 cuatrines. Y después de aquél vino otro, y le dio otra monedilla que tenía, algo mayor. Y al 3º, no teniendo sino julios, le dio un julio. Y como los pobres veían que daba limosna, no hacían sino venir, y así se acabó todo lo que traía. Y al fin vinieron muchos pobres juntos a pedir limosna. El respondió que le perdonasen, que no tenía más nada.

Esta deliberación continua va haciendo surgir un proyecto (“y al final se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas”) que le lleva a una decisión: “y se determinaba ir a Barcelona”.

Es decir, la deliberación-elección en Ignacio va a ser constante, pero no desestabilizadora. Me explico, su orientación radical a Dios, que desde su conversión se concretará en “ayudar a las ánimas”, será el punto de arranque (Principio) y horizonte permanente (Fundamento) que debe irse concretando en la elección de medios para ese fin. Efectivamente, la problemática de la elección en Ignacio no gira en torno al fin (este es el mismo para todo hombre: Principio y Fundamento), sino en torno a los medios que me ayuden al fin para que soy criado. La elección, por tanto, en Ignacio nunca será algo desestabilizador sino posibilitante de mi orientación radical. Quizás convenga aquí recordar el Preámbulo para hacer elección [EE 169].

[169] PREÁMBULO PARA HACER ELECCIÓN.

1º punto. En toda buena elección, en quanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor, y salvación de mi ánima; y así cualquier cosa que yo eligiere, debe ser a que me ayude para el fin para que soy criado, no ordenando ni trayendo el fin al medio, mas el medio al fin; así como acaece que muchos eligen primero casarse, lo qual es medio, y secundario servir a Dios nuestro Señor en el casamiento, el qual servir a Dios es fin. Assimismo hay otros que primero quieren haber beneficios y después servir a Dios en ellos. De manera que éstos no van derechos a Dios, mas quieren que Dios venga derecho a sus affecciones desordenadas y, por consiguiente, hacen del fin medio y del medio fin. De suerte que lo que habían de tomar primero, toman postrero; porque primero hemos de poner por obiecto querer servir a Dios, que es el fin y secundario tomar beneficio o casarme, si más me conviene, que es el medio para el fin; así ninguna cosa me debe mover a tomar los tales medios o a privarme dellos, sino sólo el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor y salud eterna de mi ánima.

Y la precisa formulación del tercer tiempo para hacer sana y buena elección [EE 177].

[177] 3^{er} tiempo. El tercero tiempo es tranquilo, considerando primero para qué es nascido el hombre, es a saber, para alabar a Dios nuestro Señor y salvar su ánima, y esto deseado elije por medio una vida o estado dentro de los límites de la Iglesia, para que sea ayudado en servicio de su Señor y salvación de su ánima.

Dixe tiempo tranquilo quando el ánima no es agitada de varios spíritus y usa de sus potencias naturales líbera y tranquilamente.

Por tanto, esa continua deliberación posibilitante de la orientación radical de la persona [PF] estará cargada de circunstancias exteriores que en última instancia serán decisivas. A este respecto puede ser iluminadora la descripción que hace Ribadeneyra en la Vida de su decisión de ir a París: “y consideró los estorbos que allí (Salamanca) se le ponían para la ejecución de su deseo, juzgó que le convenía mudar su asiento de aquella Universidad y <salió con determinación...>.”

IV, 199 (L. I, 79),

79. Desde el primer día que se determinó de seguir los estudios anduvo siempre con gran solicitud, suspenso y deliberando si, acabados los estudios, sería bien tomar el hábito de alguna sagrada religión, o si, quedándose libre, se emplearía todo en aprovechar a las almas, buscando compañeros que en esta santa ocupación le quisiesen ayudar. Esta duda le tuvo en gran manera perplexo y dudoso. Bien se determinaba en que, aviendo de hacerse religioso, entraría en alguna religión que estuviese más apartada de sus fervorosos principios y olvidada de la observancia de sus reglas. Porque, por una parte, le parecía que quizá sería nuestro Señor servido que aquella religión se reformase con su trabajo y exemplo y, por otra, que tendría en ella más ocasión de padecer y de sufrir las muchas contradicciones y persecuciones que le vendrían de los que, contentos con sólo el nombre y hábito de religiosos, avían de recusar la reformation de la disciplina regular y de su vida religiosa. Pero, mucho más se inclinaba a buscar y llegar compañeros, para con más comodidad y aparejo emplearse todo en la ayuda espiritual de los próximos. Esta, al fin, fue su resolución, como cosa a la qual el Señor le llamava; y este propósito tuvo, aun quando estava en la cadena de Salamanca. De la qual, luego que se vio suelto y consideró los estorvos que allí se le ponían para la ejecución de su desseo, juzgó que le convenía mudar su asiento de aquella universidad. Y así se salió della con harta contradicción de muchos hombres principales, a los quales dolía en el alma esta partida. Salió con determinación de irse a la universidad de París, adonde Dios le guiava para favorecerle, como le favoreció.

Y en la **Autobiografía** se resalta la firmeza de sus decisiones contra ruegos y peligros.

I, 462 (D. 12, 72)

72. Muchas personas principales le hicieron grandes instancias que no se fuese, mas nunca lo pudieron acabar con él; antes quinze o veinte días después de haber salido de la prisión, se partió solo, llevando algunos libros en un usnillo; y llegado a Barcelona, todos los que le conocían le disuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor.

De nuevo nos encontramos con la complejidad de Ignacio que no es sino la complejidad del hombre. Es decir, su búsqueda está llena de escucha a la realidad (circunstancias) pero nunca se deja aplastar por la realidad adoptando una actitud meramente pasiva, acomodaticia, sino que afronta con firmeza lo que va percibiendo que es la voluntad de Dios sobre él.

Podríamos decir que su firmeza proviene de su orientación radical, y su escucha flexible a la realidad, de la no absolutización de ningún medio en el que su “para” (PF) se va concretando. Ningún medio puede cuestionar el fin. Iluminemos esto con dos ejemplos: el modo de vida que adoptó en Manresa fue notablemente modificado a lo largo del tiempo, pero esas modificaciones nunca fueron ‘huídas’.

Leamos la “tentación intrínseca”, como dice Láinez en su **Carta**, que sufrió en Manresa y cómo la afrontó desde su adhesión incondicional al Señor de la Vida.

I, 78-80 (D. 6, 9)

9. Otra vez, viéndose él flaco y fatigado, le viene una tentación intrínseca, que le dice: o pobre de ti, cinquenta años has de pasar en esta vida? Y él, entendiendo el mal espíritu, le responde con eficacia: “dáme una cédula que vivirá un día, y yo mudaré la vida”; queriendo decir que era el enemigo, y no

señor de un momento de nuestra vida; la qual juntamente con la suya está en la mano del Señor; por la gracia del qual, nunca ha tenido casi tentación de importancia del tornar atrás, lo qual yo echo a especiales y fuertes dones, y especial asistencia del Señor: son señales y efectos de especial elección y amor divino, que le ha prevenido in benedictione dulcedinis.

Pero resultan más expresivas las formulaciones de Ribadeneyra en su **Vida** al relatar dicha tentación y la de echar de menos “la nobleza de su linaje”.

IV, 113-5 (I, 22-23)

22. *Entrando, pues, en este palenque nuestro soldado; luchando consigo mismo y combatiendo valerosamente contra el demonio, pasó los quatro primeros meses con gran paz y sosiego de conciencia y con un mismo tenor de vida y sin entender los engaños y ardidés que suele usar el enemigo con quien lidiava. Aún no avía descubierto Satanás sus entradas y salidas, sus acometimientos y fingidas huídas, sus assechanças y celadas; aún no le avía mostrado los dientes de sus tentaciones, ni le avía puesto los miedos y espantos que suele a los que de veras entran por el camino de la virtud. Aún no sabía nuestro Ignacio qué cosa era gozar de la luz del consuelo después de aver passado las horribles tinieblas del desconsuelo y tentación, ni avía experimentado la diferencia que ay entre el ánimo alegre y afligido, levantado y abatido, caído y que está en pie, porque no avía su corazón passado por la mudanças que el hombre espiritual suele passar y experimentar; cuando un día, estando en el hospital rodeado de pobres y lleno de suziedad y de mugre, le acometió el enemigo con estos pensamientos, diziendo :- Y ¿qué hazes tú aquí en esta hediondez y baxeza? ¿Por qué andas tan pobre y tan aviltadamente vestido? ¿No vees que tratando con esta gente tan vil y andando como uno dellos escureces y apocas la nobleza de tu linage? - Entonces Ignacio llegóse más cerca de los pobres, y comenzó a tratar más amigablemente con ellos, haciendo todo lo contrario de lo que el enemigo le persuadía. El qual desta manera fue vencido.*

23. *Otro día, estando muy fatigado y cansado, fue acometido de otro molestíssimo pensamiento, que parece que le dezía: - Y ¿cómo es posible que tú puedas sufrir una vida tan áspera como esta y tan miserable, y peor que de salvages, setenta años que aún te quedan de vida? - A lo qual respondió: - ¡Por ventura tú, que esso dizes, puedesme assegurar sola una hora de vida? ¿No es Dios el que tiene en su mano los momentos y todo el tiempo de nuestra vida? Y setenta años de penitencia ¿qué son, comparados con la eternidad? - . Estos dos encuentros solos fueron los que tuvo al descubierto para bolver atrás del camino comenzado, y aviendo sido tan lleno de trabajos y peligros y tan sembrado de espinas y abrojos, como muestra todo lo que hizo y padeció, es señal de la particular misericordia con que el Señor le previno en las bendiciones de su dulcedumbre.*

Ambas ‘tentaciones’ van a dejar de serlo por exigencia del ‘fin’ [PF]. En EE, una vez más, formula con precisión esta problemática. Nuestra decisión no puede modificarse por una afeción desordenada. Así nos describe en el 3^{er} **Binario** la actitud correcta para toda deliberación: firmeza total respecto al fin, y escucha (disponibilidad) también total respecto a los medios, pues ninguno es absoluto.

[155] 3° binario. *El 3° quiere quitar el affecto, mas ansí le quiere quitar, que también no le tiene affeción a tener la cosa adquirita o no la tener, sino quiere solamente quererla o no quererla, según que Dios nuestro Señor le pondrá en voluntad, y a la tal persona le parescerá mejor para el servicio y alabanza de su divina majestad; y entretanto quiere hacer cuenta que todo lo dexa en affecto, poniendo*

fuerza de no querer aquello ni otra cosa ninguna, si no le moviere sólo el servicio de Dios nuestro Señor, de manera que el deseo de mejor poder servir a Dios nuestro Señor le mueva a tomar la cosa o dexarla.

Y esta búsqueda atenta no es algo en lo que el hombre desaparece sino que es una escucha activa: “según que Dios N.S. le pondrá en voluntad (escucha) y a la tal persona le parecerá mejor para el servicio y alabanza de su divina majestad (decisión personal)”.

Pero como los medios pueden tenernos atrapados impidiendo nuestra escucha disponible (libertad) añade la célebre nota que tantas veces ha sido mal interpretada, como un voluntarismo masoquista.

[157] Nota. Es de notar que quando nosotros sintimos affecto o repugnancia contra la pobreza actual, quando no somos indiferentes a pobreza o riqueza, mucho aprovecha para extinguir el tal affecto desordenado, pedir en los coloquios (aunque sea contra la carne) que el Señor le elija en pobreza actual; y que él quiere, pide y suplica, sólo que sea servicio y alabanza de la su divina bondad.

“Sólo que sea servicio y alabanza de la su divina bondad”. El fin es lo único que decide. Por eso, lo que en Manresa era ‘tentación’ al apartarlo de lo que Dios le “había puesto en voluntad” y él le “Parecía mejor para el servicio y alabanza” va a considerarlo como impedimento para el fin que pretende.

b) Deliberación-decisión comunitaria

Pero esta necesaria búsqueda de la voluntad de Dios no va a ser algo exclusivamente personal, sino que en ocasiones tendrá que ser grupal.

Efectivamente, lo que en un comienzo había sido un problema personal en cada uno de los compañeros que iban haciendo los EE en París, se convierte en comunitario en Roma. Así nos lo escribe brevemente Laínez en su **Carta**:

I, 128 (D. 6, 49)

49. Estando luego en Roma el año dicho, haciendo oración primero, después nos juntamos: y de artículo en artículo, de cosas que tocaban a nuestra vocación, cada uno trata las razones pro y contra; y sin discrepar ninguno, nos deliberamos primero en que sería bien procurar de hacer una compañía que durase, y no solamente tener cuenta de nuestros individuos; después íbamos particularmente concluyendo de la pobreza, obediencia, probaciones, colegios y otros ejercicios de nuestra vocación.

“Sin discrepar ninguno” anota Laínez. Esta será una experiencia fundamental en aquellas primeras decisiones del grupo. Pero veamos cómo lo formula Nadal en sus **Pláticas de Alcalá**.

II, 169-70 (D. 8, 4)

[4] En este principio pensaron que era bien que se ayuntasen, como antes lo solían haçer, para resolverse en lo que harían, y que viesen si era bien haçer congregación y religión o no, y, aviéndose de haçer,

el modo que se avía de tener. Y así se determinó que mucho se encomendase este negocio a nuestro Señor, y que todas las missas y oraciones se aplicasen para esto. Y congregados, y examinando de una parte y de otra las razones, aunque pienso que ya en ello y en otras muchas cosas nuestro Padre de santa memoria era esclarecido, mas porque la sapiencia divina disponit omnia suarviter, quiso que por este medio suave se determinasen y resolviesen. Primero resolvieron que era bien que se hiciese congregación y religión, con gran concordia y paz, y después los otros puntos de uno en uno, contenidos en la primera bulla, de la forma y modo de vivir que pensavan tener para mayor servicio y gloria del Señor y ayuda de las almas. Y con aver primero hablado a Su Sanctidad y dado alguna información, le fué presentada una suplicación donde se contenía esta forma y modo de vivir de nuestro instituto, la qual oída en signatura Papa Paulo 3°, con considraçión y admiración dixo: – Spiritus Dei est hic... – : lo que se deve mucho notar y tener por gran prinçipio de aprovaçión, y creer que Dios lo movió, como a persona pública, para deçir aquello

“...que por este medio suave se determinasen y resolviesen”.

Esta ‘suavidad’ va a ser la señal de confirmación por parte de Dios. Parece tener el papel de la ‘consolación’ en la deliberación personal (**Algunos dichos de los Padres**, de Nadal).

II, 314 (D. 13, 3)

[3] *In determinationibus, si est consolatio in aliqua, et venit desolatio, ea esse solet confirmatio prioris.*

[3] En las determinaciones, si hay consolación en alguna, y llega la desolación, ella suele ser confirmación de la anterior.

Todo este tema volverá a salirnos cuando hablemos de los comienzos de la Compañía.

B. Virtudes sólidas

Decíamos que para Ignacio la deliberación-elección es el medio de acceder a la realidad, a la praxis. Por eso no toda actitud posibilita de la misma forma este acceso, y el hombre puede cultivar ‘virtudes’ que sean más bien mecanismos evasivos.

Este problema es el que late en su concepto de virtudes sólidas. Podemos partir de dos párrafos de las **Constituciones** de la Compañía de Jesús, el primero de la 10ª parte y el 2º de la 3ª.

La primera cita es de suma importancia: es el 2º medio que enumera para que la Compañía “se conserve y aumente en su buen ser” habiendo sido el primero el “poner la esperanza” sólo en Dios. Pero leamos el texto.

Constituciones, 813.

[813] 2.º *Para la conservación y aumento no solamente del cuerpo, id est, lo exterior de la Compañía, pero aun del espíritu della, y para la consecución de lo que pretende, que es ayudar las ánimas para que consigan el último y supernatural fin suyo, los medios que juntan el instrumento con Dios y*

le disponen para que se rija bien de su divina mano son más eficaces que los que le disponen para con los hombres, como son los medios de bondad y virtud, y especialmente la caridad y pura intención del divino servicio y familiaridad con Dios nuestro Señor en ejercicios espirituales de devoción y el celo sincero de las ánimas por la gloria del que las crió y redimió, sin otro algún interesse. Y así parece que a una mano debe procurarse que todos los de la Compañía se den a las virtudes sólidas y perfectas y a las cosas espirituales, y se haga dellas más caudal que de las letras y otros dones naturales y humanos. Porque aquellos interiores son los que han de dar eficacia a estos exteriores para el fin que se pretende.

El párrafo quiere enumerar los medios más eficaces no sólo para la “conservación y aumento” de la Compañía sino sobre todo “para la consecución de lo que pretende, que es ayudar a las ánimas...” Pues bien, todos los que enumera quedan encerrados en la gratuidad: “sin otro algún interesse”. Es decir, la eficacia estaría relacionada con la gratuidad.

El 2º texto que citamos es de la 3ª parte que trata “del conservar y aprovechar los que quedan en probación” y dice así:

Constituciones, 260

[260] 10. Sean instruidos de guardarse de las ilusiones del demonio en sus devociones, y defenderse de todas tentaciones; y sepan los medios que darse pudieren para vencerlas, y para insistir en las verdaderas virtudes y sólidas, agora sea con muchas visitaciones espirituales, agora con menos, procurando andar adelante en la vía del divino servicio

Aquí el concepto de “verdaderas virtudes y sólidas” se contrapone a “ilusiones” y “tentaciones” (todo el tema que ya vimos de la sospecha) porque lo que cuenta es “andar adelante en la vía del divino servicio”.

Por tanto, resumiendo, la ‘solidez’ de las virtudes que deben fomentarse consistirá en dos grandes pilares: la gratuidad “tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, quanto saliere de su propio amor, querer e interesse” [EE 189] y el servicio [PF].

Pero volvamos a un texto, ya citado, que puede una vez más iluminarnos. Es el nº 14 de la **Autobiografía**.

I, 382-3 (D. 12, 14)

14. Y en este camino le acaeció una cosa que será bueno escribirse para que se entienda cómo nuestro Señor se había con esta ánima que aún estaba ciega, aunque con grandes deseos de servirle en todo lo

Tenía tanto aborrecimiento a los pecados pasados, y el deseo tan vivo de hacer cosas grandes por amor a Dios, que, sin hacer juicios que sus pecados eran perdonados, todavía en las penitencias que emprendía hacer no se acordaba mucho dellos.

que conociese; y así determinaba de hacer grandes penitencias, no teniendo ya tanto ojo a satisfacer por sus pecados, sino agradar y aplacer a Dios. Y así, cuando se acordaba de hacer alguna penitencia que hicieron los Santos, proponía de hacer la misma y aún más. Y en estos pensamientos tenía toda su consolación, no mirando a cosa ninguna interior, ni sabiendo qué cosa era humildad, ni caridad, ni paciencia, ni discreción para reglar ni medir estas virtudes, sino toda su intención era

hacer destas obras grandes exteriores, porque así las habían hecho los santos para gloria de Dios, sin mirar otra ninguna más particular circunstancia.

Aquí no sale expresamente el término “virtudes sólidas” pero enumera cuatro que se contraponen a las “grandes penitencias” a “obras grandes exteriores” en que se concretaban su “grandes deseos de servirle en todo lo que conociese” pero que nacían de su “ánima que aún estaba ciega”, “no mirando a ninguna cosa interior”. Por tanto, las cuatro virtudes enumeradas (humildad, caridad, paciencia y discreción) van a posibilitar que los “grandes deseos de servirle en todo” no sean “ciegos” Sino que miren a lo “interior” y a las “circunstancias particulares”. ¿Ambos aspectos no recogerían lo que en las citas de las **Constituciones** encerrábamos en conceptos de gratuidad y servicio?

Efectivamente, la humildad en Ignacio, como contrapuesta a soberbia, es un punto de arranque: es algo que “se sigue” del despojo de mis tendencias posesivas (“cobdicia de riquezas”) y del propio narcisismo, la propia imagen (el “vano honor del mundo”) [EE 142] que son los dos grandes focos de interés que minan toda gratuidad y por tanto impiden que cualquier otra virtud pueda ser tal. Pero recordemos el texto de **dos Banderas** [EE 146].

[146) 3º punto. El 3º: considerar el sermón que Christo nuestro Señor hace a todos sus siervos y amigos, que a tal jornada envía, encomendándoles que a todos quieran ayudar en traerlos, primero a summa pobreza spiritual, y si su divina majestad fuere servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual; 2º, a deseo de opprobrios y menosprecios, porque destas dos cosas se sigue la humildad; de manera que sean tres escalones: el primero, pobreza contra riqueza; el 2º opprobrio y menosprecios contra el honor mundano; el 3º, humildad contra soberbia; y destos tres escalones induzgan a todas las otras virtudes.

“Y destos tres escalones induzgan a todas las otras virtudes”. Difícilmente encontraremos una formulación más contundente de la ‘solidez’ de la humildad como Ignacio la entiende. Más aún, no olvidemos que las **tres maneras de humildad** [EE 165-167] quieren expresar esta misma radicalidad: es la constatación de tres posibles situaciones en las que puedo encontrarme “antes de entrar en las elecciones” [EE 164] y que posibilitarán que dicha elección pueda ser “sana y buena”.

Por tanto, la humildad sería el descenso a la propia realidad porque se han desmontado las fantasías de omnipotencia. Este descenso a la propia verdad, diría Sta. Teresa, posibilita la escucha y la respuesta, el amor y el seguimiento, el descentramiento del servicio y se abre a la fuerza del Espíritu.

Pero veamos cómo resume Polanco en el **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús** los primeros pasos de Ignacio por la vía del espíritu.

I, 161 (D. 7, 19)

19. Desde este tiempo comenzó con la lumbre recibida a entrar más en el conocimiento de sí; y haciendo varios discursos de su vida pasada, comenzó a sentir íntimamente sus pecados y a llorarlos con gran amargura; y para mayor puridad de su ánima, y porque Dios nuestro Señor quería fuese bien acuchillado para ser buen cirujano en las cosas espirituales, comenzó a sentir grandes tentaciones y angustia y aflicción espirituales, siendo especialmente atormentado de diversos escrúpulos; y en todo le

daba Dios nuestro Señor gran fortaleza y humildad y diligencia para buscar los remedios, templando a ratos las muchas y graves aflicciones con no menores consolaciones espirituales.

“Y en todo le daba Dios N.S. gran fortaleza y humildad y diligencia para buscar los remedios”: todo es don de Dios, hasta la humildad. Y sólo desde dicha humildad podemos abrirnos a la fuerza de Dios (no quedar atrapados en el engreimiento). Pero esta humildad y fortaleza no anulan sino que posibilitan la necesaria tarea de “buscar los remedios” porque no se ha disimulado la propia realidad.

Efectivamente, la humildad va a ser propio conocimiento que va a liberarnos para la verdad. Veamos cómo expresa esto Polanco en el mismo documento.

I, 162-3 (D. 7, 22-23)

22. Parece aquí ocurrir a la demanda que se podría por alguno hacer en estas y semejantes cosas, cómo se sabían y, si por él mismo, cómo las confesaba de sí este siervo de Dios. Pero es así que, aunque él a los principios, tentado y temeroso de vanagloria, aun su sobrenombre no osaba decir, porque no le tuviesen (como lo era) por noble, después dióle el Señor tan profundo conocimiento de sí, y por consiguiendo le humilló tanto en sí mismo, y tan de raíz le libró de la pasión de vanagloria, que le oí decir que había 18 ó 20 años que no se había confesado della. Y así con toda libertad decía de sus pecados pasados y de las mercedes que el Señor le había hecho, cuando para su gloria y edificación de aquellos a quien hablaba, juzgaba convenir.

23. Otras cosas que la bondad divina y sapiencia obraba maravillosamente en su ánimo (que se piensa sean rarísimos y excelentes dones suyos), no ha querido hasta aquí comunicarlas a nadie, diciendo que, si a Dios pluguiese que tales cosas se comunicasen con otros, o se escribiesen, que él mismo las escribiría; pero las que aquí se escribirán, supiéronse dél mismo, según a algunas personas de la Compañía, por consuelo y ayuda dellas, se le ofrecía decir las.

“Y así con toda libertad decía de sus pecados pasados y de las mercedes que el Señor le había hecho”. Es decir, la humildad posibilita niveles objetivos, no la mojigatería.

Hay un pasaje en la **Autobiografía** muy significativo a este respecto: estando muy enfermo en Manresa le viene un pensamiento de que era “justo”, y alude “que no hacía sino repugnarle... y con este pensamiento tenía más trabajo que con la misma fiebre”. Es decir, su ‘humildad’ se había hecho sensibilidad (“repugnarle”) y quería reforzarla con una sensibilización: “que las señoras le gritasen a grandes voces”.

I, 106-7 (D. 12, 32)

32. Estando enfermo una vez en Manresa, llegó de una fiebre muy recia a punto de muerte, que claramente juzgaba que el ánimo se le había de salir luego. Y en esto le venía un pensamiento que le decía que era justo, con el cual tomaba tanto trabajo, que no hacía sino repugnarle y poner sus pecados delante; y con este pensamiento tenía más trabajo que con la misma fiebre; mas no podía vencer el tal pensamiento por mucho que trabajaba por vencerle. Mas, aliviado un poco de la fiebre, ya no estaba en aquel extremo de expirar, y empezó a dar grandes gritos a unas señoras que eran allí venidas por visitalle, que por amor de Dios, cuando otra vez le vieses en punto de muerte, que le gritasen a grandes voces diciéndole pecador, y que se acordase de las ofensas que había hecho a Dios.

Veamos cómo relata la misma escena Ribadeneyra en su **Vida**.

IV, 141-3 (L. I, 45-46)

45. *Bolviendo, pues, a su vida, que era la que avemos contado, acontecíale muchas vezes que, queriendo las noches dar un poco de reposo a su fatigado cuerpo, le sobrevenían a deshora tan grandes como ilustraciones y soberanas consolaciones, que embevecido y transportado en ellas, se le passavan las más noches de claro en claro sin sueño, y le robavan el poco tiempo que él tenía señalado para dormir. Más después, mirando atentamente en ello, parecióle negocio peligroso y que podría nacer de buena y mala raíz. Y examinando y tanteando bien, por una parte y por otra, todas las razones que desto se le ofrecían, al fin acordó que sería mejor despedirlas y darles de mano, y dar al sueño el tiempo necessario para su sustento. Pero ya estava tan quebrantado de los excesivos trabajos del cuerpo y continuos combates del alma, que cayó en una grave enfermedad, en la qual los regidores y ayuntamiento de Manresa le proveían de todo lo necessario con mucha caridad; y con esta misma le servían muchas personas honradas y devotas. Llególe la enfermedad hasta el último trance de la vida, y aparejándose ya para la muerte y encomendándose a Dios de corazón, el demonio, que no dormía, le representó un molestísimo pensamiento, dándole a entender que no tenía de qué temer, siendo como era hombre tan justo y santo. Congoxóle mucho este pensamiento, y procuró resistirle con todas sus fuerças, y con la memoria y confusión de sus pecados passados sacudir y arrojar de sí aquella centella de fuego infernal. Pero, como no pudiesse desecharla, fue gravíssimo el tormento que sintió, y mucho mayor la fatiga que dava a su alma la lucha de esta espiritual batalla que el dolor y trabajo que le dava al cuerpo la enfermedad, que en tanto estrecho le ponía de la vida.*

46. *Como se sintió algo mejor y pudo hablar, comenzó a dar y rogar y conjurar a los que allí estavan presentes que, quando otra vez le viessen en semejante peligro y como agonizando con la muerte, a grandes gritos le dixessen: ¡O miserable pecador; o hombre desventurado: acuérdate de las maldades que has hecho y de las ofensas con que has atesorado la ira de Dios contra ti! En convaleciendo un poco, luego se tornó a sus acostumbradas penitencias y asperezas de vida. Y así recayó la segunda y tercera vez. Porque con una determinación de ánimo infatigable y perseverante trabajava de vencerse en todo y por todo, y tomava carga sobre sí más pesada de la que sus fuerzas podían llevar. Pero, al fin de la larga experiencia y un grave dolor de estómago que a menudo le salteava, y la aspereza del tiempo, que era en medio del invierno, le ablandaron un poco para que obedeciese a los consejos de sus devotos y amigos. Los cuales le hizieron tomar dos ropillas cortas de un paño grossero y pardillo para abrigar su cuerpo, y del mismo paño una media caperuza para cubrir la cabeça.*

Por tanto, la humildad tiene su base en el conocimiento y aceptación de los propios pecados (vividos desde la fe en un Dios misericordioso, no desde la culpabilidad. (Cfr. práctica del examen en Ignacio.) Así nos refiere Nadal en **Algunos dichos de los Padres**.

II, 316 (D. 13,13)

[13] *Nullus est in hac domo in quo considerem tot peccata quot in me.*

Efectivamente, el reconocimiento y aceptación de los propios pecados y defectos es el verdadero fundamento de la virtud porque “de los defectos que con dificultad vencemos podemos sacar humildad y conocimiento propio con que la virtud sólida se conserve”. Esta era la convicción, según Cámara, de Nadal, uno de los hombres de confianza de Ignacio (**Memorial**).

I, 621-3 (D. 13, 152-153b)

152. [2º] Hoy [19 febr. 1555] se partió Maestro Nadal; N. [Theotonio de Bragança] y yo le fuimos acompañar; iba con Jonás tudesco. Preguntéle de mi alma en el camino, y de mis defectos. Díxome que los defectos conservaban la virtud. Quanto a los remedios, unctio docebit etc. Díxome más: 2º Quien estuviere bien introducido en esto de Roma, está fundado en la Compañía. 3º A nuestro Pº que no le fatigase mucho, sino quando él lo quisiese: y por tanto le preguntase in genere de qué cosas quería ser informado de la casa, y de aquellas informalle; porque la cosa que más debemos de procurar todos es, que nuestro Padre esté in ocio; y este procurárselo, o por la viña, o por cualquiera otro modo; porque su ocio (como es tan familiar y unido con Dios) sustenta y tiene en peso toda la Compañía. Exconjuréle me dixese en aquel negocio las culpas que hallaba mías. Díxome que ninguna culpa hallaba, sino de parte de N.; y que parte había sido esto y parte cosa misteriosa. Y instando yo en notar los excesos que yo había hechos, díxome que de los soldados es ser animosos, y ir a las veces adelante más un poco de lo que mandan sus capitanes; y que aquello es bueno; y en quanto lo hubiere en la Compañía, id cst, aquel celo etc., que siempre irán bien las cosas; como agora en lo de París, a nosotros están bien los celos que mostramos, y al Padre el moderarlos etc. [...]

153 b. que los defectos conservaban la virtud

El Padre Nadal no quería decir otra cosa, sino que de los defectos naturales, que difícilmente vencemos, podemos sacar humildad y conocimiento propio, con que se conserve la virtud sólida. Y no era esta opinión suya contraria a la costumbre que tenía Nuestro Padre de trabajar por modificar los defectos naturales y exteriores de cada uno; porque quien se ocupa con diligencia en perseguir los defectos naturales, que pocas veces entrañan culpa, parece que debe estar alejado de los que por su naturaleza son culpables.

Pero la virtud de la humildad, como todo, podemos materializarla en meros gestos o posturas externas, convirtiendo lo simbólico en la esencia. Así, Ribadeneyra en su **Vida**, al hablar de la humildad de Ignacio, comienza así:

IV, 777 (L. 5, 44)

44. Desde que comenzó a servir a nuestro Señor se abrazó afectuosamente con la virtud de la santa humildad, como con la madre y piedra fundamental de todas las virtudes, andando roto y medio desnudo y en los hospitales, como pobre entre los pobres, menospreciado y abatido y deseoso de no ser conocido ni estimado de nadie, y lleno de gozo quando era afrentado y perseguido por amor de Jesuchristo nuestro Redentor, como se vee en el discurso de su vida; y conforme a ella fue su doctrina.

De hecho sabemos que muchos de aquellos gestos fueron abandonados como carentes de sentido. Y es que, como el mismo Ribadeneyra refiere en **Recopilación de dichos y hechos de algunos de la Compañía de Jesús**, el hombre no se puede ‘humillar’: “sólo Dios se pudo humillar”.

III, 569 (D. 29, P. Ribadeneyra, 11)

[431, 275]. 11. *Dicebat idem B. Pater circa eandem humiliationem, hominem non posse se humiliare; solus Deus potuit se humiliare. Quiquid homo faciat, non est humilitas, quia ipse causa est humiliationis; solum ergo est illi cogitandum de hoc. Deinde se conferre cum aliis fratribus, et quod a Deo omnia acceperit.*

[431] 11. El B. Padre decía lo mismo acerca de la misma humillación; solamente Dios se puede humillar. Todo lo que haga el hombre no es humildad porque él mismo es causa de humillación; a él sólo le toca pensar sobre esto. Después, acudir a otros hermanos y aceptar todo de Dios.

Efectivamente, el ‘humillarse’ puede ser el camuflaje de un engreimiento. Porque la humildad ha de ser objetivadora y liberadora, suponiendo la superación de lo que en otros documentos se denomina “tentación de vanagloria”. Así nos lo cuenta el propio Ribadeneyra en su **Vida**.

IV, 779 (L. 5, 47)

47. *Llegó por la divina gracia a tanto grado de humildad, que muchos años antes que muriese no tuvo tentación de vanagloria. Porque estaba su ánima, con la lumbre del cielo que tenía, tan esclarecida y con tan grande conocimiento y menosprecio de sí, que solía dezir que a ningún vicio temía menos que a este de la vanagloria, que es un gusano que suele roer hasta los cedros del Líbano y comúnmente nace del desconocimiento y ciego amor de sí mismo.*

“Conocimiento y menosprecio de sí” que no hunde en la frustración sino que abren a la verdad propia. Y aquí quiero traer una curiosa anécdota que nos cuenta Ribadeneyra en su **Vida**.

IV, 375-7 (L. 3, 11)

11. *Para que mejor se entienda la fuerza de Dios nuestro Señor que hablava en este su siervo, y la cuenta que él tenía con la humildad y con el menosprecio de sí mismo, quiero añadir que yo en este tiempo repetía cada día al pueblo lo que Nuestro Padre avía enseñado el día antes. Y temiendo que las cosas provechosas que él dezía no serían de tanto fruto ni tan bien recibidas, por dezirse en muy mal language italiano, díxelo a Nuestro Padre, y que era menester que pusiese algún cuydado en el hablar bien; y él con su humildad y blandura me respondió estas formales palabras: – Cierto que decís bien; pues tened cuydado (yo os ruego) de notar mis faltas, y avisarme dellas para que me emiende -. Hízelo assí un día con papel y tinta y vi que era menester emendar casi todas las palabras que dezía; y pareciéndome que era cosa sin remedio, no passé adelante y avisé a Nuestro Padre de lo que avía passado, y él entonces con maravillosa mansedumbre y suavidad me dixo: – Pues, Pedro ¿qué haremos a Dios? – Queriendo dezir que nuestro Señor no le avía dado más, y que le quería servir con lo que le avía dado. Assí que sus sermones y razonamientos no eran adornados con palabras de la humana sabiduría para con ellas persuadir, mas mostravan fuerza y espíritu de Dios, como dize el Apóstol San Pablo de sí. Que en fin el reyno de Dios, como dize el mismo Apóstol en otro lugar, no consiste en palabras elegantes, sino en la fuerza y virtud del mismo Dios con que las palabras se dizen, embolviéndose en ellas el mismo Dios y dándoles espíritu y vida para mover a quien las oyere.*

La humildad posibilita la corrección y ayuda fraterna al mismo tiempo que acepta los propios límites, ajustando nuestro “servicio” a Dios con “lo que nos ha dado”.

Y es que esta humildad es la que posibilita la respuesta real y cotidiana: es decir, nuestra vida está rodeada de cosas corrientes que a veces no consideramos ‘dignas’ de nuestra atención. Así

nos recuerda Ribadeneyra en el **Modo de gobierno de S. Ignacio** que “siempre comience por lo baxo, si quiere llegar a lo alto” y por tanto “de ninguna cosa se desdeñe, por pequeña que sea... si della se puede sacar gloria para Dios”.

III, 627-8 (D. 38, cap. 5, 10)

10. Enseñava que, aunque la autoridad es neçesaria para ayudar y aprovechar a los próximos y que para este fin se deve procurar, mas que esta autoridad no se gana con ninguna cosa que sepa o huela a mundo, sino con el menosprecio dél, y con la verdadera humildad, y con mostrar con obras más que con palabras que el hombre es discípulo e imitador de Christo humilde, y que no pretende ni busca sino su gloria y la salvación de las almas que Él buscó. Y para esto de ninguna cosa se desdeñe, por pequeña que sea, ni por vil que parezca en los ojos de los hombres, si della se puede sacar gloria para Dios; y siempre comienze por lo baxo, si quiere llegar a lo alto, y ser favorecido del Señor, qui resistit superbis et exaltat humiles. En esto ponía gran fuerza, nuestro bienaventurado Padre; y así ordenó a los Padres Francisco Xavier y Simón que pidiessen limosna, en Portugal, siendo llamados del rey; y a los Padres Laynez y Salmerón que sirviessen a los pobres y enseñasen, la doctrina christiana en Trento antes de dezir su parecer en el concilio, adonde eran embiados del Papa por teólogos de Su Santidad.

Así nos encontramos en **Algunos dichos y hechos de algunos religiosos de la Compañía de Jesús** del P. Gregorio Rosepho, la siguiente imagen del P. Manuel Sa.

III, 502 (D. 29, E, 10)

[86,37] 10 Religiosis loqui, qui se iuvant, paucis fieri potest. Sicut vas, quod integrum et fundum habet, facile et cito impletur, sed si vas confractum sit, nec fundum habeat, tota cisterna non sufficeret ad implendum illud, nam quod per unam partem ingreditur, per aliam iterum exit; sic qui non est fundatus in humilitate, etiamsi vas appareat ornatum aliis coloribus et donis, nihil est.

[86,37] 10 Hablar a los religiosos pagados de sí de poco vale. Un vaso entero tiene fondo y se llena fácilmente; pero si el vaso está roto y no tiene fondo todo un depósito no bastará para llenarlo porque lo que entra por un lado sale por el otro; así, el que no está fundado en la humildad: aunque el vaso aparezca lleno de colores y adornos, no es nada

Es decir, la humildad es fundamento, punto de arranque que posibilita la respuesta desde nuestra realidad; nuestra verdad.

Pero este descenso a la propia realidad y que nos abre al servicio, para el cristiano es algo más que acceder a su verdad. Es la posibilidad de incorporarse al único Descenso, la Encarnación (Fil 2, 6-8). Como antes nos decía el propio Ignacio “sólo Dios pudo humillarse”. Por eso, el seguimiento de Jesús incondicional será la tercera manera de humildad, “perfectissima” (EE 167).

[167] 3ª humildad. La 3ª es humildad pfectissima, es a saber, quando incluyendo la primera y segunda, siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Christo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Christo pobre que riqueza, approbrios con Christo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Christo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo.

Observemos que esta incorporación al Descenso de Jesús supone haber desmontado la propia soberbia cerrada a toda escucha (1ª manera) y haberme liberado de todo orgullo que me condi-

ciona y aliena (afecciones desordenadas) posibilitando mi libertad desde la verdad: la indiferencia (2ª manera).

Pues bien, este seguimiento a Jesús, no es idílico ni ‘interior’, sino que incide en la realidad desencadenando unas consecuencias. Como el Evangelio de Marcos formula, el seguimiento de Jesús va a suponer una plenitud (“recibirá el ciento por uno”) pero “con persecuciones” [Mc 10, 30]. Los caminos de Jesús son objetivamente conflictivos.

Ahora podemos entender en todo su alcance lo que Ribadeneyra nos cuenta en **Dichos y hechos de S. Ignacio**.

II, 481 (D. 19, II, 9)

9. Preguntándole Mtro. Nadal qué medio habría para venir el hombre presto a alcanzar la perfección, nuestro Padre le respondió: Mtro. Nadal, rogad a Dios N.S. que os dé gracia de padecer mucho por su amor, que en este beneficio suyo se encierran muchos. – Ribadeneyra ex Natali.

La perfección (humildad perfectísima) no es un voluntarismo sino un don: “la gracia de padecer mucho por su amor”.

Efectivamente así lo formulaba en la nota a la tercera manera de humildad: es una gracia que hay que pedir porque supone una elección por parte de Dios [EE 168].

[168]. Nota Assi para quien desea alcanzar esta tercera humildad, mucho aprovecha hacer los tres coloquios de los binarios ya dichos, pidiendo que el Señor nuestro le quiera elegir en esta tercera mayor y mejor humildad, para más le imitar y servir, si igual o mayor servicio y alabanza fuere a la su divina majestad.

Y así el P. Blas de Rengifo en su **Relación** nos dice:

III, 588 (D. 33, 5)

[5] Díjome el P. Ribadeneira que los favores que el Señor hizo a nuestro bienaventurado Padre fueron tan grandes, que hasta que fuese canonizado no se creerían. Alabando los PP. de la Compañía mucho la sanctidad de nuestro Padre al rey D. Juan el terçero, el rey reparó en tantas prisiones como había estado, y sobre esto escribió al Padre como reparando en ello; respondióle nuestro Padre, que todos los favores y bienes del mundo, puestos en una balança, no los estimaría en tanto como trabajos y deshonrras por amor del Señor en otra balança puestas. Haec Ribadeneira.

Y el propio Ribadeneyra lo recoge en su **Vida** con la curiosa observación de que esta gracia, “ser perseguido y maltratado” por seguir a Jesús, venía a perturbar la “grande quietud y bonanza” que disfrutaban estando ausente Ignacio: su amor a la verdad y su libertad evangélica suscitaban conflictos.

IV, 881-3 (L. 5, 170)

170. También dezía que todas las cosas del mundo juntas no tendrían en su corazón ninguna estima ni serían de momento, puestas en una balança, si se pusiese en otra las mercedes que entendía aver recibido de nuestro Señor en las persecuciones, prisiones y cadenas que avía padecido por su amor; y que

no ay cosa criada que pueda causar en el ánima tan grande alegría, que iguale con el gozo que ella recibe de aver padecido por Christo. Y assí, preguntado una vez de un padre, cuál era el camino más corto y más cierto y seguro para alcançar la perfección, respondió que el padecer muchas y muy grandes adversidades por amor de Christo. – Pedid, dixo, a nuestro Señor esta gracia, porque a quien él la haze, le haze muchas juntas que en ella se encierran. – Y parece que el mismo padre avía pedido y alcançado esta gracia de nuestro Señor, de ser perseguido y maltratado por su amor. Porque muchas vezes, estando los demás padres solos sin él en grande quietud y bonança, luego que venía y se juntava con ellos, se levantavan grandes tempestades y persecuciones, en qualquier parte que estuviessen. Lo qual notó el padre Laynez hartas vezes, ponderando por una parte la fortaleza y virtud deste bienaventurado padre, y por otra el odio que el demonio le tenía.

Efectivamente, como el mismo Ribadeneyra formula en su **Collectanea**, la superación de miedos, la actitud de afrontamiento y no evasiva, y la ausencia de ambición de honores harán que la verdad y el seguimiento de Jesús sean conflictivos, no un camuflaje de mis miedos e intereses.

II, 420-1 (D. 16, 32)

[32] *B. Superare inanem metum, et contra omnia se adversa munire, ambitionem honorumque cupiditatem tanquam pestem fugere, et quidquid vitiosum est a se repellere; ut omnibus turbidorum motuum radicibus evulsis, gremio mollito ac subacto, aptior sit ad divinos satus ac[c] ipiendos.*

[32] Vencer el miedo sin fundamento, prepararse contra las adversidades, huir como de peste del deseo y ambición de honores y alejar de sí todo lo vicioso; para que, arrancadas las raíces de los afectos desordenados, preparada la tierra, sea más apto para recibir las semillas divinas.

Y es que la fuerza y consolación de Dios, Ignacio las ve engarzarlas en nuestra lucha, no en nuestra mera pasividad. Así lo recoge Cámara en su **Memorial**.

I, 583-4 (D. 13, 96)

96. *Esta noche [29 ianuaii 1555] me decía N.P. a un propósito: “Siempre Dios suele dar mucha fortaleza y consolación en aquellas cosas, que el demonio ha trabajado de estragar en un alma y no ha podido”.*

A esta afirmación le dan gran importancia los primeros documentos de la Compañía, apareciendo en **Collección de sentencias de S. Ignacio de Ribadeneyra**.

III, 635 (D. 39, 9)

9. *Dios N.S. suele siempre dar mucha consolación al alma en las cosas que el demonio con mayor fuerza ha pretendido estragar y no ha podido.*

En **Sentencias de S. Ignacio** del P. Nicolás Lancicio.

III, 677 (D. 42, 10-11)

[10] *Iddio sempre vuol dare molta fortrezza et consolatione in quello cose le quali il demonio ha stentato di levare in un'anima et non ha potuto.*

[11] *Suole N. Signore aiutare piú per quella parte dove il demonio mette piú forze.*

Y con una formulación distinta, el mismo Ribadeneyra en su **Vida**.

IV, 869 (L. 5, 153)

153. Dezia que es propio de la divina bondad defender con mayor eficacia lo que el demonio combate con mayores fuerças, y fortalecer más lo que él más procura derribar, y pagar con soberanas consolaciones los trabajos que el hombre sufre en resistir y pelear con los enemigos.

Pero detrás de esta afirmación aparece una vez más su profunda síntesis entre acción del Espíritu y respuesta humana. Ya hemos dicho en otras ocasiones que para Ignacio el hombre nunca desaparece ante Dios sino que se potencia y descubre su verdadera dimensión.

Veamos lo que Nadal recoge en **Algunos dichos de los Padres**.

II, 314 (D. 13, 2)

[2] Ut operam, industriam, potentias tuas, dedisti ad peccatum et ad habitus comparandos, ita eisdem omnino mediis cum divina gratia, post veram contritionem, vult Deus te illa delere, et hic est verus fructus poenitentiae, nec aliter vult Deus delere habitus ex peccato comparatos.

[2] Así como te ingeniaste y dedicaste tus fuerzas al pecado y a contraer hábitos, de la misma manera, con los mismos medios y la divina gracia, después de un verdadero arrepentimiento, quiere Dios que te emplees en borrarlos; y éste es el verdadero fruto de la penitencia y Dios no quiere borrar de otro modo los hábitos adquiridos por el pecado.

Es decir, con una terminología freudiana podríamos decir que para Ignacio su concepto de ‘ordenarse’ no consiste en una represión sino en una sublimación: que todas tus capacidades (operam, industriam, potentias tuas) que empleaste en el pecado y que se convirtieron en hábitos, las mismas, con la divina gracia las emplees en borrar dichos hábitos, y éste es el verdadero fruto de la penitencia. Es decir, la ‘energía’ del hombre no hay que suprimirla (‘reprimirla’) sino encauzarla (ordenarla = sublimarla).

Y esto que estamos diciendo nos lo refiere el P. Manareo en una anécdota de su vida¹.

III, 430 (D. 23, 14)

14. Cum initio administrationis collegii Romani sentirem in me reviviscere passionem irae veterem, quam subditus et non superior vix unquam senseram, et extinctam, quae tantum erat consopita, ducebam, afferret autem illa mihi novam ex non expectata inordinatione molestiam, recurri ad b. Patrem pro consilio et auxilio. Ipse animavit me ad pugnam, dicens iram moderatam esse ad bene gubernandum valde utilem, si ratione ac Dei timore temperetur; proinde tantum curarem illam frenare ac reprimere, ut non erumperet foras; de caetero non essem multum sollicitus.

14. Al comienzo de mi gobierno del colegio Romano sentí rebrotar en mí la antigua pasión de la ira que, siendo súbdito y no superior, apenas la había sentido y pensaba que estaba muerta cuando sólo estaba dormida. Y esto me traía un malestar por el desorden que no esperaba en mí. Acudí al B. Padre en busca de consejo y ayuda. Me animó a la lucha diciendo que era muy útil para gobernar bien dominar la ira si se templaba con la razón y el temor de Dios. Por tanto que cuidara de frenarla y reprimirla para que no saliese al exterior; de lo demás que no me preocupara mucho.

Es decir, su antigua pasión de la ira que parecía extinguida hace su aparición al ser nombrado rector del Colegio Romano. El consejo de Ignacio es animarlo a la lucha no para extinguirla sino a moderarla (‘ordenarla’) porque “una moderada ira es muy útil para gobernar bien”.

¹ En Respuesta de Manareo a algunos postulados de Lancicio.

Por tanto, el “vencerse” es el llegar a ser “señor de sí” como recordábamos cuando hablamos de su concepción de la penitencia: es el encauzamiento de una energía, no su ausencia o eliminación. Así nos refiere Ribadeneyra en **Dichos y hechos de S. Ignacio** que estimaba más una “viva naturaleza y recia condición”, aunque conflictiva que no “un natural muy fácil” o “natural blandura”.

II, 493-4 (D. 19, V, 80-81)

80. *Dezia nuestro Padre a un hermano que tenía muy viva naturaleza y rezia condición: - N., vencesos; N., vencesos; que si os vencéys, tendréys más gloria en el parayso que no el tal y el tal -, nombrando otros que tenían un natural muy fácil, y eran blandos de condición. - Ribadeneyra usque ad finem.*

81. *Otra vez, diziendo el Ministro a nuestro Padre (estando yo presente) que este hermano era muy terrible, respondió nuestro Padre: - Yo creo, cierto, que él ha hecho más fructo en el espíritu y mortificación en estos seys meses, que no Juan Gutano y Pedro Canal¹ juntos en un año - los cuales eran dos hermanos modestísimos y de grande edificación. De donde se saca que nuestro Padre medía la virtud y aprovechamiento con la fuerça que cada uno se hace a sí y cuydado que pone en vencerse, y no con la natural blandura y modestia aparente.*

1. *Ionnnes Gutanus (de la Goutte) et Petrus Canalis (Canal), iuvenes natione Galli, qui Gandiam anno 1545 ad inchoandum collegium missi, inde Valentiam translati sunt. De his scribebat Valentia P. Did. Mirón ad Ignatium, 15 sept. 1546: “ Pedro Canalis y Ioannes Gallus son muy buenos studiantes y se aprovechan mucho”. Epp. Mixtae, 1, 301.*

1. Juan de la Goutte y Pedro Canal jóvenes de nacionalidad francesa que fueron enviados a Gandía el año 1545 para abrir el colegio y de allí fueron trasladados a Valencia. De ellos escribía desde Valencia el P. Diego Mirón a Ignacio el 15 de septiembre de 1546: “Pedro Canal y Juan Gallo son muy buenos estudiantes y se aprovechan mucho”.

Esto mismo recoge el P. Blas Rengifo en su **Relación**.

III, 588 (D. 33, 7)

[7] *Deçía el P. Nadal que deçía nuestro Padre que el camino mejor y más seguro para medrar mucho en poco tiempo era el de los trabajos y tentationes, porque en ellos estavan escondidas grandes graçias y dones del Señor; y ansí el P. Nadal era devotíssimo de los trabajos en grande extremo.*

Y el mismo Ribadeneyra en su **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio**.

III, 629 (D. 38, c. 6, 1)

1. *No juzgava el aprovechamiento y virtud de cada uno por el buen natural o blanda condición que tenía, sino por el conato y cuidado que ponía en vençerse.*

Por último leamos cómo Ribadeneyra recoge esto en su **Vida**.

IV, 857 (L. 5, 136-137)

136. *No tanteava ni medía lo que cada uno avía aprovechado en el camino de Dios por lo que parecía en el semblante y rostro de fuera, sino por el ánimo que tenía y por el fruto que salía dél; y no pesava los quilates de la virtud por la blandura natural y buena condición que algunos tienen, sino por*

la fuerça que cada uno se hazía peleando contra sí y por la vitoria que alcançava de sí mismo. Y distinguía prudentíssimamente los movimientos de la naturaleza y de la gracia.

137. Y assí, a un hermano que estava en la casa de Roma y era muy vivo y de vehemente natural, amonestándole una vez nuestro padre Ignacio que se venciesse, y reprimiesse aquel ímpetu natural que tenía, le dezía: – Venceos, hermano, venceos, que si os vencéis, tendréis más gloria en el cielo que otros que tienen menos que vencer –. Y otra vez, estando yo presente, diziendo el ministro de la casa de Roma que este hermano de quien digo era inquieto y poco mortificado y obediente, nuestro padre, pesando la cosa, no con el peso de la gente común sino con el de la verdad y de su espiritual prudencia, bolvióse al ministro y dixo: – Passo, padre, passo, no es enojéis; porque si va a dezir verdad, yo creo que esse hermano que a vos os parece tan vivo y desassossegado, ha hecho más fruto en su alma y ha aprovechado más en la verdadera mortificación estos seis meses, que fulano y fulano en un año entero –. Y nombró dos hermanos de los más apazibles y modestos de casa y que eran tenidos por espejo de toda ella. Por do parece que no mirava nuestro padre la apariencia de fuera ni aquel natural blando y dulce condición que aquellos dos hermanos tenían, para medir por ella el aprovechamiento verdadero y macizo del espíritu; sino que le ponderava con peso cierto y no engañoso, que es la fuerça que cada uno se haze y el cuydado que tiene de pelear consigo y alcançar vitoria de sí mismo. La qual con razón ha de ser mayor y de mayor merecimiento, donde ay más duro contraste y más rebelde naturaleza que vencer.

Por tanto, el “aprovechamiento verdadero y macizo” lo medía por la victoria que cada uno alcanzaba de sí mismo.

Esta concepción de las “verdaderas y sólidas virtudes” le llevan, como es natural, a minusvalorar toda manifestación espiritualista o maravillosa. Así Nadal en **Algunos dichos de los padres** nos dice que no atendía a lo que contaban de gustos en la oración sino a la solidez de la sentencia.

II, 315 (D. 13, 7)

[7] *Non solet attendere ad ea quae narrantur de gustibus spiritualibus in oratione, sed solum ad soliditatem sententiae, quasi videatur innuere hoc esse necessum, non illud.*

[7] No suele dar importancia a lo que se dice sobre gustos espirituales en la oración sino solamente a la solidez de la razón como queriendo dar a entender que esto es necesario y no lo otro.

Pero más expresiva de lo que queremos decir es la anécdota que nos cuenta Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio**.

II, 328-30 (D. 14, 15-16)

15. *Quadam die venit ad P. Ignatium offitii gratia frater quidam Reginaldus ordinis sancti Dominici, vir magni nominis et auctoritatis apud suos et nostri amicissimus; et in colloquio (cum ego quoque intereram) incidit sermo de quadam foemina, quae apud Bononiam multorum sermone sancta coelebrabatur; saepissime enim rapiebatur in extasim, misteria passionis Domini nostri Iesu Christi suo corpore perferebat, spineam coronam in capite, vulnus in latere, et alia id genus multa, quae vera esse idem Pater Reginaldus (cuius curae tradita erat in monasterio quodam) confirmabat, et se omnia suis oculis*

DH, II, 7. Un día vino fray Reginaldo (que era un padre de sancto Domingo, viejo de mucha autoridad en su orden, y amigo de la Compañía) a visitar a nuestro Padre; y estando presentes el P. Benedicto Palmio y yo, le dixo que en Boloña, en un monasterio que estava a su cargo, había una monja que tenía éxtasis, y las insignias de la pasión en su cuerpo, y que él las había tocado con mano, y había querido certificarse dello; y que por otra parte aquella mujer tenía otra cosa, y es que, cuando estava arrebatada, ninguna cosa oía ni sentía, aunque la quemassen o

vidisse et tractavisse manibus, et certis experimentis didicisse. Adiecit etiam quaedam eius exempla de obedientia singulari: quod cum esset in supra sensus elevata et extra se posita ad vocem tamen superioris se vocantis, statim a se rediret et orationem relinqueret, etc. Cum autem ille bonus Pater dubitaret certane essent Dei inhabitantis signa, an daemonis decipientis figmenta et praestigias, et sententiam Patris nostri de hac re exquireret. Pater noster: Tamtum ex omnibus quae dixisti, Pater, nullum melius inditium - inquit - video, quam quod de prompta obedientia narrasti —. Postquam vero ille abiit, ego solum Patrem convenio, et quaero ex illo, quid sentiat de huiusmodi rebus. Tunc ille: — Scito, Petre, proprium Dei esse in animam illabi: et quia spiritus est et spiritum amat, in eo operatur et se infundit; diabolus autem. quoniam nequit ita in animum influere, exterius in corpore operatur —; et simul exemplum adiecit de quodam, qui ita rapiebatur in estasi: et, prima uxore vita functa. secundam duxit, et subita morte interceptus est. <De Francisco Mansino in Tivoli> etc.

16. *Ad eandem rem pertinet quod ante annos 20 memini me ex Patre audivisse. Cum enim Magdalena della Cruz¹ in Hispania máxima sanctitatis opinione floreret, et ab omnibus fere tanquam de caelo lapsa virgo coleretur, et frater quidam noster, Martinus de Santa Cruce, que eam viderat et loquentem audiverat, haec de illa Patre nostro narraret, et multa de eius sanctitate, prudentia et spiritu adderet: gravissime a Patre reprehensus est, quod homo de Societate ita de illa foemina loqueretur, et tante faceret signa illa, etc. Post autem aliquot annos illa se perdidit, et palam omnibus factum est quod latebat, nimirum illam illusam fuisse, et turpissime a diabolo circumventam <et prostitutam>.*

1. *Magdalena de la Cruz. religiosa femina Ordinis Sae. Clarae in Monasterio S. Elisabeth ab Angelis (S. Isabel de los Angeles) civitatis Cordubensis in Hispania, iam, ab infantia innumera dona a Deo accepta simulavit. Multos annos, pro vere sancta habita est, donec 1º ianuarii 1544 in carcerem Inquisitionis detrusa. die 3 maii 1546 suos errores confessa est et abiuravit. Menéndez Pelayo, Historia de los heterodoxos españoles, 2ª Ed. Tomo V (Madrid 1928), pp. 213-215,.*

El concepto, por tanto, de persona ‘verdaderamente espiritual’ no se medía por ninguna cosa exterior o maravillosa.

punçassen, sino quando la llamaban por parte de la obediencia; que entonces, como quien despierta de un sueño, se levantava, etc.; y le preguntó a nuestro Padre, qué le parecía de todo esto. Respondió nuestro Padre solas estas palabras: - De todo lo que V.R. ha dicho, la mejor señal es la de la obediencia - . Pregunté yo después a solas a nuestro Padre, qué le parecía de aquellas éstasis y insignias de la pasión. Respondíome, que propio era de Dios N. S. influir en el alma e imprimir en ella sus dones; y que el demonio, como no puede hacer esto, suele engañar con cosas exteriores, aparentes y fingidas. Y contóme de otro hombre que, siendo casado, se arrebatava y tenía éxtasis: y muerta la primera muger se volvió a casar, y cayó muerto súbitamente, etc. También le pregunté si había usado visitar estas personas que tienen gran fama de espirituales. Díxome que los dos primeros años, después que nuestro Señor le llamó, lo había hecho con cuidado: pero que después no lo había con ninguno; y que en aquellos dos años primeros por maravilla había hallado una o dos personas que le pareciesen a él verdaderamente espirituales. [Ribadeneira].

DH. II, [8] A este mismo propósito diré, que en el tiempo que Magdalena de la Cruz en España era tenida por por sancta, y algunos años antes que se descubriessen sus mañas y ruindades, contando el P. Martín de Sancta Cruz (que después fue rector de nuestro colegio de Coimbra) a nuestro Padre, estando yo presente, algunas maravillas desta muger, y diziendo que él la había hablado, y le había parecido una sancta muger y prudente; nuestro Padre le dió un buen capello, diziéndole que hombre de la Compañía no había de hablar de aquella manera, ni estimar en tanto aquellas señales exteriores. [Ribadeneira].

1. Magdalena de la Cruz, religiosa de la Orden de Santa Clara en el Monasterio de Santa Isabel de los Angeles en la ciudad de Córdoba en España simuló ya desde su infancia diversos dones recibidos de Dios. Fue considerada durante muchos años como verdadera santa hasta que el 1 de enero de 1544 fue recluida en la cárcel de la Inquisición. El día 3 de mayo de 1546 confesó y abjuró. Menéndez Pelayo...

Y el mismo criterio usaba para valorar el fruto apostólico. Así nos lo refiere el P. Gregorio Rosepho en **Recopilación de dichos y hechos de algunos de la Compañía de Jesús**.

III, 575 (D. 29, T, 7)

[464, 289] 7. *Fuit quidam magnus concionator noster in Italia, ita, quod putent miracula facta fuisse ex illius concionibus. Hic, levi tentatione vexatus, reliquit suum propositum. Tunc dicebat b. P. Ignatius: - Ego malo habere simplicem, qui vix sciat tria verba, quam doctum et elatum in proprio suo sensu.*

[464, 289] 7. Hubo un gran predicador nuestro en Italia del que se cree que sus sermones han hecho milagros. Turbado por una ligera tentación, abandonó sus propósitos. Con esta ocasión decía el B. P. Ignacio: Prefiero tener una persona sencilla que apenas sepa decir tres palabras que a un doctor engrdeído de su propio talento.

Pero veamos cómo resume Ribadeneyra todo esto en su **Vida**. Frente a las gracias ‘extraordinarias’, su estimación se centraba en la “humidad, caridad, paciencia...” (cfr. **Autobiografía**,14).

IV, 755-7 (L. 5, 23-24)

23. *Otra cosa quiero añadir, y es que desseava y procurava mucho que todo el cuydado y estudio de los Nuestros se empleasse en el continuo exercicio de la devoción y familiaridad con Dios, cortando toda la curiosidad y desseo y estima de visiones, raptos, arrebatamientos y revelaciones, que muchas vezes engañan y desassossiegan los coraçones livianos y flacos. Quando el Señor las da, se deven aceptar con temor, humildad, agradecimiento y recato, y nunca dessear ni apetecer, antes, según el consejo de los santos y maestros espirituales, siempre (quanto es de nuestra parte) se deven huir y tener por sospechosas; y procurar de echar raíces de virtudes sólidas y mazizas en nuestra ánima, que son las que la hermosean, atavían y adornan y la hazen agradable en los ojos de Dios; y assí siempre nuestro padre hablava deste continuo estudio de las virtudes y de la oración y mortificación, y por maravilla mentava visión, revelación, ni cosa que pareciesse a esto. Lo qual pone mayor admiración a los que consideran quán ilustrado y visitado fue del Señor este santo padre desde que le començó a servir hasta lo postrero de sus días, y las visiones y revelaciones que tuvo, que fueron muchas, grandes y de cosas altísimas y divinas. Porque de lo que en esta historia queda referido se vee que, siendo aún soldado, y estando muy malo y para morir, el Señor le dio milagrosamente la salud, apareciéndosele el glorioso príncipe de los apóstoles, san Pedro y que después le apareció nuestra señora la Virgen María, con su Hijo precioso, quando borró todas las especies feas y representaciones torpes de su ánima, y otras muchas vezes. Y lo mismo hizo su benditísimo Hijo en Manresa, en Jerusalén, cerca de Padua y en otros cabos. ¿Qué diré de aquellas inteligencias tan continuas, tan excelentes, tan abstractas de la Santísima Trinidad, de la essencia divina, de la distinción y propiedad de las tres Personas?, que eran de manera que el mismo padre dize en un lugar de aquel quaderno que después de él muerto se halló escrito de su mano, que aunque estudiara muchos años, no pudiera saber tanto, y en otro, que le parecía que de aquellas materias de la santísima Trinidad no avía más que saber que lo que el Señor en cierta visión le avía comunicado.*

24. *¿Quién no se maravilla de lo que en el primero y en el quarto libro desta historia avemos escrito de las visiones e ilustraciones tan notables que tuvo del Señor y de aquella éxtasi de ocho días tan admirable, extraordinaria y estraña? Y en los papeles que se hallaron de su mano después de su días se vee que estos regalos le eran muy ordinarios y cotidianos (como diximos), y con todo esto, por maravilla le oýmos hablar ni aun tomar en la boca revelación, ni visión, ni cosa deste género, sino humildad, caridad, paciencia, me-*

nosprecio de sí, zelo de la gloria de Dios, trabajar por el bien de las ánimas, oración y mortificación y de otras semejantes virtudes, de las quales hazía caudal, como aún más particularmente lo dezimos en otro lugar deste mismo quinto libro.

Pero esta convicción en el Ignacio ya maduro no es más que el resultado de su rica experiencia de discernimiento, como en parte ya hemos visto pero que quizás merezca la pena recordar de la mano de Ribadeneyra. Por ejemplo las inoportunas 'ilustraciones' que le quitaban el tiempo que tenía para dormir.

IV, 141 (L. 1, 45).

45. Bolviendo, pues, a su vida, que era la que avemos contado, acontecíale muchas vezes que, queriendo las noches dar un poco de reposo a su fatigado cuerpo, lo sobrevenían a deshora tan grandes como ilustraciones y soberanas consolaciones, que embevecido y transportado en ellas, se le passavan las más noches de claro en claro sin sueño, y le robavan el poco tiempo que él tenía señalado para dormir. Más después, mirando atentamente en ello, parecióle negocio peligroso y que podría nacer de buena y mala raíz. Y examinando y tanteando bien, por una parte y por otra, todas las razones que desto se le ofrecían, al fin acordó que sería mejor despedirlas y darles de mano, y dar al sueño el tiempo necessario para su sustento...

O las consolaciones que le apartaban de su tarea de estudiar.

IV, 171-3 (L. 1, 62)

62. Desta manera, pues, el año 1524, siendo ya de edad de 33 años, comenzó a aprender los primeros principios de gramática y aquellas menudencias de declinar y conjugar que, aunque no eran para sus años, las llevó bien en el espíritu y fervor tan encendido con que desseava vencerse y agradar a Dios. No le espantava el trabajo dessabrido de aquellas prolixidades y espinosas niñerías, ni la muchedumbre y variedad de tantas reglas y preceitos, ni el tomar de coro y repetir y dar la lición, ni los otros ejercicios pueriles le davan tanta pena como las muchas y grandes consolaciones e ilustraciones que le venían quando con más atención se ponía a estudiar. Apenas tomava el arte de gramática en la mano para decorar las declinaciones de los nombres y conjugaciones de los verbos, quando envestían con él muchas inteligencias de cosas altísimas, y le atropellavan y turbavan la memoria. De suerte que en lo que estudiava no podía coger cosa de nuevo, y todo lo que antes avía cogido y allegado se le desaparecía y derramava con la fuerza de la imaginación. Y aunque con todas sus fuerças e industria trabajava por cerrar la puerta a estos sentimientos quando venían, y por despedirlos y echarlos de sí quando avían entrado, no era señor de sí, ni lo podía hazer, ni estava más en su mano, por mucha fuerça que hiziesse, y por mucho que fuesse el daño que para sus estudios viesse que recibía desta engañosa tentación. Hasta que un día, assombrado desta novedad tan grande, comenzó a examinarla y a pensar y a dezir entre sí: - Várame Dios ¿que es esto? Quando rezo, quando me confiesso y comulgo, quando me disciplino, quando velo, quando con ayunos y otras penitencias corporales aflijo mi carne y lloro mis pecados, quando trato de veras las cosas puramente espirituales y divinas, no tiene mi ánima tanta lumbre y recreación, ni tan grandes ni tan maravillosos sentimientos de Dios; y quando nos venimos a hazer niños y a tratar niñerías y queremos dexar a Dios por Dios ¿entonces se nos ofrecen estas visiones? Ya te entiendo Satanás, ya te entiendo; estos son tus ardides y engaños, que traen apariencia de luz resplandeciente, y son oscuridad y tinieblas. Pues, espera, yo te dexaré burlado -. Para resistir, pues, a esta tan porfiada astucia

del enemigo, vase a su maestro y ruégale (como el mismo padre me contó) que se venga con él a la yglesia de Santa María de la Mar, que estava cerca de su casa. y que allí le oyga lo que le quiere dezir. Y assí le dio cuenta muy por entero de todo lo que passava en esta parte por su ánima y de la tela que le yva urdiendo el demonio, y que para destexerla y deshazerla de todo punto, le empeñava su palabra y le prometía do no faltar ningún día a lición, en espacio de los dos primeros años siguientes, con que no le faltasse pan y agua para passar aquel día. Y con esto, échase a los pies del maestro y ruégale una y muchas vezes muy abincadamente que muy particularmentc le tome a su cargo, y le trate como al menor muchacho de sus discípulos, y que le castigue y açote rigurosamente como a tal, cada y quando que le viesse floxo y descuydado, o menos atento y diligente en lo que tanto le importava para el servicio divino y para la vitoria de sí mismo y de su enemigo capital. Con este acto tan vehemente y tan fervoroso se deshizo luego, como con la claridad del sol, toda aquella niebla y escuridad que venía con apariencia de claridad, y le dio Dios nuestro Señor mucha paz y sossiego en el estudio.

O cuando ya en París se concerta con el maestro Fabro a no hablar de cosas de Dios en tiempo de estudios.

IV, 213 (L. 2, 7)

7. Tampoco le era alivio lo que a otros les suele dar, que es el gusto que reciben de lo que van aprendiendo, el qual suele ser tan sabroso, que muchas vezes, por no perderle, se pierde la salud y la vida, sin poder los hombres apartarse de sus libros. Mas nuestro p. Ignacio, assí por su natural condición, como por su crecida edad en que començó los estudios, y también porque avía yá gustado de la suavidad de los licores divinos y de la conversación celestial, no tenía gusto en los estudios ni otro entretenimiento humano que a ellos le combidasse. También en todo el tiempo de sus estudios tuvo muchas ocupaciones, persecuciones gravísimas, infinitos cuydados y perplexidades, que le cortavan el hilo dellos o a lo menos se le embaraçavan e impedían. Y con todas estas dificultades estudió casi doze años continuos, con mucho cuydado y solicitud, abnegándose a sí mismo y sugetándose a la voluntad del Señor, al qual en todo y por todo desseava agradar. Para hazerlo mejor y alcançar lo que desseava, procurava con todas sus fuerças de cercenar y apartar de sí todo lo que de su parte para ello le podía estorvar. Y assí, quando estudiava el curso de artes, se concertó con el maestro Fabro que a la hora de estudiar no hablassen de cosas de Dios, porque si acaso entrava en alguna plática o coloquio espiritual, luego se arrebatava y se engolfava tan adentro de la mar, que con el soplo del cielo que le dava yva navegando de manera que se le passavan muchas horas sin poder bolver atrás, y con esto se perdía el provecho que avía de sacar de sus estudios. Y por la misma causa, en este tiempo del curso de la Filosofía no quiso ocuparse en dar los exercicios espirituales, ni en otros negocios que le pudiessen embaraçar.

Esta continua confrontación con la praxis frente a lo maravilloso o extraordinario será típico de este hombre.

Sin embargo, su vida no queda libre de cosas extrañas (¿extraordinarias?) que nos refieren otros de Ignacio y que uno llega a sospechar si no son fruto de un contexto muy ajeno a lo que aquel hombre fue. Como muestra traigo dos casos referidos por Ribadeneyra en su **Vida** y que dejo a la valoración del lector.

IV, 849 (L. 5, 128-130)

129. Estando durmiendo una noche, le quiso el demonio ahogar el año de 1541; y fue assí, que sintió como una mano de hombre que le apretava la garganta, y que no le dexava resollar ni invocar el nombre

santísimo de Jesús; hasta que puso tanto conato y fuerza de cuerpo y espíritu, que en fin prevaleció y dio un grito tan grande, llamando a Jesús, que el enemigo huyó y él quedó tan ronco que por muchos días no podía hablar. Desto no tengo más certidumbre que el averlo oydo quando dizen que passó, y el aver visto al Padre ronco de la manera que digo y al mismo tiempo.

130. Contávame el hermano Juan Paulo, el qual fue muchos años su compañero, que durmiendo una noche (como solía) junto al aposento de nuestro padre, y aviéndose despertado a deshora, oyó un ruydo como de açotes y golpes que le davan al padre, y al mismo padre como quien gemía y sospirava. Levantóse luego, y fuese a él; hallóle sentado en la cama, abraçado con la manta, y díxole :-¿Qué es esto, padre, que veo y oygo? - Al qual respondió: - Y ¿qué es lo que avéis oydo? - y como se lo dixesse, díxole el padre: - Andad, idos a dormir -. Bolvióse a la cama Juan Paulo, y luego tornó a oír los mismos golpes y gemidos. Levantóse otra vez, y vase al mismo padre, y hállale la segunda vez como antes, pero como hombre cansado y que acabava de luchar, anhelando y casi sin huelgo; y tornóse acostar y no se levantó más porque así se lo mandó el padre.

Como resumen de todo lo que llevamos dicho acerca de las “virtudes sólidas”, leamos este párrafo del **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio** del P. Ribadeneyra.

III, 625 (D. 38, cap. 5, 2-5)

2. Decía más : que, para emprender cosas grandes de nuestro Señor, es neçessario vencer el vano temor, no haziendo caso de la pobreza, incomodidades, calunias, injurias y afrentas, ni de la misma muerte, ni exasperarse o conçeibir odio y aborreçimiento contra las personas que nos contradizen o persiguen.

3. Añadía más: que nos devemos guardar de dos cosas muy peligrosas en esta navegacion: la primera, de la soberbia y vana presunçion de nosotros mismos acometiendo cosas muy arduas y desproporcionadas a nuestras fuerzas ; en la otra (que muchas vezes se sigue desta), de la pusilanimidad y desconfianza en los trabajos y dificultades que se ofrezan, quando no suceden las cosas como deseamos y pensamos.

4. Pero sobre tolo aconsejava que con grande estudio procuremos de arrancar qualquier apetito de ambiçion, y de pretender para nosotros mismos honrras y dignidades, amistades o favores de príncipes, alabanzas de hombres y aplauso popular; de manera que no hagamos cosa alguna, por ser loados, ni la dexemos de hazer (si es buena) por temor de ser vituperados.

5. Porque este afeto y apetito vano es muy poderoso, y no menos que el del deleyte en el comer, beber y vestir regaladamente, etc., el qual se deve refrenar y moderar con la neçessidad y con la edificacion de las personas con quien tratamos ; y componer el hombre interior para que resplandezca y se derive en el exterior, y los que nos tratan y conversan, con sola nuestra vista se compongan y alaben al Señor.

“Y los que nos tratan y conversan, con sola nuestra vista se compongan y alaben al Señor”. Es decir, las ‘virtudes sólidas’ posibilitarían que el hombre interior incida en la realidad (“resplandezca y derive en el exterior”).

C. Acceso a la realidad

Y es que, como enunciábamos en este apartado, el concepto de virtudes sólidas encierra la posibilidad de acceder a la realidad. Podríamos decir que sólo el hombre que ha descendido de

su aislamiento omnipotente –la superbia– (1ª humildad), se descondiciona para posibilitar su libertad –indiferencia– (2ª humildad), y desde su opción de fe, “queriéndose más afectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal, hace oblaciones de mayor estima y momento” (3ª humildad perfectísima), está dispuesto para responder a la realidad sin desfigurarla. Porque este era el criterio para que sus “grandes deseos de servirle en todo lo que conociese” no fuesen “ciegos”: el de tener unas “virtudes” que le capacitasen para responder a las circunstancias particulares (cfr. *Autobiografía*, 14). El hombre no es evasión sino que debe ser respuesta creadora (libre), no meramente condicionada (estímulo–respuesta) a la realidad.

Para Ignacio el hombre no es una abstracción, sino que siempre está situado espacio–temporalmente, está en unas “particulares circunstancias”. De ahí la importancia de su confrontación con la realidad, con las “cosas”.

Podemos enmarcar lo que queremos decir en dos números del libro de los EE, uno al comienzo mismo y otro al término. El primero es la oración preparatoria que acompaña al ejercitante a lo largo de todo el proceso [EE 46].

[46] Oración. La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Ignacio quiere que toda la realidad humana se ponga en juego, por eso pide (lo cual supone que es consciente de su carencia e incapacidad) que no sólo mi subjetividad (el mundo de mis intenciones) sino mi incidencia en la realidad, mis niveles concretos y objetivos (mis acciones), lo mismo que toda la actividad de mis facultades (imaginación, razón, sensibilidad) (y operaciones) cargados de circunstancias ajenas a mi intencionalidad, sean también “puramente ordenados en servicio y alabanza de su divina majestad”, por tanto, enmarcados en el PF.

Y el otro texto es la nota previa a la **Contemplación para alcanzar amor** [EE 230–231].

[Z30] CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR.

Nota. Primero conviene advertir en dos cosas: La primera es que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras.

[231] La 2ª, el amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante; de manera que si el uno tiene ciencia, dar al que no la tiene, si honores, si riquezas y así el otro al otro.

El hombre es amor (donación de sí mismo) en sus pobres obras (concretado, objetivado). El amor es la expresión suprema de la libertad y la gratuidad (esencia del hombre, 1ª parte del PF), y las obras la concreción de esa libertad, concreción llena de circunstancias y condicionamientos espacio–temporales (2ª parte del PF). Es la doble dimensión activo–pasiva de la realidad humana siempre presente en el proceso de EE.

Pues bien hasta aquí todos estaríamos de acuerdo con Ignacio. Pero yo diría que sólo en teoría. Me explico, nuestros discursos sobre el hombre son tremendamente abstractos y la concreción de esa abstracción la damos por supuesta como una consecuencia lógica. Ignacio, sin embargo, va a empezar por lo que nosotros damos por supuesto.

Como expresión de lo que queremos decir leamos cómo nos describe Cámara el “modo de tratar las cosas” de Ignacio en su **Memorial**.

I, 585-6 (D. 13, 99-100)

99. *Acordarme he del modo de tratar las cosas de N.P. 1º, que nunca persuade con afectos, sino con cosas; 2º, que las cosas no las orna con palabras, sino con las mismas cosas, con contar tantas circunstancias y tan eficaces, que quasi por fuerça persuaden; 3º, que su narración es simple, clara y distinta. Y tiene tanta memoria de las cosas, y aun de las palabras importantes, que cuenta una cosa que pasó, diez, 15 y más veces, omnino como pasó, que la pone delante de los ojos; y plática larga sobre cosas e importancia la cuenta palabra por palabra..*

y aun de las palabras.

100. *Cuando se trata de cosas de importancia, Nuestro Padre hacía que se las leyeran o se las contaran tres o cuatro veces; y se le quedaban tan grabadas en la memoria, que recuerdo haberle oído contar y repetir en tiempos muy distantes algunas cosas, siempre con el mismo orden y con las mismísimas palabras con que por vez primera las había dicho u oído. Y lo mismo habían observado otros Padres antiguos para intervalos de tiempo mucho más largos, por haberle tratado antes que yo.*

Es decir, nosotros empezamos por los ‘afectos’, nuestra interioridad. Ignacio empieza por las cosas, por las circunstancias. Tuvo muy presentes los afectos (el mundo de nuestros deseos) y la necesidad de ordenarlos “para buscar y hallar la voluntad divina” [EE 1]. Pero el hombre para él ha de ser respuesta, no proyección, escucha (“reverencia”, “acatamiento”) y servicio, no proyecto autónomo, aislado. El hombre es criatura, y es en la creación donde se realizará, no en la evasión. De ahí la importancia de partir de las “cosas”, de la realidad. Esta es la que nos debe “persuadir” y enmarcada en sus circunstancias.

Pero añada algo fundamental para todo lo que vamos diciendo: su narración (simple, clara y distinta) y su memoria. En EE 2 avisa al que da EE que su papel es “narrar fielmente la historia”. Para Ignacio el hombre es ante todo un ser histórico. La historia es resultado, realidad, y ahí es donde sitúa al hombre. Pero la historia es memoria que imposibilita la alucinación y, en lo posible, el proyecto ilusorio (que sólo puede surgir del olvido: ¿represión?). Es decir, para Ignacio el proyecto humano o es histórico (real) o no es proyecto.

De ahí la sorprendente fidelidad en la narración de que nos habla Cámara “que cuenta una cosa que pasó diez, 15 y más veces, omnino como pasó, que la pone delante de los ojos”. Este poner delante de los ojos es lo más opuesto a la evasión. Es traer la realidad para partir de ella, a lo mejor para superarla negándola, pero nunca dándole la espalda.

Enumeremos algunas dimensiones que muestran este talante práctico de Ignacio que le llevó a una eficacia sorprendente. Ante todo nunca idealizó la realidad sino que la asumía para partir de ella. Cuenta Ribadeneyra en **Dichos y hechos de S. Ignacio** lo siguiente.

II, 499 (D. 19, V. 97)

97. *A los principios, es a saber, el año de 1552, el P. Laynez se afligía mucho de qualquier defecto que veía en los nuestros; y, aunque estava quartanario, fué reprehendido por ello de nuestro Padre; et demum didicit homines nos esse et, ubi multi sunt, vinum aqua et aurum scoria per mixtum esse (y finalmente aprendió que somos hombres y que cuando se juntan muchos se mezclan el vino con el agua y el oro con la escoria).*

Es decir, la añoranza de lo ideal lo reprende seriamente. Más aún, Cámara nos relata en su **Memorial** lo que decía a uno que dudaba si entrar en otra orden religiosa para aprovecharse más:

II, 317 (D. 13, 15)

[15] Dava un exemplo a uno que dudava, después de haver entrado en la Compañia y aprovechádose en ella, si entraría en otra: que si supiesse uno que puede hallar 10 balas de oro, las quales están ascondidas debaxo tierra, si las buscare con diligentia; y éste huviesse entrado en una stanzia, y buscando y fatigando en ello huviesse hallado en aquel lugar siete o ocho dellas, ¿dónde habría de sperar de allar las otras que le quedan, mejor que donde ha hallado las otras? etc.

Nicolás Lancicio nos trae un dato curioso a este respecto en **Sentencias de S. Ignacio**.

III, 679 (D.42, 29)

[29] Parlando una, volta il Padre di alcuni della Compagnia zelosi che volevano reformare il mondo et mettersi nelle cose del governo, come homini di republica, disse che ciò non li pareva bene, et che in simili cose quel che li si offeriva era il pensar di che cosa da lui doveva dimandare il conto il Signore nel dì del giudicio, et che non lo doveva dimandare di non haver riformato il mondo et cose tali, ma di non haver caminato secondo il suo instituto, nè aiutato l'anime, come toccava ad un povero religioso.

Esto parece estar en contra de su práctica: como sabemos trató e hizo que tratasen sus compañeros con las personas más influyentes: reyes, nobles, ... Más aún, él mismo escribe dos cartas a Nadal para que proponga a Carlos V la formación de una armada para limpiar de turcos el Mediterráneo. Son los contrastes de este hombre. El “como correspondía a un pobre religioso” no parece ser precisamente el inhibirse ante la realidad que uno ve. El “ayudar a las ánimas” en Ignacio coge al hombre entero, pero el problema es desde dónde. Como dice en una carta a Mirón de cara a asumir la responsabilidad de confesar al rey de Portugal, “si no buscásemos otro, según nuestra profesión, sino andar seguros, y hubiesemos de posponer el bien por apartarnos lejos del peligro, no habíamos de vivir y conversar con los prójimos... Pues lo que las gentes podrían decir, que quereis honras y dignidades, cayérase de suyo con la fuerza de la verdad y evidencia de la obra, viendo que conserváis la bajeza, que por Cristo N.S. tomásteis. Así, que por lo que puede decir o pensar el vulgo, no debéis de dejar lo que puede tornar en mucho servicio de Dios y de SS.AA. y bien común” [MHSI, vol. 29, págs. 625-628].

Es decir el “bien” que se concreta en el “servicio de Dios” y “bien común” no se debe posponer “por apartarnos lejos del peligro”. El problema es desde dónde nos implicamos en esa tarea de todo hombre: “el servicio de Dios y bien común” [PF]. No debe ser desde el poder (“reformular el mundo y meterse en las cosas de gobierno”) sino conservando “la bajeza, que por Cristo tomamos... con la fuerza de la verdad y evidencia de la obra”. Es decir, sólo desde la bajeza (no poder) la verdad y las obras recuperarán su fuerza y su evidencia. Nuestra incidencia en la realidad ha de ser desde ahí.

Este remitir a “la fuerza de la verdad” y “evidencia de la obra” le llevaba a exigir en todo problema objetivación y concreción: “siempre quería que hubiese testigos delante” y si “esto no bastaba, hacía que se escribiese, porque la escriptura no se puede tan fácilmente pervertir”, como nos cuenta Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio**.

II,388 (D. 14, 100)

100. Usava también de otro aviso y circunspección muy grande cuando hablava con algunos de casa tentados, o otros de fuera caluniosos, y es que siempre queria que huviese testigos delante, que pudiesen referir lo que passava de una parte y de otra, para quitar a los ruynes ocasión de fingir; y quando la cosa passava tan adelante que le parecía que aun esto no bastava, hazía que se scribiese, porque la scriptura no se puede tan fácilmente pervertir.

Y es que la realidad es la que manda, la que está ahí y, por tanto, de la que hay que partir, no de nuestras fantasías. Como observa Ribadeneyra en su *Collectanea*.

II, 420 (D. 16, 25)

[25] No mirava su comodidad en los negocios, ni oía sino lo que a los mismos negocios convenía, y a ellos se acomodava y no ellos a sí.

Es el paralelo de “persuadía con cosas” y no con “afectos”, que antes citábamos.

Y es que, en definitiva, la realidad fue el campo de aprendizaje. Todos los excesos que en un comienzo hizo en penitencias y que extragaron su salud, como ya vimos, fueron superados desde su experiencia. Como muy bien formula Polanco en *Vida del P. Ignacio y comienzos de la Compañía de Jesús*, “y esto, (como en otras cosas él mismo decía haberle ocurrido), equivocándose primero aprendió a no equivocarse”. La realidad siempre debe ser oportunidad.

II, 531-2 (D. 21, 23)

[23] *Cum ex praedicto morbo utcumque liberatus fuisset, nondum tamen suis viribus confirmatus, statim et orationis et castigationis sui corporis pristinam consuetudinem, prout initio proposuerat, resumpsit, et ita in febrim relapsus est. Denuo etiam liberatus, et praedictas exercitationes ante tempus resumens, ne sibi nimium indulgeret, tertio in eundem morbum recidit; et ita seipse colligens, et cogitationem ad causam morbi reflectens, constituit prius vires confirmare, quam consuetos labores subiret; et ita in ea parte aegrotantibus semper prudens consilium dedit, ac ne timerent aliquid consuetae devotioni adimere morbi tempore est exhortatus, praecipue si mentalia exercitia prolixiora essent; et patientiam eo tempore et aedificationem aliorum, quatenus is status ferret, curando, caetera in tempus valetudinis recuperatae reiicerent. Et in re hac (sicut in aliis ipse dicebat sibi accidere), prius errando non errare didicit. Cum autem saepius recidentem medici opera eum non posset liberare, nova quadam medicina convaluit: cum enim in arbore quadam multas ficus vidisset, a muliere, cuius erat arbor, aliquas sibi dare postulavit; illa vero magna cum devotione satis multas ficus colligens ipsi obtulit, quas cum comedisset, sanitatem illi Dominus reddidit. Urgebant nihilo minus viri boni ut propter stomachi dolorem, quem iam bene patiebatur, vestibus se contra frigus mu-*

[23] Al curarse de dicha enfermedad sin embargo no estaba fuerte todavía y reemprendió su costumbre de oración y penitencias corporales según se había propuesto desde el principio y de nuevo recayó en la fiebre. Se curó otra vez y volvió a los mismos ejercicios antes de tiempo por no ser demasiado blando consigo y recayó tres veces en la misma enfermedad; y así reflexionando y buscando la causa de la enfermedad, determinó ponerse fuerte antes de volver a sus acostumbradas ocupaciones. Así daba siempre a los enfermos este prudente consejo: que no temieran perder algo de la ordinaria devoción durante el tiempo de la enfermedad, sobre todo si los trabajos mentales eran más prolijos. Y que durante este tiempo procurasen la edificación de los demás en cuanto les fuera posible. Lo demás lo podían recuperar una vez que estuvieran sanos. Y en esto (como en las demás cosas que le habían sucedido) errando aprendió a no errar. Pero cuando los cuidados del médico no podían curarlo tantas veces como recaía, se recuperó con cierta medicina nueva. Vio en un árbol muchos higos y le pidió a la dueña que le diera algunos; pero ella con gran solcitud cogió muchos y se los dio: cuando los comió el Señor le devolvió la salud. Le apremiaban los amigos que se abrigase con-

niret; et ita ne eis et rationi repugnare videretur, vestes quasdam ex panno rudi, coloris cesii (pardillum vulgo vocant) et aliquid etiam quo caput tegetet, accepit.

tra el frío por el dolor de estómago que padecía y para que no les parecieran que se oponía a lo razonable aceptó algún vestido de paño áspero de color cesio (que vulgarmente llaman pardillo) y algo que le cubriera la cabeza.

Afirmación que aparece en **Recopilación de dichos y hechos de algunos de la Compañía** referida por el P. Hoffaens.

III, 564 (D. 29, P,40)

[40] 31 Mihi et cuidam alteri loquebatur de concionibus, dicebatque nihil referre, etiamsi saepe erret et impingat, solitum enim fuisse N.B. Patrem dicere: saepe errando discimus non errare.

[40] 31 Nos hablaba a mí y a otro de los sermones y decía que no importaba que uno se equivoque y tropiece con frecuencia. Porque se sabía que N. B. Padre decía que errando muchas veces aprendemos a no errar.

Pero esta experiencia no se reduce a la personal, sino que te abre a la de los demás. Dios no nos enseña sólo a través de dones, sino también a través de la carencia, “ex humilitate”, posibilitando el pasar de la competitividad a la complementariedad y “que otro te enseñe lo que tu no pudiste alcanzar con tus medios”.

II, 314 (D. 13, 1)

[1] Saepe Deus te ex aliis vult docere ex humilitate, ut quod tua industria, intellectu, artibus, doctrina non potuisti consequi, id alius te doceat, et experientia discas te multa ignorasse nimis

[1] Muchas veces el Señor te quiere enseñar la humildad porque lo que tú no has podido conseguir con tu habilidad, inteligencia y mañas otro te lo enseña para que sepas por experiencia que ignoras demasiadas cosas.

Esta última cita de Nadal en **Algunos dichos de los Padres** nos abre al capítulo siguiente: la visión que Ignacio tenía del hombre como ser social.

Capítulo II: El hombre como ser social

Introducción

Pero el hombre para Ignacio no es un ser aislado que desde su libertad ha de responder a la voluntad de Dios, sino que esta realidad personal es relacional. Más aún la misma relación con Dios no sabe expresarla sino desde la experiencia humana. Así nos lo presenta en EE 54 cuando describe en qué debe consistir el coloquio.

[54] El coloquio se hace propiamente hablando así como un amigo habla a otro o un siervo a su señor; cuándo pidiendo alguna gracia, cuándo culpándose por algún mal hecho, cuándo comunicando sus cosas y queriendo consejo en ellas; y decir un Pater noster.

Ya en esta breve descripción nos alude a los dos grandes capítulos de la relación humana: el de la igualdad y gratuidad cuya expresión típica es “como un amigo habla a otro”, y la resultante de una realidad estructurada (de una u otra forma, según las épocas, pero con unas funciones diferenciadas en cada persona): “o un siervo a su señor”.

Esta doble realidad de la dimensión relacional humana enmarcará los dos primeros apartados de este capítulo: **el hombre como ser abierto a la relación personal** y **el hombre situado en una sociedad estructurada** (de una u otra forma).

Pero la dimensión social del hombre no la concibe Ignacio como algo irremediable que viene a coartar las posibilidades de su dimensión individual (libertad y autonomía) sino que hemos de vivirla de forma que potencie al hombre.

Veamos cómo describe al comienzo de los EE el prosupuesto en que ha de basarse la relación entre el que da los EE y el que los recibe (EE 22).

[22] Para que así el que da los ejercicios espirituales como el que los rescibe, más se ayuden y se aprovechen: se ha de presuponer, que todo buen christiano ha de ser más prompto a salvar la proposición del próximo, que a condenarla; y si no la puede salvar, inquiera cómo la entiende, y si mal la entiende, corríjale con amor; y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola, se salve.

Sin entrar a comentar un texto tan rico, sólo advertir que lo relacional en el hombre está llamado a ser una ayuda y provecho recíprocos. No es el que da los EE el que va a ayudar y el que los hace a aprovecharse, sino que su relación ha de ser tal que “más se ayuden y aprovechen”. Es decir, podríamos nosotros parafrasear, “para que la ayuda sea humana, ha de ser recíproca”.

Pero para que esto sea posible ha de “presuponerse” una actitud previa ‘salvífica’ respecto al otro. Podríamos decir que es la formulación más profunda de lo que llamamos actitud de escucha, tan imprescindible para lo que definimos como diálogo: “ser más prompto a salvar la proposición del próximo que a condenarla”.

Efectivamente la escucha ha de ser de alguna forma sinónimo de búsqueda de una verdad que está más allá de mis seguridades y miedos previos, y que es una, no múltiple. Por eso ha de entrar la corrección (el conflicto). Pero esta corrección para que sea una búsqueda salvífica ha de ser con amor y conveniente, porque en definitiva debe desembocar en que la persona se salve¹.

Esta actitud podríamos resumirla en otro concepto profundamente ignaciano: la reverencia. (el respeto, diríamos nosotros) que posibilitará que la búsqueda y respuesta de la otra persona sea en libertad.

En confirmación de esto podemos traer una cita del P. Ribadeneyra en su *Vida* en la que expresamente alude “al respeto que tenía a los hombres por amor del mismo Dios”, respeto que ha de regular el “zelo fervoroso”.

IV, 871-3 (L. 5, 158)

158. También dezía, a este propósito, que no avemos de mirar solamente lo que pide el zelo fervoroso que algunos tienen de la gloria de Dios, sino que este mismo zelo se ha de regular con el provecho de los próximos. Porque entonces será verdadero zelo y agradable a nuestro Señor, si sirviere al bien de muchos, y si mirando a Dios y buscando su gloria dexare alguna vez al mismo Dios en sí por hallarle en sus próximos, conforme a lo que el mismo Señor dixo: “Misericordia quiero yo y no sacrificio”. Y en otro cabo: “Si ofrecieres tu ofrenda y estuvieres ya delante del altar y allí se te acordare que tu hermano tiene alguna quexa contra ti, dexa tu ofrenda delante del altar y ve a pedir perdón y a pacificarte con tu hermano, y después buelve a ofrecer a Dios lo que querías”. Assí que muchas cosas hemos de hazer y muchas dexar de hazer por el parecer y juicio de los hombres (con que no sean pecado) por el bien y provecho de los mismos hombres. De donde dezía nuestro B. P. que si él mirara solo a Dios, ordenara algunas cosas en la Compañía, las quales dexava de ordenar por este respeto que tenía a los hombres por amor del mismo Dios.

Ahora bien, la práctica de este ‘presupuesto’ y este ‘respeto’ no sólo requiere una actitud previa sino algo mucho más difícil: conocimiento del hombre. ¡Cuántas veces la búsqueda de la “verdad” se ha convertido en opresión y destrucción imposibilitando que el hombre se salve! Y, por otro lado, el hombre no se salvará al margen y, menos, en contra de la verdad. Un equilibrio difícil y siempre pendiente.

1. ¡No la proposición! como interpretó Salmerón en contra de todas las primitivas versiones de EE y fue corregido por Polanco. (Cfr. Gaston Fessard, *La dialectique des Exercices Spirituels de Saint Ignace de Loyola*, vol. II. Paris: Ed. Aubier, 1966).

1. Abierto a la relación

A. Su concepción de la relación interpersonal

Empecemos, por tanto, recogiendo los datos que describen en Ignacio tanto la actitud del prosupuesto, como el conocimiento del hombre.

Como es natural, su conocimiento de la persona va a ser consecuencia de su notable capacidad de conocerse y observarse a sí mismo. Así lo expresa Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio**: “y con contar algún caso semejante que hubiere él pasado, y el remedio que había hallado”.

II, 379 (D. 14, 86)

86. Tenía un don muy señalado nuestro Padre de pacificar consciencias turbadas y afligidas, y parece que, aunque el hombre no se supiese explicar, él le ponía delante todo lo que sentía en su ánima tan claramente, como si huviera sido informado dello; y con contar algún caso semejante que huviesse él pasado, y el remedio que había hallado para semejante enfermedad, dava tanta serenidad y paz al alma, como si con la mano quitara los nublados. Y en esto podría decir algunos exemplos en particular, que por brevedad los dexo; basta que nuestro Señor le había provado de tal suerte en sus principios, como quien le aparejava para ser Padre de tantos y tan diversos hijos; y así me dezía nuestro Padre maestro Laynez que, con ser el Padre maestro Fabro hombre tan exercitado en cosas spirituales, como sabemos y como por sus cartas y libro se puede ver, todavía le parecía que havia tanta differença dél a nuestro Padre en saber regir un ánima, quanta de un niño a un hombre muy sabio.

Y el mismo Ribadeneyra en su **Vida** nos amplía esto mismo.

IV, 851-5 (L. 5, 132-34)

132. Comunicóle Dios nuestro Señor singular gracia y prudencia en pacificar y sossegar conciencias perturbadas, en tanto grado, que muchos venían a él por remedio que no sabían explicar su enfermedad, y era menester que él les declarasse el sueño y la soltura (como dizen), explicando por una parte lo que ellos allá dentro en su alma sentían y no sabían dezir (y hazíalo como si viera lo más íntimo y secreto de sus coraçones) y por otra dándoles el remedio que pedían. Y era comúnmente contarles alguna cosa semejante de las que por él avían pasado o que él avía experimentado, y con esto los dexava libres de toda tristeza y los embiava consolados. Y parecíanos que le avía exercitado y provado nuestro Señor en las cosas spirituales, como a quien avía de ser padre espiritual de tantos hijos, y caudillo de tantos y tales soldados.

133. Avía en París un sacerdote religioso de vida muy disoluta y profana y muy contrario a nuestro B.P. Ignacio, el qual avía procurado con todas sus fuerças de ayudarle y apartarle de aquel camino tan torcido que llevaba. Pero hallava las puertas tan cerradas, que no sabía por dónde le entrar. En fin, determinóse de hazer lo que aquí diré. Un domingo por la mañana fuese a comulgar, como solía, a una yglesia que estava cerca de la casa en que vivía este religioso; entró en su casa, y aunque le halló en la cama, rogóle que el oyesse de penitencia, porque se quería comulgar y no hallava a mano su confessor. El religioso turbóse al principio quando le vio entrar en su casa; después maravillose mucho más que se quisiesse confessar con él; pero al fin, pareciéndole que no le podía negar lo que le pedía, aunque de mala gana començóle a confessar. El padre, después que hubo confessado las culpas cotidianas, dixo que también se quería acusar de algunos pecados de la vida pasada que más le remordían. Y començó a confessar

las flaquezas de su mocedad y las inorancias de su vida pasada, con tan gran dolor y sentimiento y con tantas lágrimas, que el confesor, viendo la compunción del penitente, se vino a compungir y a llorar sus culpas, por la amargura de corazón con que el que tenía a sus pies lloraba las suyas. Porque, con la lumbrera que tenía del cielo, pesaba mucho y con grande encarecimiento de palabras y sentencias, ponderaba cuán grande era la infinita Magestad de Dios a quien él había ofendido, y cuánta su vileza y miseria que le había ofendido; cuán manso y liberal había sido Dios para con él, y por el contrario cuán desconocido e ingrato había él sido para con Dios. Y decía esto con unos gemidos que le salían de las entrañas y con tan grande quebranto de corazón, que apenas podía hablar. Y, por abreviar, viendo el confesor en la vida pasada de nuestro B.P. Ignacio como dibujada su vida presente, y el dolor que tenía de lo que, siendo mozo y seglar y liviano había hecho contra Dios, antes que tuviese la luz de su conocimiento, y que no habían bastado las penitencias de tantos años y tan ásperas para que dexasse de tener aquel peso de dolor y sentimiento de sus pecados, entendió que tenía él más causa de llorar (como sacerdote y religioso) sus costumbres y el escándalo que con ellas daba. Y con esta consideración abrió la puerta al rayo de la divina luz para que entrasse en su corazón, y vino a trocarse de tal manera, que comenzó a amar y reverenciar al que primero aborrecía y abominaba, y a aborrecer su vida presente y desear de emendarla. Y así, volviendo la hoja, hizo los ejercicios espirituales, dándoselos el mismo padre, y luego comenzó a hacer penitencia de sus pecados y a vivir tan religiosa y castamente, que dio con su mudanza no menor edificación a los de su religión y a los demás que le conocían, que antes había dado escándalo. Desde entonces le tuvo por su maestro y padre de su alma, y como a tal le amó y reverenció, y por tal públicamente le predicó en todas partes.

134. Otra vez, estando en la misma ciudad de París con un discípulo espiritual suyo, vieron los dos pasar por la calle un hombre roto muy pobre, flaco y descolorido, que iba como gimiendo. Entonces el padre, tocado de Dios (como parece por el efecto), dixo súbitamente a su compañero que siguiese a aquel hombre y que hiziese todo lo que le viesse hacer, porque él iría luego tras ellos. Hízolo así, salió el hombre fuera de la ciudad a un lugar apartado, detúvose en él y con él el discípulo del padre, el qual le preguntó qué tenía y qué buscaba allí. Respondió aquel hombre miserable: - Busco un lazo para colgarme, y quiero la muerte por huir desta triste y congoxosa vida. Ando tan cercado de trabajos, tan rodeado de dolores, tan fatigado de tristezas y quebrantos, que no tengo otro remedio para salir dellos, sino morir una vez por no morir muchas, tomando la muerte con mis propias manos -. Oído esto, le dixo el compañero de nuestro padre que él también tenía muchos trabajos y fatigas, de las quales no podía librarse sino con la muerte. Y en este punto llega el mismo padre Ignacio y, volviéndose a su compañero, le comienza a hablar como a hombre no conocido y a decirle: - ¿Quién sois vos? ¿Cómo andáis tan destrozado? -. Entonces el compañero comenzó a titubear y a decir que andaba tan afligido y tan trabajado, que no tenía otro remedio sino la muerte para salir de afán. Aquí comenzó el padre a consolarle, y con suaves y dulces palabras poco a poco le truxo a que dixesse que se arrepentía de aquella voluntad y a que dexando la muerte buscasse la vida, que es Dios nuestro Señor, y en él confiase y pudiesse toda su esperanza. Y mirando al hombre (por cuya causa se hacía todo esto con tanta dissimulación), dízele el discípulo de Ignacio: - ¿Qué os parece a vos desto? Porque yo quiero seguir el consejo deste buen hombre, pues que veo que esta muerte, aunque es breve, es muy cruel y no ha de ser fin de mis trabajos, sino principio de otros mayores que en el infierno me están aparejados, si yo tomo la muerte con mis manos. Movido con este exemplo aquel pobre hombre y animado con las blandas y amorosas palabras de nuestro B. P. Ignacio, dixo que lo mismo le parecía a él, y que así se quería apartar de aquel mal propósito, y hizo gracias a nuestro Señor que le había librado de tan grande peligro, dándole compañero

en su trabajo y quien le socorriese y sacase dél. Esto me contó el mismo discípulo del padre que lo pasó, y también lo del religioso, y fue el que le acompañó quando se fue a confessar con él.

Pero veamos cómo ese conocimiento se traducía, según Cámara en su **Memorial**, en “grandes artificios” que nunca eran manipuladores sino posibilitadores: “como es tocar cosas universales, y esperar que el que habla venga a echar lo que tiene en el alma”.

I, 647 (D. 13, 199a)

199. 2º El Padre tiene grandes artificios para conocer los afectos y inclinaciones de cada uno, como es tocar cosas universales, y esperar que el que habla venga a echar lo que tiene en el ánima. Y en las pláticas es tan señor de sí y de la persona con quien habla, que, aunque sea un Polanco, parece que está sobre él como un hombre prudente con un niño. Los particulares desto me acordaré; porque, cierto, es cosa muy admirable considerar cómo el Padre mira en el rostro, aunque esto muy pocas veces, cómo calla a sus tiempos, cómo en fin usa de tanta prudencia y artificio divino, que las primeras veces que conversa con uno, luego le conoce de pies a cabeza.

“Y en las pláticas es tan señor de sí y de la persona con quien habla...”. Es decir, esa actitud posibilitadora sólo puede darse siendo ‘señor de sí’. Pero ¿también ‘señor’ de la otra persona? Cámara lo describe “como un hombre prudente con un niño”. Pero en la descripción de su actitud, en ninguna forma se trasluce una actitud dictatorial: su mirada, rara vez es al rostro; calla a sus tiempos y usa de tanta prudencia. Cámara amplía de la siguiente forma el “luego le conoce de pies a cabeza”.

I, 647 (D. 13, 199)

luego lo conoce

Buenos ejemplos de esto fueron (aparte de otros muchos que no recuerdo) los Padres, de que antes hable, que el Padre Ignacio conoció enseguida como poco aptos para la Compañía, a pesar de gozar en su provincia de tanta autoridad y crédito. Y no solamente conocía a las personas con quienes hablaba, sino que ellas mismas se daban perfecta cuenta de que él las conocía y penetraba hasta el fondo.

Es decir, este conocimiento era tal que la persona que estaba frente a él se percataba de que “era conocido y penetrado del todo”.

Ahora bien estos “artificios” eran tan variados como las personas. Así lo constata Cámara en su **Memorial**.

I, 609 (D. 13, 136)

136. 9. Acordarme he del artificio que el Padre me dixo haber usado en la malenconía de uno, dando a entender etc., que no entendía etc.

Pero leamos despacio dos citas del **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio**.

III, 622 (D. 38, cap. 4)

También mostrava su gran prudencia y valor en otra cosa muy importante, que es en saberse servir de los sujetos. Porque algunas vezes acontecía que alguno, por una parte tuviese grandes talentos, o

para leer, o para predicar, o para tratar con príncipes, o ayudar a los próximos, etc., y por otra parte que, para su humillación y muestra de la flaqueza humana, juntamente con aquellos talentos tuviese algunas imperfecciones y faltas, que podrían deslustrar y estragar lo bueno que avía en aquel sujeto, e impedir el fruto que se podía esperar dél.

Mas era tan grande y tan divina la prudencia y sagacidad del Padre, que se sabía servir de lo bueno sin que lo malo dañase, y cogía el trigo sin que la zizaña ahogase la buena semilla del Señor. Porque llevaba al sujeto tan derecho, y proveya las cosas con tantos defensivos y prevençiones, que era cosa de maravilla.

Pero todavía tenía grandísimo cuydado que ninguno de sus hijos, con color de ayudar a otros, no se hiziese daño a sí. Por donde, si veía que uno era bueno para un ofiçio, como para predicar, o confessar, etc., mas el ofiçio no hera bueno para él, porque se desvanecía o corría peligro, le quitava de aquel ofiçio, anteponiendo la salud y bien de su súbdito a todo el fruto que en aquel ofiçio podía hazer (como queda dicho).

“Prudencia y sagacidad”. Evidentemente son dos grandes cualidades para “saberse servir de los sujetos” de forma que no sea una manipulación burocrática, sino anteponiendo “la salud y bien de su súbdito a todo fruto que en aquel oficio podía hacer”.

La cita siguiente es más sugerente. Ese “saberse servir de los sujetos” queda enmarcado en su verdadero sentido: “ganar las voluntades de las personas” para “atraerlas lo más fácilmente a Dios”. (**Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio de Ribadeneyra**)

Pero el medio de alcanzar esto es una explicitación del prosupuesto: “tenerles verdadero y sincero amor... hacer confianza... tomando y siguiendo su consejo cuando fuere acertado... conformarnos con sus condiciones y condescender., y disimular al principio ...” Y ¡cómo no!, “mirar tanto las circunstancias de los tiempos y lugares y más de las personas”. El hombre para Ignacio siempre está situado espacio-temporalmente.

Pero Ribadeneyra añade en el mismo documento algo más profundo. Aquella actitud positiva frente al otro que enmarca el ‘prosupuesto’ no es un cheque en blanco: hay que “conocer bien la condición y naturaleza de la persona... especialmente si es principal y gran señor, antes de entregarse a él y hacerle muy familiar”. Por tanto, que nuestra actitud positiva no se convierta en “ser lisonjeros” haciéndoles caer en la cuenta “que el hombre es superior a la próspera y adversa fortuna”. Esto hará que estemos frente al otro (aunque sea “principal y gran señor”) “libres de esperanzas y temores vanos, y menospreciadores de todo lo que el mundo nos puede ofrecer”, de forma que la “familiaridad” no sea sino con personas muy conocidas y de mucha confianza, y sin recibir dones de nadie, sino lo que fuere necesario para el sustento, es decir, sin hipotecarnos, “porque el que recibe pierde su libertad”. ¿No es esta descripción lo que Cámara nos decía de “ser señor de sí y de la persona con quien habla”?

III, 626-7 (D. 38, cap. 5, 8-9)

8. También era maravilloso el artifiçio que nuestro bienaventurado Padre tenía en ganar las voluntades de las personas con quien trataba, y por esta vía atraerlas más fácilmente a Dios; y con sus palabras, y más con su exemplo, nos enseñava el cuydado que devemos poner en esto. Dezía que ayuda mucho el tenerles verdadero y sinçero amor y el mostrárselo con palabras amorosas y con obras, haziendo por ellos lo que buenamente se puede, conforme a nuestro hábito y profesión y a la prudente charidad, y el hazer confiança de las mismas personas, comunicándoles los negoçios que tratamos (más o menos,

según fuere su capacidad y la familiaridad que tenemos con ellos), y tomando y siguiendo su consejo cuando fuere acertado; el conformarnos con sus condiciones, y condescender con ellas en lo que no fuere contra Dios, y dissimular al principio en algunas cosas para entrar con ellos y salir con nosotros, haciéndonos *omnia omnibus*, como lo hacía el Apóstol, *ut omnes lucrificiamus* [1 Cor 9, 21]. Pero, como la prudencia para acertar debe mirar tanto las circunstancias de los tiempos y lugares, y más de las personas con quien se trata, y de las mismas cosas que se tratan, son menester muchos ojos para ver bien lo que en cada negocio conviene; y antes que el hombre se embarque, considerar cómo se embarca; y procurando conocer bien la condición y natural de la persona que se ha de tratar, especialmente si es principal y gran señor, antes de entregarse a él y hazérsele muy familiar.

9. Por otra parte, decía que es nezesario usar de gran recato y circunspección con estas mismas personas que queremos ganar para Dios, a las quales devemos de tal manera mostrarnos gratos por las buenas obras que dellos recibimos, que no seamos lisongeros, ni apoquemos nuestros ministerios, antes demos a entender que principalmente las reconocemos de Dios, y que ellas mismas ganan mucho en el bien que nos hacen por su amor, y juntamente conozcan que el hombre es superior a la próspera y adversa fortuna, y libre de esperanzas y temores vanos, y menospreciador de todo lo que el mundo le puede ofrezzer, conversando con todos con una humilde gravedad, sin abrir mucho su pecho, ni tener demasiada familiaridad sino con personas muy conocidas y de mucha confianza, y sin recibir dones de nadie, sino lo que fuere nezesario para su sustento, y esto de personas que se edifiquen y tengan por merced de Dios el darlo; porque el que recibe pierde su libertad, y el que da comúnmente le estima en menos.

Añadía más nuestro bienaventurado Padre, que el que vive en tierra donde ay vandos y parcialidades deve abrazarlos a todos y no mostrarse él parcial, ni llegarse de tal manera a la una de las partes, que ofenda a la otra.

Por último leamos un trozo de la Vida de Ribadeneyra en el que aparece otra actitud fundamental para posibilitar la auténtica relación humana: el no ser vengativo unido a un remitir a niveles objetivos de búsqueda de la verdad, no de cheque en blanco.

IV, 761-3 (L. 3, 30-31)

30. Guardó siempre con grandísimo cuidado el no bolver a nadie mal por mal, sino vencer siempre y sobrepujar el mal con hazer bien, conforme al Apóstol [Rom 12, 21]. De manera que siempre procurava fuessen mayores los bienes que hacía que los males que recibia. De donde nació que, siendo muchas vezes perseguido de muchos y provocado a justa indignación, nunca dio muestras de enojado, ni se procuró vengar, ni hazerles pesar, ni darles dessabrimiento ninguno, aunque pudiera muchas vezes hazerlo a su salvo. Y para que se entienda esto mejor, diré algunas cosas en particular que le acontecieron en esta parte.

31. El año de mil y quinientos y quarenta y seis, un religioso que estava en Roma y se mostrava grande amigo de nuestro B. P.¹ por cierta embidia y enojo que tuvo se le bolvió y trocó en grande enemigo y se dexó dezir algunas palabras pesadas, y jatarse que avía de pegar fuego en España a quantos huviessse de la Compañía, desde Perpiñán hasta Sevilla; y embió una persona al padre que de su parte se lo dixesse; al qual nuestro padre respondió con la misma persona, por escrito de su mano,

1. Fr. Barberán, O. F. M., qui dicitur patres nostros ad Paulum III introduxisse. FN I 119 e, 310; Lain, Mon., VIII 856. Ex amico inimicus factus est. EN II 2, 3; IV 706.

“Señor, dezid al padre fray N, que, como él dize que a todos los que se hallaren de los Nuestrs desde Perpiñán hasta Sevilla los hará quemar, que yo digo y desseo que él y todas sus amigos. y conocidos, no solo los que se hallaren entre Perpiñán y Sevilla, mas que quantos se hallaren en todo el mundo, sean encendidos y abrasados del fuego del divino amor, para que todos ellos, viniendo en mucha perfección, sean muy señalados en la gloria de su divina Magestad. Assimismo le diréis que delante de los señores governador y vicario de Su Santidad se trata de nuestras cosas y están para dar sentencia, que si alguna cosa tiene contra nosotros, que yo le combido para que vaya a deponerla y provarla delante de los sobre-dichos señores juezes, porque yo me gozaré más deviendo pagarlo y que yo solo padezca, y no que todos los que se hallaren entre Perpiñán y Sevilla ayan de ser quemados. En Roma, de Santa María de la Estrada, a diez de agosto de mil y quinientos y quarenta y seis”.

Y es que de poco sirve el tener un gran conocimiento del hombre si nuestra actitud frente a él es negativa o manipuladora. Esta, como veíamos en el Prosupuesto, ha de ser salvífica.

Pero para que lo sea, no basta con no ser “vengativo” sino ha de concretarse en actitudes positivas previas. Cámara nos pinta en su **Memorial** un Ignacio que por lo pronto “de todos dice siempre bien”, “escusando culpas ajenas” (y lo concreta en su difícil relación con Paulo IV).

I, 581-3 (D. 13, 91-95)

Holgaría, Hermano, ponerlos aquí algunos ejemplos, pero son cosas largas. Es cosa admirable cómo guarda la regla de los Ejercicios de que cada uno debe siempre interpretar [la proposición del próximo, echándola] a la mejor parte; de modo que son ya como un proverbio entre los que tratan las interpretaciones del Padre excusando culpas ajenas, tanto de los de fuera, como los de la Compañía

91. *Nuestro Padre de todos dice siempre bien; y aun con aquellos que saben las faltas no habla dellas sino quando es omnino necesario para remediarlas. Y en esto de toda especie de murmuración tiene tanta perfección que es cosa mucho de espantar. [Anotación marginal del P. Ribadeneira]*

en escusar culpas ajenas

93. *Para ello buscaba algunas cosas dignas de alabanza en las personas con las que estaba a mal o de quienes se murmuraba, para contarlas cuando le dijeren alguna cosa mala de ellas. Todos están enterados de lo poco afecto que fue a la Compañía y al Padre Ignacio el papa Paulo IV, antes y después de ser creado cardenal. Estando, pues, el 23 de mayo de 1555, día de la Ascensión, en una habitación con el Padre, él sentado en el poyo de una ventana y yo en una silla, oímos repicar la señal que anunciaba la elección del nuevo papa; y a los pocos momentos vino el aviso de que el electo era el propio cardenal teatino, que tomó el nombre de Paulo IV; al recibir esta noticia, el Padre experimentó una notable conmoción y alteración en el rostro; y según después supe (no recuerdo si por él mismo o por Padres antiguos a quienes él lo había contado), se le estremecieron todos los huesos del cuerpo.*

Se levantó sin decir ni una palabra y entró a orar en la capilla; y poco después salió tan alegre y contento, como si la elección hubiera sido muy a su gusto. Y como el papa fue mal recibido y se murmuraba de él en Roma, por ser allí considerado como excesivamente riguroso, comenzó al punto el Padre a fijarse y a descubrir las cualidades y buenas obras que en él se podían observar, y después las contaba a cuantos le hablaban de él.

Este mismo pontífice fue muy amigo y favorable a la Compañía en los últimos años de su vida, diciendo que era la cosa que más estimaba y procurando ayudarla con rentas de abadías, que él mismo buscaba, para aplicarlas a nuestros colegios. De manera que también en él se cumplió lo que muchas veces dijo Nuestro Padre: que no habría ningún papa que no fuese muy amigo de la Compañía.

94. *Para evitar este mismo vicio de la murmuración y detracción se valía también de otro medio, que empleaba especialmente cuando se trataba de la persona y de las cosas de los sumos pontífices: y era que no solamente no hablaba de lo que el papa pudiera haber hecho u ordenado, sino que ni aun remotamente insinuaba o decía lo que podría o debería hacer en adelante para el buen gobierno y administración de la Iglesia.*

Tan sólo me acuerdo de que, cuando fue elegido Marcelo II, gran amigo de la Compañía, de quien toda Roma concibió esperanzas de que reformaría la Iglesia, como los Padres tratáramos ante él de este tema, nos respondió que, para que cualquier papa reformara el mundo, le parecían necesarias y suficientes tres cosas: la reforma de sí mismo, la reforma de su casa y la reforma de la corte y de la ciudad de Roma.

95. *Igual que Nuestro Padre tenía especial cuidado en no decir nada que pudiera, ni aun de lejos, suponer sombra de falta en la persona del sumo pontífice, del mismo modo deseaba ardientemente que lo tuvieran esmeradísimo todos los de la Compañía. Predicando en Roma el Padre Jerónimo Otello, dijo una vez desde el púlpito que sería bueno que el papa hiciera tales y tales cosas. Le mandó Nuestro Padre a llamar y le preguntó cuántos papas había en Roma. Y como respondiese que uno solo, le dijo el Padre: “¿Y se acostumbra a hablar de personas concretas en los sermones? Marchaos, pues, y pensad bien la penitencia que merecéis y luego venid a decírmela”.*

Con estas palabras se fue el Padre y se afectó tanto, que, pareciéndole que no podía satisfacer tanta culpa, trajo a Nuestro Padre un buen número de penitencias, para que Su Reverencia escogiera la que creyese ser más conveniente, a saber: o pergrinar a Jerusalén a pie (y hasta creo recordar que descalzo), o ayunar tantos años a pan y agua, o disciplinarse por las calles de Roma durante bastante tiempo, y otras que no recuerdo. Mas como Nuestro Padre vio en él lo que más deseaba, tan sólo le permitió una o varias disciplinas en el refectorio.

A este Padre Jerónimo Otello le envió Nuestro Padre a Sicilia como predicador, cuando hizo venir de allí a Benito Palmio para oír un curso. Y como era hombre de mucha virtud y querido en Roma, sintió mucho su marcha la gente, hasta el punto de que una vez que Nuestro Padre decía misa en la iglesia un día de fiesta, poco después de la ida del Padre, cuando llegó al confiteor y dijo mea culpa, mea culpa, le respondió desde atrás una vieja en voz alta: “Muy bien podéis decir vuestra culpa, pues echasteis de aquí al Padre Jerónimo Otello”.

Observemos que su sentido práctico le llevaba no sólo a no murmurar y disculpar, sino a estudiar y descubrir las partes y obras buenas que en la persona ‘criticable’ se podían descubrir. Que no es precisamente una actitud adulatoria, sino que intenta apoyarse en la realidad.

Esta actitud positiva se traduce en lo que Ribadeneyra observa en **Hechos del P. Ignacio**.

II, 327 (D. 14, 11)

<11. *Quod per 30 annos nullum unquam vocavit vel fatuum vel stupidum, vel aliquo verbo contumelioso affecerat. Ego ex ipso anno 53. >*

<11. Durante 30 años nunca llamó a nadie fatuo o estúpido o alguna otra palabra ofensiva. Yo lo oí de él mismo el año 53.>

Y como síntesis de este difícil equilibrio de sus actitudes frente a los demás que posibilitan las relaciones auténticas sin idealizar camuflando fallos, ni hundir exigiendo imposibles, leamos lo que nos dice Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio**.

II, 389 (D. 14, 102)

102. Solía nuestro Padre ser muy recatado en alabar y mucho más en el vituperar: no digo que no alabase lo bueno, pero con pocas palabras y sin encarecimientos demasiados; y en el vituperar era tan mirado, que no me acuerdo haberle oído decir palabra pesada en menoscabo de otro; y aun con aquellos que sabían las faltas no hablaba dellas, sino quando era necesario para remediarlas, y en esto guardava admirablemente la regla de los Exerçios, que dize que cada uno debe interpretar a la mejor parte lo que ve de su próximo, etc; y esto hazía assí con los de la Compañía como con los de fuera, y quando otros hablaban de las faltas ajenas, y a lo que pareçía con razón, nuestro Padre siempre procurava de interpretarlo a la mejor parte y con dezir: - Quiçá lo hizo con buena intençión -, o: - En fin, Dios nuestro Señor ve los coraçones -; y quando mucho se alargava: — Cierto, yo no lo hiziera assí —. No dava lugar a murmuraciones; y aquérdome que, quando yo partí el año de 1555 a Flandes, en tiempo que Paulo 4º tenía sobre ojos la Compañía y las cosas andavan de borrasca, que nuestro Padre me dió por aviso que mirase cómo hablava en las cosas del Papa, y que hiziesse cuenta que todas mis palabras havian de llegar a orejas de Su Santidad. Y porque havía cosas que parece que eran muy difíciles de excusar, me dixo que la manera que devía tener era alabar las cosas del Papa Marcello y la voluntad que tenía a la Compañía, sin hablar de la del Papa presente.

Como vemos no cae en la trampa de una hipócrita adulación: “y porque había cosas que parece eran muy difíciles de excusar” opta porque no hable de Paulo IV. Las actitudes positivas no pueden basarse en invenciones.

Su trato respetuoso y de aprecio hace que, como refiere Cámara en el **Memorial**, los subditos le amen. Pero veamos las cosas que según él conservan este amor: su afabilidad, el cuidado de la salud de todos y procurar que lo que pueda ser conflictivo con el subdito no pase por él.

Aunque esto volverá a salir cuando veamos su relación personal, como General de la Compañía y su modo de gobierno, pero merece la pena observar cómo intentaba posibilitar una relación interpersonal en una situación (superior-súbdito) en la que lo normal es que se convierta en una relación puramente burocrática o de favoritismos. Así nos pinta un Ignacio acogedor y afable con todos pero guardando la gravedad debida “de manera que era afable con todos y familiar con ninguno”. Es el difícil equilibrio que en todo mostraba, fruto de lo consciente que era de la complejidad del hombre. Esto hace que nunca se mueva en la abstracción, en ‘lo que debería ser’. Qué duda cabe que el que un ‘superior’ corrija a un ‘subdito’ en algo que objetivamente está mal no debería ser motivo de distanciamiento (y menos de ruptura), sino incluso de ‘agradecimiento’. Pero esto no es real nunca. Por eso observa Cámara “que las cosas de que se puede sentir el súbdito, nunca el Padre se las dé sino por otro”.

I, 580-3 (D. 13, 88-90)

88. Las cosas que conservan este amor de los súbditos, son muchas: Pº. La grande afabilidad del Padre; 2º. el grande cuidado que tiene de la salud corporal de todos, el cual es tan grande, que quasi no se puede encarecer; 3º. el Padre tiene tal modo, que las cosas de que se puede sentir el súbdito, nunca el Padre, se las dé sino por otro, sin que el súbdito piense haber el Padre entendido en ello; y por el contrario, las cosas con que él se ha de holgar, hácese el Padre autor dellas

grande afabilidad

89. *Esta afabilidad se manifestaba en que, cuando encontraba por la casa algún Hermano, le mostraba un rostro tan risueño y le acogía tan bien, que parecía quererle meter en el alma. Con todos cuantos llegaban o iban de camino comía la primera o la última vez, despidiéndose de cada uno con mucho amor. No obstante, con todos guardaba la gravedad debida, no comunicando más que con los superiores inmediatos y consultores imprescindibles las cosas que no podía menos de tratar para el buen gobierno de la Compañía. De modo que podemos decir que con todos fue afable, y familiar con ninguno.*

2º el grande cuidado

Arriba se dijo lo que en este punto se podía decir.

3º de las cosas de que se

90. *Ejemplo de esto es lo que me dijo a mí, a saber, que quería que a los imperfectos y poco mortificados los mandaba a vivir a los colegios pobres, donde padecieran necesidad corporal; y así los hacía yo ir, sin que ellos pudieran adivinar que la orden procedía de Nuestro Padre, a los colegios de Padua y de Venecia, que en aquel entonces estaban tan faltos de lo necesario, que muchas veces sucedía que, siendo siete personas, no tenían más que seis huevos para cenar; y a los muy observantes Nuestro Padre los mandaba a Roma o a otras partes, donde fuesen mejor tratados.*

Idéntico modo de proceder observaba con los que expulsaba de la Compañía, haciéndolos marchar siempre por medio de una tercera persona y en su ausencia. Y de este modo nunca se vio obligado a volver a aceptar a ninguno por las lágrimas, promesas o muestras de arrepentimiento o enmienda que diera en el momento del despido; aunque sí volvió a recibir a algunos que después dieron satisfacción suficiente con su conducta.

Pero dejemos la difícil relación superior-súbdito para ver cómo concebía una relación de compañeros. El P. Pedro Martín en su **Relación** nos cuenta una anécdota en la que aparece una dimensión imprescindible para una auténtica relación interpersonal, pero que por desgracia no siempre tenemos y menos fomentamos la reciprocidad.

III, 596-8 (D. 34, 3)

[3] *Contaba el P. Pedro Doménech, el cual murió en Barcelona, que siendo él superior de Toledo, un eclesiástico, que se decía N. Peralta, quando se partieron de París para volverse a España él y otro compañero suyo, nuestro Padre les mostró mucho amor; y tomando aparte al Peralta le dijo : - Señor, yo os ruego que tengáis cuenta con la salud del señor X., vuestro compañero, que yo le amo mucho, y procure aliviarse de todo trabajo en la posada en mirar por él. El Peralta se lo prometió que lo haría. Después nuestro Padre se fue al otro, y encomendóle así mismo la salud del Dr. Peralta. Y con estos avisos y hermandad se fueron su camino; y a la primera jornada, en llegando a la posada, el Dr. Peralta luego se apeó y fue a ayudar a apearse a su compañero. El otro, que estaba también advertido, hacía lo mismo. A la segunda jornada el Peralta, que era agudo, como vio que su compañero era tan diligente como él en tomarle el estribo, cayó en la cuenta y preguntóle: - Ven acá ; ¿no me diréis qué os ha dicho Ignacio cuando nos partimos de su presencia? -. Dijo el compañero :- Sí, encomendóme mucho vuestra salud y que mirase por vos, porque érades persona que merecíades mucho -. Dijo Peralta : - ¿Es posible? eso mismo me ha dicho a mí de vos. ¿ Habéis visto qué invenciones tiene este siervo de Dios para que en el camino vayamos hermanados y bien avenidos ? - Quedaron entrambos muy edificadas de la prudencia y caridad de n. b. P. Ignacio. (Contó esto en unas conferencias).*

“¿Qué invenciones tiene este siervo de Dios para que en el camino vayamos hermanados y bien ávenidos?”. Efectivamente, nuestras relaciones, para que sean fraternales han de ser recíprocas. Pero lo normal es que no lo sean por basarse en la desigualdad y competitividad. A este respecto es significativo lo que nos recuerda Cámara en su **Memorial** de los consejos que dio a Laínez y Nadal cuando fueron enviados con el Cardenal Morón como consejeros: que se autorizasen el uno al otro y se comunicasen. Lo más opuesto a la competitividad.

I, 622 (D. 13, 153a)

153. Celebrándose en Augsburgo una dieta de los príncipes y prelados de Alemania, el papa mandó a ella como legado suyo al cardenal Morone, para que, si se trataban, como presumía, algunos puntos tocantes a la religión, defendiera a la parte católica contra muchos señores herejes, que necesariamente habían de hallarse presentes. Pidió para este fin al Padre Ignacio dos teólogos de la Compañía, con quienes el cardenal comunicara los negocios de su legación y de quienes pudiera ayudarse en las dificultades y controversias que surgiesen. Le dio el Padre a los Padres Laínez y Nadal, quien marchó antes, acompañado tan sólo de este Hermano alemán.

Recuerdo que Nuestro Padre les recomendó encarecidamente dos puntos poco antes de que partieran: lo primero que trabajasen todo lo que les fuera posible por procurarse autoridad mutuamente, cosa que conseguirían si, cuando se hubiere de tratar algún asunto muy dificultoso con el Padre Laínez, éste respondiese que consultaran al Padre Nadal, que podría declarar mejor lo que en tal situación se debía hacer; y si lo comunicaban primero al Padre Nadal, que éste lo remitiese de la misma manera al Padre Laínez. Lo segundo, que nunca sacaran a colación negocios de importancia estando a la mesa con el legado, donde ellos tendrían que comer, sino más bien cosas buenas, fáciles y que exigieran poca concentración.

El P. Nicolás Lancicio recoge este mismo hecho en **Colección de sentencias y hechos de N. P. Ignacio**: que nada aporten ni decidan sin confrontarlo mutuamente: no competitividad, sino reciprocidad enriquecedora. Pero añade otros aspectos que pueden servirnos como una pequeña síntesis de lo que llevamos dicho: nunca comunicaba lo negativo de alguno a su amigo, sino lo positivo. Y si había que tratar sobre los defectos de alguien, sólo lo estrictamente necesario para su remedio. Intentaba crear un clima de aprecio mutuo entre todos, “para que viviesen alegres y sirviesen a Dios tranquilamente”. En resumen, no dar ocasión de tristeza para ninguno.

III, 660-1 (D. 41, 68-72)

[68] Cum Augustae Vindelicorum comitia essent indicta pro principibus et praelatis Germaniae, cardinalis Moronus a Iulio 3, Romano Pontifice, missus eo Legatus, petiit a sancto Patre duos e Societate theologos, quibuscum posset de suae legationis negotiis conferre. Concessit ei sanctus Pater Patrem Laínez et P. Natalem, et utrumque praemonuit sigillatim, ut alter alterius auctoritatem quam maxime tueretur et conservatam vellet; ideoque si alteri eorum punctum aliquod valde difficile a cardinale, decisionem rogante, proponeretur, illud solus non decideret, ni prius cardinali diceret se consilium iudiciumque sui socii quaesiturum, tanquam eius, qui certiores ea de re, quam ipse, solvere posset sententiam.

[68] Se convocaron elecciones en Augusta, en la región de los bávaros, para los príncipes y prelados. Julio III envió como legado al cardenal Moronio y éste pidió a nuestro santo Padre dos teólogos de la Compañía con quienes pudiese consultar los asuntos de su delegación. Nuestro santo Padre le dió a los Padres Laínez y Nadal y a cada uno de los dos avisó en particular que defendieran y conservaran lo más posible la autoridad el uno del otro; y por eso, si el cardenal le proponía a uno de los dos alguna cuestión difícil, que no decidiera él solo antes de decir al cardenal que le iba a preguntar su parecer y juicio al compañero, para que, informado del asunto lo mismo

[69] *Hoc etiam cum aliis in more habebat sanctus Pater: quicquid enim videret posse in laudem adferri unius, id alteri amico referebat; quod posset merito improbari in illo id magno silentio premebat. Quod si de alicuius defectu consultandum esset un[i]usque consilii causa sufficeret, duobus illud non detegebat; si duo necessarii essent, tertio illum non manifestabat, nec quamvis gravis esset aut fugiendus, quicquam dicebat; defectum ipsum consultoribus nude sine ulla amplificatione proponebat.*

[70] *Eadem ob causam data opera excurrebat in laudes domesticorum coram iis, a quibus certo praevidebat ad ipsorum laudationem iis, qui ab eo laudati fuerunt, referendum. Ita omnes inquirebat vias suos in laetitia spiritus conservandi, ut sine gemitibus viverent alacres, et Deo mente serena servirent.*

[71] *Diligenter dabat operam ne ulli, et ipsis quoque novitiis, daretur justa materia tristitiae et gemitus. Cum recepisset ad Societatem 3 ferrarienses iuvenes, quorum consanguineus abbas quidam convivio a nostris excipiens erat in collegio Romano, sanctus Pater etiam 3 illos iuvenes, etsi adhuc in prima probatione essent, eidem interesse convivio mandavit; quia vero eiusdem probationis socii ob se non invitatos tristari poterant, iussit eis mature significari eos quoque die altero in Romano collegio comesturos, ut bono et laeto permanerent animo. Denique omnes praecidebat occasiones gemituum, et adhibebat etiam omnia civilitatis et urbanitatis aulicae honesta officia ac signa, per quae suos posset in suscepto vitae religiosae instituto conservare contentos ac laetos, et his maternae benevolentiae significationibus, quibus sibi domesticorum amorem conciliabat, omnesque prorsus alios longo intervallo superabat.*

[72] *Ex hoc benevoli et grati cordis affectu natum est ut, quo die memoria fundatae domus professae romanae quotannis renovaretur, P. Petrum Codatium (cuius procuratione ea fuit fundata) die illo in Superioris loco sedere iuberet, et in prandii fine sanctus Pater, detecto capite accedens, manu gestans fundatoriam candelam P. Codatio sedenti tradebat, ipse stans, et honoris causa poplites inflectens, et tanquam superiorem suum pie ac religiose honorans.*

que él, pudiera dar su parecer.

[69] Esto mismo lo tenía por costumbre el santo Padre: lo que podía ceder en alabanza de uno se lo contaba a otro amigo; y en cambio lo que podía ceder en demérito lo guardaba en cerrado silencio. Y si tenía que consultar sobre el defecto de alguno y bastaba el parecer de uno solo no lo consultaba con dos; si bastaba con dos no lo descubría a un tercero y ni siquiera cuando se trataba de algo grave o de alguno que pensaba huir decía nada. Exponía el defecto a los consultores clara y sucintamente sin añadir nada.

[70] Cuando se presentaba la ocasión se extendía en alabanza de los de casa delante de quienes preveía con seguridad que lo iban a contar a los mismos a quienes él alababa. De este modo buscaba todas las maneras de conservar en la alegría el espíritu de los suyos para que vivieran contentos y sirvieran a Dios en paz.

[71] Procuraba con diligencia que no se diese a nadie motivo de tristeza ni aun a los mismos novicios. Recibió en la Compañía a tres jóvenes de Ferrara que eran parientes de un abad. Este abad estaba invitado a comer con los nuestros en el colegio Romano y el santo Padre mandó que se invitara también a los tres jóvenes, aunque estaban en primera probación. Y para no contristar a sus compañeros de probación mandó que se les comunicara a tiempo que también ellos comerían al día siguiente en el colegio Romano y así quedarán con ánimo alegre. Finalmente procuraba evitar las ocasiones de tristeza y hacía todas las demostraciones de urbanidad y cortesía para que los suyos, pudieran mantenerse contentos de haber abrazado la vida religiosa; y en estas manifestaciones de maternal benevolencia con las que se ganaba el amor de los de casa, superaba del todo a los demás con gran diferencia.

[72] De este afecto de un corazón amable y agradecido nació el que se renovase cada año el recuerdo de la fundación de la casa profesa de Roma. Aquel día se le mandaba al P. Pedro Codacio (que había trabajado para fundarlo) sentarse en el lugar del superior y al fin de la comida nuestro santo Padre se acercaba con la cabeza descubierta llevando en la mano una candela de la fundación y estando en pie se ponía de rodillas honrándolo religiosamente como a su superior.

Para crear este clima de estima mutua y de alegría fomentaba los ratos de recreación. Más aún como nos cuenta Ribadeneyra en **Dichos y hechos de S. Ignacio**, ante la pretensión de suprimir la recreación de la noche en Cuaresma los días de ayuno, Ignacio se niega porque su finalidad era también “para que los hermanos se tratasen y conversasen...”

II, 488 (D. 19, V. 18)

18. En el collegio Romano quisieron una vez los superiores quitar la hora de la recreación de la noche la quaresma y días que se ayunava, pareciéndoles que, pues no havia cena, no era menester recreación. Dixelo yo a nuestro Padre, y mandó que se hiziesse la recreación ordinaria; y dixo que la recreación no solamente se hazía para que no hiziesse daño el estudio luego después de cenar, sino también para que los hermanos se tratassen y conversassen. y se viniessen a conoscer y a amar, que era lo que acendía y fomentava la charidad.

Y lo mismo recoge en el **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio**.

III, 630 (D. 38, cap. 6, 10)

10. La hora que en la Compañía tenemos de quiete o recreación después de comer y de çenar, no es solamente para que en aquella hora no haga daño el atender al estudio o a la oración, sino también para que los Padres y Hermanos se traten, y con aquella comunicación se conozcan y amen más. Esto me respondió a mí nuestro bienaventurado Padre, diziéndole yo que los superiores del collegio Romano querían quitar el espacio de quiete que las noches de quaresma se usava ; y nuestro bienaventurado Padre no lo consintió.

Porque, como sintetiza Ribadeneyra en la **Vida** “faltando caridad, que es la virtud de la Religión, no puede haber virtud religiosa que tenga vida”.

IV, 879 (L. 5, 166)

166. También dezía que assí como no ay cosa más pestilencial para la Religión que la poca unión y concordia entre sí de los que en ella viven, así tampoco no ay cosa alguna que haga a los religiosos ser tenidos en menos y más despreciados de los hombres que el verlos entre sí partidos con parcialidades y vandos. Y que faltando la caridad, que es la vida de la Religión, no puede aver virtud religiosa que tenga vida.

Antes de terminar este apartado hay que hacer mención de una virtud de Ignacio que no es sino consecuencia de su concepción de la relación interpersonal: el agradecimiento, que como nos lo describe Ribadeneyra en **Dichos y hechos de S. Ignacio** no era sino una intensificación de esa relación personal: “avisándoles, convidándolos, visitándolos...”

II, 492 (D. 19, V. 75)

75. Entre las otras virtudes que tuvo nuestro Padre, una fué muy señalada la de la gratitud, en la qual fué admirable, teniendo grandissima cuenta de corresponder y vencer en todo lo que se ofrecía a los devotos de la Compañía y bienhechores, avisándoles de los buenos sucessos de la Compañía, combiéndolos, visitándolos, ayudándolos en lo que podía, y haziendo con ellos cosas particulares y contra su gusto, solamente por darles contentamiento; como con el Dr. Arce se estava mucho tiempo oyéndole,

yendo a comer a su casa, en tiempo que nuestro Padre por su enfermedad solía comer en la cama; y quando el doctor estava enfermo, embiando a Joán Paulo, o a otro hermano, para que estuviesse en su casa y le sirviesse y tuviesse cuenta con sus dineros, y assí otras cosas desta qualidad, que hazia por puro agradecimiento. Haviendo Papa Julio III unido el priorado de Padua al collegio de la Compañía para después de los días del prior de la Trinidad, con condición que de la mitad de la renta gozasse luego el collegio, nuestro Padre hizo una patente, en la qual le hazía administrador perpetuo de todo el priorado, para que libremente hiziesse dél lo que quisiesse, como si no estuviera unido a la Compañía. Después le ofreció quatrocientos escudos de pensión para su sobrino por agradescimiento, los quales el prior no quiso recibir.

Y el mismo Ribadeneyra en su **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio** dice que esa gratitud se concretaba en la comunicación de “todas las buenas nuevas que venían a Roma de la Compañía”. El agradecimiento no es una ‘devolución’ sino un compartir gozoso.

III, 629 (D. 38, cap. 6, 3)

3. Todas las buenas nuevas que venían a Roma de la Compañía hazía que se trasladassen y se comunicassen a los amigos y otras personas de cuenta, assí por mostrar la gratitud que se les debía, como para que supiessem lo que Dios obrava por medio de los nuestros, y glorificassen más al Señor.

Y esta actitud provoca en los demás la misma. Es decir, es la más rica concreción de la reciprocidad y que nos recuerda la segunda nota de la Contemplación para alcanzar amor: “dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así, por el contrario, el amado al amante...” (EE 231). Volvamos a leer cómo nos cuenta Ribadeneyra en su **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio** la respuesta del prior Andrés Lipomano.

III, 632-3 (D. 38, cap. 6, 23).

23. Aviendo el prior Andrés Lipomano, patriçio veneçiano, dado su consentimiento para que se uniesse al collegio de Padua (que fue el primero que la Compañía tuvo en Italia) el priorado de santa María Magdalena de aquella çiudad, que él poseya valía como dos mill ducados de renta; y aviendo el Papa hecho la annexión con condizión que la Compañía desde luego gozasse de la mitad de la renta del priorado, nuestro bienaventurado Padre, después (estando la Compañía en aquellos prinçipios pobrísima), por pura gratitud, de suyo le embió una patente para que gozasse de toda la renta del priorado por todos los días de su vida, y no diesse a la Compañía más de lo que fuesse su gusto y voluntad; y así lo hizo el Prior, sustentando en el collegio de Padua el número de los nuestros que allí avía, con mucha liberalidad por una parte, y por otra mostrando nuestro bienaventurado Padre la gratitud que se deve a los bienhechores. Después ofreció al Prior quatroçientos ducados de pensión para un sobrino suyo, los quales el Prior no quiso azeptar.

a) Relación de Ignacio con los primeros compañeros

Desde los principios de su conversión “comenzó a tener deseos de juntar algunas personas a su compañía” nos refiere Polanco en el **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús**. Pero los primeros no cuajaron.

I, 170-1 (D. 7, 35)

35. *Pero, tornando a Barcelona, en el tiempo de su estudio no dejaba dar de sí buen odor y ayudar con el ejemplo y conversaciones y ejercicios espirituales a muchas personas Comenzó desde allí a tener deseos de juntar algunas personas a su compañía para seguir el diseño que él desde entonces tenía de ayudar a reformar las fallas que en el divino servicio veía, y que fuesen como unas trompetas de Jesucristo, y hubo cuatro compañeros: un Artiaga que después murió Obispo en las Indias; y otro Cáceres, que servía al visorey, y otro que se decía Calixto, el cual él había ayudado para ir a Hierusalén, y a la vuelta se juntó con él para seguir el mismo modo de vida. Sin estos tres, se les juntó un otro mancebo. Pero esta su compañía, como parto primerizo, no se prosperó ni conservó mucho; porque, aunque el Señor los visitaba con admirable fervor y dones suyos el tiempo que con él perseveraron, entre las aflicciones y su salida de España se apartaron dél y volvieron al mundo, con fines muy diversos de tal principio.*

Pero este fracaso no deja de ser revelador. Su relación con Ignacio no tiene el menor matiz de un discipulado infantil. Son personas que lo acompañan en sus primeras peripecias, “pero no perseveraron... se apartaron dél y volvieron al mundo”. Cada uno va siguiendo su camino sin que esto suponga una ruptura relacional: se siguen la pista.

Y es que como el mismo Polanco nos refiere poco después en el mismo documento, los compañeros que busca no son precisamente personas débiles y dependientes que fácilmente se convierten en ‘incondicionales’ pero que sólo actúan desde la manipulación y protección. Todos los primeros compañeros de París son hombres valiosos y de una gran personalidad, a veces incluso difícil.

I, 181-4 (D. 7, 52-54)

52. *En tiempo asimismo del estudio atendía a otras muchas buenas obras que sin dispendio dél podían hacerse, como es favorecer a muchos pobres estudiantes, no solamente de lo que él tenía, pero de otros amigos, poniendo a unos con amos que les diesen comodidad de estudiar, haciendo dar porciones a otros, buscando para otros estudiantes, aconsejando a otros y en diversos modos ayudándolos. Y con estos mismos medios, ultra del divino servicio presente, ganaba el amor de muchos, teniendo ojo al fin suyo de traer algunas personas que más ingeniosas y hábiles para su propósito le parecían. Así se hizo amigo a Fabro, ayudándole en lo temporal, el cual en letras humanas y en artes veía señalarse tanto que decía su maestro Peña, que cuando él tenía alguna duda en Aristóteles, no tenía a quien demandársela sino a Fabro su discípulo, especialmente por ser buen griego. Este fue el primero de los hijos que perseveraron, el cual después con los ejercicios entró muy profundamente en las cosas espirituales, y en ellas comenzó a dar mucho buen odor de sí, y ayudar a muchos, aun antes de partirse de París. A maestro Francisco Xavier ganó quasi en el mismo tiempo, aunque no con el mismo medio, sino buscándoles discípulos cuando regentaba. Tras él al Maestro Laynez que vino de España ya docto en artes, y en la misma hostería donde se había apeado, le topó Íñigo: y dándole algunos consejos, aun para en lo temporal, se le hizo amigo; y él trajo a Maestro Salmerón tras sí, que desde España eran grandes amigos. Cerca deste tiempo vino Bobadilla de España, y haciendo recurso a Íñigo, como persona que tenía fama de ayudar aun temporalmente muchos estudiantes, fue dél ayudado, procurándosele comodidad de poder estar y estudiar en la universidad.*

53. *A todos estos 5, por vía de ejercicios y conversación, vinieron a mucho aprovecharse en las cosas espirituales, y determinarse de dejar el mundo y seguir el instituto de Íñigo, y esto quasi en un tiempo,*

acabado el curso de artes. Después vino M^o Claudio por la misma vía en el mismo propósito. Y más cerca del fin vino M^o Simón, que de antes que conociese a M^o Íñigo erat vir desideriorum, aunque por ventura no tanto secundum scientiam; y hablándole y conversándoles, entró en el mismo propósito. Otros dos, que son M^o Pascasio y M^o Coduri, ganáronse por vía del M^o Fabro, después de Íñigo partido. Y estos son los 10 que sólo había, cuando se instituyó y confirmó la Compañía, como después se dirá.

54. Sin éstos había el Señor movido por Íñigo diversas personas (como en todos los lugares donde ha estado) a más servirle, continuando las confesiones y comuniones y otros espirituales ejercicios, y algunos a dejar totalmente el mundo y meterse en la vía de la pobreza y la cruz de Cristo: de los cuales algunos han tornado atrás, aunque les quedan algunos vestigios del Señor, y viven cristianamente; otros han entrado en diversas religiones, como franciscanos, dominicanos y cartujos, en las cuales perseveran con muy buen ejemplo y edificación. Pero, entre los otros, hubo los arriba dichos y tres otros que por vía de oración se habían determinado de servir a N. Señor, dejando todas las cosas del mundo, siguiendo el modo de vivir de Íñigo. Dos destes tres (no siendo aún cierto el modo de vivir que Íñigo y los otros habían de seguir, sino que estaban, como se ha dicho, determinados de emplearse, dejadas todas cosas, en lo que mayor servicio de Dios y bien de las ánimas sintiesen), entraron en la orden de S. Francisco, donde se sabe del uno que hace gran fructo y es gran siervo de Dios: otro tornó atrás de sus buenos propósitos, a quien aun en esta vida no ha faltado exterior castigo.

Volveremos sobre este tema cuando tratemos de la fundación de la Compañía. Únicamente recordar que su relación con los compañeros que se iban incorporando a su tarea no era meramente organizativa sino cercana y personal. Así, cuando ya está en Roma como General de la Compañía y los aspectos estructurales podían sofocar los de relación personal, comenta a Cámara: “estaría contento si pudiese saber cuantas pulgas pican cada noche a mis hermanos”. (Colección de sentencias y hechos de N. P. Ignacio, del P. Nicolás Lancicio.)

III, 660 (D. 41, 67)

[67] *Quando P. Ludovicus Condisalvus ex Lusitania Romam veniret, saepe cum eo sanctus Pater locutus est de nostris Fratribus in Lusitania et India, scire cupiens quomodo comederent, quomodo dormirent, qualibns vestibus induerentur; et multa alia minutissima inquirebat. Et quadam vice ei dixit: - Sane laetarer, si scire possem quot pulices qualibet nocte mordeant fratres meos -. Alter eius erga domesticos amoris affectus erat commendatio et laudatio suorum coram aliis, et domesticis et externis, pleno, ut dicitur, ore facta.*

[67] Vino a Roma desde Portugal el P. Luis Gundisalvo y muchas veces habló con él el santo Padre de nuestros Hermanos de Portugal y de la India. Y deseaba saber qué comían, como dormían, qué vestidos usaban y preguntaba por otros detalles pequesísimos. Y una vez le llegó a decir: Estaría muy contento si pudiera saber cuantas pulgas le han picado de noche a mis hermanos. Otra demostración de amor hacia los de casa era la alabanza de ellos delante de otros, los de casa y los de fuera, con la boca llena, como se suele decir.

Esta preocupación se manifiesta de una manera especial en su cercanía en las enfermedades, como ya vimos.

Es interesante el relato de la **Autobiografía** en que narra su ida a Ruan a “visitar y ayudar” al español que le había gastado unos dineros (**Autobiografía**, 73) que había caído enfermo en Ruan, “pensando también que en aquella conjunción le podía ganar para que dejando el mundo, se entregase del todo al servicio de Dios”. Al llegar a Ruan su ayuda es gratuita y desinteresada: “consoló al enfermo y ayudó a ponerlo en una nave para ir a España”. Y alude a cartas que envía

a los compañeros que quedaron en España y que en definitiva no le siguieron, pero que él sí siguió interesándose por ellos.

I, 470-4 (D. 12, 79-80)

79. El español en cuya compañía había estado al principio y le había gastado los dineros, sin se los pagar se partió para España por vía de Ruán; y estando esperando pasaje en Ruán, cayó malo. Y estando así enfermo, lo supo el peregrino por una carta suya, y viniéronle deseos de irle a visitar y ayudar; pensando también que en aquella conjunción le podría ganar para que, dejando el mundo, se entregase del todo al servicio de Dios.

Y para poder conseguirlo le venía deseo de andar aquellas 28 leguas que hay de París a Ruán a pie, descalzo, sin comer ni beber; y haciendo oración sobre esto, se sentía muy temeroso. Al fin fue a Santo Domingo, y allí se resolvió a andar al modo dicho, habiendo ya pasado aquel grande temor que sentía de tentar a Dios

Al día siguiente por la mañana, en que debía partir, se levantó de madrugada, y al comenzar a vestirse le vino un temor tan grande, que casi le parecía que no podía vestirse. A pesar de aquella repugnancia salió de casa, y aun de la ciudad, antes que entrase el día. Con todo, el temor le duraba siempre y le siguió hasta Arganteuil, que es un pueblo distante tres leguas de París en dirección de Ruán, donde se dice que se conscrva la vestidura de Nuestro Señor. Pasado aquel pueblo con este apuro espiritual, subiendo a un altozano, le comenzó a dejar aquella cosa y le vino una gran consolación y esfuerzo espiritual, con tanta alegría, que empezó a gritar por aquellos campos y hablar con Dios, etc. Y se albergó aquella noche con un pobre mendigo en un hospital, habiendo caminado aquel día 14 leguas. Al día siguiente fue a recogerse en un pajar. Y al tercer día llegó a Ruán. En todo este tiempo permaneció sin comer ni beber, y descalzo, como había determinado. En Ruán, consoló al enfermo y ayudó a ponerlo en una nave para ir a España; y le dio cartas, dirigiéndole a los compañeros que estaban en Salamanca, esto es, Calixto, Cáceres y Arteaga.

80. Y para no hablar más de éstos, su fin fue el que sigue: Mientras el peregrino estaba en París, les escribía con frecuencia, según el acuerdo que habían tomado, mostrándoles las pocas facilidades que había para hacerles venir a estudiar en París. A pesar de esto, se ingenió para escribir a D^a Leonor Mascarenhas que ayudase a Calixto con cartas para la corte del rey de Portugal, a fin de que pudiese tener una beca de las que el rey de Portugal daba en París. Doña Leonor dio las cartas a Calixto y una mula para el viaje, y dinero para los gastos. Calixto se fue a la corte de Portugal, pero al fin no fue a Paris; antes, volviendo a España, se fue a la India del emperador con una cierta mujer espiritual. Y después, vuelto a España, marchó otra vez a la misma India, y entonces regresó a España rico, e hizo maravillar en Salamanca a todos los que antes le habían conocido.

Cáceres volvió a Segovia, que era su patria, y allí comenzó a vivir de tal modo, que parecía haberse olvidado del primer propósito.

Arteaga fue hecho comendador. Después, estando ya la Compañía en Roma, le dieron un obispado de Indias. Él escribió al peregrino que lo diese a uno de la Compañía, y habiéndosele respondido negativamente, se fue a la India del emperador, hecho obispo, y allí murió por un accidente extraño, esto es, que, estando él enfermo, y habiendo dos frascos de agua para refrescarse, uno del agua que el médico le prescribía y el otro de agua de solímán venenosa, le dieron por error el segundo, que lo mató.

El estar cerca del amigo enfermo es algo que siempre le moverá aunque él mismo esté indispuerto. Veamos cómo Polanco nos refiere su ida de Venecia a Basano para “ver vivo” a Simón

Rodríguez que estaba “muy al cabo” (Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús).

I, 193-4 (D. 7, 72)

72. Pero, antes que se juntasen, adoleció en Bassán M^o Simón hasta llegar muy al cabo tanto que le hicieron saber a M^o Íñigo, estando en Vincentia que, si le quería ver vivo, fuese luego allá. Estaba a esta sazón el mismo M^o Íñigo también enfermo de calenturas, bien que no peligroso, y con todo ello determinó de partirse a Bassan, llevando por compañero al M^o Fabro: y a la mañana siguiente se puso en camino a pie, y anduvo 30 millas hasta Bassán, donde estaba M^o Simón con M^o Claudio en un yermo que dicen de S. Vito, media milla de Bassan en la ermita de una Fray Antonio, persona tenida por de gran espíritu y muy visitada de Dios, aunque sin letras. Luego como llegaron, quiso el autor de la salud dársela a M^o Simón, el cual desde la llegada dellos comenzó a mejorar, haciendo, como se cree, Dios nuestro Señor esta gracia por los deseos y oraciones destos sus siervos. Allí intervino a una persona muy espiritual (pienso fuese el mismo F. Antonio), tener sospecha de uno de la Compañía (creo fuese Íñigo), como de persona imperfecta; y estando en oración muy unido con Dios, fuéle mostrada aquella persona con un celo y un ánimo de un apóstol, según mucho después supo dél una persona de la misma Compañía que allí estuvo un tiempo.

O gastar el único denario que tenían para alquilar un caballo que llevase a Lainez aquejado de un fuerte dolor (Hechos del P. Ignacio, de Ribadeneyra).

II, 332-3 (D. 14, 20)

20. Quum una cum Patre Laynez iter pedibus faceret, et gravissimus quidam dolor Patrem Laynez corripisset, iulio, id est, denario argenteo, quem unicum habebat, equum conduxit, et Patrem in eum, palliolo suo attrito et tenui involutum, imposuit; et ut magis illum animaret, ipse, tanquam alter Helias, praecedebat equum tanta alacritate et cursus velocitate, ut Pater eques vix sequi posset. < Ego ex Laynez >

20. Iba de camino a pie con el Padre Láinez y a éste le sobrevino un dolor muy fuerte. Alquiló por el único julio (un denario) que tenía un caballo y montó al Padre abrigándolo con su capa sencilla y gastada: y para animarlo, como otro Elías, iba delante con tanto ánimo y prisa que el caballo apenas lo podía seguir. < Yo lo oí de Láinez >

Pero no sólo la enfermedad, sino el visitar a los familiares de sus compañeros le hacen recorrer la geografía española después de estar en Azpeitia convaleciendo de sus dolencias (Autobiografía).

I, 486-8 (D. 12, 90)

90. Pero cuando hubo salido de la Provincia, dejó el caballo, sin tomar nada, y se fue endirección de Pamplona, y de allí a Almazán, pueblo del P. Láinez, y después a Sigüenza y Toledo y de Toledo a Valencia. Y en todas estas tierras de los compañeros no quiso tomar nada, aun cuando le hiciesen grandes ofrecimientos con mucha insistencia.

En Valencia hablo con Castro, que era monje cartujo; y queriéndose embarcar para venir a Génova, los devotos de Valencia le rogaron que no lo hiciese, porque decían que estaba en el mar Barbarroja con muchas galeras, etc. Y por muchas cosas que el dijeron, suficientes para ponerle miedo, con todo, nada bastó para hacerle dudar.

Y vemos cómo en Valencia va a ver a Castro que había entrado en la Cartuja: su amistad va más allá del grupo de ‘seguidores’. Polanco refiere el mismo hecho en su **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús**, indicando que su intención era “tornar a cobrar... los compañeros que había dejado primero en España, o de París eran tornados a ella...; pero ninguno de todos ellos se dispuso a seguirles”. Siempre aparece una gran libertad mutua en sus relaciones.

I, 187-9 (D.7, 60 y 62)

60. *Y hechas dentro de un mes estas y otras buenas cosas, partióse de la tierra a pie y fue a Navarra por hablar los parientes de M. Francisco Xavier, que son personas en aquella tierra muy nobles, y de allí tornó a Valencia y Barcelona, no predicando en público sino privadamente, ayudando en la conversación a unos y a otros, especialmente turviendo diseño de hablar y satisfacer a los padres de algunos de la compañía, y aun hacer que ayudasen para la pasada de Hierusalem. Era también en su intención tornar a cobrar, si Dios fuese servido, los compañeros que había dejado primero en España o de París eran tornados a ella, como son Artiaga, Calixto, Peralta, Castro: pero ninguno de todos ellos se dispuso a seguirle.*

62. *Comenzó a estudiar allí en Boloña, pensando temporizar hasta que viniesen los de París, con cierta provisión que allí le puso la Roser, pero no sufriendo la tierra por las nieblas etc., vínose a Venecia, donde estaría cerca de un año haciendo el fruto que podía: y así esperó allí la venida de los compañeros con otro siervo de Dios que se llamaba Bachiller Hozes, que había tirado de las cosas del mundo y con Don Diego y Esteban de Guía, que eran tornados de Hierusalem y determinados asimismo de seguir el modo de vivir de Íñigo.*

Pero no podemos pasar por alto algunas de estas relaciones concretas de Ignacio. Es especialmente encantadora la descripción que Fabro hace de su encuentro con Ignacio en París (**Crónica breve del año 1521 a 1543**, del P. Nadal).

I, 131-5 (D. 4, 6-13)

6. *Anno 1525, aetatis autem meae XIX, exiens a patria veni Parisios. Recordare, o anima mea, spiritualium calcarium, quibus iam Dominus tuam conscientiam in sui timore stimulabat, scrupulis videlicet quibusdam, et conscientiae remorsibus, quibus incipiebat te daemon vexare, ut sic quaereres Creatorem tuum, si sapuisses, et sine quibus nec te forte potuisset Ignatius penetrare, nec tu ab eo auxilium quaesisses, ut postea evenit.*

7. *Anno 1529 aetatis autem meae XXIII, 10 die Ianuarii creatus sum bachalaurus in artibus, et post pascha licenciatus sub magistro Ioanne Penna, doctore nunc in medicina. Det mihi bonitas divina gratam memoriam ad recognoscendum varia eius beneficia corporalia, et spiritualia, quae in his tribus annis cum dimidio per varia media contulit, dando scilicet mihi talem praeceptorem talemque societatem, qualem inveni in suo cubiculo. Dico autem maxime de magistro Francisco Xavier, qui est de Societate Iesu Christi.*

6. El año 1525 cuando yo tenía 19 años vine a París. Recuerda, alma mía, el fervor de las cosas espirituales con las que ya el Señor estimulaba tu conciencia con aquellos escrúpulos y remordimientos con los que comenzaba el demonio a atormentarte para que buscaras a tu Creador si supieras hacerlo. Sin ellos quizá Ignacio no te hubiera conocido a fondo ni tú le hubieras pedido ayuda como sucedió después.

7. El año 1529 cuando tenía 23 años conseguí el título de bachiller en artes y, después de Pascua, el de licenciado bajo la guía del maestro Juan de la Peña, doctor ahora en medicina. Que me conceda la bondad divina la memoria para reconocer los beneficios corporales y espirituales que en estos tres años y medio me concedió de diversas maneras dándome tal maestro y tal compañía como encontré en su cuarto. Lo digo sobre todo por el maestro Francisco Javier que es de la Compañía de Jesucristo.

8. *Hoc anno venit Ignatius, ut esset in eodem collegio Stae. Barbarae, et in eodem cubiculo nobiscum, volens ingredi cursum artium in Sto. Remigio sequenti. Erat autem supraedictus magister id oneris suscepturus. Benedicta sit in aeternum divina providentia, quae sic ordinavit in meum bonum, et salutem. Cum enim ab illo fuisset sic ordinatum ut ego docerem praedictum sanctum virum, consecutus sum eius exteriorem conversationem, deinde vero interiorem: qui cum simul viveremus in eodemque cubiculo, eadem mensa, eadem bursa, essetque ipse mihi in spiritualibus praeceptor, dans modum ascendendi in cognitionem divinae voluntatis, et propriae, tandem facti sumus unum in desideriis, et voluntate, firmiterque proposito eligendi hanc vitam, quam nunc habemus, quicumque sumus, aut unquam fuerint de hac Societate, qua non sum dignus.*

9. *Det mihi divina clementia gratiam ad bene memorandum et ponderandum beneficia, quae hoc tempore per hunc virum mihi Dominus noster contulit: praecipue vero quod mihi dederit primum intelligere conscientiam meam, tentationes et scrupulos, quibus tanto tempore detentus fueram, nec sciens nec intelligens, aut inveniens viam, qua possem quiescere. Erant autem scrupuli ex timore, quod a multo tempore non fuisset bene confessus de peccatis, quibus adeo vexabar, ut libenter in remedium elegerem in desertum ire, herbis ibi semper radicibusque nutriendus. Tentationes autem erant de foedis malisque imaginibus carnalibus, suggerente spiritu fornicationis, quem tunc non cognoscebam per spiritum, sed litteris.*

10. *Secundo mihi consuluit, ut confiterer generaliter doctori Castro, et deinde singulis hebdomadis, sumendo etiam Eucharistiam, dans ad id examen quotidianum conscientiae. Necdum enim volebat me in aliis exercitiis ponere, etiamsi haberem ad ea magnum a Domino desiderium. Sic nobis transierunt quatuor circiter anni in tali conversatione, et animo eodem conversantes etiam cum aliis. Proficiebamque ego in spiritu quotidie et erga alios et erga meipsum, probabarque in multis flammis et aquis tentationum (multis quidem annis, et eo fere usquequo e Parisiis discessi) in vana gloria, in quo Dominus dedit mihi magnam cognitionem mei ipsius, meorumque defectuum, permittens me in eis nimium profundari et angustiari in remedium vanae gloriae, et ita sola sua gratia mihi dedit in hac materia multam pacem.*

11. *In gula etiam multos labores passus sum, nec numquam scivi pacem consequi usque ad tempus exercitiorum, in quibus fui sex dies sine ullo cibo, aut potu, praeter eum qui solet dari in communione, scilicet, parum vini, cum semel communicarem. Habui etiam plures alias turbationum tentationes super alienorum defectuum contemplatione, suspicionibus et iudiciis: in quo*

8. Este año vino Ignacio para vivir en el mismo colegio de Santa Bárbara y en el mismo cuarto queriendo entrar con nosotros en el siguiente curso de artes en San Remigio. El encargado de este curso era el maestro antes dicho. Bendita sea por siempre la divina providencia que así lo dispuso todo para mi bien y salvación. Fui encargado de enseñar al santo varón y así pude conversar con él primero de cosas exteriores y después de las interiores. Vivíamos en el mismo cuarto y teníamos mesa y bolsa en común. Él era mi maestro en las cosas espirituales y me enseñaba el modo de adelantar en el conocimiento propio y en el de la voluntad de Dios y al fin éramos una sola cosa en deseos y voluntad y en la firme determinación de elegir este género de vida que ahora tenemos los que somos y los que serán en el futuro de esta Compañía de la cual no soy digno.

9. Que me dé la misericordia divina la gracia de recordar bien y ponderar los beneficios que me concedió nuestro Señor durante este tiempo por medio de este hombre. Lo primero que me dio fue conocer mi conciencia, las tentaciones y escrúpulos que me tenían aprisionado tanto tiempo: no entendía ni sabía, ni encontraba el camino para poder descansar. Los escrúpulos eran por el temor de no haber confesado bien desde hacía mucho tiempo los pecados con los que estaba atormentado de tal manera que para remediarlo hubiera preferido irme al desierto y comer solamente hierbas y raíces. Las tentaciones eran de imaginaciones carnales y torpes que me traía el espíritu de fornicación al que entonces no conocía por experiencia sino sólo por los libros.

10. En segundo lugar me aconsejó que hiciera una confesión general con el doctor Castro y después cada semana; que comulgara y que hiciera examen diario de conciencia. No quería que hiciera otros ejercicios aunque tuviese grandes deseos del Señor para hacerlos. Así transcurrieron alrededor de cuatro años en tales conversaciones y de la misma manera con otros. Iba adelantando yo cada día con respecto a mí y a los otros y era tentado con fuego y con agua (durante muchos años y casi hasta que salí de París) en la vanagloria en lo cual el Señor me dio gran conocimiento propio y de mis defectos permitiendo que me consumiera y angustiara demasiado buscando el remedio de la vanagloria: Solamente su gracia me dio en esto mucha paz.

11. Sufrí también mucho con la gula y no pude conseguir la paz hasta el tiempo de los ejercicios en los que estuve seis días sin comer ni beber excepto lo que se suele dar en la comunión, es decir, un poco de vino cuando comulgaba, una sola vez. También estuve

etiam non mihi defuit gratia consolatoris et doctoris, qui me in primis gradibus charitatis proximi disponebat; scrupulos etiam, de qualibet fere re, super imperfectionibus innumeris tunc incognitis, habui eo tempore usque ad egressum e Parisiis.

12. *Variis itaque modis me docuit Dominus, remedium adhibens contra multas tristitias inde provenientes, ut non possim unquam satis digne recordari, possim vero dicere me nunquam fuisse in angustia, anxietate, scrupulo, dubitatione, timore, aliove malo spiritu, quem notabiliter sentirem; quin simul aut paucis post diebus non invenissem verum remedium in Domino nostro; dante eo gratiam petendi, quaerendi, et pulsandi, in quo includuntur innumerae gratiae cognitionum sentimentorum variorum spirituum, quos in dies magis magisque cognoscebam. Reliquerat enim mihi Dominus calcaria quaedam, quae me non sinebant unquam esse tepidum. Circa igitur iudicium, et discretionem malorum spirituum, aut sentimentum circa res meas aut divinas, aut proximi, nunquam (ut dixi) me permisit Dominus decipi (quantum existimo), sed in omnibus, et sanctorum Angelorum, et Spiritus Sancti illustrationibus opportuno tempore me liberabat.*

13. *Contigit autem in fine horum quatuor annorum circiter, quod, cum me invenissem iam fortem in solo Domino super propositis, in quibus iam perseveraveram plusquam duos annos, sequendi, scilicet, Ignatium in vitae paupertate, nec aliud exspectassem quam studiorum meorum, eiusque et magistri Francisci caeterorumque eiusdem animi et propositi finem; hoc, inquam, tempore sum profectus visitaturus parentes, fuique cum patre, qui (mortua iam matre) adhuc vivebat, septem menses.*

turbado por muchas otras tentaciones acerca de los demás, de mirar sus defectos, sospechas y juicios. No me faltó en esto la ayuda del consolador y maestro que me iba preparando en los primeros pasos del amor al prójimo. Durante todo este tiempo, hasta que dejé París, sufrí de escrúpulos sobre mis innumerables imperfecciones que entonces desconocía.

12. El Señor me enseñó de diversas maneras el remedio contra muchas tristezas que me venían por eso y que no puedo recordar nunca satisfactoriamente pero sí puedo decir que nunca caí en sentimientos fuertes de angustia, ansiedad, escrúpulo, miedo o cualquier otro mal espíritu, que no encontrara o al mismo tiempo o pocos días después el verdadero remedio en el Señor nuestro; Él me daba la gracia de pedir, buscar y llamar en donde van implícitas gracias innumerables para conocer los sentimientos de los varios espíritus que iba conociendo cada día más y más. Había puesto en mí el Señor unos fervores que nunca me dejaban tibio o indiferente. Acerca del juicio y discreción de los malos espíritus o de lo que sentía de mí o de las cosas divinas o del prójimo nunca (como he dicho) dejó el Señor que me engañara (en cuanto puedo juzgar) sino que en todos los casos me libraba el Señor oportunamente con luces de los santos Ángeles y del Espíritu Santo.

13. Al final de estos cuatro años, más o menos, me encontraba ya fuerte en Dios solo acerca de los propósitos en que había perseverado más de dos años, es decir, en seguir a Ignacio en la vida de pobreza y no esperaba más que el fin de mis estudios y los del maestro Francisco y los demás compañeros que tenían los mismo deseos. En este tiempo, digo, fui a visitar a mi familia y estuve siete meses con mi padre que (muerta ya mi madre) vivía todavía.

Quiero traer aquí la referencia que hace Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio** a la “felicísima” muerte de Fabro, que puede extrañarnos y darnos la imagen de un Ignacio frío. Ante el dolor de todos por una pérdida tan ‘irreparable’ para la Compañía, ya que a través suyo tantos habían entrado en la Compañía, Ignacio contesta: “No hay por qué quejarse; el Señor dará en lugar de Fabro otro que aumente y prestigie aún más a la Compañía”, refiriéndose a Francisco de Borja.

II, 355-6 (D.14, 53)

53. *Anno 1546, Kalendis Augusti, Pater Magister Petrus Faber Romae diem suum obiit felicissime; cum vero nonnulli ex nostris tanti Patris obitu maererent, cuius vita plurimum contulisse Societati, plura adhuc conferre posse videretur, Pater noster Ignatius: - Nihil est, - inquit - quod doleamus; dabit enim Dominus pro Fabro alterum, qui res Societatis multo magis quam Faber augeat et illustret. Atque, ita equidem certe factum est: dux enim Gandiae D. Franciscus Borgia, cum mortem Fabri accepisset, ad Patrem Ignatium statim scripsit, ut nullum alium in professorum numerum cooptaret, antequam ipse in Patris Fabri locum subiisset; se enim stauit nuntium mundo remittere et Christum nudum nudum in Societate sequi. Quantum vero incrementi insignis sanctitate magis quam nobilitate huius viri exemplo et cura res Societatis acceperint, quis est qui ignoret? Cum tot collegia eius opera instituta et fundata, tot adolentes eximia indole, tot senes matura gravitate, tot viros vel doctrina vel nobilitate clarissimos, eius exemplo commotos, in Societate videamus?*

53. En Agosto de 1546 murió en Roma dichosamente el Padre Maestro Pedro Fabro. Algunos sintieron mucho la muerte de tan gran Padre porque les parecía que había contribuido mucho al desarrollo de la Compañía y que aún podía haber contribuido más. Nuestro Padre Ignacio dijo: no hay motivo para contristarnos: Dios nos dará en lugar de Fabro otro que ayude mucho más que Fabro al aumento y brillo de la Compañía. Y así fue en realidad porque el duque de Gandía, Francisco de Borja, al saber la muerte de Fabro escribió enseguida al Padre Ignacio diciéndole que no había elegido entre el número de profesores a ningún otro en lugar del Padre Fabro antes de que él mismo hubiera ocupado su lugar; que había decidido seguir desnudo a Cristo desnudo en la Compañía. ¿Quién hay que ignore cuánto prestigio y crecimiento ha traído a la Compañía el ejemplo de su gran santidad y su solicitud en su gobierno más que el de su nobleza? Podemos ver en la Compañía tantos colegios fundados por él, tantos jóvenes extraordinarios, tantos mayores maduros, tantos hombres eminentes atraídos por su ejemplo.

La reacción no deja de ser al menos desconcertante para nuestra sensibilidad. Sin embargo, creo que puede darnos un matiz revelador del nervio de sus grandes amistades: eran un don del Señor (“el Señor dará”), no algo suyo y menos un fin. Lo único polarizante en él es Dios [PF], y todo lo demás es don inmerecido que nunca sustituirá o suplirá al Dador. Es lo que preciosamente expresa el cuarto punto de la Contemplación para alcanzar amor [EE 237].

[237] *El cuarto: mirar cómo todos los bienes y dones descienden de arriba, así como la mi medida potencia de la summa y infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc. Después acabar reflexionando en mí mismo según está dicho. Acabar con un coloquio y un Pater noster.*

Leamos la descripción que hace Ribadeneyra en su *Vida* de cómo se le “allegaron” los primeros compañeros de París.

IV, 229-31 (L. 2, 18-19)

18. *Desde el principio que el B. P. se determinó de seguir los estudios, tuvo siempre inclinación de juntar compañeros que tuviesen el mismo desseo que él, de ayudar a la salvación de las ánimas. Y así, aun quando en España anduvo tan perseguido y acossado, tenía los compañeros que diximos se le avían allegado. Mas, como aún no avía echado rayzes aquella compañía, con su partida para París luego se secó, deshaziéndose y acabándose fácilmente lo que fácilmente y sin fundamento se avía comenzado. Porque, escriviéndoles él de París (quando aún apenas se podía sustentar mendigando) quán trabajosamente las cosas le sucedían y quán flacas esperanças tenía de poderlos él allí mantener, y encomendándoles a doña Leonor Mascareñas (que por su respeto mucho los favoreció), se desparcieron, yéndose cada uno por su parte. Al tiempo, pues, que entró en el estudio de la Filosofía nuestro B. P., vivían a la*

sazón en el colegio de Santa Bárbara Pedro Fabro, saboyano y Francisco Xavier, navarro, que eran no sólo amigos y condicípulos, mas aun compañeros en un mismo aposento. Los quales, aunque casi ya yvan al cabo de su curso, recibieron a Ignacio en su compañía, y por aquí començó a ganar aquellos moços, en ingenio y dotrina tan excelentes.

19. Especialmente con Fabro tomó estrechíssima amistad, y repetía con él las liciones que avía oydo, de manera que, teniéndole a él por su maestro en la filosofía natural y humana, le vino a tener por discípulo en la espiritual y divina. Y en poco tiempo le ganó tanto con la admiración de su vida y exemplo, que determinó de juntar sus estudios y propósito de vida con los estudios y propósito de Ignacio. El qual no estendió luego al principio todas las velas, ni usó de todas las fuerças para ganar esta ánima de un golpe, sino muy poco a poco y despacio fue procediendo con él. Porque, lo primero, le enseñó a examinar cada día su conciencia; luego le hizo hazer una confesión general de toda su vida, y después le puso en el uso de recibir cada ocho días el Santíssimo Sacramento del altar; y al cabo de quatro años que passó viviendo desta manera, viéndole ya bien maduro y dispuesto para lo demás, y con muy encendidos desseos de servir perfetamente a Dios, le dio, para acabarle de perficionar, los Exercicios espirituales. De los quales salió Fabro tan aprovechado, que desde entonces le pareció aver salido de un golfo tempestuoso de olas y vientos de inquietud y entrado en el puerto de la paz y descanso, el qual el mismo Fabro escribe en un libro de sus meditaciones (que yo he visto) que antes de los Exercicios nunca su ánima avía podido hallar. Y en este tiempo se determinó y propuso de seguir de veras al B. P. Ignacio. Francisco Xavier, aunque era también su compañero de cámara, se mostró al principio menos aficionado a seguirle, mas al fin no pudo resistir a la fuerça del espíritu que hablava en este santo varón. Y assí vino a entregarse a él y ponerse del todo en sus manos, aunque la execución fue más tarde, porque, quando él tomó esta resolución, avían passado días y estava ya ocupado en leer el curso de Filosofía. Avía también venido de Alcalá a París y acabado su curso de Artes y graduándose en ellas el maestro Diego Layñez, que era natural de Almagán. Trúxole el desseo de estudiar la Teología en París y de buscar y ver a Ignacio, al qual en Alealá avía oydo alabar por hombre de gran santidad y penitencia. Y quiso Dios que fue el mismo P. Ignacio el primero con quien, entrando en París, encontró Layñez, y en breve tiempo se le dio a conocer, y trabaron familiar conversación y amistad. Vino también con Layñez de Alcalá Alonso de Salmerón, toledano, que era más moço, pero ambos eran mancebos de singular habilidad y grandes esperanças. A los quales dio el P. Ignacio los exercicios espirituales en el mismo tiempo que los hizo Pedro Fabro, y por ellos se determinaron de seguirle. Y desta manera se le fueron después allegando Simón Rodríguez, portugués, y Nicolás de Bovadilla, que era de cerca de Palencia.

Pero esta fuerte y madura relación con los primeros compañeros no era fácil en ocasiones. Al no ser manipuladora, y menos domesticadora, a veces surgían tensiones y conflictos. Uno de estos casos fue Bobadilla. Cuando tratemos su correspondencia veremos más detenidamente su relación con este rico y difícil personaje. Pero en FN tenemos sorprendentes datos de que las reacciones disonantes de este hombre no minaban lo más mínimo la profunda confianza y estima que de él tenía. Veamos la repetida anécdota, llena de humor y frescura, que nos refiere Cámara en el **Memorial**.

I, 541 (D. 13, 23 b)

Estábamos un día a la mesa con Nuestro Padre algunos de casa y, recayendo la conversación sobre lo que se decía por Roma, que éramos todos unos hipócritas, respondió el Padre que él deseaba tuviésemos mucho más de aquella hipocresía; y añadió: “Yo he pensado y discurrido por todos los de la Compañía,

y no he hallado en ella hipócrita alguno, si no fuere Bobadilla y Salmerón”. Estaban estos Padres presentes y ambos tienen exterior alegre y opuesto a la hipocresía. Y recuerdo que, después de pasar esto, compuso el Padre las reglas arriba transcritas. [Reglas de la modestia]

I, 730 (D. 13, 374)

374. Acordarme he de lo que el Padre dixo el pasado [¿año?], estando comiendo Bobadilla, Salmerón, Simón y los ordinarios, y hallando que el mundo no quería bien, id est, algunos, porque nos creyamos [nos hacemos] hipócritas, sic enim dicebant; dixo el Padre: “Cierto, yo holgaría que fuésemos más hipócritas de lo que somos: que yo no sé en la Compañía ningún hipócrita, si no es Salmerón y Bobadilla”. Y esto decía el Padre porque quiere que nuestra composición exterior sea muy muy modesta y muy compuesta. Y acordarme hé de cuántas veces me lo ha notado, y lo que hizo a muchos para componelles.

los ordinarios

Los ordinarios éramos los Padres Nadal, Polanco, Madrid y yo. Antes se ha relatado ya este caso.

Más aún, como poco después veremos, Ignacio trataba con especial reciedumbre a las personas de mayor confianza, como eran Laínez y Nadal. Pues bien, veamos lo que Cámara nos refiere en su **Memorial**.

I, 698-9 (D. 13, 292)

292. 1° El Padre me mandó decir a Bobadilla que sería menester qué estuviesen otros dos más en su cámara con él, la qual es muy chiquita, y que le volviese con la respuesta de lo que él respondía: y él respondió que era muy contento.

en su cámara

Vivía el Padre Bobadilla en una habitación extremadamente pequeña y, en razón de sus indisposiciones y necesidad, hablaba de tener otro aposento mayor. Se enteró Nuestro Padre y, para ejercitarle en su obediencia y mortificación, le mandó a decir por mediación mía lo que aquí cuento.

O el “grande capello” que nos cuenta Ribadeneyra en **Dichos y hechos se S. Ignacio**.

II, 490 (D. 19, V, 61)

61. Suele nuestro Padre tentar assí muchas vezes para probar la abnegación; y al mismo Bobadilla había dado un grande capello, porque en la yda que ha de hazer a Polonia se mostrava un poco solícito de cómo había de yr su compañero, si a pie, si a caballo, hasta Verovoz.

b) Su relación personal como General de la Compañía de Jesús

Este aspecto habría que enmarcarlo en la relación a que aludía en segundo lugar en el coloquio [EE 54], (“o un siervo a su señor”): las relaciones en una realidad humana estructurada en funciones.

Y anotábamos en el apartado A lo consciente que era Ignacio de la complejidad de esta situación. Como es natural esta dimensión se completará cuando tratemos su modo de gobierno.

Empecemos por su concepción de cómo debía ser el trato de unos con otros dentro de la Compañía y que no llegó a practicarse.

Ribadeneyra en sus **Hechos del P. Ignacio** alude a este problema ya antes de fundar la Compañía. (Tengamos en cuenta que el “vos” del castellano antiguo es nuestro “tu”).

II, 393 (D. 14, 111)

111. Antes que la Compañía se juntase solía llamar a todos “vos”, aunque fuessen príncipes y señores grandes, eclesiásticos o seglares; y la causa creo que era por desfraçarse, y dar a entender al mundo que no era hombre que entendía su lenguaje; pero después mudó estilo por acomodarse al común, aunque con los de la Compañía guardó el suyo antiguo, y aun duró hartos días, después que le hizieron General, que los otros Padres le llamavan a él “vos”; y deste lenguaje gustava mucho nuestro Padre, por paresçerle que era semejante a el que Christo nuestro Señor usava con sus discípulos, y ellos entre sí. También en el scriuir usó varias maneras-, al principio scriuía:- De bondad pobre, Ignigo -; después: — Vuestro, en el Señor nuestro, Ignigo; - después tomó el nombre de Ignatio por ser más universal; y en fin se acomodó en las cortesías al uso común, porque omnia omnibus factus erat, ut omnes lucrifaceret.

Pero termina diciendo “y en fin se acomodó en las cortesías al uso común”. Una acomodación que, sin embargo, no parece muy gustosa, pues es el mismo Cámara en su **Memorial** (y ya sabemos que este narra hechos del final de su vida) el que nos refiere que Ignacio quería que en la Compañía se llamasen unos a otros por sus propios nombres.

I, 612-3 (D. 13, 142)

142. 1º Al Padre no le parece se debe de llamar Padres ni Hermanos; porque así como le parece bien no tener más hábitos diferentes, lo mismo debemos de seguir en el modo de hablar. Manda que se haga consulta para hallar medios cómo se hablará decentemente, y esto sea tanto aquí en casa como en el colegio, y se refiera al Padre. Y tocaba su Reverencia que se podía decir: uno de los nuestros, uno de la Compañía, un sacerdote, un laico: y lo demás por sus nombres.

por sus nombres

La costumbre de llamarse sencillamente unos a otros por sus nombres propios es muy antigua en la Compañía. Me contó el Hermano Iñigo de Ochandiano, de quien ya he hablado antes, haber oído contar al Padre Araoz que, antes de entrar en la Compañía, fue un día en Roma a visitar a Nuestro Padre Ignacio, que era tío suyo; y al llegar a la puerta, el portero, que entonces era el Padre Francisco [Javier, misionero] de la India, dio aviso con estas palabras: “Iñigo, está aquí Araoz que os quiere hablar”.

De la misma manera se dirigía el Padre Pedro Fabro a Nuestro Padre Ignacio, según consta de muchas de sus cartas, que aun hoy circulan entre nosotros.

A este propósito, nos contaba el Padre Araoz en Valencia el año 1545 que mandó un día el Padre Fabro al portero de aquel colegio que llamara a uno de casa, que iba ya fuera por la calle. Y como al llamarle le trató con la palabra “Hermano”, le reprendió el Padre, diciendo que le llamara por su propio nombre. Y decía el mismo Padre Fabro (según me contó el Padre micer Juan de Aragón, compañero suyo durante mucho tiempo, que murió y está enterrado en este colegio de San Antonio) que cuando preguntaran a alguno de la Compañía quién era, había de responder que era un hombre que no tenía nombre.

Y lo mismo recoge el P. Nicolás Lancicio en **Colección de sentencias y hechos de N.P. Ignacio**.

III, 646 (D. 41, 8)

[8] *Dicebat solere Deum illi parte maiora suppeditare auxilia, quam daemon acrius invaderet; ideoque dum aliquam contra Societatem excitatam esse procellam audiret, plenus divina fiducia felicem exitum exspectabat. Non censebat nostros sacerdotes vocandos esse Patres, uti nec scholasticos aut coadiutores Fratres, ut et appellatione nominum disiungeremur ab aliis ordinibus, sicut nullo peculiari habitu ab aliis differimus. Putabat enim aequum fore, ut oblata sermonis materia de aliquo e Societate, diceretur: unus e nostris, vel unus e Societate, vel unus sacerdos, vel unus laicus, maxime vero sive nomine sive cognomine quovis appellaretur nulla alia re addita, solos tantum Superiores Patrum appellari nomine volebat, quod etiam propria lege data retinendum statuit. Hinc perpetuo consuetudo manavit ut Generalis noster Praepositus, et Romae et alibi, P. N. appellaretur.*

[8] Decía que Dios acostumbra mandar mayores auxilios cuanto el demonio ataca más fuertemente; y así, cuando se enteraba que se había levantado una tempestad contra la Compañía entonces esperaba con fe en Dios que sería mayor el resultado. Pensaba que no había que llamar Padre a nuestros sacerdotes y a los Escolares y coadjutores Hermano para que nos nos distinguiéramos de las otras Órdenes por la manera de llamarnos como tampoco nos distinguimos por un hábito distinto. Pensaba que bastaría al hablar de alguno de la Compañía se dijera simplemente: uno de los nuestros, o uno de la Compañía, o un laico sobre todo que se llamase a cada uno con el nombre o el apellido sin añadir nada más y quería que solamente a los Superiores se les llamase Padre lo cual determinó que se retuviese con una ley propia. De aquí nació la costumbre de llamar al General Preposito y en Roma y en otras partes Padre nuestro.

Aludiendo al final a lo que el **Memorial** recoge también: que sólo quería que se llamase Padres a los superiores, pero que parece una concesión a lo que Ribadeneyra describía como un acomodarse a “las cortesías del uso común”.

I, 729 (D. 13, 372)

372. *Nuestro Padre ha ordenado que a ninguno llamen Padre, sino a los superiores. Esto mismo queda ya contado anteriormente.*

Y este rechazo a todo tratamiento que fomentase desigualdades aparece reflejado en el mismo **Memorial** respecto a la costumbre de alguno de llamarle Paternidad y a lo que Ignacio respondía con penitencias.

I, 737-8 (D. 13, 400)

400. [i.d.] *Olabe dixo al Padre, que si su R. le daba licencia de comunicar lo de la remisión de liciones estos dos meses con Polanco y Madrid (habíalo el Padre tratado con Neyra, el qual parecía [...]). El Padre le respondió ásperamente que no se moviese nada. Yo pienso que entiendo en eso, etc.*

su R.

Nunca en su presencia llamó nadie a Nuestro Padre “Paternidad”, a no ser el mismo Padre Olave, quien a veces por descuido le llamaba así; pero recuerdo que le imponía penitencias por esta causa. He dicho “en su presencia”, porque por la carta algunos sí le llamaban “Paternidad”. Incluso al Padre Laínez recuerdo que le llamábamos “Reverencia” hasta un año o más después de ser elegido general; y tan sólo desde el año 1561 para acá se introdujo la costumbre de decir “Paternidad”.

Y el mismo dato recoge Nicolas Lancicio en su **Colección de sentencias y hechos de N.P. Ignacio**.

III, 649 (D. 41, 21)

[21] *In familiari colloquio titulum Paternitatis sibi uni dari non sinebat, sed tantum Reverentiae Vestrae; si quis tamen in literis eum usurpasset, dissimulabat. Tandem, eo mortuo, Generalibus Praepositis anno 1561 Paternitatis appellatio coepit tribui.*

[21] En la conversación ordinaria no permitía que le dieran a él solo el título de Paternidad sino solamente el de Vuestra Reverencia; pero si alguno lo usaba en las cartas disimulaba. Sin embargo, una vez muerto, el año 1561 se comenzó a dar el nombre de Paternidad a los Prepósitos Generales.

En el fondo esta actitud era fruto de aquel conocimiento de la propia verdad. Así Ribadeneyra en **Dichos y hechos de S. Ignacio** nos refiere lo siguiente:

II, 478 (D. 19, I, 42)

42. *Diziendo a nuestro Padre, estando yo presente, que un hermano andava inquieto, etc., dixo que no havia ninguno en casa de quien él no se edificasse, sino de sí mismo.*

Y luego en la **Vida** lo comenta de la siguiente forma:

IV, 779 (L. 5, 50-51)

50. *Oýle dezir que todos los de casa le davan exemplo de virtud y materia de confusión, y que de ninguno dellos se escandalizava sino de sí mismo.*

51. *Y no es maravilla que dixesse esto de los religiosos y hijos suyos que tenía en casa, el que en una carta que yo he visto escribe que nunca se juntó a tratar de las cosas de Dios con ninguno, por pecador que fuesse, que no le pareciesse que ganava mucho de aquella comunicación, por tenerse sin duda por mayor pecador.*

Supuesta esta base su actitud como general de la Compañía la resume Cámara en el **Memorial** con la densa palabra gravedad.

I, 738 (D. 13, 401)

401. *Acordarme he de cómo el Padre guarda siempre con todos su gravedad.*

La palabra 'gravedad' no sale en el **Diccionario de Covarrubias** pero en 'grave' dice entre otras cosas: "En una significación vale autoridad y calidad, como persona grave... Gravedad, autoridad, ponderación, medida". En el **Diccionario de Autoridades** sí aparece con varios significados. El que más puede iluminarnos es el siguiente: "Gravedad. Significa también modestia, compostura y circunspección, proporcionada a la persona y estado..." ¿Expresaría la formulación de Cámara "ser señor de sí y de la persona con quien habla"? Pero veamos en qué se concretaba esa "gravedad".

Su conocimiento profundo de cada persona hacía que sus actitudes no fuesen, por así decirlo, homogéneas. Así, observa Cámara en el **Memorial**: trata "a uno con grande rigor y a otro con grande blandura". Pero añade: "Y después de hecho, siempre se ve que aquel era el remedio".

Y es que, tanto el rigor como la blandura tienen como trasfondo “que todo parece amor”.

I, 579-80 (D. 13, 86-87)

86. *Es cosa mucho de considerar cómo N.P. en cosas que parecen las mismas usa de opósitos medios; a uno con grande rigor, y otro con grande blandura; y después de hecho, siempre se vee que aquel era el remedio, aunque antes no se entendía. Mas siempre es más inclinado al amor, imo tanto, que todo parece amor; y así es tan universalmente amado de todos, que no se conoce ninguno en la Compañía que no le tenga grandísimo amor, y que no juzgue ser muy amado del Padre.*

mucho de considerar

87. *Era esto cosa muy común en Nuestro Padre; creo que algunos ejemplos de esto se encontrarán en este cuaderno.*

imo tanto

Una señal de este gran amor es la alegría y gusto que sentía en hablar y en oír hablar de las cosas de los Hermanos. Hacía que leyese dos y hasta tres veces las cartas edificantes y noticias de los colegios. Una vez, en el año 1555, estando en la finca, me llamó y, hablándome de este tema con suma complacencia, me mandó que echase la cuenta de cuántos habría entonces en toda la Compañía; y recuerdo que hallamos novecientos.

Cuando fui de aquí, Nuestro Padre me hablaba muchas veces de los Hermanos de Portugal y de la India, alegrándose muchísimo hasta de enterarse cómo comían, cómo dormían, cómo se vestían, y otros muchos detalles y menudencias; tanto que, estando un día preguntándome muchas cosas de los de la India, dijo: “Cierto, yo me hogara de saber, si posible fuera, cuántas pulgas le muerden cada noche”.

Pero yo diría que esta “gravedad” tiene su culmen en lo que nos refiere Cámara en el **Memorial**.

I, 587-8 (D. 13, 102-104)

102. *N.P. suele muchas veces llevar a los súbditos por esta vía, es a saber, loándoles lo que tienen bueno y halagándoles. Y es una cosa extraña la circunspección que tiene en tratar qualquiera persona que sea, si no es a un Nadal o a un Polanco, que a éstos trata sin ningún respecto, antes duriter y con rigurosos capelos.*

circunspección

103. *Guardaba circunspección en el trato con todos, de modo que, aunque tuviesen alguna debilidad, no quedaran heridos por sus palabras o manera de conversar. Se acomodaba a los estados de ánimo y al carácter de los súbditos; y esto aun en cosas insignificantes, como cuando mandó a decir al Padre Benito, que entonces era Hermano, que le había conseguido un oyente, pues, una vez que salió de casa, dijo a una vieja que fuese a nuestra iglesia al sermón que el mismo Pare Benito iba a predicar; o como cuando hacía grandes elogios del Padre Olave cuando hablaba con el Padre Polanco, o del Padre Polanco cuando hablaba con el Padre Olave, porque sabía que eran muy amigos entre sí.*

a un Nadal o a un Polanco

104. *De la misma manera trataba a todos los primeros Padres; y así como no había nadie más cariñoso y amable que él, así cuando Nuestro Padre se enfadaba, a ninguno temían todos más que a él. El*

Padre Ribadeneira me contó que, estando tratando el Padre un negocio de importancia con el Padre Laínez, e insistiendo éste más de la cuenta en un punto, le dijo Nuestro Padre estas palabras: “Ora tomad vos la Compañía y gobernadla”; de modo que el Padre Laínez se quedó cortadísimo, sin poder articular ni una palabra más y todo esto ocurrió delante del Padre Ribadeneira.

¿Qué sentido tiene ese trato duro, “sin ningún respecto” con Laínez, Polanco y Nadal, sus hombres de confianza? Como antes nos decía Cámara “y así es tan universalmente amado de todos, que no se conoce ninguno en la Compañía que no le tenga grandísimo amor, y que no juzgue ser muy amado del Padre”.

Esto no es nada fácil conseguirlo por un responsable general que como Ignacio daba a sus colaboradores inmediatos plenos poderes como veremos en el modo de gobierno. Esto puede suscitar en los demás la sospecha de favoritismos y complicidad, sospecha que en muchas ocasiones tendrá su fundamento explicable: la soledad de un responsable general siempre echará de menos una cierta complicidad.

Sin embargo, esta actitud de dureza y exigencia “sin ningún respecto” y “con rigurosos capelos” hacia las personas en que de hecho más confiaba (su sucesor, su secretario, el gran colaborador en la promulgación de las **Constituciones**) crearía un clima de imparcialidad nada fácil y, por otro lado, imprescindible para que cada uno de los que forman el cuerpo congregacional “juzgue ser muy amado del padre”.

Esto, como es natural, supone una madurez en aquellos colaboradores nada corriente, pero también imprescindible para un modo de gobierno como el que Ignacio concibió. Pero esto lo veremos en su momento.

El P. Blas Rengifo recoge esto mismo en su **Relación** y añade: “...a quienes en ausencia alababa nuestro Padre mucho y muchas veces”. La estima y confianza nunca debería convertirse en favoritismos y complicidad, pero siempre tenderán a hacerlo o, por lo menos, podrán dar pie a la sospecha. ¿No puede ser esto una concreción de lo que Cámara nos decía en su **Memorial** (D.13, 89), que “fue afable con todos, familiar con ninguno”?

III, 590 (D. 33, 14)

[14] Del bienaventurado P. Diego Laínez, fuera de lo escrito en su Vida, decía el P. Araoz que le trataba nuestro bienaventurado Padre con grande rigor y aspereça algunos años, y era porque llevaba tan bien lo amargo como lo dulce, y de esto tenía nuestro Padre larga esperiençia; y por la misma razón hacía nuestro Padre lo mismo con el P. Nadal y el P. Polanco, a quienes en ausençia alabava nuestro Padre mucho y muchas veces. Era tan humilde el P. Laynez, que quasi siempre andaba vestido de viejo, pero muy limpio; y quando salía de casa y era neçessario llevar para algún tiempo sombrero, nunca consintía que se le llevase el compañero; y era tan tiernamente amado, que después que murió quedaron tan tiernos los nuestros de su muerte que aún eran pasados dos años, y acordándose dél, aún todavía llorava [n] muy tiernamente. Haec Ribadeneira.

Y es que esta afabilidad con todos suponía accesibilidad. como nos cuenta Lancicio en su **Recopilación del código de historia de la Compañía**, “con todo el que venía de fuera comía con él al llegar y despedirse”.

III, 684 (D. 43, 11)

[11] *Con tutti che venivano di fuora o si partivano, mangiava la 1^a et ultima volta, spedendosi da ciascuno con molta carità.*

Pero este clima de confianza y estima imparcial que tanto cuidaba con respecto a la persona, quería, como es lógico, que existiese en general entre todos. Y no hay nada que más pueda impedirlo que los bulos escuchados, creídos y comentados. Así nos cuenta el mismo P. Lancicio en **Colección de sentencias y hechos de N.P. Ignacio**, cómo dio una disciplina a once que habían creído y comentado entre sí algo difamante que uno había dicho en broma pero que además era falso.

III, 673-4 (D. 41, 110-111)

[110] *Cum quidam ioco dixisset quaedam detractoria, sed falsa, sanctus Pater dedit disciplinam personis 11, partim quod credidissent dicenti, partim quod et credidissent et locuti fuissent inter se hac de re.*

[111] *Quidam e praecipuis magistris, quod Venetiis alterum verbis pungentibus affecisset, etsi tantae auctoritatis esset ut sine eo scholae dissolvendae viderentur, quamvis pro illo intercederetur, sanctus Pater iussit eum mitti pro poenitentia ad peregrinationem 3 mensium, et ut, ea finita, Romam veniret; quod si id facere nollet, ut e Societate pelleretur¹.*

1. Mem. n.º 398. Agitur de Arnolfo Concho, de quo v. FN, 1, 737 5.

[110] Uno dijo en plan de broma algunas cosas infamantes pero falsas. El santo Padre les dio una penitencia a 11 personas: por una parte por haberle creído y por otra, por lo que habían creído y comentado entre sí.

[111] Uno de los mejores profesores de Venecia ofendió a otro con palabras hirientes. Tenía tanto prestigio que parecía que sin él las clases iban a desaparecer y, aunque se intercedió en su favor, el santo Padre mandó que hiciera una peregrinación de tres meses y que al terminarla viniera a Roma y que si se negaba se dimitiera de la Compañía.

1. Mem. N.º 398

(Volveremos sobre este importante tema en su modo de gobierno).

Cuidaba, por tanto, no sólo sofocar todo aquello que impedía directamente la convivencia sino lo que indirectamente podía imposibilitarla. Y esto, por ejemplo, exigiendo que se contase en primer término con los más débiles y estos impusieran el ritmo en un viaje. Veamos lo que refiere Ribadeneyra en la **Vida**:

IV, 383-4 (L. 3, 18)

18. *Pues viene a propósito, no quiero (aunque de paso) dexar de dezir la manera cómo en aquel tiempo embiava nuestro B. P. a nuestros hermanos a tierras y provincias tan apartadas. Y van peregrinando a pie, y aunque no todos de un ábito, todos pobremente vestidos. Y van pidiendo limosna y della vivían. Recogíanse a los hospitales, donde los avía. Quando no hallavan de limosna qué comer o dónde dormir, socorríanse con algún dinerillo que para este fin y para semejante necesidad llevavan guardado. Predicavan en las plaças, según la oportunity y tiempo que hallavan. Animavan a todos los que topavan a la penitencia de sus pecados, a la confesión y oración, y a todo género de virtud. Saliendo de la posada, se armavan con la oración, y en entrando también se recogían a ella. Confessavan y comulgavan los domingos, o más a menudo los que no eran sacerdotes. Avía entre ellos suma paz y suma concordia, y tenían el ánimo siempre regozijado. Era tan grande el desseo que tenían de trabajar por Christo y tan encendido de padecer por su amor, que no se acordavan ni de los trabajos ni de los peligros de tan prolixos caminos. Mandávales el Padre que el más flaco y que menos podía andar fuesse*

delante de todos para que la regla y medida de su camino en el andar y en el parar fuesse lo que aquél podía, y los más fuertes siguiessen a los más flacos. Y porque no avía entonces colegios de la Compañía en qué albergarse, y porque por no ser aún ella conocida no tenían devotos ni personas que los acogiesen en tiempo de alguna necesidad, ordenava el padre (y assí se guardava) que si alguno se enfermase en el camino, de manera que no pudiesse passar adelante, se detuviessen todos con él y le guardassen algunos pocos días. Y si la enfermedad pareciesse larga, quedasse uno de los compañeros con el enfermo, y que este fuesse el que era más a propósito para servirle y regalarle, señalándole para ello el que yva por superior. Desta manera, pues, yvan los nuestros en aquellos principios desde Roma a París y a España. Desta manera vinieron a Portugal los que dieron principio al colegio de Coimbra, los cuales fueron del rey muy bien recibidos. Y mientras en Coimbra se aparejavan las cosas para el colegio, se detuvieron algunos días en Lisboa, y dieron también principio a la casa de San Antonio de aquella ciudad.

Como resumen de lo que llevamos dicho podemos leer lo que Ribadeneyra dice en su **Tra-tado del modo de gobierno de S. Ignacio.**

III, 620-1 (D. 38, cap. 4)

Pero este amor de nuestro Padre no era flaco ni remisso, sino vivo y eficaz, suave y fuerte, tierno como amor de madre, y sólido y robusto como amor de padre, que procura que sus hijos cada día crezcan y se adelanten en honrra y virtud. Así nuestro bienaventurado Padre tenía un cuydado extraño de que todos los que estavan a su cargo se aventajassen en toda virtud, y no se contentassen con lo que hasta allí avían ganado, sino que procurassen cada día ganar más; y para esto él los ayudava, tratando a cada uno según su capacida y fuerzas. A los que en la virtud eran niños, dava leche; a los más aprovechados, pan con corteza; y a los perfectos tratava con más rigor, para que corriesen a rienda suelta a la perfección.

Al P. Mtro. Juan de Polanco, que fue su secretario y sus pies y manos nueve años, apenas le dixo buena palabra, si no fue el día antes que muriessse, quando le embió a pedir la bendición al Papa, y le dixo que se moría.

Al P. Mtro. Nadal algunas vezes le dio tan terribles capelos, que le hizo llorar muchas lágrimas.

Al P. Diego de Eguía su confessor, dio muy ásperas penitencias y se dexó de confessar con él, porque hablava altamente y con grande encareçimiento de las virtudes de nuestro bienaventurado Padre; porque estos Padres eran muy grandes siervos de Dios y varones mayores. Y lo que más admira es que, aviéndome dicho nuestro bienaventurado Padre a mí, que no avía hombre en toda la Compañía, a quien ella deviesse más que al P. Mtro. Laynez, aunque entrasse en esta quenta el P. Francisco Xavier, y aviendo dicho al mismo P. Laynez que le avía de suçeder en el ofiçio de Preósito General, el postrer año antes que muriessse le trató con tanta aspereza, que después que yo bolví de Flandes a Roma me contó el mismo P. Laynez que algunas vezes se halló tan apretado de aquel tratamiento, que se bolví a nuestro Señor y le dezía: — Señor, ¿qué he hecho yo contra la Compañía, que este santo me trata desta manera? — Lo qual se atribuyó a que el bendito Padre quería hazer santo al P. Laynez y curtirle para General, para que, de lo que huviese experimentado en sí, aprendiesse a gobernar a los demás,

Pongo estos exemplos aquí, no para que los superiores que oy gobiernan la Compañía los ymiten (porque más son admirables que ymitables, y propios de un patriarcha de una religión como la Compañía, el qual por su gran santidad, prudencia y autoridad y respeto que todos le tenían, podía hazer lo que aquí queda referido, con aprovechamiento de los que assí eran tratados y exemplo y edificación de los demás), sino para que todos los superiores sepan lo que deven hazer con sus súbditos, que es, no

contentarse con que vivan guardando la regla exteriormente y sin escándalo, sino que procuren aventajarlos en toda virtud, midiéndose primero a sí con la debida y justa medida, y después a los otros conforme a la condición, capacidad y méritos de cada uno, y conforme a la calidad y opinión que ay de la persona del superior. Que esta opinión haze mucho en el govierno, para que se tome bien o mal lo que el superior haze.

No deja de ser significativo lo que Ribadeneyra añade: “Pongo estos ejemplos aquí, no para que los superiores que hoy gobiernan la Compañía los imiten (porque son más admirables que imitables ...). Evidentemente la categoría de aquel hombre no es imitable, pero la compleja realidad a la que aquellos desconcertantes comportamientos quería responder sí hay que contar con ella y no simplificarla. Por otro lado, tampoco todo era genial, y en él, como en toda persona, había exageraciones, defectos y rarezas (que ya irán saliendo).

Pero dejemos esta problemática de la relación interpersonal que se enriquecerá en otros capítulos para pasar a dos temas relacionados con ella y especialmente significativos en Ignacio: el valor de la conversación y la tarea de la reconciliación.

B. Su modo de conversar

Podríamos decir que nuestras relaciones personales nacen, se nutren y enriquecen en la conversación. Pero la conversación no es un instrumento más, casi imprescindible para la comunicación, sino que en algunas personas es un verdadero arte.

Este es el caso de Ignacio y por eso quiero dedicarle un apartado.

Por lo pronto la conversación es el modo de relacionarse menos impositivo (menos desigual) y de más reciprocidad. Por otro lado, en la conversación no hay preparación ni artificiosidad: aparece lo que somos y, sobre todo, el cómo somos.

Para situar el tema traigo un pasaje de la **Autobiografía** en el que el propio Ignacio describe con su acostumbrada concisión su modo de comportarse cuando era invitado a comer.

I, 418, 21 (D. 12, 42-43a)

42. Y llegades a Venecia, venieron las guardas a la barca para examinar a todos, uno por uno, cuantos había en ella; y a él solo dejaron. Manteníase en Venecia mendicando, y dormía en la plaza de San Marcos; mas nunca quiso ir a casa del embajador del emperador, ni hacía diligencia especial para buscar con que pudiese pasar; y tenía una gran certidumbre en su alma, que Dios le había de dar modo para ir a Jerusalén; y ésta le confirmaba tanto, que ningunas razones y miedos que le ponían le podían hacer dubdar.

Un día le topó un hombre rico español y le preguntó lo que hacía y dónde quería ir; y sabiendo su intención, lo llevó a comer a su casa, y después lo tuvo algunos días hasta que se aparejó la partida. Tenía el peregrino esta costumbre ya desde Manresa, que, cuando comía con algunos, nunca hablaba en la tabla, si no fuese responder brevemente; mas estaba escuchando lo que se decía, y cogiendo algunas cosas, de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y, acabada la comida, lo hacía.

43. Y ésta fue la causa por que el hombre de bien con toda su casa tanto se aficionaron a él, que le quisieron tener, y esforzaron a estar en ella: y el mismo huesped lo llevó al duque de Venecia para que

le hablase, esto es, le hizo dar entrada y audiencia. El duque, como oyó al peregrino, mandó que le diesen embarcación en la nave de los gobernadores que iban a Cipro.

Lainez en su **Carta** también alude a este modo de comportarse cuando era convidado.

I, 84 (D. 6, 15)

15. De allí vino a Barcelona, donde también nuestro Señor se sirvió dél por medio de pláticas particulares y de espirituales ejercicios; y usaba, si bien me acuerdo, ir a comer donde era convidado, y al tiempo del comer callar, y después de la comida, tomando ocasión de lo que se había hablado, razonaba de las cosas de Dios, viniendo particularmente a cosas y prácticas y que se traen entre las manos. Daba también meditaciones o ejercicios espirituales, en lo qual tenía especial gracia y eficacia, y don de discreción de espíritus, de ayudar y guiar una ánima, así tentada, como visitada del Señor.

La **Autobiografía** alude a que esta costumbre la tenía ya desde Manresa: que “nunca hablaba en la tabla, si no fuese responder brevemente”. Su conversación, por lo tanto, no era atosigante. Es decir, no era un ‘gran conversador’, en el sentido en que podemos decirlo de algunas personas a las que uno ‘va a oír’, por los ricos contenidos de su conversación, o sus frases ingeniosas, pero que no suscitan precisamente reciprocidad sino pasividad, todo lo enriquecedora que se quiera, pero pasividad. Nuestro conversador no era así: “mas estaba escuchando lo que se decía, y cogiendo algunas cosas, de las cuales tomare ocasión para hablar de Dios; y acabada la comida, lo hacía”.

Es decir, podemos afirmar que, por lo pronto, era un gran escuchador. Pero esta escucha no era un acopio de temas a los que había que responder (ni sentirse acosado y, lo que es peor, obligado a intervenir en todo) sino que le permitía “coger algunas cosas, de las cuales tomare ocasión para hablar de Dios”. Como ya nos formuló Cámara (**Memorial** 199) “en las pláticas es tan señor de sí y de la persona con quien habla...”.

Dicho de otra forma, la conversación para él no era un campo indeterminado por el que se deambula con ocurrencias más o menos ingeniosas y cuyo tiempo hay que llenar, de forma que todo silencio es siempre embarazoso.

[Y aquí no me resisto a compartir una experiencia personal: en mis breves contactos con los guaraníes, lo que más me agobiaba al principio era que sus conversaciones estaban plagadas de silencios que sólo eran embarazosos para mí. Para ellos la conversación no era un tiempo que había que ocupar a tope con ‘ocurrencias’ inconexas, sino un tiempo distendido que proporcionaba a todos los presentes ricas aportaciones personales].

Todo esto es lo que me sugiere la siguiente cita del **Memorial** de Cámara.

I, 648-9 (D. 13, 202-204)

202. 2º. El Padre, mudando yo un propósito sin premonición ni pedir licencia, estuvo mucho tiempo sin responderme. Y esto se nota continuamente en él: que nunca muda propósito sin prefación, ni los que le conversan sin pedirle licencia; porque es tan concertado en su hablar, que ninguna cosa dice acaso, sino primero todo considerado: y con esto todas sus palabras son como reglas, y todas son conformes unas a otras, aunque en diversos tiempos, y en diversos propósitos dichas.

Es también cosa de mirar con cuánta paciencia oye cosas inútiles a hombres de fuera, y aun a los de casa pláticas largas, que se podrían acortar. y después cómo acude; de manera que claramente se ve que

había tenido el pensamiento apartado de aquello, refiriendo la plática a alguna cosa espiritual, a la cual parece que la estaba acomodando; como si habla algún forastero de guerras, referirlo a las espirituales etc.

sin pedirle licencia

203. Así, por ejemplo, si estábamos hablando con él de cosas de Italia y le queríamos preguntar alguna de España, teníamos que decir primero: “¿Me da Vuestra Reverencia licencia?”. O bien: “¿Le parece a Vuestra Reverencia que le proponga una cosa de España que se me ocurre?”. O bien: “Temo que se me olvide”, u otras palabras semejantes.

con cuánta paciencia oye cosas

204. Con todo, había una cosa en el modo de hablar que no podía aguantar, no solamente en los de casa, pero ni siquiera en los de fuera: y era el hablar rotunda y autoritativamente, como quien promulga leyes y decretos; por ejemplo: “es necesario que se haga tal o cual cosa; esto no tiene otro remedio más que éste; la verdad es ésta”; y otros modos de hablar semejantes. Y a los que empleaban tales expresiones los llamaba Nuestro Padre “decretistas” y, como digo, las corregía; y le parecían tan mal, que incluso se las reprendía a un embajador muy importante, amigo de la Compañía y devoto nuestro en Roma; porque viniendo algunas veces a casa, hablaba de esta manera: “El papa debía hacer esto o aquello; es necesario que tal cardenal haga lo otro; en esta huerta hace falta tal cosa, o es preciso que se manden hacer”, etc. Y por este motivo Nuestro Padre le respondía también de la misma manera, aconsejándole o recordándole cosas de su cargo; y nos decía después: “Él, como es decretista, sufrirá que le den también algunos decretos”.

“Porque es tan concertado en su hablar, que ninguna cosa dice acaso, sino primero todo considerado”. Es lo más opuesto a la mera ocurrencia. Como decíamos antes es la conversación convertida en búsqueda que no debe ser interrumpida caprichosamente. Por eso, “nunca muda propósito sin prefación, ni los que le conversan sin pedirle licencia”.

De aquí surge su coherencia: “todas (sus palabras) son conformes unas a otras, aunque en diversos tiempos y en diversos propósitos dichas”.

Pero la difícil escucha a la que antes nos hemos referido la enmarca Cámara en dos actitudes: una obvia “con cuánta paciencia oye cosas inútiles”, la otra más singular: “y después cómo acude”. No es el desconectar, que supondría romper la escucha, sino posibilitar la reciprocidad. Es decir, no es la escucha psicoanalítica del diván que ante todo debe posibilitar la difícil comunicación del paciente, sino la escucha de la conversación que debe suponer un ‘desde’ en el que oye, que posibilite la ‘acomodación’ de lo que se está oyendo a la propia perspectiva. No es perderse en la escucha, sino enriquecerla “refiriendo la plática a alguna cosa espiritual”. Y ya sabemos que para él las cosas espirituales no són precisamente piezas.

A este respecto, Ribadeneyra nos cuenta en la *Vida* la ‘táctica’ para cortar las continuadas ‘visitas sin provecho’ de ‘algún hombre ocioso’.

IV, 897 (L. 5, 192)

192. Si algún hombre ocioso venía a él con quien se huviere de gastar mucho tiempo sin fruto, después de averle una y dos vezes recibido con alegría, si continuava las visitas sin provecho, comenzava a

hablar con él de la muerte o del juyzio o del infierno, porque dezía que si aquél no gustava de oyr semejantes pláticas, se cansaría y no bolvería más, y si gustava dellas, sacaría algún fruto espiritual para su alma.

Pero la posibilidad de la reciprocidad y la búsqueda requiere que no se hable “asertiva y decretalmente, como quien da leyes y decretos”.

Pero pasemos a otro importante texto de Cámara en su **Memorial**.

I, 659-60 (D. 13, 227-229)

227. El modo de hablar del Padre es todo de cosas, con muy pocas palabras, y sin ninguna reflexión sobre las cosas, sino con símplice narración; y desta manera dexa a los que oyen que ellos hagan la reflexión, y saquen las conclusiones de las premisas: y con esto persuade mirablemente, sin mostrar ninguna inclinación a una parte ni a otra, sino simplemente narrando. Lo que pone de artificio es, que los puntos esenciales que pueden persuadir, todos los toca, y otros que no hacen al caso dexa, según parece necesario. Y en el modo de conversar ha recibido tantos dones de Dios, que difícilmentc se pueden esrebir.

228. Para el negocio de Polonia quería el cardenal Púteo, como protector de aquel reino, dos de la Compañía, y no se contentaba con solo Bobadilla. El Padre le fué a hablar, y le contó el discurso de todo lo que Bobadilla había hecho hasta agora en el servicio de la iglesia, tocando los puntos donde se podía conocer que seria muy a propósito él solo bastante para esta impresa; y por otra parte contando todas las necesidades de la Compañía. Y el cardenal Púteo. aunque algo se hizo capaz, todavía habló después al papa diciéndole que mandase dar dos: mas el papa no quiso determinar nada, sino remitiólo a nuestro Padre; y entonces el Padre se determinó de añadirle otro, y así le añadió el P. Baptista Viola, que está en Génova.

negocio de Polonia

229. No recuerdo el objetivo que se pretendía con esta embajada; pero de lo que sí me acuerdo es de que al fin no se llevó a efecto.

el discurso

He aquí un ejemplo del modo que Nuestro Padre tenía de contar las cosas, cuando quería persuadir. Es posible que el cardenal se hubiera dado menos cuenta de la situación si el Padre, dejando a un lado su sencilla narración, hubiera acudido a encarecer y exagerar las cualidades de Bobadilla.

añadirle otro

Me parece que le añadió por compañero al Padre Bautista; porque el hecho de que el papa se remitiese a él, indicaba tener alguna inclinación a ello; que si el papa no se hubiera inclinado en absoluto, se lo hubiera negado al cardenal.

Este texto es el que quizá mejor nos pinta lo más característico de S. Ignacio: su conexión con la realidad. Creo que podemos afirmar, sin miedo a equivocarnos, que no encontramos en él mecanismos evasivos.

Pues bien, esto se traduce en que “su modo de hablar... es todo de cosas, con muy pocas palabras, y sin ninguna reflexión sobre las cosas, sino con símplice narración”.

Si en la cita anterior se nos insistía en su modo de escuchar, aquí nos describe su modo de intervenir que como vemos no es ‘decretista’ sino posibilitador. Y esto lo consigue narrando. Pre-

fiero volver a citar otro texto de Cámara en el **Memorial** en el que nos define este narrar de Ignacio como un poner la cosa delante de los ojos, “omnino como pasó”.

I, 585-6 (D. 13, 99-100)

99. *Acordarme he del modo de tratar las cosas de N.P.: 1º, que nunca persuade con afectos sino con cosas; 2º, que las cosas no las orna con palabras, sino con las mismas cosas, con contar tantas circunstancias y tan eficaces, que quasi por fuerça persuaden; 3º, que su narración es simple, clara y distinta. Y tiene tanta memoria de las cosas, y aun de las palabras importantes, que cuenta una cosa que pasó, diez, 15 y más veces, omnino como pasó, que la pone delante de los ojos; y plática larga sobre cosas de importancia la cuenta palabra por palabra.*

aun de las palabras

Cuando se trata de cosas de importancia, Nuestro Padre hacía que se las leyeran o se las contaran tres o cuatro veces; y se le quedaban tan grabadas en la memoria, que recuerdo haberle oído contar y repetir en tiempos muy distantes algunas cosas, siempre con el mismo orden y con las mismísimas palabras con que por vez primera las había dicho u oído. Y lo mismo habían observado otros Padres antiguos para intervalos de tiempo incluso mucho más largos, por haberle tratado antes que yo.

Esto posibilita que los que escuchan “hagan la reflexión, y saquen las conclusiones de las premisas”. Expresión suprema de reciprocidad.

No podemos dejar de recordar en este contexto la célebre anotación segunda en que describe el papel del que da los EE.

EE 2

2ª La segunda es, que la persona que da a otro modo y orden para meditar o contemplar, debe narrar fielmente la historia de la tal contemplación o meditación, discurriendo solamente por los puntos con breve o sumaria declaración; porque la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la historia, discurriendo y racionando por sí mismo y hallando alguna cosa que haga un poco más declarar o sentir la historia, quier por la ración propia, quier sea en quanto el entendimiento es iluminado por la virtud divina; es de más gusto y fructo espiritual, que si el que da los ejercicios hubiese mucho declarado y ampliado el sentido de la historia; porque no el mucho saber harta y satisface al ánima, más el sentir y gustar de las cosas internamente.

“Narrar fielmente la historia”. Aquí remito a lo que ya dijimos sobre el acceso a la realidad. Como decíamos, el hombre es un ser histórico, y la historia es algo que está ahí y que Ignacio tenía muy claro que había que “poner delante de los ojos” por la narración para que el hombre estructure su tiempo. Como dice Manuel Maceiras en la presentación de **Tiempo y Narración** de Paul Ricoeur:

“Contra la concepción del tiempo como totalidad, el relato introduce la experiencia de la totalización como resultado de la mediación narrativa que recoge el pasado, diseña el presente como iniciativa y establece un horizonte de espera vinculados por la intriga...”

Pues bien, esto expresa perfectamente el “simplemente narrando” de Cámara que contrapone a “mostrar... (su) inclinación a una parte ni a otra” de cara al persuadir. Porque este persuadir,

entonces, no será un manipular y menos, engañar. Como comenta Cámara en su comentario en portugués, “puede ser que el Cardenal se hiciese menos capaz si el Padre, dejada su simple narración, usara de encarecimientos y modos de exagerar las partes que el P. Babadilla tenía”.

Es decir, la reciprocidad que suscita Ignacio en su modo de conversar “simplemente narrando” es “hacer capaz”: el “declarar o sentir la historia” es algo a lo que el hombre llegará “discurriendo y racionando por sí mismo” y no porque otro “hubiese mucho declarado y ampliado el sentido de la historia” (EE, 2).

Pero quiero retomar la descripción que Polanco hace en el **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús** de su modo de comportarse cuando era convidado a comer. En ella se nos describe la “plática” que solía hacer, “tomando ocasión de las palabras antes dichas... según Dios N.S. allí le daba, (que no lo pensaba antes, ni le salía bien si probaba a lo pensar)”.

I, 164-5 (D. 7, 25-26)

25. *Conversaba también, fuera de ejercicios con muchas personas; y siendo convidado a comer con ellas, lo aceptaba, puesto que por su ordinario vivía de lo que le daban por amor de Dios, durmiendo en el hospital. Y su modo de conversar con los tales era callar en tanto que duraba la comida, salvo si le demandaban, y entonces, para responder dejaba de comer: en manera que los que esto notaban, no le hacían muchas preguntas, porque comiese. Acabada la comida, tomando ocasión de algunas de las palabras antes dichas, solía hacerles una plática, enseñado y exhortando, según Dios N. S. Allí le daba, (que no lo pensaba antes, ni le salía bien si probaba a lo pensar): y en esto se veía también mucha edificación y aprovechamiento de los que lo oían.*

26. *Prendieron mucho en este pueblo los ejercicios y conversaciones. Con los cuales medios muchos hicieron gran mudanza de vida y entraron en conocimiento grande y gusto de las cosas del Señor, y finalmente algunos han ya hecho buena fin, otros viven dando de sí buen odor a los prójimos. Y a una mano la gente le tenía en gran admiración y estima: tanto que, cayendo él en una enfermedad, la Comunidad misma le hizo proveer de casa y recado para curarse, y las principales señoras de la tierra le velaban toda la noche. Llegó en esta enfermedad (que vendría de los muchos y insólitos trabajos y penitencias que usaba), hasta la muerte, y era en este paso tentado de complacencia de sus cosas, representándosele que se iba al cielo como un santo; pero, reconociendo la tentación, rogaba a los asistentes que no le acordasen otra cosa que sus pecados.*

Esto parece estar en contradicción con lo dicho antes por Cámara: “porque es tan concertado en su hablar que ninguna cosa dice acaso, sino primero todo considerado...”. Pero también nos decía después: “el modo de hablar del Padre es todo de cosas, con muy pocas palabras, y sin ninguna reflexión sobre las cosas sino con simple narración”. Es decir, Polanco parece aludir a una espontaneidad no aislada sino que ha “tomado ocasión de algunas de las palabras antes dichas”. Sería lo mismo que decir que no era un hombre de frases hechas y menos de ‘rollos’ preparados, sino de “cosas”. Por eso no podía pensarlo antes.

Y aquí radicaba esa “edificación y aprovechamiento de los que le oían” a la que alude Polanco. Ribadeneyra en **Dichos y hechos de S. Ignacio** nos dice que era eficaz.

II, 475 (D. 19, 18)

18. *Su eficacia en el dezir parece ser divina más que humana. Yo en mí lo pruevo, y lo vi en Çapata una vez: (que dezía él, teniéndole antes en poco, que hablava admirablemente como un sancto); y otra,*

quando queriéndose yr por la penitencia, con sus palabras le hizo hincar de rodillas, y pedir perdón, y besar los pies, y hazer toda su penitencia.

Por eso observa el P. Manareo que todos los que conversaban con él quedaban consolados y contentos, obtuviesen o no lo que pretendían. Yo diría que, según lo que nos describen de su conversación, se sentían respondidos, no burlados con evasiones o frases hechas (**Respuesta de Manareo a algunos postulados de Lancicio**).

III, 428-9 (D. 23, 11)

11. Admirandus erat in sermone; nam ille gravis erat, non incitatus, non praeceps, non inanis, sed solidus et efficacax, ac viri denique vere sancti. Non audiebatur quicquam illi excidere casu et ex improviso; sed os illud beatum semper seria et praemeditata proferebat; proinde ab ipso nemo recedebat nisi bene consolatus, instructus salutari consilio et contentus, sive obtineret quod intendebat, sive non; quia beato viro miranda inerat dicendi gratia..

11. En la conversación era admirable; era serio pero no precipitado, ni autoritario, ni vano sino sólido y provechoso, al fin como de un hombre santo. No se le oía algo escapado por casualidad o de improviso. Su rostro era siempre amable, hablaba lo que había pensado antes. Por eso a todos los dejaba muy consolados y confortados por su consejo provechoso y contentos, consiguieran o no lo que pedían; porque tenía un don admirable para hablar.

Ribadeneyra, en un contexto distinto (la eficacia de su oración) alude al testimonio de Francisco de Borja: “que hablaba como quien tenía potestad, y que sus palabras se pegaban al corazón y imprimían en él lo que querían”.

IV, 721-3 (L. 4, 100)

100. Y pues he entrado en dezir lo que estos padres sentían de nuestro padre, quiero añadir algunos otros de gravíssimo testimonio. El padre Claudio Yayo, viviendo aún el padre, estando muy apretado de un gravíssimo dolor de estómago, yendo camino y hallándose sin ningún humano remedio, se bolvió a nuestro Señor, suplicándole por los merecimientos de nuestro padre Ignacio que le librase de aquella congoxa y fatiga, y luego fue libre. Otro tanto aconteció al padre Bobadilla, después de muerto nuestro padre, en una calentura muy rezia que le salteó, de la qual le libró Dios por las oraciones dél, a quien él se encomendó. El padre Simón Rodríguez ya sabemos que por las oraciones de nuestro B. P. Ignacio alcançó la vida de la manera que en el capítulo nono del libro segundo desta historia avemos contado. Y así tuvo dél el concepto que de hombre, por cuya mano recibió tanta misericordia de Dios, se ha de tener. El padre Francisco de Borja, nuestro tercero general y espejo de humildad y de toda religión, dezia de nuestro padre que “loquebatur tanquam potestatem habens”: que hablava como quien tenía potestad, y que sus palabras se pegavan al corazón y imprimían en él lo que querían.

El mismo Ribadeneyra en **Collectanea** recoge algunos datos sugerentes sobre su circunspección y modestia en el hablar que todos desearíamos en nuestro interlocutor.

II, 412 (D. 16, 1-5)

[1]

IHS. DE CIRCUMPECTIONE ET MODESTIA LOQUENDI

Del cuidado y modestia en el hablar

Iacob. 3. 1. Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir. Potest etiam fraeno circumducere totum corpus. Linguam nullus haminum domare potest; inquietum, malum, plena veneno mortifero.

[1] *Si quid audiret ex iis quae ad iram vel motum aliquem turbidiorum incitare homines solent, confestim, vel sese colligebat iungebatque cum Deo, et cogitatione animoque meditabatur quid responderet. Ita fiebat ut cum summa moderatione id faceret, et considerate appetitus rationem non praecurreret aut inconsiderantia.* (Sant 3, 18)

(*Sequuntur exscripta ad verbum e collectaneis De Actis, nn. 11, 13, 41, 102, 103; e Memoriali, nn. 227, 202, 248, 249, 250.*)

[2] *No dava por autores persona ninguna, especialmente grande, sino en cosas muy consideradas.*

[3] *<Nunca usaba superlativos.>*

[4] *<No interrumpia, sino dexava acabar.>*

[5] *<Non utebatur transitionibus sine praemunitioe.>*

(*No cambiaba de tema sin avisar antes*)

Santiago 3, 1. Si alguno no tropieza al hablar, es un varón perfecto. Porque puede dominar con el freno todo su cuerpo. Nadie puede domar la lengua; está llena de veneno mortífero, inquieto, mal.

[1] Si oía algo que suele incitar a los hombres a la ira o a malos movimientos, enseguida se recogía y se unía con Dios y meditaba con el pensamiento y la voluntad lo que debía responder. Por eso lo hacía con gran moderación y así no se adelantaba el instinto a la razón o a la prudencia (Sant. 3,18)

Y como resumen de todo lo dicho merece la pena leer detenidamente lo que nos dice Ribadeneyra en la **Vida** sobre la modestia y eficacia de sus palabras.

IV, 803-7 (L. 5, 74-83)

74. *Si (como dize el bienaventurado apóstol Santiago) el hombre que no yerra en sus palabras es perfeto, porque sabe enfrenar su lengua y con ella las demás partes de su cuerpo [Sant 3,2], con razón por cierto podremos contar a nuestro B. P. Ignacio entre los varones perfetos, pues acertó tan bien a regir su lengua (la qual ninguno de los hombres puede domar) [Sant 3,8], y supo con la regla de la razón medir sus palabras.*

75. *Quando se le dezía alguna cosa de las que suelen irritar a los hombres y moverlos a ira o turbación alguna, luego se recogía dentro de sí y acudía a Dios y pensava atentamente qué sería bien responder. De aquí se seguía que ni se precipitava en las palabras, pues yva la razón y consideración delante dellas, ni tampoco perdía la paz interior y tranquilidad de su alma. Y este hablar sobre pensado no lo guardava solamente en esta ocasión donde se podía temer turbación, sino perpetuamente en todo lo que dezía.*

76. *Onze años antes que murieese prometió a un cavallero, grande amigo suyo, de ayudarle en cierto negocio, y después, mirando mejor en ello, le pareció que no estava bien a su persona hazerlo y se arrepintió de averlo prometido; y diziendo él esto (hallándome yo presente) añadió estas palabras: - En onze o doze años no me acuerdo averme descuidado tanto en el hablar, ni aver prometido cosa de que después me arrepintiese.*

77. *Sabida cosa es que en más de treinta años nunca llamó a nadie ni necio ni bobo, ni dixo otra palabra de que se pudiesse agraviar. Y notávamos mucho, quando reprehendía algunas faltas, que con*

ser sus palabras graves y severas, no tenían acerbidad ni azedia ninguna, ni causa de sentimiento, ni picava jamás a nadie, sino que penetrava el corazón del reprehendido y le compungía, explicándole y poniéndole delante con severidad y eficacia su culpa, para que, conociéndola él de suyo, se avergonçasse y desseasse emendar. Y aun en las más ásperas reprehensiones que hazía nunca se oyó que dixesse a nadie: sois un desobediente, o soberbio, o perezoso, o floxo, o otra qualquier palabra pesada, sino con solo declarar y ponderar lo que avía hecho, le mostrava la falta en que avía caído.

78. Fue muy medido en alabar, y en vituperar mucho más. Por maravilla usava de los nombres que en latín llaman superlativos, porque en ellos se suelen encarecer algunas vezes las cosas más de lo justo. Nunca se halla que dixesse mal de nadie, ni que diesse oídos a los que le dezían. No hablava en su conversación de los vicios agenos, aunque fuessen públicos y se dixessen por las plaças, y procurava que los Nuestros hiziesen lo mismo. Y si por ventura alguna vez alguno se descuidava y tratava algo de lo que públicamente andava en boca de todos, o lo escusava, o lo ablandava, o quando esto no podía, salvava la intención del que avía errado. Mas, si la cosa era tan evidente y culpable que no dava lugar a excusa, ni tenía otra salida, asíase de la Escritura y dezía: “No queráis juzgar antes de tiempo” [I Cor 4, 5], y al otro dicho del Señor a Samuel: “Dios solo es el que mira los corazones” [I Sam 16, 7] y “en el acatamiento de su Señor está cada uno en pie o caído” [Rom 14, 4]. Y quando más condenava, era diciendo: – Yo, cierto, no lo hiziera. Así –. Como quien tenía en su alma impressas aquellas palabras del Señor: “No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados” [Luc 6, 37].

79. De las faltas de los de casa tuvo siempre un extraño silencio, porque si alguno hazía alguna cosa menos decente de lo que convenía, no la descubría a nadie sino a quien la huviesse de emendar, y entonces con tan grande miramiento y recato, y con tanto respeto al buen nombre del que avía faltado, que si para su remedio bastava uno solo que lo supiesae, no lo dezía a dos; y no hacía más de poner la culpa delante los ojos, sin más ruido ni reprehensión, ni ponderación de palabras. Yo le oí al mismo padre una vez dezir que se avía ido a confessar para acusarse de sola una culpa, que era de aver tratado de la falta de uno con tres padres, bastando dos para su remedio, siendo la cosa tal que no perdía con el tercero reputación ninguna por ello el que era notado. Y assi hablava de todos, que cada uno se persuadía que tenía buena opinión dél y le amava como padre.

80. Sus palabras eran muy medidas y llenas de graves sentencias, y su plática ordinariamente era una simple y llana narración, contando las cosas senzilla y claramente, sin amplificarlas o confirmarlas, ni mover los afectos. Dezía las cosas llanamente, como eran, sin darles otro color y dexava a los oyentes que ellos ponderassen sus circunstancias y conseqüencias y que diesen a cada cosa el peso que tenía. Y con esta llaneza, aunque no descubría él más inclinación a una parte que a otra, tenían admirable fuerça sus palabras para persuadir lo que quería. Pero con una natural prudencia, quando contava las cosas se detenía más en las más graves, passando por las otras ligeramente.

81. En su trato y común conversación hablava poco y considerado y oía largo y hasta el cabo, sin interrumpir al que hablava. Y no passava de una cosa a otra a caso, sino con mucha consideración, y haziendo camino para lo que se seguía, con dar razón primero a la persona con quien hablava, por qué salía de propósito y passava a otra cosa.

82. A los hombres graves y de mucha autoridad nunca los dava por autores sino de cosas grandes y muy averiguadas, y en que no huviesse duda ni rastro de vanidad.

83. Era tan grande la fuerça y eficacia de su hablar, que parecía más que humana, porque movía los corazones a todo lo que él quería, no con copia ni elegancia de palabras, sino con la fuerça y peso de las cosas que dezía. A hombres duros y obstinados los ablandava como una cera, y los trocava de manera que ellos mismos se maravillavan de sí y de la mudança que avían hecho, y no solamente los nuestros,

sino también los estraños; ni solos los hombres de baxa suerte, sino también los señores y varones de grande autoridad se aplacavan con sus palabras. Y si por caso tenían algún enojo y dessabrimiento con el padre, reconocían en él tan gran señorío en lo que dezía, que se rendían y se sujetavan a él, dando el Señor virtud y fuerça a sus palabras...

Pero Ignacio era consciente de la importancia que tenía el modo de hablar. Por eso va a preocuparle el tema y “así deseaba que los de la Compañía fuesen muy mirados” en sus palabras, como nos refiere Ribadeneyra en su **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio**.

III, 626 (D. 38, cap. 5, 7)

7. Era increíble la çircunspección que nuestro bienaventurado Padre tenía en el hablar; y así deseava que los de la Compañía fuessen muy mirados, no usando de palabras livianas, desconçertadas, de murmuración, detracción, ni arrojadas, ni aun hiperbólicas y encareçidas, porque todo esto dezía que era dañoso, y quita el crédito para con las personas con quien tratamos, el qual es muy nezesario para poderlos ayudar y llevarlos a Dios. Espeçialmente en el predicar y en el definir y responder a dudas de cosas graves, dezía que se devía usar de grandíssimo recato, miramiento y consideración.

Más aún, el “conversar y tratar familiarmente con los próximos” lo “tenía por obra utilísima y muy propia de la compañía”. Así lo recoge Ribadeneyra en su **Vida**:

IV, 889-91 (L. 5, 178)

178. Tenía por obra utilíssima y muy propia de la Compañía tratar y conversar familiarmente con los próximos; mas dezía que, quanto es mayor el fruto si se acierta a hazer bien, tanto es el peligro mayor si no se acierta. Porque assí como un cuerdo razonamiento y la conversación modesta de un hombre espiritual y prudente atrahe los hombres a Dios y los combida a todo lo bueno, assí la del hombre arrojado e impertinente los suele entibiar y apartar, de manera que, donde se pretendía el fruto de la caridad, no se saca sino daño y desedificación. Por esto juzgava que para exercitar bien este oficio de conversar con los próximos son menester muchos avisos de prudencia, los quáles enseñava más con sus exemplos que con sus palabras. Contarlos todos sería cosa muy prolixa; mas dezir aquí algunos para los Nuestros tén-golo por provechoso.

Y esta dimensión apostólica de la conversación aparece en Ignacio desde los comienzos. La **Autobiografía** cuando relata el interrogatorio que le hacen en Salamanca, a la pregunta de “¿qué es lo que predicáis? Nosotros, dice el peregrino, no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos cosas de Dios, como después de comer con algunas personas que nos llaman”.

I, 454-5 (D. 12, 65)

65. – Pues, luego, ¿qué es lo que predicáis? – Nosotros, dice el peregrino, no predicamos, sino con algunos familiarmente hablamos cosas de Dios, como después de comer con algunas personas que nos llaman. – Mas, dice el fraile, ¿de qué cosas de Dios habláis?, que eso es lo que queríamos saber. – Hablamos, dice el peregrino, cuándo de una virtud, cuándo de otra, y esto alabando; cuándo de un vicio, cuándo de otro, y reprehendiendo. – Vosotros

Y esto que es del Espíritu Santo es lo que queríamos saber.

no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios; y desto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras, o por Espíritu Santo. No por letras; luego por Espíritu Santo-. Aquí estuvo el peregrino un poco sobre sí, no le pareciendo bien aquella manera de argumentar; y después de haber callado un poco, dijo que no era menester hablar más destas materias. Instando el fraile: - Pues ahora que hay tantos errores de Erasmo y de tantos otros que han engañado al mundo, ¿no queréis declarar lo que decís?

Lo mismo nos dice Polanco en **Vida del P. Ignacio y comienzos de la Compañía de Jesús** refiriéndose a Manresa: los EE van elaborándose comunicando sus experiencias interiores en “coloquios familiares”.(Cfr. en el capítulo sobre la Formación, el apartado sobre la elaboración de los EE).

II, 532-33 (D. 21, 34).

[24] Hoc ipso anno Manresae exacto, quamvis proprio profectui Ignatius dabat operam, nihilominus quod ipse a Deo acceperat proximis, ut diximus, communicabat; et hunc zelum animarum altissime in eius animo Dominus impresserat, et experientia comperiebat, dum proximis communicabat accepta, non solum ea non minui, sed in ipso etiam valde crescere. Spiritualia ergo illa Exercitia, quae a Deo ipse edoctus acceperat, multis Manresae communicare coepit, et eos quibus ea proponebantur, admirandis illustrationibus et spirituali consolatione et virtutum omnium augmento Dominus promovebat. In familiaribus etiam colloquiis, cum his et illis agere solitus fuit; et cum a quibusdam ad prandium invitaretur, non recusabat ad eos ire (quamvis alioqui ex elemosynis emendicatis viveret); quamdiu autem cibum capiebat, tacere consueverat, si non interrogabatur; interrogatus, comedere desinens, respondebat; et qui hoc observabant, pauca, ne cibum capere desineret, interrogabant. Prandio absoluto, occasione aliqua sumpta ex verbis in mensa dictis, vel aliunde, spirituale colloquium habere, prout illi tunc Dominus dabat (nec enim prius praemeditabatur), solitus erat; et si quando fuisset praemeditatus, non bene id ei succedebat. Et ex huiusmodi exhortationibus multum etiam aedificationis in auditoribus sequebatur; et utraque ratione, sed potissimum spiritualium Exercitiorum (quae satis late Manresae patuerunt), multi magnam vitae mutationem ibidem et in spirituali via insignes progressus fecerunt. Cum autem magnam de Ignatii sanctitate existimationem homines eius oppidi concepissent, cum in praedictum morbum Ignatius incidere, magistratus eius populi domum et reliqua necessaria ad eius curationem prospexerunt; et primariae matronae totam noctem in eius cura interdum pervigilem ducebant.

[24] Pasado este mismo año en Manresa, aunque Ignacio se entregaba a su propio aprovechamiento, sin embargo lo que había recibido de Dios lo comunicaba a los prójimos; el Señor había impreso en él un celo grandísimo de las almas y veía por experiencia que al comunicar lo recibido no solamente no disminuía sino que aumentaba mucho. Así pues comenzó en Manresa a dar a muchos los Ejercicios, los que él mismo había recibido de Dios y el Señor acompañaba a los que los hacían con admirables luces, consuelo y aumento de todas las virtudes. En las conversaciones familiares acostumbraba tratar con unos y otros. Cuando lo invitaban a comer no rehusaba (aunque por otra parte viviera de pedir limosna); mientras comía solía estar callado si no le preguntaban; cuando le preguntaban dejaba de comer y respondía. Y los que se daban cuenta de esto le preguntaban poco para que no dejara de comer. Al acabar la comida, tomando ocasión de lo que se había dicho en la mesa o de otra cosa, acostumbraba a tener una conversación espiritual según le inspiraba el Señor en aquel momento (porque no lo pensaba antes) y si alguna vez lo pensaba con antelación no le iba bien. Los oyentes sacaban de estas exhortaciones mucha edificación; y por los dos motivos pero sobre todo por los Ejercicios espirituales (que eran bien conocidos en Manresa) muchos hicieron grandes cambios en su vida y grandes progresos en la vida espiritual. Tenían en la ciudad en gran concepto la santidad de Ignacio: al contraer la enfermedad antes dicha las autoridades del pueblo le suministraron casa y todo lo necesario y las principales señoras algunas veces pasaban la noche entera sin dormir para cuidarlo.

Y en París, prosigue Polanco, “cuando los estudios se lo permitían, solía tener coloquios con personas graves...”

II, 559-60 (D. 21, 59)

[59] *Occupationes spirituales erga proximos, antequam cursum inchoaret illo sesquianno, quem humanioribus litteris impendit, et post illum absolutum, magis exercuit; dum autem philosophiae vacaret, eas intermittendas censuit, non tamen omnino; nam etiam tunc, cum studia id permittebant, colloqui cum quibusdam gravibus hominibus solitus erat, ut vel ipsos iuvaret, vel eorum opera alios studiosos iuvenes, quos ad Dei obsequium adducere nitebatur, promoveret; et, inter alios, cum doctoribus Martiali, Vagli et Moscoso; quibus etiam spiritualia Exercitia tradidit, familiaritatem habuit. Et illud lepidi cum doctore Martiali Ignatio accidit: cum in philosophia ne bachalaureus quidem adhuc esset Ignatius, theologiae doctorem eum creare volebat, et hanc addebat rationem :- Quandoquidem tu me doctorem doces, iustum est ut et tu sis doctor; et ita serio de eo promovendo ad Doctoratum agebat; quamvis Ignatius id non permisit. Aliis etiam quibusdam operibus pietatis, quae sine dispendio lectionum tractari poterant, dabat operam; cuiusmodi erat pauperibus scholasticis honestam aliquam conditionem quaerendo, ut et ipsi studere possent, subvenire, ac consiliis et exhortationibus studiosos adiuvare: et inde accidebat ut multorum conciliaret benevolentiam; et ad aliquos ad perfectionis statum invitandos interim animum adiciebat.*

[59] Se ocupó mucho espiritualmente de los prójimos antes de empezar el curso en aquel año y medio que dedicó a las humanidades y después de acabarlo lo mismo. Pero cuando estudió filosofía pensó que debía interrumpir estas ocupaciones aunque no del todo; porque aun entonces, cuando lo dejaban los estudios, acostumbraba conversar con algunos varones importantes para ayudarles o para que por su medio pudiera ayudar a otros jóvenes a quienes pretendía llevar al servicio de Dios. Entre otros con los doctores Marcial, Vagli y Moscoso a quienes también dio los Ejercicios espirituales y tuvo mucha amistad. Y le sucedió a Ignacio este hecho gracioso con el doctor Marcial: en filosofía no era Ignacio ni bachiller y lo quería hacer doctor en teología y añadía la razón: puesto que tú me enseñas a mí que soy doctor es justo que tú también lo seas. Y trataba seriamente de promoverlo al Doctorado aunque Ignacio no lo permitió. También se ocupaba en otras obras piadosas que sin daño de los estudios podía hacer; tales eran buscar a los jóvenes pobres de condición honesta y ayudarles para que pudiesen estudiar y a los que estudiaban ayudarles también con exhortaciones y consejos: y por eso se ganó la benevolencia de mucha gente y animaba a algunos al estado de perfección.

Esta práctica continuada, desemboca lógicamente en una gran valoración de este modesto medio de apostolado en la naciente Compañía, siendo muy conscientes de lo que puede impedir una ineptitud en este campo. Así lo formula Ribadeneyra en su **Collectanea**.

II, 420 (D. 16, 29-31)

[29] *A. Pulcherrimum arbitrabatur esse munus longeque ulitissimum, idemque nostrae Societatis maxime proprium, familiariter cum hominibus conversandi; quod quo plus habet utilitatis, si recte fiat, eo etiam plus periculi, si inepte.*

[30] *Nam ut moratus sermo, et modesti prudentisque hominis usus, maxime alios ad Christum allectat et invitat, ita praecipitis et inconsiderati a sancto plerumque proposito avertit, et offensio contrahitur ex quo quaerebatur utilitas. Multas proinde cautiones censebat adhibendas, easque exemplo magis tradebat quam verbo. Cuiusmodi fere sunt quae sequuntur.*

[31] *Qui aliis utilis esse cupit, sibi vacare debere et ardere charitate, si alios velit incendere.*

[29] A. Pensaba que la ocupación de conversar familiarmente con los prójimos era una ocupación muy buena y provechosa y muy propia de la Compañía. Ésta, cuanto mayor provecho produce si se hace bien, tanto más es peligrosa si se hace mal.

[30] La larga conversación y el trato de un varón prudente y humilde con los hombres los atrae mucho a Cristo; en cambio la conversación de uno desconsiderado y precipitado aparta a los otros de sus buenos propositos y se hace odioso en donde se esperaba buen fruto. Por eso creía que había que tomar muchas precauciones y las proponía más que con las palabras con el ejemplo. Son las siguientes.

[31] El que quiere ser útil a los demás debe mirar por sí y arder en la caridad si quiere encender a los otros.

Manareo refiere que Ignacio decía que “para conversar bien con los prójimos había que tener un arte discreto y religioso” (**Respuesta de Manareo a algunos postulados de Lancicio**).

III, 432 (D. 23, 20)

20. Ad bene conuersandum cum proximis dicebat utendum esse arte discreta ac religiosa; ut scilicet initio aecommodaremus sermones et actiones ad ipsorum ingenium, vel ad ea quae tractant quando ad eos accedimus, ac tandem perduceremus eos ad rem nobis propositam, id est, ad bonum animae et salutis ipsorum.

20. Decía que para conversar bien con los prójimos había que tener discreción y arte, es decir que al principio nos acomodemos a la conversación, a la índole del prójimo y a las cosas de que ellos hablan cuando comenzamos a tratarlos y al fin los llevaremos a nuestro propósito, esto es, al bien de su alma y a su salvación.

Este arte no era exclusivo de Ignacio. Todos los primeros compañeros habían experimentado en sí mismos su eficacia y de entre ellos salieron verdaderos maestros como Fabro. Así lo refiere Nadal en su **Apología**.

II, 107 (D. 3, 128)

[128] In Hyspania iam hoc tempore incoepit Dux Gandiae Franciscus Borgia devotum animum in nostros concipere, unde fuit pedetentim ad Societatem adductus divina benignitate. Spiritualibus colloquiis et religiosa consuetudine agebant M. Faber et P. Araosius; hic etiam concionabatur; uterque familiari sermone efficax, sed Fabri illud erat praecipuum donum sermonis pii, facunditas mira ac singularis quaedam efficacia. Erant iam scholastici Societatis in universalibus academiis Coloniae, Lovanii, Lutetiae, Bononiae, Compluti, Conimbricae; vocabantur in Societatem in dies ubique nonnulli.

[128] En este tiempo comenzó en España el duque de Gandía a aficionarse a los nuestros y de aquí fue traído suavemente por la bondad divina a la Compañía. M. Fabro y el P. Araoz lo trataban habitualmente en conversaciones espirituales; Araoz predicaba también: los dos producían mucho fruto en las conversaciones. Pero Fabro tenía el don especial de la conversación espiritual y una admirable facilidad y eficacia singular. Estaban ya los escolares de la Compañía en las academias universales de Colonia, Lovaina, París, Bolonia, Alcalá, Coimbra; y no pocos, cada vez más, eran llamados a la Compañía.

Pero este talante coloquial y asequible impregnaba su catequesis. Así lo cuenta Ribadeneyra en la **Vida**: “y usaba de palabras no polidas ni muy propias, antes toscas y mal limadas, eran empero aquellas palabras eficaces...”

IV, 375 (L. 3, 10)

10. Después desto comienza a enseñar la doctrina christiana a los niños, lo qual hizo quarenta y seis días arreo en nuestra yglesia, pero no eran tantos los niños quantas eran las mugeres y los hombres, assi letrados como sin letras, que a ella venian. Y aunque él enseñava cosas más devotas que curiosas y usava de palabras no polidas ni muy propias, antes tosca y mal limadas, eran empero aquellas palabras eficazes y de gran fuerça para mover los ánimos de los oyentes, no a darles aplauso y con vanas alabanças admirarse dellas, sino a llorar provechosamente y a compungirse de sus pecados. De manera que, quando él acabava su plática, muchos se yvan gimiendo y, echándose a los pies del confessor, no podían dezir sus pecados porque estavan sus coraçones tan atravesados de dolor y tan movidos, que de lágrimas y sollozos apenas podían hablar. Lo qual muchas vezes me contó el padre maestro Laynez, que en aquel tiempo confessava en nuestra yglesia. Aunque acordándome yo de lo que entonces vi, no tengo por qué tener esto por cosa nueva ni estraña. Porque me acuerdo de oyr predicar entonces a nuestro B. P. con tanta

fuerça y con tanto fervor de espíritu, que parecía que de tal manera estava abrasado del fuego de caridad, que arrojaba unas como llamas encendidas en los coraçones de los oyentes, tanto que, aun callando él parecía que su semblante inflamava a los presentes, y que los ablandava y derretía con el divino amor la inflamación de todo su rostro.

Y Gregorio Rosepho en su **Recopilación de dichos y hechos de algunos de la Compañía de Jesús**, recoge el testimonio de que este lenguaje era el que usaba también en la predicación del templo con gran fruto de los oyentes.

III, 548 (D. 29, 17)

[17] B. P. Ignatius cum in nostro templo doceret doctrinam christianam adferebat non alta, sed communissima, mirabili autem modo et fructu. Dicebat P. Laynez: - Nos qui audiebamus confessiones, experiebamur fructum quem faciebat.

[17] Cuando el B. P. Ignacio enseñaba en el templo la doctrina cristiana no decía cosas muy subidas sino las más comunes pero de una manera admirable y con mucho fruto. Decía el P. Laínez: - Nosotros, que estábamos oyendo confesiones, sentíamos el fruto que hacía.

Pero la relación interpersonal no es algo siempre conseguido y ya veíamos que el medio primordial para mantenerla y fomentarla (la conversación) podía hacerse de forma que la impidiese produciendo la incomunicación o la ruptura. Y de hecho la vida del hombre está llena de rupturas que siempre se viven como fracaso porque se siente llamado no sólo a la comunicación sino a la comunión.

Esto nos lleva a un breve apartado, pero importante en la vida de Ignacio que es, no sólo su preocupación por mantener la fraternidad (que está en el transfondo de su relación interpersonal y su conversación), sino de restablecerla cuando se ha producido la ruptura: las reconciliaciones.

C. Reconciliaciones

La ajetreada vida de Ignacio estuvo llena de conflictos. Esto puede llevar a una primera impresión: que él mismo era una persona difícil y que los provocaba. (En el capítulo de su relación con la estructura eclesial analizamos detenidamente este asunto). Allí podemos ver cómo eran conflictos ‘necesarios’ para que la verdad no quedase “oprimida ni indecisa” como comentaba Ribadeneyra. Es decir, no buscaba el conflicto en sí, pero incluso no toda ‘verdad’ era digna de suscitar un conflicto. Así nos cuenta Cámara cómo impide que se haga “lite” con un vecino que comenta que el propio Ignacio le había confesado “que nunca había movido lite por cosa temporal” (**Memorial**).

I, 649-650 (D. 13, 205-6)

205. 3º Dice N. P. sobre el vecino que quiere hacer lite por la solana, que nunca será de parecer que se haga lite, sino que le den lo que quisiere: porque, perdiendo nosotros por amor de Dios alguna cosa, Dios nos la suplirá por otra parte.

Acuérdome haberme dicho el Padre algunas veces que nunca había movido lite por cosa temporal: y así tuvo tantos años Mutio el cortil de la casa tanto nuestro, y tanto necesario para tener lumbre en el refectorio: y después, vendiendo la casa el año pasado, sacó della las puertas y ventanas, hasta las rejas de hierro, y piedras etc.

Mutio el cortil

206. Mucio era un gentilhombre romano, vecino nuestro, sujeto de un modo de ser muy violento. Usaba un patio, que llaman el "cortil", que, por estar en un terreno nuestro, pertenecía sin duda ninguna a nuestras casas. Pero él, intentando que, con el pretexto del "cortil", le compráramos todas las casas, no sólo se lo reservaba como propio, sino que además nos impedía que abriéramos unas ventanillas en la pared del refectorio contigua al "cortil", sin las que no podíamos tener en el refectorio suficiente luz. Y no contento con esto, soltó en dicho patio (no sé si para crearnos mala vecindad) unos pavos que, con sus incesantes graznidos, nos desasosegaban y nos trastornaban la cabeza, sobre todo a algunos que teníamos los aposentos mirando hacia aquella parte, con ventanas muy grandes que daban al mismo "cortil".

Ya pesar de sus grandes deseos de vendernos las casas, con todo no hacía más que quejarse por Roma, diciendo que no había peor gente que los teatinos, que querían arrebatarle sus [casas, y] que nos iba a hacer y acontecer y otras lindezas por el estilo. Por fin le compramos las casas por más de lo que valían, (...) cuando se salió de ellas se llevo consigo las puertas, ventanas, cerrojos, y hasta las piedras labradas que pudo arrancar.

Todo esto quiso Nuestro Padre que se sufriese con suma paciencia, para evitar pleitos con él. Sin embargo, ya por este mismo tiempo se llevaban adelante, con su aprobación y licencia, los pleitos que nos planteaban sobre los bienes de muchos colegios.

El mismo hecho lo comenta Ribadeneyra en la **Vida**.

IV, 771-3 (L. 5, 40)

40. Por conservar la paz y caridad con todos fue enemicísimo de pleitos y huía dellos y cedía de su derecho quanto con buena conciencia podía. Y dezía que hazer esto no solo era cosa honrosa y digna de pecho christiano, pero que también era provechosa. Porque solía nuestro Señor pagar muy bien a los que por su amor y por no perder la caridad con sus próximos perdían algo de su derecho en las cosas temporales. Y assi, estando el refectorio de Roma oscuro y casi sin ninguna luz (porque un vezino nuestro no dexava abrir una ventana en una pared común, que se podía hazer con mucho provecho nuestro y sin ningún perjuyzio suyo), aunque la justicia estava muy clara de nuestra parte, nunca jamás consintió nuestro padre que se le pidiese delante della, antes quiso que estuviésemos ocho años enteros o más con toda la incomodidad del mundo, y comiendo a mediodía casi con candela, por no ponerle pleyto y cobrar mal nombre en los principios de la Compañía; hasta que fue Dios servido que se compró la casa que nos quitava la luz, y con esto, sin ruido, se dio a nuestro refectorio.

Pero este no provocar conflictos "cediendo de su derecho quanto con buena conciencia podía" es algo relativamente fácil pues en última instancia parece depender de la propia actitud. Lo problemático es ser instrumento reconciliador en las rupturas ajenas. Ante la acusación de impotencia real en tales casos, es corriente que justifiquemos nuestra inhibición, sobre todo si hemos tenido la dura experiencia de que nuestra intervención de buena fe provocó una acen-tuación de la ruptura.

Pues bien, desde el comienzo de la Compañía se enumera entre los ministerios el de paces

como refiere Polanco en el **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús.**

I, 211-2 (D. 7, 96)

96. *En todo este tiempo, después que se juntaron en Roma, durante las contradicciones, y cuando se concertaban y trataban las cosas de la Compañía, los que en Roma se hallaban, comunicándose a los prójimos en confesiones muchas, y predicaciones, y lecciones en diversos lugares y ejercicios espirituales y otras pías obras externas, como las paces y las que arriba se tocaron: y así habiendo dellos mucho buen odor, comenzaban a ser demandados a su Santidad y por ella enviados a unas partes y a otras. Y así, ofreciéndose en Siena gran necesidad espiritual de ayudar a un monasterio que en aquella ciudad es insigne, y estaba a la sazón en gran disolución y mal odor de la tierra, fueron enviados al principio de 1539 allá M^o Simón y M^o Pascasio, para que procurasen la reformación dél. Y usó Dios Ntro. Sor. de su ministerio (especialmente de M^o Pascasio que allí se detuvo más) en tal manera, que todo el monasterio se reformó, y con los ejercicios y exhortaciones instantes se redujeron a tan ejemplar y religiosa vida que hasta hoy dura el odor dellas mucho bueno. Y así, hallándose tan bien con la persona de M^o Pascasio, tuvieron formas para hacerle detener allí mucho tiempo, con edificación y espiritual ayuda de muchas ánimas de aquella tierra.*

Y más adelante el mismo Polanco hace referencia a otras reconciliaciones.

I, 223 (D. 7, 117)

117. *Hiciéronse también paces, así entre ciudadanos principales, como entre canónigos y otros clérigos sobre muertes de hombres y otras discordias, humillándose unos a otros y abrazándose, confesándose y comunicándose, lo que por algunos años antes no habían hecho muchos dellos. Había también gran concurso y afecto de los muchachos, que venían a una iglesia de S. Francisco a aprender los mandamientos y otros rudimentos de la doctrina cristiana, y no contentos de lo que en público se aprovechaban, venían particularmente algunos dellos a casa, celosos de pasar adelante de los otros.*

Pero es Cámara el que en su **Memorial** nos refiere un caso concreto de ruptura y la intervención de Ignacio, aludiendo a que ésta no era tanto directa como indirecta, como “referir al uno todo lo que ha oído del otro que le pueda a él placer, y callar lo contrario”, actitud que, normalmente, suele ser la contraria.

I, 680 (D. 13, 261)

261. *Uno de la Compañía hablando con otro de fuera, mas muy familiar, le dixo algunas palabras acerca de sus letras, de las quales el otro se escandalizó, y se fue a quejar a otro de fuera, amigo de la Compañía. Este hierro no sintió menos el Padre que aquel que hizo el de la Compañía, por haber dicho esto fuera de casa: y todavía trabajó el Padre mucho: por remediar todo esto, al nuestro dió la penitencia que se da por las injurias; al otro aplacó con esto, y hizo que entrambos se pidiesen perdón. Duró esta cosa muchos días, platicándola siempre el Padre y buscando remedios para ella: y así se concluyó con mucha edificación de todos.*

261b. *Suele nuestro P., quando algunos no están tan unidos, referir al uno todo lo que ha oído del otro que le pueda a él placer, y callar lo contrario; y suele también hacer cosas aposta, en que esto se venga a conocer. Y por la misma razón suele nuestro P. muchas veces decir cosas aposta, para que las refieran a aquellos, que él juzga que convienen.*

Y así Ribadeneyra en la *Vida*, una vez más resalta la importancia del modo de hablar “señaladamente quando trata de hacer paces- y reconciliar a unos con otros, en definir y determinar controversias...”, pensando “que lo que decimos a uno ha de venir a oído de muchos...”

IV, 895 (L. 5, 186)

186. *En todo lo que el hombre habla, y señaladamente quando trata de hazer paces y reconciliar a unos con otros, en definir y determinar controversias y en tratar cosas divinas, dezía que se avía de tener tan grande recato, que ni una sola palabra se le cayesse al hombre inconsideradamente, sino que en todo lo que hablamos pensemos que lo que dezimos a uno ha de venir a oídos de muchos, y lo que hablamos en secreto se ha de pregonar en las plaças [Lc 12,3]; porque con este presupuesto serán las palabras medidas y pesadas con el peso de la prudencia christiana.*

Y es que toda reconciliación no sólo es difícil sino frágil, y lo que uno ha podido posibilitar otros lo pueden deshacer, como cuenta Ribadeneyra en *Collectanea*.

II, 414 (D. 16, 9)

[9] *El año, de 1552 partió en el mes de noviembre para el reyno de Nápoles en compañía del Padre Maestro Polanco y Juan Paulo etc.; y como la mañana que havia determinado de partir lloviesse a cántaros, y el Padre Maestro Polanco le dixesse que sería bien diferir la partida para otro día, porque el agua no le hiziesse mal; respondió Nuestro Padre. – Vamos luego: que 30 años ha que nunca he dexado de hazer a la hora que me havia propuesto negocio de servicio de Nuestro Señor, por ocasión de agua, ni viento, ni de otros embaraços de tiempo etc. –; y assí se partió luego. Yva entonces por una cosa de grandíssima importancia, que era pacificar y poner en concordia a Doña Juana de Aragón y al señor Ascanio Colona su marido, los quales avían estado muchos años apartados, y ni Papa, ni Emperador, ni otros príncipes grandes avían bastado a pacificarlos; y Nuestro Padre acabó con ella, lo que otros no avían podido. Aunque después viniendo ella a Roma para biviir con su marido, como lo avía prometido a Nuestro Padre, ciertos cardenales y otras personas de calidad que pusieron la mano en ello, lo borrarón y hecharon a perder¹.*

1 Venit Ignatius in oppidum Alvito, una cum P. Polanco et Fratre Ioanne Paulo Borrell. Roma cessit die 2 novembris 1552, reversus est autem die 12 eiusdem mensis. Vide Chronologiam, I, 51: MI, Epp., IV, 506–511, 534–535; Chron, 11, 427–429. – Ascanius Colonna, filius Fabritii et Agnetis de Montefeltro frater Victoriae, marchionissae de Pescara, anno 1520 uxorem duxit Ioannam de Aragón, filiam Ferrantis, Ducis de Montalto. Ex hoc matrimonio, inter alios filios, natus est Marcus Antonius II, ex victoria ad Lepantum contra turcas reportata praecipue notus. Ob indolem Ascanii perdifficilem, eius matrimonium cum Ioanna fuit infelix. De eis v, Prospero Colonna, 1 Colonna dalle origini all'inizio del secolo XIX, Roma, 1927, p. 187.

1 Llegó Ignacio al pueblo de Alvito con el P. Polanco y el H. Juan Pablo Borrell. Salíó de Roma el 2 de noviembre de 1552 y volvió el 12 del mismo mes. Cfr. Cronología...

Ascanio Colonna, hijo de Fabricio e Inés de Montefeltro hermano de Victoria, marquesa de Pescara, contrajo matrimonio el año 1520 con Juana de Aragón, hija de Ferrán duque de Montalvo. De este matrimonio, nació entre otros hijos, Marco Antonio II conocido sobre todo por la victoria en la batalla de Lepanto contra los turcos. Este matrimonio con Juana salió mal por el carácter tan difícil de Ascanio.

De esto cfr. Prospero Colonna...

2. El hombre situado en la realidad social

Pero la dimensión social del hombre no se reduce como es natural a su dimensión relacional. Más bien, podríamos decir que ésta es su fundamento, porque estrictamente hablando lo social en el hombre gira en torno a un condicionamiento y no tanto a una actitud. La sociedad es algo dado, no necesitante de forma que no haya forma de incidir en ella para su transformación, pero sí que nos condiciona fuertemente desde una situación concreta, que nos define desde unas coordenadas que configuran nuestro modo de estar en la realidad, nuestro “desde”.

Pues bien, Ignacio es muy consciente de que este situarse no es indiferente. Más aún es consciente de su situación, su punto de partida, y desde el evangelio va a tomar en serio la necesidad de un cambio de coordenadas. Para Ignacio la fe debe incidir en el hombre entero, y éste no es sólo actitud sino situación, es decir, la actitud del hombre está situada, y el evangelio avisaba muy seriamente que la situación podía imposibilitar las actitudes del Reino: “¡Qué difícil será que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios!...” (Mc 10, 23 y paralelos).

Por tanto es el mismo Evangelio el que nos sugiere los dos grandes grupos en los que se divide la sociedad: los pobres y los poderosos y nobles. ¿Cómo se sitúa Ignacio ante uno y otro?

A. Pobres y rudos

A pobres añadimos rudos, término usado por Ignacio para designar a todo aquel que no ha tenido acceso a un cierto nivel cultural. Ya en la **Anotación 18** nos avisa muy seriamente que el que da los EE acomode a esta circunstancia: “porque no den a quein es rudo o de poca compli-sión cosas que no pueda descansadamente llevar y aprovecharse con ellas”. Y en las **Reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener**, también le preocupa el “provecho” del “pueblo menudo” o de la “gente menuda” [EE 362, 367] y en 368 dice simplemente “pueblo”.

Esta expresa preocupación no conviene que la perdamos de vista pues su ausencia puede desenfocar seriamente algunos de sus comportamientos.

Esto supuesto, pasemos a su vida. Desde el primer momento de su conversión tiene muy claro que no sólo debe romper con un pasado equivocado “espiritualmente” sino con una situación social. Y así, en Monserrat da sus vestidos “lo más secretamente que pudo”, a un pobre y él “se vistió de su deseado vestido”. Está claro que quiere una ruptura con su situación anterior y así “desviose a un pueblo, que se dice Manresa” para evitar que al ir derecho a Barcelona “hallaría muchos que le conociesen y le honrasen”. Cosa que reconoce no pudo totalmente evitar, pues “no pudo, estar mucho en Manresa sin que las gentes dijesen grandes cosas...” (**Autobiografía**)

I, 386-9 (D. 12, 18)

18. La víspera de Nuestra Señora de marzo, en la noche, el año de 22, se fue lo más secretamente que pudo a un pobre, y despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre, y se vistió de su deseado vestido, y se fue a hincar de rodillas delante del altar de Nuestra Señora; y unas veces desta manera, y otras en pie, con su bordón en la mano, pasó toda la noche. Y en amaneciendo se partió por no ser conocido, y se fue, no el camino derecho de Barcelona, donde hallaría muchos que le conociesen y le honrasen, mas

desvióse a un pueblo, que se dice Manresa, donde determinaba estar en un hospital algunos días, y también notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado, y con que iba muy consolado. Y yendo ya una legua de Monserrate, le alcanzó un hombre, que venía con mucha priesa en pos dél, y le preguntó si había él dado unos vestidos a un pobre, como el pobre decía; y respondiendo que sí, le saltaron las lágrimas de los ojos, de compasión del pobre a quien había dado los vestidos; de compasión, porque entendió que lo vejaban, pensando que los había hurtado. Mas, por mucho que él huía la estimación, no pudo estar mucho en Manresa sin que las gentes dijeren grandes cosas, naciendo la opinión de lo de Monserrate; y luego creció la fama a decir más de lo que era: que había dejado tanta renta, etc.

Pero hay un detalle especialmente significativo: el pobre al que da sus vestidos es acusado de haberlos robado. Este hecho le conmueve y dice expresamente: “le saltaron las lágrimas de los ojos de compasión del pobre a quien había dado los vestidos”.

Laínez en su *Carta* expresa con más fuerza esta experiencia: “viendo que con su limosna había puesto en trabajo a este pobre, fueron las primeras lágrimas que lloró”.

I, 76 (D. 6, 6)

6. En el mismo camino dispuso de la cabalgadura en que iba, y vestidos y dineros: y los vestidos los trocó con un pobre, al qual después el alguacil quería hacer afrenta, pensando que los hubiese robado. De manera que fué menester que el P^o. M^o. Ignacio diese testimonio que se los habla dado. Y, si bien me acuerdo, viendo que con su limosna había puesto en trabajo a este pobre, fueron las primeras lágrimas que lloró, después que partió de su tierra.

Y Polanco en su *Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús* repite la misma formulación.

I, 159 (D. 7, 12)

12. En el mismo camino dispuso de la cabalgadura en que iba, y vestidos y dineros dándolos por Dios, y los vestidos trocó con un pobre, al qual después el alguacil quería hacer afrenta, pensando que los hubiese robado; de manera que fué menester que el mismo Iñigo diese testimonio que se los habla él dado; y viendo que con su limosna había puesto en trabajo a este pobre, fueron éstas las primeras lágrimas que lloró, después que partió de su tierra.

Y en su *Vida del P. Ignacio y de los comienzos de la Compañía de Jesús* añade que las lágrimas las derramó “al saber que por su propio beneficio se había sospechado y puesto en peligro a un pobre de Cristo”.

II, 523-4 (D. 21, 13)

[13] Sed, ad Ignatium redeundo, aliquandiu ille, aliis vestibus quam praedicto sacco non est usus; sed ne in sancta ea domo (ad quam religionis causa ex tota Hispania concurratur) a quoquam cognosceretur, inde descendens, Manresam tribus vel quatuor leucis a Monte Serrato distantem se contulit; et ut ex mendicato vivere constituerat, ita et coepit, pane tantum et aqua contentus,

[13] Pero volviendo a Ignacio, durate algún tiempo no se vistió sino con el sacco dicho. Pero para no ser conocido en aquella santa casa (que es visitada por devoción por toda España) se fue de allí a Manresa que dista de Monserrat tres o cuatro leguas; y como había determinado vivir de limosna se contentaba con pan y agua y se abstenía totalmente de carne

et a carnibus et vino prorsus abstinens. Non omittam id tamen, quod pauper ille cui vestes donaverat, cum in suspicionem venisset quod furto eas alicunde sustulerat, a iustitiae administratore (alguazil in Hispania, nomine ab arabibus desumpto, vocatur) captus fuit, et periculum erat ne aliqua, poena et simul nota infamiae afficeretur; cum autem ille diceret se in eleemosynam vestes accepisse a viro quodam, qui inde paulo ante recesserat, praedictus minister Ignatium consecutus est, et ex signis a paupere acceptis, eum agnoscens, interrogavit num vestes illas pauperi dedisset; intelligens autem Ignatius suo beneficio Christi pauperem in talem suspicionem et discrimen adductum fuisse, testatus est se vestes illi dedisse, et compatiens eius incommodo, lacrymas primas, postquam ex patria recesserat, profudit. Percontanti autem ministro praedicto de nomine, patria, et aliis huiusmodi rebus, hoc necessarium non esse ad pauperis sublevationem dicens, nihil ei ad has interrogaciones respondit.

y vino. No pasaré por alto sin embargo que había dado sus vestidos a un pobre y que éste había caído en sospecha de haberlo robado a uno cualquiera. El encargado de la justicia, el alguacil (que así se llama en España tomando el nombre de los árabes) lo cogió preso y podía caerle un castigo y nota de infamia.

Éste dijo que se los había dado un hombre que se había ido poco antes. El alguacil alcanzó a Ignacio y lo reconoció por las señas que le había dado el pobre: le preguntó si le había dado esos vestidos. Comprendió Ignacio que un pobre de Cristo había caído en tal sospecha y testificó que él le había dado los vestidos y sintiendo mucho aquel inconveniente derramó las primeras lágrimas desde que salió de su tierra. El alguacil le preguntó por su nombre, ciudad y otras cosas semejantes y no respondió nada porque decía que no era necesario para la ayuda del pobre.

No deja de ser significativo que sus primera lágrimas sean por “un pobre de Cristo” del que sospecha el alguacil. Desde el comienzo de su conversión su vivencia espiritual no va a ser algo intimista que lo aisle del entorno y lo encierre en la búsqueda de su perfección. Como decíamos al hablar de su acceso a la realidad aludiendo a la oración preparatoria [EE 46], para él el hombre no es algo abstracto sino una subjetividad (mis intenciones) que se expresa en unas circunstancias espacio-temporales (acciones y operaciones) y que, por lo tanto tiene unas consecuencias de las que tengo que responsabilizarme. “Viendo que con su limosna había puesto en trabajo a este pobre, fueron las primeras lágrimas que lloró, después que partió de su tierra”. Nunca se desentiende de la realidad refugiándose en las buenas intenciones. El verdadero alcance de nuestras opciones no queda agotado, ni mucho menos, en nuestras intenciones, en nuestros “pensamientos buenos y santos” [EE 332]. Nada de lo que hagamos tiene un sentido en sí aislado de las circunstancias, sino que éstas cualifican: su limosna, para vestir a un harapiento le “había puesto en trabajo”.

Y el problema no está en darse cuenta de que a veces toda nuestra buena voluntad se estrella desembocando en lo no pretendido (cosa que por desgracia no tenemos más remedio que reconocer), sino en que “no lloramos”. Sólo en la medida en que el desconcierto que produce la realidad nos afecte e implique desenmascararemos nuestras visiones ilusorias.

Leamos la narración de este hechos en la **Vida** del P. Ribadeneyra.

IV, 105-107 (L. I, 17-18)

17. Es Monserrate un monesterio de los religiosos de san Benito, a una jornada de Barcelona, lugar de grandísima devoción, dedicado a la Madre de Dios y celebrado en toda la cristiandad por los continuos milagros y por el gran concurso de gentes que de todas partes vienen a él a pedir favores, o hacer gracias de los recibidos, a la santísima Virgen nuestra Señora, que allí es tan señaladamente reverenciada. A este santo lugar llegó nuestro Ignacio, y lo primero que hizo fue buscar un escogido confessor, como enfermo que busca el mejor médico para curarse. Confessóse generalmente de toda su vida, por escrito y con mucho cuydado, y duró la confesión tres días con un religioso principal de aquella santa casa

y gran siervo de Dios y conocido y reverenciado por tal, francés de nación, que se llamava fray Juan Chanoines; el qual fue el primero a quien, como a padre y maestro espiritual, descubrió Ignacio sus propósitos y intentos. Dexó al monesterio su cavalgadura; la espada y daga de que antes se avía preciado y con que avía servido al mundo, hizo colgar delante del altar de nuestra Señora.

Corría el año mil quinientos y ventidos, y la víspera de aquel alegre y gloriosísimo día que fue principio de nuestro bien, en el qual el Verbo eterno se vistió de nuestra carne en las entrañas de su santísima madre; y ya de noche, con quanto secreto pudo, se fue a un hombre pobrezito, andrajoso y remendado, y dióle todos sus vestidos, hasta la camisa, y vistiose de aquel su deseado saco que tenía comprado, y púsose con mucha devoción delante del altar de la Virgen. Y porque suele nuestro Señor traer los hombres a su conocimiento por las cosas que son semejantes a sus inclinaciones y costumbres, para que por ellas, como por cosas que mejor entienden y de que más gustan, vengán a entender y gustar las que antes no entendían; quiso también que fuesse assí en nuestro nuevo soldado. El qual, como huviessse leydo en sus libros de cavallerías, que los cavalleros noveles solían velar sus armas, por imitar él como cavallero novel de Christo, con espiritual representación, aquel hecho cavalleroso y velar sus nuevas y, al parecer, pobres y flacas armas (mas en hecho de verdad muy ricas y muy fuertes) que contra el enemigo de nuestra naturaleza se avía vestido, toda aquella noche, parte en pie y parte de rodillas, estuvo velando delante de la imagen de nuestra Señora, encomendándose de corazón a ella, llorando amargamente sus pecados, y proponiendo la emienda de la vida para adelante. Y por no ser conocido, antes que amaneciesse, desviándose del camino real que va a Barcelona, se fue con toda priessa a un pueblo que está hazia la montaña, llamado Manresa, tres leguas de Monserrate, cubiertas sus carnes con sólo aquel saco vil y grossero, con su soga ceñido y el bordón en la mano, la cabeça descubierta y el un pie descalço, que el otro, por averle aún quedado flaco y tierno de la herida, y hinchársele cada noche la pierna (que por esta causa traía faxada), le pareció necessario llevarle calçado.

18. Apenas avía andado una legua de Monserrate, yendo tan gozoso con su nueva librea, que no cabía en sí de plazer, quando a deshora se siente llamar de un hombre que a más andar le seguía. Este le preguntó si era verdad que él huviessse dado sus vestidos ricos a un pobre, que assí lo jurava. Y la justicia, pensando que los avía hurtado, le avía echado en la cárcel. Lo qual, como nuestro Ignacio oyesse, demudándose todo y perdiendo la boz, no se pudo contener de lágrimas, diziendo entre sí: - Ay de ti, pecador, que aun no sabes ni puedes hazer bien a tu próximo, sin hazerle daño y afrenta. Mas por librar deste peligro al que sin culpa y sin merecerlo estava en él, en fin confesó que él le avía dado aquellos vestidos. Y aunque le preguntaron quién era, de dónde venía, y cómo se llamava, a nada desto respondió, pareciéndole que no haría al caso para librar al inocente.

“Ay de tí, pecador, que aun no sabes ni puedes hacer bien tu proximo, sin hacerle daño o afrenta”.

Y es que nuestros desniveles sociales impiden que la misma limosna alcance el fin que pretende. Pero ¿“lloramos” las consecuencias degradantes, a veces, de nuestras limosnas tranquilizadoras? Quiero ver reflejada toda esta problemática en una frase de la carta que el 7 de agosto de 1547 escribe a los jesuitas del colegio de Padua: “La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno”.

Efectivamente, en su experiencia espiritual, el vivir pobre entre los pobres fue algo irrenunciable. Veamos la descripción de su estancia en Manresa hecha por el P. Nadal en *Crónica de la Compañía*.

III, 203-4 (D. 9, 1-2)

[1] *Entre las muchas cosas que el P. Araoz [juzgaba se debían] de poner en el libro de la Vida del B. P. Ignacio, nos declaró al P. Ministro del collegio de Madrid y algunos otros [las siguientes:]*

Poco después que P. Ignacio llegó a Monserrat, procuró quedarse allí en alguna hermita; y a lo que creo, como hera tan moço, no le quisieron admitir los monjes de aquella santa casa; y assí se fue P. Ignacio a buscar por aquella montanna alguna cueba donde se entrar, con intención de baxarse algunas vezes al monesterio a confesarse y comulgar. Y allando una concavidad debaxo de una peña, metióse allí y estuvo una temporada, y vaxábase, según su propósito, algunas vezes al monesterio a confesar y comulgar a temporadas, y pedía limosna en la portería del monasterio con los demás pobres, y tornaba después a su cueba con algun pedaçillo de pan que le daban; y con esto, y con algunas raýzes o yerbas, se sustentaba. Y pasando algùn tiempo, reparó el fraile que repartía la limosna en nuestro Padre, y miróle muy de propósito, y viole que estaba con mucha humildad; y también creo que instruía a los pobres en algunas cosas buenas, de manera que dezían mucho bien dél los pobres. Y assí este monge fue a dezir al abbad, cómo avía muchos días que venía a pedir limosna de tiempo en tiempo, aquel peregrino que dio los vestidos y dio la mula en que vino a aquella sancta casa, y que devía de acogerse en aquella montaña en alguna parte, y temía no le comiesen algunas vestias fieras; y sospechaba que podría ser que se uviese tornado loco, aunque él parecía que hera hombre noble y de buena parte; y que así deseaba imbiar algùn moço tras él para que le açechase dónde se acogía. Y el abbad diole esta licencia, y embió al moço; e yendo tras él, viole que se entraba debaxo de una peña, y admirándose volvió al monesterio, y dixo al fraile que le avía imbiado, dónde se acogía. El monje fuese luego al abbad, y contóle lo que le avía dicho el moço, delante de un médico que curaba en casa, y era de Barcelona, y el abbad dixo al monje que el día siguiente se podría yr allá con el moço, y que preguntase al peregrino quién hera, y que le amonestase que se fuese de allí. Y el médico que digo dixo al abbad que él también quería yr allá con el monje; al qual después conoció mucho el P. Araoz en Barçellona y le trató familiarmente, y como testigo de vista le contó lo que pasó en esto.

[2] *Al fin fueron con el moço el monje y el médico a buscar a nuestro Padre, y a un grande trecho del monesterio viéronle debaxo de una peña y, llamándole, salió nuestro Padre, creo que dezía el P. Araoz a quatro pies, y con un rostro severo y humilde; y el monje devía de yr bien preparado, y assí començóle a amonestar y dezir que vivir y avitar en aquel lugar hera grande temeridad, pues estaba allí puesto a notable peligro de que le comiesen algunas vestias fieras, y que esto parecía que hera como caso de desesperación, pues era tentar a Dios pedirle que le guardase allí milagrosamente, y assí corría mucho peligro su salvación si allí moría; y que pues parecía hombre de buena parte, se fuese con ellos y tomase alguna manera de vivir; y otras cosas que yo no me acuerdo. Nuestro P. Ignacio oyóle todo callando con mucha humildad, y después que uvo acabado su razón el monje, comenzó P. Ignacio a responder por horden a las cosas que le havía dicho con grande prudencia y cordura, y díxoles tales cosas y tantas, que se admiraron el monje y el médico; y así, sin replicarlo palabra, sino que se quedase con Dios, se bolvieron a su monesterio, y P. Ignacio se entró en su cueba. Y llegados al monesterio, dixieron al abbad lo que les avía acaescido, y que aquel peregrino hera loco por nuestro Sennor Jesucristo; y así todos se admiraron de lo que les avía dicho. Y con este crédito y opinión que de nuestro Padre avían cobrado, tenían los monjes intención de regalarle y honrarle quando vaxase; y así, al tiempo acostumbrado vaxó nuestro Padre, y en el monesterio començáronle a hazer mucha cortesía y honra los que antes no hazían caso dél; y como vio esto el sancto varón, se fue a los montes donde estuvo.*

“De manera que decían mucho bien dél los pobres”. Estos son los niveles reales de su pobreza, rechazando todo lo que “le habían dicho con grande prudencia y cordura el monje y el médico”.

Su pobreza la vive desde los pobres reales, no desde la concepción 'religiosa'. Y así su vida va a irse desarrollando como un pobre de tantos pero no sin resistencia por parte de su sensibilidad condicionada por su pasado. Pero veamos cómo Laínez nos cuenta esta añoranza en su Carta:

I, 78 (D. 6, 8)

8. Pero en los quatro meses primeros no entendía casi nada de las cosas de Dios; pero era dél ayudado, especialmente en la virtud de la constancia y fortaleza; porque, así como en lo que toca a la castidad, al principio fué favorecido de manera que después ha sentido muy poca contrariedad, así, en lo que tocaba a su estado de penitencia y pobreza, decía, si bien me acuerdo, que sola una vez, después de haber dado sus vestidos al pobre, estando en un hospital a solas, le venía un pensamiento que le decía: si tuvieras ahora tus vestidos, no sería mejor que te vistieses?: y sintiéndose un poco contristar, se parte de allí y se entra con los otros pobres, y aquella cosa se le pasa.

Y Polanco lo recoge en **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús.**

I, 160 (D. 7, 15)

15. Pero era de Dios ayudado especialmente en la virtud de la constancia y fortaleza; porque como fué al principio favorecido de Dios para la castidad, en manera que después sintió muy poca contrariedad, así, en lo que tocaba a su estado de penitencia y pobreza, tuvo muy poca. Sólo una vez, después de haber dado sus vestidos al pobre le vino así un pensamiento, estando en el hospital, que le decía: ¿no sería mejor tener sus vestidos? etc.; y sintiéndose un poco contristar, juntóse con los otros pobres, y aquella cosa se le pasó. Otra vez también, viéndose flaco y fatigado, le vino una tentación intrínseca diciendo: Oh, pobre de ti, ¿cincuenta años has de pasar en esta vida? Pero él, entendiendo ser el mal espíritu, le respondió con eficacia: dame una cédula que viviré un día, y yo mudaré la vida; queriendo decir que él era enemigo y no señor de un momento de nuestra vida, y así le pidió la cédula como cosa imposible.

Y en su **Vida del P. Ignacio y comienzos de la Compañía.**

II,525 (D. 21, 15)

[15] *Semel tantum, postquam vestes suas mutaverat, tentationem quandam animum subeuntem sensit, quae suggererat: — Nonne melius tuis vestibus indutus, prout tuum gradum decebat, nunc induereris, et cum aliis quam cum his pauperibus versareris? — Sed ille huiusmodi spiritum facile discernens, et bonum non esse agnoscens, aliis pauperibus se coniunxit et cum eis loqui coepit; nec amplius tentatio huiusmodi ad eum accessit. Sed alia ratione Sathanas eum aggressus est. Cum enim se videret debilem ac defatigatum et corpore afflictum, talis eum subiit cogitatio: — O, miser Ignati! quinquaginta anni in hac afflictione tibi supersunt exigendi —. Sed agnoscens ille demonis tentationem: — Poterisne tu, inquit, chirographum dare, quod vel unum diem integrum sim victurus? —. His ergo duobus et levibus tentationibus pulsatus circa constantiam, cum omnino inconcussum mentis suae propositum retineret, nullam amplius de relinquenda vocatione tentationem, quae ali-*

[15] Solamente una vez, después de cambiar sus vestidos, sintió en su ánimo una tentación que le sugería:

—¿No sería mejor que te vistieras ahora con tus vestidos como conviene a tu condición y te fueras con otra clase de personas y no con estos probrecillos? — Pero el discernió fácilmente este espíritu y conociendo que no era bueno se fue con los otros pobres y comenzó a hablar con ellos. Pero Satanás le atacó con otra tentación. Al sentirse débil y cansado y quebrantado en el cuerpo, le vino este pensamiento: — Pobre Ignacio! Todavía te quedan cincuenta años que pasar en esta clase de aflicciones. Pero se dio cuenta que era tentación del demonio y le dijo: —¿Puedes darme una cédula escrita de que voy a vivir ni siquiera un día entero? Probado con estas dos ligeras tentaciones acerca de su perseverancia, mantuvo intacto su propósito y no tuvo más tentación de alguna importancia sobre

cuius esset momenti, sensit; nec cum manum aratro admovisset, retro unquam aspexit. Erat autem ieiunio tam deditus, ut praeter diem Dominicum, tota hebdomada ieiunaret. Et ita primos quatuor menses, ut diximus, expendit.

dejar su vocación; una vez puesta la mano sobre el arado no miró hacia atrás.

Estaba tan entregado al ayuno que ayunaba toda la semana menos el Domingo. Y así pasó, como hemos dicho, los primeros cuatro meses.

Y Ribadeneyra en su Vida.

IV, 113 (L. 1, 22)

22. Entrando, pues, en este palenque nuestro soldado, luchando consigo mismo, y combatiendo valerosamente contra el demonio, pasó los quatro primeros meses con gran paz y sosiego de conciencia y con un mismo tenor de vida y sin entender los engaños y ardidés que suele usar el enemigo con quien lidiava. Aún no avía descubierto Satanás sus entradas y salidas, sus acometimientos y fingidas huídas, sus assechanças y celadas; aún no le avía mostrado los dientes de sus tentaciones, ni le avía puesto los miedos y espantos que suele a los que de veras entran por el camino de la virtud. Aún no sabía nuestro Ignacio qué cosa era gozar de la luz del consuelo después de aver passado las horribles tinieblas del desconsuelo y tentación, ni avía experimentado la diferencia que hay entre el ánimo alegre y afligido, levantado y abatido, caído y que está en pie, porque no avía su corazón passado por las mudanças que el hombre espiritual suele passar y experimentar; cuando un día, estando en el hospital rodeado de pobres y lleno de suziedad y de mugre, le acometió el enemigo con estos pensamientos, diziendo :- Y ¿qué hazes tú aquí en esta hediondez y baxeza? ¿Por qué andas tan pobre y tan aviltadamente vestido? ¿No vees que tratando con esta gente tan vil y andando como uno dellos escureces y apocas la nobleza de tu linage? – Entonces Ignacio llegose más cerca de los pobres, y comenzó a tratar más amigablemente con ellos, haziendo todo lo contrario de lo que el enemigo le persuadía. El qual desta manera fue vencido.

El relato es altamente significativo para descubrir desde dónde fue viviendo la pobreza evangélica: desde los pobres, tratando “más amigablemente con ellos”. Es interesante ver que la tentación consistió en que “sintiéndose un poco contristar”. La pobreza evangélica no es algo que se vive en tristeza y como observará en su carta a los jesuitas de Padua años más tarde (7 de agosto de 1547) “los pobres rien más de placer por no tener solicitud ninguna. Y bien lo demuestra la experiencia en los mendigos vulgares, que, si advirtiésemos sólo su contento, veríamos que viven más alegres y satisfechos que los grandes comerciantes, magistrados, príncipes y otros grandes personajes”. Sólo esos ‘mendigos vulgares’ pueden devolvernos el ‘contento’ que no tienen los ‘grandes personajes’. En esta escena parece reproducirse, pero a la inversa, la escena evangélica del joven rico: “Pero él, al oír estas palabras, se entristeció y se marchó apenado, porque tenía muchos bienes” (Mc 10, 22). Ignacio, por el contrario, ante la tristeza que le produce la añoranza de sus vestidos lujosos, “juntose con los otros pobres y aquella cosa se le pasó”.

Esta experiencia liberadora va a resituarlo en la realidad. En Manresa va a producirse una ruptura con su ‘situación’ no sólo ‘espiritual’ como decíamos más arriba, sino ‘social’. Las vicisitudes que va a vivir al salir de Manresa van a ser las de los pobres y con ellos.

Leamos cómo nos describe en la **Autobiografía** el camino de Gaeta a Roma y Venecia.

I, 412-19 (D. 12, 38-41)

38. Tuvieron viento tan recio en popa, que llegaron desde Barcelona hasta Gaeta en cinco días con sus noches, aunque con harto temor de todos por la mucha tempestad. Y por toda aquella tierra se temían

de pestilencia; mas él, como desembarcó, comenzó a caminar para Roma. De aquellos que venían en la nave se le juntaron en compañía una madre, con una hija que traía en hábitos de muchacho, y un mozo. Estos le seguían, porque también mendicaban. Llegados a una casería, hallaron un grande fuego y muchos soldados a él, los cuales les dieron de comer, y les daban mucho vino, invitándolos, de manera que parecía que tuviesen intento de escallentalles. Después los apartaron, poniendo la madre y la hija arriba en una cámara, y el pelegriño con el mozo en un establo. Mas cuando vino la media noche, oyó que allá arriba se daban grandes gritos; y levantándose para ver lo que era, halló la madre y la hija abajo en el patio muy llorosas, lamentándose que las querían forzar. A él le vino con esto un ímpetu tan grande, que empezó a gritar, diciendo: — ¿Esto se ha de sufrir? — y semejantes quejas; las cuales decía con tanta eficacia, que quedaron espantados todos los de la casa, sin que ninguno le hiciese mal ninguno. El mozo había ya huído, y todos tres empezaron a caminar así de noche.

39. Y llegados a una cibdad que estaba cerca. La hallaron cerrada; y no pudiendo entrar, pasaron todos tres aquella noche en una iglesia que allí estaba, llovida. A la mañana no le quisieron abrir la cibdad: y por de fuera no hallaban limosna, aunque fueron a un castillo que parecía cerca de allí en el cual el peregrino se halló flaco, así como del trabajo de la mar, como de lo demás, etc. Y no pudiendo más caminar, se quedó allí; y la madre y la hija se fueron hacia Roma. Aquel día salieron de la cibdad mucha gente; y sabiendo que venía allí la señora de la tierra, se le puso delante, diciéndole que de sola flaqueza estaba enfermo; que le pedía le dejase entrar en la cibdad para buscar algún remedio. Ella lo concedió fácilmente. Y empezando a mendicar por la cibdad, halló muchos cuatrines, y rehaciéndose allí dos días, tomó a proseguir su camino, y llegó a Roma el Domingo de Ramos.

40. Donde todos los que le hablaban, sabiendo que no llevaba dineros para Jerusalén, le empezaron a disuadir la ida, afirmándole con muchas razones que era imposible hallar pasaje sin dineros; mas él tenía una grande certidumbre en su alma, que no podía dudar sino que había de hallar modo para ir a Jerusalén. Y habiendo tomado la bendición del papa Adriano VI, después se partió para Venecia, ocho días o nueve después de Pascua de Resurrección. Llevaba todavía seis u siete ducados, los cuales le habían dado para el pasaje de Venecia a Jerusalén, y él los había tomado, vencido algo de los temores que le ponían de no pasar de otra manera. Mas, dos días después de ser salido de Roma, empezó a conocer que aquello había sido la desconfianza que había tenido, y le pesó mucho de haber tomado los ducados, y pensaba si sería bueno dejarlos. Mas al fin se determinó de gastarlos largamente en los que se ofrescían, que ordinariamente eran pobres. Y hízolo de manera que, cuando después llegó a Venecia, no llevaba más que algunos cuatrines, que aquella noche le fueron necesarios.

41. Todavía, por este camino hasta Venecia, por las guardas que eran de pestilencia, dormía por los pórticos; y alguna vez le acaeció, en levantándose a la mañana, topar con un hombre, el cual, en viendo que le vio, con grande espanto se puso a huir, porque parece que le debía de ver muy descolorido.

Caminando así llegó a Chozza, y con algunos compañeros que se le habían ajuntado, supo que no les dejarían entrar en Venecia; y los compañeros determinaron ir a Padua para tomar allí cédula de sanidad, y así partió él con ellos; mas no pudo caminar tanto, porque caminaban muy recio, dejándole, cuasi noche, en un grande campo; en el cual estando, le apareció Cristo de la manera que le solía aparecer, como arriba hemos dicho, y lo confortó mucho. Y con esta consolación, el otro día a la mañana, sin contrahacer cédula, como (creo) habían hecho sus compañeros, llega a la puerta de Padua, y entra sin que las guardas le demanden nada; y lo mismo le acaeció a la salida; de lo cual se espantaron mucho sus compañeros que venían de tomar cédula para ir a Venecia, de la cual él no se curó.

Son las vicisitudes y peripecias de un pobre: “Estos le seguían porque también mendicaban”, y que expresamente quiere hacerlo como tal pesándole los ducados que ha aceptado en Roma de tal forma que “se determinó de gastarlos largamente en los que se ofrescían, que ordinariamente eran pobres”. Impresiona la síntesis que siempre vive entre espíritu y realidad: la confianza en Dios la encarna en la inseguridad del pobre.

Más aún, según Laínez en su **Carta**, son los mismos pobres los que posibilitan su despojo.

I, 86 (D. 6, 17)

17. Y llegado a Roma, y habiéndole allí dado algunos escudos de limosna para su viaje, metídose en camino, comenzó a entrar en escrúpulo y parecerle que era menos confianza de Dios ir tanto asido a aquellos pocos quatrines: y así los comenzó a dispensar largamente, y primero dar de las pequeñas monedas, y después de las grandes: de manera que en Padua, estando un día de fiesta oyendo misa mayor, y llegando un pobre a él a pedir limosna, y dándole una moneda pequeña, y después de aquel vinieron tantos, uno tras otro, por ventura informados de la limosna que había dado a los pasados. que hubo de acabar todos los dineros. Y así, acabada la misa, al salir de la puerta de la iglesia, todos los pobres decían: el sancto, el sancto: y quedó sin blanca, y se va a pedir por amor de Dios lo que había de comer.

“Y quedó sin blanca, y se va a pedir por amor de Dios lo que había de comer”.

Y no olvidemos que estas experiencias primeras no va a eliminarlas a la hora de concebir la Compañía sino que quiere incorporarlas en el joven jesuita (2ª y 3ª experiencias que ha de hacer para incorporarse a la Compañía después de la experiencia de los EE).

(**Examen**, cap. 4, nos 11 y 12)

[66] 11. 2ª Sirviendo en hospitales, o en alguno dellos por otro mes, comiendo y durmiendo en él o en ellos, o por alguna o algunas horas en el día, según los tiempos, lugares y personas, ayudando y sirviendo a todos enfermos y sanos, Según que les fuere ordenado; por más se abaxar y humillar, dando entera señal de sí, que de todo el século y de sus pompas y vanidades se parten, para servir en todo a su Criador y Señor crucificado por ellos.

[67] 12. 3ª Peregrinando por otro mes sin dineros, antes a sus tiempos pidiendo por las puertas por amor a Dios nuestro Señor; porque se pueda avezar a mal comer y mal dormir; asimismo porque dexando toda su speranza que podría tener en dineros o en otras cosas criadas, la ponga enteramente, con verdadera fe y amor intenso, en su Criador y Señor; o los dos meses en hospitales o en alguno dellos, o los dos peregrinando, según que a su Superior pareciere mejor.

“Dando entera señal de sí, que de todo el século y de sus pompas y vanidades se parten [...] porque se pueda avezar a mal comer y mal dormir; asimismo porque dexando toda su esperanza que podría tener en dineros o en otras cosas criadas [...], la ponga [...] en su Criador y Señor”. Todos estos sentimientos quiere que pasen por experiencias reales, no los espiritualiza.

Pero sigamos las vicisitudes del peregrino en su nuevo status. Veamos cómo nos describe la **Autobiografía** la vuelta de Jerusalén.

I, 428-31 (D. 12, 49-50)

49. Partiendo el otro día y, llegados a Cipro, los pelegrinos se apartaron en diversas naves. Había en el puerto tres o cuatro naves para Venecia. Una de turcos, y otra era un navío muy pequeño, y la ter-

cera era una nave muy rica y poderosa de un hombre rico veneciano. Al patrón desta pidieron algunos pelegrinos quisiese llevar el pelegrino; mas él, como supo que no tenía dineros, no quiso, aunque muchos se lo rogaron, alabándole, etc. Y el patrón respondió que, si era santo, que pasase como pasó Santiago, o una cosa símile. Estos mismos rogadores lo alcanzaron muy fácilmente del patrón del pequeño navío. Partieron un día con próspero viento por la mañana, y a la tarde les vino una tempestad, con que se despartieron unas de otras, y la grande se fue a perder junto a las mismas islas de Cipro, y sólo la gente salvó; y la nave de los turcos se perdió, y toda la gente con ella, con la misma tormenta. El navío pequeño pasó mucho trabajo, y al fin vinieron a tomar una tierra de la Pulla; y esto en la fuerza del invierno; y hacía grandes fríos y nevaba; y el pelegrino no llevaba más ropa que unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos, y un jubón de tela negra, abierto con muchas cuchilladas por las espaldas, y una ropilla corta de poco pelo.

50. Llegó a Venecia mediado enero del año 24, habiendo estado en el mar desde Cipro todo el mes de noviembre y diciembre, y lo que era pasado de enero. En Venecia le halló uno de aquellos dos que le habían acogido en su casa antes que partiese para Jerusalén, y le dio de limosna 15 ó 16 julios y un pedazo de paño, del cual hizo muchos dobleces, y le puso sobre el estómago por el gran frío que hacía. Después que el dicho pelegrino entendió que era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén, siempre vino consigo pensando qué haría, y al final se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas, y se determinaba ir a Barcelona; y así se partió de Venecia para Génova. Y estando un día en Ferrara en la iglesia principal cumpliendo con sus devociones, un pobre le pidió limosna, y él le dio un marquete, que es moneda de 5 ó 6 cuatrines. Y después de aquél vino otro, y le dio otra monedilla que tenía, algo mayor. Y al 3º, no teniendo sino julios, le dio un julio. Y como los pobres veían que daba limosna, no hacían sino venir, y así se acabó todo lo que traía. Y al fin vinieron muchos pobres juntos a pedir limosna. El respondió que le perdonasen, que no tenía más nada.

De nuevo en Ferrara son los mismos pobres los que lo ‘despojan’: “y así se acabó todo lo que traía”.

Ribadeneyra al recoger esta escena en su *Vida* la termina diciendo: “y él que no tenía un pedazo de pan que comer aquel día, lo fue a buscar de puerta en puerta, como tenía de costumbre”. Su pobreza no es una práctica ascética, es su costumbre.

IV, 163-5 (L. 1, 58)

58. En Venecia se reparó unos pocos días, y topándose en ella con un buen hombre que le avía antes recogido en su casa, rogado e importunado dél, se fue a ella, y queriéndose ya partir para seguir su camino de España, le dio quinze o deziseis reales y un pedaço de paño, del qual hizo muchos dobleces para abrigar su estómago, que con el rigor del frío le sentía muy enflaquecido y gastado. Con esta provisión se puso en camino para España, y llegado a la ciudad de Ferrara, que está dos jornadas de Venecia, se fue a hazer oración a una yglesia. Estando en ella puesto con Dios, se llegó a él un pobre (como suelen) a pedirle limosna, y él echó mano y diole una moneda como un quarto; llegó otro, y nuestro peregrino diole otra moneda de más valor, como sería un quartillo. Avisaron estos pobres a los demás que estaban a la puerta de la iglesia pidiendo limosna, de lo bien que con el peregrino les avía sucedido, y ellos uno en pos de otro se fueron a él, pidiéndole por Dios, y él comenzó liberalmente a repartir con ellos de lo que tenía, dándoles primero las monedas menores y después las mayores, hasta darles todos los reales, de suerte que no le quedó ninguno. Y acabada su oración, saliendo de la yglesia, todos los pobres comenzaron a dar bozes, alabándole y diciendo: el santo, el santo; y él, que no tenía un pedaço de pan que comer aquel día, lo fue a buscar de puerta en puerta, como tenía de costumbre.

Pero pasemos al comienzo de sus estudios. Polanco comentando este comienzo en Barcelona anota en su **Vida del P. Ignacio y comienzos de la Compañía de Jesús**: “comenzó el estudio de la gramática siguiendo el mismo tipo de vida que tuvo en Manresa, es decir, comiendo de las limosnas que mendigaba y viviendo en el hospital donde los pobres se recogían; pues su amor a la pobreza a imitación de Cristo, tanto interior como exterior, había enraizado profundamente en su alma”.

II, 533 (D. 21, 25)

[25] *Sed cum Manresae supra scriptum tempus unius anni plus minus exegisset, Barcinonam se contulit, ubi et aliorum exhortationibus, et quia ipse ad Dei gloriam fore iudicabat, litteris dare operam, ut cum doctrina a Domino supernaturaliter accepta, etiam acquisitam ad proximorum aedificationem adiungere constituit. Et ita studio grammatices sic dare operam coepit (quamvis alii post reditum a Hierosolymis, hoc studium inchoatum existimant) ut eandem vivendi rationem, quam Manresae tenuerat, victitandi scilicet ex emendicatis eleemosynis, et in hospitali pauperum divertendi retineret; amor enim paupertatis, tam interioris, quam etiam exterioris, ad Christi imitationem, alte eius animo insederat; nec spiritualium Exercitiorum tradendorum, et per familiaria colloquia huius et illius iuvandi studium, interim omisit; et in dies in eo dexteritas et eficacia ad animas iuvandas et discretio spirituum augebatur; et tam ad tentationes discutiendas, quam ad eos qui in res spirituales incumbere dirigendos, eximium talentum a Domino acceperat.*

[25] Cuando pasó en Manresa el tiempo de año y medio más o menos, como queda dicho, se fue a Barcelona donde determinó ocuparse en aconsejar a los demás y en estudiar porque juzgaba que sería gloria de Dios añadir también, a lo que había recibido sobrenaturalmente del Señor, la ciencia humana para ayuda de los prójimos. Y así comenzó a estudiar gramática (aunque otros creen que empezó estos estudios después de volver de Jerusalén) pero mateniendo el mismo tenor de vida que había tenido en Manresa, pidiendo de limosna el sustento y viviendo en el hospital de pobres. Porque se había imbuido de un amor muy grande a la pobreza para imitar a Cristo y no la dejó mientras se ocupaba con empeño en dar los Ejercicios espirituales y en las conversaciones familiares para ayudar a éste o a aquel; crecía en él de día en día su habilidad y eficacia en ayudar a las almas en el discernimiento de espíritus y en vencer las tentaciones; y había recibido del Señor un talento extraordinario para dirigir a los que se entregaban a la vida espiritual.

Y efectivamente, así nos describe la **Autobiografía** su vida en Alcalá: “empezó a mendicar y vivir de limosnas”. Más aún su práctica es objeto de injurias “como se suele hacer a estos que siendo sanos mendican”.

I, 438-41 (D.12, 56)

56. *Acabados dos años de estudiar, en los cuales, según le decían, había harto aprovechado, le decía su maestro que ya podía oír Artes, y que se fuese a Alcalá. Mas todavía él se hizo examinar de un doctor en teología, el cual le aconsejó lo mismo; y así se partió solo para Alcalá, aunque ya tenía algunos compañeros, según creo. Llegado a Alcalá empezó a mendicar y vivir de limosnas. Y después, de allí a diez o doce días que vivía desta manera, un día un clérigo, y otros que estaban con él, viéndole pedir limosna, se empezaron a reír dél, y decirle algunas injurias, como se suele hacer a estos que, siendo sanos, mendican. Y pasando a este tiempo el que tenía cargo del hospital nuevo de Antezana, mostrando pesar de aquello, le llamó, y le llevó para el hospital, en el cual le dio una cámara y todo el necesario.*

Pero su medio de vida (pedir limosnas) siempre será algo compartido con los pobres. Como la misma **Autobiografía** nos cuenta, pedía limosna para “remediar los pobres”. Nunca vivirá la pobreza de forma intimista y ‘espiritual’ sino de forma compartida.

I, 440-3 (D. 12. 57)

57. *Estudió en Alcalá cuasi año y medio; y porque el año del 24 en la cuaresma llegó a Barcelona, en la cual estudió dos años, el año de 26 llegó Alcalá, y estudió términos de Soto, y física de Alberto, y el Maestro de las Sentencias. Y estando en Alcalá se ejercitaba en dar ejercicios espirituales y en declarar*

Acordarme he del temor que él mismo pasó una noche.

la doctrina cristiana; y con esto se hacía fruto, a gloria de Dios. Y muchas personas hubo que vinieron en harta noticia y gusto de cosas espirituales; y otras tenían varias tentaciones: como era una

que queriéndose disciplinar, no lo podía hacer, como que le tuviesen la mano, y otras cosas símiles que hacían rumores en el pueblo, máxime por el mucho concurso que se hacía adondequiera que él declaraba la doctrina. Luego como llegó a Alcalá, tomó conocimiento con D. Diego de Guía, el cual estaba en casa de su hermano, que hacía empremta en Alcalá, y tenía bien el necesario. Y así le ayudaban con limosnas para mantener pobres, y tenía los tres compañeros del pelegrino en su casa. Una vez, viniéndole a pedir limosna para algunas necesidades, dijo D. Diego que no tenía dineros; mas abrióle una arca en que tenía diversas cosas, y así le dio para-mentos de lechos de diversos colores y ciertos candeleros y otras cosas semejantes, las cuales todas, envueltas en una sábana, el pelegrino se puso sobre las espaldas y fue a remediar los pobres.

Después de ver la imposibilidad de seguir sus estudios en España por sus conflictos con la Inquisición decide trasladarse a París. Veamos cómo nos lo refiere la **Autobiografía**.

I, 464-7 (D. 12, 73-76)

73. *Y así se partió para París solo y a pie, y llegó a París por el mes de febrero, poco más o menos; y según me cuenta, esto fue el año de 1528 o de 27'. Púsose en una casa con algunos españoles, y iba a estudiar*

Cuando estaba preso en Alcalá, nació el príncipe de España, y por aquí se puede hacer la cuenta de todo, aun de lo pasado.

humanidad a Monteagudo. Y la causa fue porque, como habían hecho pasar adelante en los estudios con tanta priesa, hallabase muy falto de fundamentos; y estudiaba con los niños, pasando por la orden y manera de París. Por una cédula de Barcelona le dio un mercader, luego que llegó a París, veinticinco escudos, y estos dio a guardar a uno de los españoles de aquella posada, el cual en

poco tiempo lo gastó, y no tenía con qué pagalle. Así que, pasada la cuaresma, ya el peregrino no tenía nada dellos, así por haber él gastado como por la causa arriba dicha; y fue costreñido a mendicar, y aun a dejar la casa en que estaba.

74. *Y fue recogido en el hospital de Sant Jaques, ultra los Inocentes. Tenía grande incomodidad para el estudio, porque el hospital estaba del colegio de Monteagudo un buen trecho, y era menester, para hallar la puerta abierta, venir al toque del Avemaría, y salir de día; y así no podía tan bien atender a sus lecciones. Era también otro impedimento el pedir limosna para se mantener. Ya había cuasi cinco años que no le tomaba dolor de estómago, y así él empezó a darse a mayores penitencias y abstinencias. Pasando algún tiempo en esta vida del hospital y de mendicar, y viendo que aprovechaba poco en las letras, empezó a pensar qué haría; y viendo que había algunos que servían en los colegios a algunos re-gentes, y tenían tiempo de estudiar, se determinó de buscar un amo.*

75. *Y hacía esta consideración consigo y propósito, en el cual hallaba consolación, imaginando que el maestro sería Cristo, y a uno de los escolares ponía nombre San Pedro, y a otro San Juan, y así a cada*

uno de los apóstoles; y cuando me mandare el maestro, pensaré que me manda Cristo; y cuando me mandare otro, pensaré que me manda San Pedro. Puso hartas diligencias por hallar amo: habló por una parte al bachiller Castro, y a un fraile de los Cartujos que conocía muchos maestros, y a otros, y nunca fue posible que le hallasen un amo.

76. Y al fin, no hallando remedio, un fraile español le dijo un día que sería mejor irse cada año a Flandes y perder dos meses, y aun menos, para traer con qué pudiese estudiar todo el año; y este medio, después de encomendarle a Dios, le pareció bueno. Y usando de este consejo, traía cada año de Flandes con que en alguna manera pasaba; y una vez pasó también a Inglaterra, y trujo más limosna de la que solía los otros años.

Es una etapa especialmente compleja de cara a su 'estatus' de pobre. De nuevo al llegar a París se queda sin nada de lo que llevaba, no sólo por lo que él gastó sino por culpa del español al que le dió el dinero que llevaba, de forma que "fue constreñido a mendicar, y aun a dejar la casa en que estaba". Recogido en el hospital empieza a experimentar los inconvenientes de su status de cara al estudio: "y así no podía tan bien atender sus lecciones. Era también impedimento el pedir limosna para se mantener". Empieza pues a buscar medios de 'pobre' para poder aprovechar en sus estudios pero sin perder su status. Y así "se determinó de buscar un amo", pero "nunca fue posible que le hallaren un amo". Por fin con el consejo del fraile español opta por ir a Flandes cada año.

Ahora bien este medio, dentro de su nuevo status de pobre -pedir limosna- va a usarlo de modo "que no entraba ninguno dinero desto en su poder" y era compartido con "los estudiantes que él vía que tenían necesidad; [...] y desta manera distribuía la limosna que con su trabajo había buscado, sustentando muchos necesitados".

Veamos cómo se nos describe todo esto en **Algunas cosas del P. Ignacio que no están impresas**.

III, 207 (D. 9, 5)

[5] Nuestro Padre, quando estava en Francia, solía yr a Ynglaterra y a Flandes, y a algunas ciudades de contratación de Françia, a donde venían mercaderes españoles y de otras naciones, y solía coger mucha limosna, porque avían cobrado muchas gentes grande opinión de su sanctidad y virtud; y así le daban buenas limosnas. Y el modo que nuestro Padre tenía de coger estas limosnas y repartirlas, era desta manera: que non entraba ninguna cosa en su poder, sino que tenía alguna persona conocida en el lugar donde estaba, y tenía modo cómo todo se le diese a él por cuenta; y quando llegaba el tiempo de bolverse a París, esta persona en quien depositaba el dinero le daba una letra para algún mercader de París, y esta letra daba nuestro Padre al depositario general de París para que la cobrase; de manera que non entraba ninguno dinero desto en su poder. Y el modo que tenía de repartir este dinero era que a los estudiantes que él vía que tenían necesidad les daba una letra o cédula para el depositario geral, en quien estaba el dinero, y él les pagaba; y desta manera distribuía la limosna que con su trabajo avía buscado, sustentando muchos necesitados; y para sí, como lo saben todos, proveyale una señora de Barcelona de una cierta cantidad cada anno.

Veamos como nos resume esta etapa Ribadeneyra en la **Vida**.

IV, 203-7 (L. 2, 1-2)

1. *Llegado, pues, nuestro B. Padre Ignacio a la universidad de París, comenzó a pensar con gran cuydado qué manera hallaría para que, descuydado y libre de la necesidad que tenía de la sustentación corporal, se pudiesse del todo emplear en el estudio de las artes liberales; mas sucedióle muy al revés, porque fue grande la necesidad y molestia que pasó en la prosecución de sus estudios. Avíanle embiado de España cierta suma de dineros en limosna, y como él era tan amigo de no tener nada, dióla a guardar a un compañero español con quien posava, y él se la gastó toda (como le pareció), y gastada no tuvo de qué pagarle. Y así quedó tan pobre y desproveydo, que se hubo de ir al hospital de Santiago a vivir, donde le fue necesario pedir en limosna de puerta en puerta lo que avía de comer. Lo qual, aunque no le era nuevo (y en pedir como pobre hallava gusto y consuelo), todavía le era grande embaraço para sus estudios; y especialmente le estorvava el vivir tan lexos de las escuelas, como vivía. Porque, conmençándose las liciones en invierno (como es uso en París) antes del día, y durando las de la tarde hasta ya de noche, él por cumplir con el orden del hospital y con sus leyes, avía de salir a la mañana con sol y bolver a la tarde con sol, y con esto venía a perder buena parte de sus liciones. Viendo, pues, que no aprovechava en los estudios como quisiera, y que para tanto trabajo era muy poco el fruto que sacava, pensó de ponerse a servir algún amo, que fuesse hombre docto y que enseñase Filosofía, que era lo que él quería oyr, para emplearse en estudiar todo el tiempo que le sobrasse de su servicio; porque así le parecía que tenía menos estorvo para aprender, que no estando en el hospital mendigando cada día. Y avíase determinado, si hallava tal amo, de tenerlo en su corazón en lugar de Christo nuestro Señor, y a sus discípulos de mirarlos como a los Apóstoles. De manera que procuraría de representarse siempre la presencia de aquel santíssimo colegio de Christo y sus Apóstoles, para vivir como quien andava siempre puesto delante de tales ojos y exemplo. Y así dexó nuestro buen padre bien encargado en las reglas que nos dio, que mirásemos siempre a nuestro superior, qualquiera que fuera, como a persona que nos representa a Christo nuestro Señor, y a los padres y hermanos como a sus santos discípulos. Porque esta consideración, en la comunidad y vida religiosa es de gran fuerça para conservar la reverencia que se deve a los superiores, y para mantener la unión y paz que entre sí deven tener unos con otros. Deaseava cumplir lo que el Apóstol manda a los siervos y criados, diziendo: “Los que servis, obedeced a vuestros amos con temor y sencillez de corazón, como al mismo Christo”.*

2. *Nunca pudo hallar tal amo, aunque con gran diligencia y por medio de muchas personas le buscó. Y así, por consejo de un amigo suyo religioso, después de averlo encomendado a nuestro Señor, tomó otro camino que le sucedió mejor. Yvase cada año de París a Flandes, donde, entre los mercaderes ricos españoles, que en aquel tiempo trataban en las ciudades de Brujas y Anvers, recogía tanta limosna con que podía passar pobremente un año la vida. Y con esta provisión se volvía a París, aviendo con pérdida y trabajo de pocos días redimido el tiempo que después le quedaba para estudiar. Por esta vía vino a tener los dos primeros años lo que avía menester para su pobre sustento, y al tercero pasó también a Inglaterra, para buscar en Londres esta limosna, y hallóla con más abundancia. Passados los tres primeros años, los mercaderes que estaban en Flandes, conocida ya su virtud y devoción, ellos mismos le embiavan cada año su limosna a París, de manera que no tenía necesidad para esto de ir y venir. También de España le embiavan sus devotos algún socorro y limosna, con la qual y con la que le embiavan de Flandes, podía passar más holgadamente, y aun hazer la costa a otro compañero. Con estos trabajosos principios pasó sus estudios nuestro Ignacio.*

No obstante esta nueva situación de estudiante va a provocar gastos no de pobre que suscitan murmuraciones como él mismo cuenta en la **Autobiografía**.

I, 476-9 (D. 21, 84b)

84. *Es costumbre en París que los que estudian Artes, al tercer año, para hacerse bachilleres, tomen una piedra¹, como ellos dicen; y como en esto se gasta un escudo, algunos estudiantes muy pobres no lo pueden hacer. El peregrino empezó a dudar si sería bueno que la tomase; y encontrándose muy dudoso y sin resolverse, deliberó poner el asunto en manos de su maestro; y aconsejándole éste que la tomase, la tomó. A pesar de lo cual no faltaron murmuradores, a lo menos un español, que lo notó.*

Pero llegamos a un episodio especialmente sugerente respecto al tema que estamos tratando: la estancia en Azpeitia su tierra natal. Veamos cómo lo describe en la **Autobiografía**.

I, 482-7 (D. 12, 87-89)

87. *Y hecho esto, montó en un caballo pequeño que los compañeros le habían comprado, y se fue solo hacia su tierra. En el camino se encontró mucho mejor. Y llegando a la Provincia dejó el camino común y tomó el del monte, que era más solitario; por el cual caminando un poco, encontró dos hombres armados que venían a su encuentro (y tiene aquel camino alguna mala fama por los asesinos), los cuales, después de haberle adelantado un poco, volvieron atrás, siguiéndole con mucha prisa, y tuvo un poco de miedo. Con todo, habló con ellos, y supo que eran criados de su hermano, el cual los mandaba para buscarle. Porque, según parece, de Bayona de Francia, donde el peregrino fue reconocido, había tenido noticia de su venida; y así ellos anduvieron delante, y él siguió por el mismo camino. Y un poco antes de llegar a la tierra, encontró a los susodichos que le salían al encuentro, los cuales le hicieron muchas instancias para conducirlo a casa del hermano, pero no le pudieron forzar. Así se fue al hospital, y después, a hora conveniente, fue a buscar limosna en el pueblo.*

88. *Y en este hospital comenzó a hablar con muchos que fueron a visitarle de las cosas de Dios, por cuya gracia se hizo mucho fruto. Tan pronto como llegó, determinó enseñar la doctrina cristiana cada día a los niños; pero su hermano se opuso mucho a ello, asegurando que nadie acudiría. El respondió que le bastaría con uno. Pero después que comenzó a hacerlo, iban continuamente muchos a oírle, y aun su mismo hermano.*

Además de la doctrina cristiana, predicaba también los domingos y fiestas, con utilidad y provecho de las almas, que de muchas millas venían a oírle. Se esforzó también para suprimir algunos abusos, y con la ayuda de Dios se puso orden en alguno, verbi gratia: en el juego, hizo que con ejecución se prohibiese, persuadiéndolo al que tenía el cargo de la justicia. Había también allí un abuso, y era éste: en aquel país las muchachas van siempre con la cabeza descubierta, y no se cubren hasta que se casan; pero hay muchas que se hacen concubinas de sacerdotes y otros hombres y les guardan fidelidad, como si fuesen sus mujeres. Y esto es tan común, que las concubinas no tienen ninguna vergüenza en decir que se han cubierto la cabeza por alguno, y por tales son conocidas.

89. *Del cual uso nace mucho mal. El peregrino persuadió al gobernador que hiciese una ley, según la cual todas aquellas que se cubriesen la cabeza por alguno, no siendo sus mujeres, fuesen castigadas por la justicia; y de este modo empezó a quitarse este abuso. Hizo que se diese orden para que los pobres*

1. El sentido de la expresión 'pigliari una petra' no aparece claro. Y el mismo Quicherat, en su *Histoire de Saint Barbe* 1 196-197, dice no haber hallado nada sobre esta costumbre universitaria. Creemos que se trata del examen para conseguir el grado de bachiller, el cual probablemente se daba estando el examinando sentado en una piedra, al modo que refiere que se hacía en la Universidad de Coimbra. [...] Según esto, la duda de San Ignacio debió de consistir en si tomaría el grado de bachiller o si seguiría sus estudios sin títulos académicos. Resuelta esta dificultad al pasar el bachillerato, después siguió adelante, consiguiendo el grado de maestro en artes. Véase Fontes Narrativi I, 478 nota 20. El grado de bachiller en artes lo sacó a principios de 1532 y no en diciembre, como se dice en Fontes Narrativi I, 32.

se les socorriese pública y ordinariamente, y que se tocase tres veces el “Ave María”, esto es, por la mañana, al mediodía y a la tarde, para que el pueblo hiciese oración, como en Roma. Mas, aunque al principio se encontraba bien, después se enfermó gravemente. Y después que se curó, decidió partirse para despachar los asuntos que le habían confiado sus compañeros, y partirse sin dinero; de lo cual se enojó mucho su hermano, avergonzándose de que quisiese ir a pie. Y por la tarde el peregrino quiso condescender en esto de ir hasta el fin de la Provincia a caballo con su hermano y con sus parientes.

“Así se fue al hospital, y después, a hora conveniente, fue a buscar limosna en el pueblo”. Es la recuperación en su radicalidad de la ruptura en su status de vida que había provocado su conversión. Ruptura que resalta en toda su fuerza con la figura del hermano con el que tiene un detalle de condescendencia al despedirse.

Pero hay un hecho especialmente sorprendente: “Hizo que se diese orden para que a los pobres se les socorriese pública y ordinariamente”. No sacraliza la pobreza aunque él la viva evangélicamente sino que intenta eliminarla. Polanco en su **Vida del P. Ignacio y comienzos de la Compañía** dice que “cuidó de que la autoridad pública proporcionase lo necesario para socorro de los pobres, para que no se vieren forzados a mendigar”. No cae en la trampa de camuflar la injusticia con la ‘buena obra’ de la limosna. Él mismo va a tener serios reparos en que ésta fuese un medio ordinario en la Compañía para su sustento.

II, 568-70 (D. 21, 73-75)

[73] *Vexabatur interim acerbissimis stomachi doloribus Ignatius, nec ullum remedium medici adhibere poterant; et ita, eorundem consilio, in Hispaniam ad nativum aërem, quo valetudinem recuperaret, proficisci decrevit; ubi etiam multis offendiculo fuerat, aliquid aedificationis, sua scilicet in patria, praebere cupiebat; quorumdam etiam sociorum negotia conficere, et si quem ex primis sociis invenisset, ut oportebat dispositum, sibi adiungere cogitabat. Sic ergo cum sociis rem composuit, ut ipso die conversionis Sancti Pauli, mense ianuario anni 1537, Venetias proficiscerentur, ubi eundem Ignatium, vita comite, erant inventuri. Cum autem magistrum Petrum Fabrum caeteris tamquam patrem reliquisset, in autumno anni 1535 Parisiis profectus est, et quidem equo a sociis ei dato propter morbum usus, breviter itinere confecto, in provinciam Guipuzcoae pervenit.*

[74] *Erat tunc domus Loyolae atque Oñez dominus nepos Ignatii, ex fratre, qui, quamvis disposuerat aliquos in via ut eius adventum explorarent, impedire tamen non potuit quin ipse ad hospitale pauperum in oppido Azpeitiae, cui domum Loyolae vicinam diximus, pergeret, nec consanguineorum ullis precibus aut lachrymis inde abduci potuit; imo, postridie per oppidum egressus, eleemosynas ostiatim mendicavit, quod etiam acerbe admodum Loyolae dominus ferebat, cum suae familiae id dedecori esse putaret. Frustra iidem consanguinei ne christianam doctrinam doceret, aut de ea praedicaret,*

[73] Ignacio padecía unos dolores muy fuertes de estómago y los médicos no podían darle ningún remedio; así determinó, con el consejo de los otros, ir a España para recuperar la salud con los aires natales; quería dar edificación en su patria donde había sido motivo de escándalo para muchos; pensaba acabar los negocios de algunos compañeros y, si encontraba a alguno de los primeros compañeros bien dispuesto, unirlo al grupo. Había determinado con los compañeros que partiesen a Venecia el mismo día de la conversión de San Pablo en enero de 1537 donde el mismo Ignacio, si vivían, los había de encontrar. Dejó al frente del grupo, como padre, al maestro Pedro Fabro y el otoño de 1535 dejó París, montado en un caballo, que le habían procurado sus compañeros por la salud y, después de un viaje corto, llegó a la provincia de Guipúzcoa

[74] Era entonces señor de Loyola y Oñez el sobrino de un hermano de Ignacio. No pudo impedir, a pesar de haber enviado a buscarlo para recibirlo a su llegada, que se fuera al hospital de Azpeitia que está muy cerca, como dijimos, de la casa de Loyola y no lo pudieron sacar de allí los ruegos y lágrimas de los familiares. Más aún, al día siguiente pidió por el pueblo limosna de puerta en puerta lo cual llevó muy a mal el señor de Loyola sintiendo que eso era una deshonra para la familia. Se esforzaban los familiares en impedir que enseñara la doctrina cristiana porque

impedire nitebantur; nec enim ipsum aut se decere id arbitrabantur, et auditores ipsum minime habiturum dicebant. Sed Ignatius, vel unico puero praesente, se non omisurum christianae doctrinae praedicationem affirmabat; quam cum esset aggressus, tanta auditorum confluit multitudinem (inter quos et ipse Loyolae dominus erat), ut cum ecclesia Azpeytiae capax non esset, in campum egredi Ignatius ad praedicandum debuerit; et aliqui, ut commodius audirent, arbores etiam conscendebant.

[75] *Cum igitur partim in ecclesia concionando, partim extra illam doctrinam christianam proponendo, non solum satisfactionis et admirationis sed etiam commotionis plurimum excitasset, fructus insignis ex eius opera, Dei gratia cooperante, consecutus est; multi enim a statu peccati mortalis recesserunt, et poenitentiae viam ingressi sunt; multae discordiae inter aliquos, qui inimicitias gerebant, compositae fuerunt; lex publice contra ludos lata est; et ad pauperum subventionem, ne mendicare cogentur, necessaria prospici auctoritate publica curavit. Cum enim, pro more eius regionis, puellae aperto capite incedant, quod vetare, donec maritis nubant, minime solent; consueverant nihilominus aliquae, vel sacerdotibus vel aliis viris in concubinato adhaerentes, in illorum nomine caput velare; quod eo accedere videbatur, ut concubinus fere pro matrimonio haberetur. Est ergo hic abusus sublatus. Constitutum etiam est ut ter quotidie campana ad orationem, mane, meridie et vesperi pulsaretur, et ut pro his qui in peccato mortali essent quotidie oraretur; et domus Loyolae curam ut haec non intermitterentur suscepit. Qua in domo, cum tandem exoratus divertisset, concubinam etiam cuidam in ea primario viro ademisset, et ad vitam honeste ducendam mulierem adiuvit.*

pensaban que no le convenía ni a él mismo y que no iba a tener ni un mínimo de oyentes. Pero Ignacio decía que con un solo niño presente no dejaría de enseñar la doctrina cristiana. Cuando la empezó fue tanta la multitud de oyentes que acudió (y entre ellos el mismo señor de Loyola) que no cabían en la iglesia de Azpeitia y tuvieron que salir al campo para que Ignacio predicara. Y algunos, para oír mejor, se subían a los árboles.

[75] Así pues, predicando dentro y fuera de la iglesia y enseñando la doctrina cristiana, no sólo produjo gran admiración y satisfacción, sino que hubo una gran conmoción y por la gracia de Dios consiguió un gran fruto; porque muchos se apartaron del pecado mortal y comenzaron una vida de penitencia, muchas discordias entre los enemistados se compusieron, se dio una ley pública contra los juegos y para ayudar a los pobres y que no se viesen obligados a mendigar, procuró que la autoridad pública cuidara de lo que necesitaban. Según la costumbre de aquella región las muchachas iban con la cabeza descubierta y se les prohibía cuando se casaban. Sin embargo, algunas, que vivían en concubinato con sacerdotes o con otros, acostumbraban en su nombre a cubrirse la cabeza, con lo cual parecía que el concubinato se considerase como matrimonio. Desapareció este abuso. Se estableció la costumbre de tocar la campana a la oración por la mañana, al mediodía y a la tarde para rogar todos los días por todos aquellos que estuvieran en pecado mortal. Y la casa de Loyola tomó a su cuidado que no se dejaran estas costumbres. Por fin, después de mucho rogarle fue a la casa de Loyola y allí separó de una concubina al varón principal y ayudó a la mujer a llevar una vida honrada.

Por último, la **Autobiografía** recoge la vuelta a Venecia desde España. Las peripecias siguen siendo las de un ‘pobre’ o un ‘transeunte’. Como antes nos dijo Ribadeneyra, su situación de pobreza había que enmarcarla en “como tenía costumbre”.

I, 488 (D. 12, 91)

92. *Y embarcando en una nave grande paso la tempestad, de la cual se ha hecho mención más arriba, cuando se dijo que estuvo tres veces a punto de muerte.*

Llegado a Génova, emprendió el camino hacia Bolonia, y en él sufrió mucho, máxime una vez que perdió el camino y empezó a andar junto a un río, el cual estaba abajo y el camino en alto, y este camino, cuanto más andaba, se iba haciendo más estrecho; y llegó a estrecharse tanto, que no podía seguir adelante, ni volver atrás; de modo que empezó a andar a gatas, y así caminó un gran trecho con gran miedo, porque cada vez que se movía creía que caía en el río. Y ésta fue la más grande fatiga y penalidad corporal que jamás tuvo; pero al fin salió del apuro. Y queriendo entrar en Bolonia, teniendo que atra-

vesar un puentecillo de madera, cayó abajo del puente; y así, levantándose cargado de barro y de agua, hizo reír a muchos que se hallaron presentes.

Y entrando en Bolonia, empezó a pedir limosna, y no encontró ni siquiera un cuatrin, aunque la recorrió toda.

Estuvo en Bolonia algún tiempo enfermo; después se fue a Venecia, siempre de la misma manera.

Pero este talante de modo de vida no era algo exclusivo en Ignacio. En el pasaje en que Ribadeneyra cuenta el penoso camino de Francia a Venecia de sus compañeros al aludir a todas las dificultades con que iban encontrándose, observa: “y dellas y de los peligros que en semejantes caminos (mayormente a los pobres y extranjeros suelen suceder) los libró con su misericordia la providencia divina”. El status de pobre también lo han adquirido los compañeros. Por eso Ribadeneyra termina diciendo: “Echaban entonces nuestros padres los cimientos de las probaciones que había de hacer después la Compañía”. Estas ‘probaciones’, por tanto, no son algo meramente ascético sino que debía pretender adquirir un talante, una ‘costumbre’, para cuando después las circunstancias proporcionasen situaciones parecidas en otros momentos (**Autobiografía**).

IV, 251-3 (L. 2, 33-34)

33. Llovióles cada día por Francia, y, atravessaron la alta Alemania en la mayor fuerça del invierno, que en aquella región setentrional era muy áspero y extremado de frío; pero vencía todas estas dificultades, tan nuevas para ellos y desusadas, el espiritual contentamiento y regozijo que tenían sus ánimas de ver por quién y para qué las passavan. Y dellas y de los peligros que en semejantes caminos (mayormente a los pobres y extrangeros) suelen suceder, los libró con su misericordia la providencia divina. No dexaré de dezir cómo el mismo día que salieron de París, maravillados algunos de ver el nuevo trage, el número y el modo de caminar de estos nuestros primeros padres, preguntaron a un labrador (que de hito en hito los estava mirando), si sabía qué gente era aquella? y el rústico, movido no sé con qué espíritu, respondió en francés: “Monsieurs réformateurs, els vont réformer quelque pais”. Que es como dezir: “Son los señores reformadores, que van a reformar algún país”.

34. Llegaron, en fin, a Venecia a ocho de enero del año de 1537, y allí hallaron a su padre y maestro Ignacio que los aguardava, juntamente con el otro sacerdote que diximos que se le avía llegado, y con singular alegría se recibieron los unos a los otros. Mas, porque aún no era buena sazón de ir a Roma a pedir la bendición del papa para ir a Jerusalén, dando de mano a todas las otras cosas, determinaron de repartirse por los hospitales, y los cinco dellos se fueron al hospital de San Juan y San Pablo, y los otros cinco al hospital de los incurables. Aquí començaron a exercitarse con singular caridad y diligencia en los más baxos y viles oficios que avía, y a consolar y ayudar a los pobres en todo lo que tocava a la salud de sus almas y de sus cuerpos, con tanto exemplo de humildad y menosprecio del mundo, que dava a todos los que lo veían grande admiración. Señálavase entre todos Francisco Xavier en la caridad y misericordia con los pobres y en la entera y perfeta vitoria de sí mismo, porque, no contento de hazer todos los oficios asquerosos que se podían imaginar, por vencer perfetamente el horror y asco que tenía, lamía y chupava algunas vezes las llagas llenas de materia a los pobres. Tales fueron los principios deste varón de Dios, y conforme a ellos fue en progresso y su fin, como adelante se dirá. Echavan entonces nuestros padres los cimientos de las provaciones que avía de hazer después la Compañía.

Es interesante leer la descripción detallada de en qué consistió el “servir a los pobres en hospitales” durante la estancia en Venecia que nos hace Simón Rodríguez en su **Comentario sobre el Origen y progreso de la Compañía de Jesús**.

III, 55-57 (D. 3, 42)

[42] *Después que llegaron a Venecia, se juntaron con mucha consolación y gozo espiritual en sus almas con el P. Ignacio y empezaron luego a tratar de lo que harían hasta que les llegara el tiempo (que sería como poco más o menos medio año) en que los peregrinos suelen pasar a Jerusalén. Y acordaron gastar ese tiempo, en parte en el servicio a los pobres en algunos hospitales y en parte en ir a Roma para recibir la bendición del Papa, Vicario de Cristo, poniendo su confianza en que con su bendición y permiso, Dios tendría hacia ellos más particular cuidado y providencia. Y empezaron enseguida, repartidos en dos grupos, a servir a los pobres en dos hospitales. Uno de los hospitales se llama S. Juan y Pablo, y el otro de los Incurables, donde el P. Ignacio desde la casa donde vivía los iba a visitar algunas veces, y los Padres iban también a visitarle. Otras veces en estos hospitales los Padres servían haciendo sus camas, limpiando y barriendo todo lo que estaba sucio, lavando los recipientes donde los pobres hacían sus necesidades; y les daban también de comer a sus horas, y a los que morían les cavaban sus tumbas y los enterraban. Y esto lo hacían de día y de noche con tanto gozo y alegría, que era motivo de gran edificación para todo aquel hospital. Ya en la ciudad se empezaba a hablar de ellos entre gente noble y los venían a ver y fueron teniendo de ellos una gran opinión de virtud y de letras.*

Quiero traer aquí un detalle del bondadoso, pero también escrupuloso Fabro, que nos refiere Cámara en el **Memorial**: su escrúpulo refleja la preocupación por su status.

I, 724-5 (D. 13, 356)

356. Fabro estuvo una vez con escrúpulo si daría en París un doble, si un liarte al barbero.

Esto demuestra bien cuánto estimaban los Padres la pobreza. Un liard, en moneda francesa, vale algo más de dos reales en nuestra moneda; y un doble algo menos; dudaba el Padre Fabro si incluso este precio pagaría al barbero, a cuya tienda había ido a afeitarse, siendo así que el precio más bajo que [paga] la gente pobre es un liard más un doble.

Y es que no conviene olvidar que esta conciencia de ser un grupo de ‘pobres hombres’, lleva a Ignacio a denominar a la Compañía con el título de mínima. Como muestra de esta conciencia veamos la reflexión que Ribadeneyra hace tras el resultado favorable por parte del Senado de Padua de cara a fundar un colegio en aquella ciudad: “Añade que el adversario era noble, rico, honrado y opulento; nosotros peregrinos, pobretones, y, lo que era especialmente odioso, todos éramos españoles...”

II, 353-4 (D. 14, 52)

52. Ad stabiliendum Patavinum collegium, et possessionem prioratus Stae. Mariae Magdalenae a Veneto Senatu impetranda et adeundam missus est anno Domini 1548 Pater Laynez Venetias a Patre Ignatio; cumque permultae emergerent difficultates, et Ioannes Lipomanus, vir patritius et auctoritate et opibus inter suos praestans, magnum nobis negotium facesseret, scripsit

52. Para fundar el colegio de Padua y tomar posesión del priorado de Santa María Magdalena que había pedido el Senado veneciano, el Padre Ignacio envió a Venecia al P. Láinez el año 1548. Surgieron muchas dificultades y Juan Lipomano, un patricio rico, que gozaba entre los suyos de gran autoridad, se oponía en gran manera el asunto. El Padre Láinez

Pater Laynez Patrem nostrum quo in statu res essent, ab eoque per litteras petiit ut Missam pro hoc negotio faceret, qua Dominus omnia illa impedimenta sua virtute per-rumperet. Fecit Pater noster quod rogabat, et die Assumptionis vel Nativitatis (non enim satis memini) beatæ Mariæ sacrum fecit, Laynezque rescripsit: feci quod petiisti; esto bono pacatoque, animo ac rem factam habe, quoniam citra ullam dubitationem brevi ex sententia conficietur. Mirum dictu: in octava ipsius festi, quo Missa celebrata est, negotium ita ex voto successit, ut maiori foelicitate et applausu confici non potuisse videatur. Supra spem certe res cessit; cum enim 260 in Senatu essent suffragia colligenda, 214 nobis, 3 illi faverunt, reliqua dubia fuerunt. Itaque tanto animorum consensu res tota perfecta est, ut omnibus admirationi esset, dicentibus se nunquam tantam Senatus consensionem vidisse. Atque ut non hominum industria, sed Dei hoc factum voluntate credamus, quo die res ad Senatum relata est, amici quidam nostri et primariae inter patritios auctoritatis viri, qui nostras partes tuebantur, in Senatu eo ipso die, aliis distenti negotiis, non venerunt, ut ab illis nudi, a Deo armati. Deo, non illis, victoriam tribueremus. Adde quod adversarius nobilis, dives, honoratus, amicis opulentus erat; nos peregrini, pauperculi, et, quod maxime erat odiosum, hispani omnes eramus, qui rem tractabamus, etc..

escribió a nuestro Padre informándole de la marcha del asunto y le pidió por escrito que celebrase una Misa con la que el Señor, con su poder, eliminase todos aquellos impedimentos. Hizo nuestro Padre lo que le pedía y el día de la Asunción o de Navidad (no me acuerdo mucho) celebró la Misa de la Virgen María y escribió a Laínez: he hecho lo que pedías y está tranquilo sobre el asunto, que se solucionará en breve por sentencia sin ninguna clase de dudas. Palabra milagrosa: en la octava de esa fiesta se alcanzó un feliz término del negocio con una felicidad y aplauso que no se podía esperar mayor. Ciertamente sucedió más allá de toda esperanza: de los 260 votos del Senado, 214 nos fueron favorables, 3 favorecieron a Polimano y los restantes fueron dudosos. Así, se llevó acabo todo el asunto con admiración de todos que decían que nunca habían visto un consenso tan grande del Senado. Y para que atribuyamos este hecho al Señor, y no a las fuerzas humanas, el mismo día que se votaba en el Senado, nuestros amigos y los patricios de gran autoridad que nos defendían, ocupados por otros negocios, no asistieron, de modo que desamparados y confiados sólo en Dios a Él le atribuyamos la victoria. A esto hay que sumar que el adversario era noble, rico, honorable y con muchos amigos y nosotros pobrecillos peregrinos y sobre todo éramos todos españoles, (cosa en gran manera odiosa) los que llevábamos el asunto.

No deja de ser sugerente que el grupo asuma el apelativo de “peregrinos” tan fundamental en la experiencia de Ignacio.

Pero sigamos nuestra búsqueda. La pobreza ni se sacraliza ni se espiritualiza, sino que la comparten convirtiéndose desde el comienzo de la Compañía en posibilidad de servir a los pobres. Así lo dice Laínez en su **Carta** cuando relata la estancia en Venecia.

I, 116-8 (D. 6, 40)

48. Los otros cortesanos, especialmente españoles, nos hicieron asimismo limosna; de manera que entre ellos y el Papa nos dieron hasta doscientos y diez escudos para nuestro viaje a Hierusalem, para donde nos partimos a la vuelta de Venecia, donde por cédula de cambio nos habían enviado la limosna; y llegados, quiso nuestro Señor que aquel año (lo que no había acaecido muchos años, ni después) no pasasen los peregrinos a Hierusalem, por haber rompido los Venecianos con el Turco; de manera que, no yendo allá, ni despensándonos, cumplimos nuestro voto. Y así nos estuvimos sirviendo a los pobres hasta el fin de Julio o cerca.

Este servicio a los pobres va a traducirse “en obras pías” que “con ayuda del peregrino y de los compañeros” se pondrán en marcha en Roma, como nos refiere la **Autobiografía**.

I, 502-3 (D. 12, 98, e.f.)

[98e] *Hicieronse en Roma con ayuda del peregrino y de los compañeros algunas obras pías, como son los Catecúmenos, Santa Marta, los Huérfanos, etc.*

[98f] *Las otras cosas podrá contarlas Mtro. Nadal.*

Es especialmente sugerente, a este respecto, la descripción que Polanco nos hace de este servicio a los últimos que desplegó la naciente Compañía, (¡incluido el escandaloso bando de que los médicos no visitasen los que no se confesasen!). Efectivamente dicho servicio no se traducía sólo en instituciones estables para responder a necesidades permanentes (huérfanos, mujeres de mala vida...) sino a situaciones urgentes de carestía. Esta ‘masa empobrecida’ no se la intenta remediar ‘desde fuera’ sino que “comenzaron a llevar a casa algunos y darles de las limosnas con que ellos mismos vivían, ultra del techo”. Es decir, es una pobreza compartida. Más aún se implicaba en este servicio a las “personas principales” que daban las limosnas: “y había quien diese sus mismos vestidos, no hallando a mano otro que dar”. El volumen de esta respuesta circunstancial llegó a 3000 pobres, apuntando al intento de conseguir lo que ya vimos procuró en Azpeitia: “y si la sapiencia del mundo en algunos no lo impidiera, trataban de haber casa y modo para siempre mantener los pobres, sin que pidiesen; pero esto se deshizo”. Es importante la alusión a que de las limosnas “un dinero no quedaba en casa”: de nuevo el compartir e implicar a gente “de la que se comenzaba a allegar” en ese servicio a los pobres. Leamos el relato de Polanco en **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús**.

I, 197-201 (D. 7, 79-83)

79. *Pasado el invierno, después de la cuaresma, año de 1538, se juntaron todos en Roma, estando al principio en una casa cabe la Trinidad que por amor de Dios les dieron, y comenzaron cuasi todos a predicar en diversas iglesias; M^o Iñigo en español en Sta. María de Monserrat, los otros en italiano, cual sabían; M^o Fabro en S. Lorenzo in Damaso, M^o Jayo en S. Luis, con especial satisfacción, M^o Laynez asimismo en S. Salvador in Lauro, M^o Simón en S. Angelo en Pesquería, M^o Salmerón en Santa Lucía, Bobadilla en una iglesia que está en Bancos. En este predicar al menos se ganaba mortificación para las personas que predicaban, y la Compañía se comenzó a hacer conocer. Y también sacaba Dios nuestro Señor fruto en algunas almas, satisfaciéndose de quién más de quién menos. M^o Iñigo era oído de personas de mucha cualidad, con mucha satisfacción y edificación de algunos dellos. Del doctor Ortiz oí yo mismo, que se tenía por dichoso de no haber faltado a ninguna lección suya. Y el M^o Arze decía que no había visto predicar a nadie como hombre sino a él, que erat velut potestatem habens, etc.*

80. *Asimismo comenzaron a enseñar la doctrina cristiana a los niños, trayendo algunos maestros sus escuelas, y confesar a varias personas. Y así por él como por los otros, se sirvió Dios nuestro Señor de hacer bien a muchas ánimas, y se dio por ellos principio a ayuda a muchas pías y buenas obras universales y particulares en Roma; que desde aquel tiempo acá, por tocar algo en breve, por su exhortación son las confesiones y comuniones más corrientes en Roma, moviéndose a ello por sus exhortaciones algunos, y otros por ejemplo destes. Comenzó también desde entonces la obra de los niños, en la cual se remedian tantas ánimas y cuerpos de personas huérfanas; y no sólo en Roma se comenzó, pero aun en otras muchas partes y con ayuda especialmente del M^o Iñigo en algunas. También se comenzó la obra de las niñas huérfanas y otra de las citelas miserables, que llaman, donde se colocan vírgenes varias hasta que se dispone dellas para casarse o ser religiosas; que ahora hay mucho número dellas, sin las que se han remediado. Asimismo desde entonces comenzó la obra de los catecúmenos, hombres y mujeres, dando ocasión*

los que en casa se reducían y disponían al Bautismo, y ayudando a la fundación y procurando se impetrase gracia del Papa que no perdiesen sus haciendas los que viniesen al bautismo, porque no tuviesen este impedimento de su salvación.

81. Comenzó también la obra de Sta. Marta, donde se recojen las mujeres de mala vida, para que retiradas del pecado, después, según su devoción, queden religiosas o se casen, etc. En el cual lugar se han remediado dentro de 3 ó 4 años más de 100 personas, sin otras muchas que hay dentro. Y asimismo ha procurado en otras partes se hiciesen obras símiles. Desde entonces también se ha proveído de inquisición en Roma, haciendo instancia M^o Ignacio contra ciertos heréticos, y se hizo con mucho trabajo publicar el bando de los médicos que no visitasen los que no se confesasen, y otras muchas pías obras, de las cuales se dirá algo adelante.

82. Pero, tornando a aquellos principios, aun corporalmente fueron en ayudar muchos pobres: y siendo año de mucha carestía, que se hallaban los pobres muertos de hambre y frío y mal tratamiento por las calles; comenzaron a llevar a casa algunos y darles de las limosnas con que ellos mismos vivían, ultra del lecho; y ésto fué tanto creciendo, que en una casa que tenían en la torre de la Narángola, comenzaron a tener en casa ciento, 200, 300 y al pie de 400 pobres, a los cuales primeramente proveían de casa y fuego y lechos cuantos pudieron haber, para los más sanos de paja etc. Después dábanles a todos ordenada y suficientemente de comer: y sin esto, estando todos, juntos en una sala grande, entraba uno que les enseñaba la doctrina cristiana, porque no tuviesen solamente la corporal, pero también la espiritual refección: Y era tanta la devoción de algunas personas principales a esta obra, que no sólo daban limosnas para entretener este gasto, pero ellos mismos venían de noche con hachas en las manos a ver esta caridad, que con los pobres se usaba: y había quien diese sus mismos vestidos, no hallando a mano otro que dar; y así se continuó esta cosa, hasta que se hizo provisión en los hospitales, para recibir y entretener esta gente y otros; que más de 3.000 pobres se mantuvieron juntos hasta que pasó la carestía: y si la sapiencia del mundo en algunos no lo impidiera, trataban de haber casa y modo para siempre mantener los pobres, sin que pidiesen; pero esto se deshizo.

83. Sin estas limosnas, hizo hacer otras muchas M^o Íñigo; y siéndole dados muchas veces dineros en no poca suma para dispensar, y con intención por ventura y deseo de los que los daban, que quedase en casa todo o en parte, se daban tan fielmente, que un dinero no quedaba en casa. En los hospitales, asimismo, hacían espiritual y corporal ayuda, predicando y confesando y dando gente de casa (de la que se comenzaba a allegar), para que les sirviese. También predicando se ayudaron varios monasterios y en confesiones muchas personas, y entre ellas algunas grandes, y con ejercicios espirituales, asimismo, se hizo grande ayuda a muchos, en especial al doctor Ortiz, Contareno, Íñigo López, M^o Pedro Codacio, etc. Pero estas cosas dichas algunas fueron de más adelante.

Efectivamente, es especialmente importante implicar a ‘profesionales’ diríamos hoy, en este servicio directo. Leamos de nuevo a Polanco en su **Sumario hispánico...**

I, 225 (D. 7, 121)

121. Hicieron también otras buenas obras los desta congregación, como es ordenar uno dellos, que es doctor en leyes, para ser ahogado de los pobres; otro, rico y docto, de procurar gratis para los pobres ante el gobernador; otro, que era el primero médico de Faenza, prometió de visitar los enfermos gratis; y todos los otros, cada uno según su estado, ofrecieron su solicitud en ayudar los pobres enfermos y otros mendigos y huérfanos, especialmente muchachos, acogiéndoles y vistiéndoles de pies a cabeza. También la compañía de las convertidas crece en número y espíritu, mucho ayudándoles los que frecuentan la co-

munión, pidiendo limosnas de vino, leña y lo demás, con grande edificación. Atendió también con estos del Sacramento a algunas paces, de las cuales esperaba presto buena conclusión; hubo también mucho fruto en personas particulares.

Pero es Ribadeneyra el que nos proporciona en sus **Hechos del P. Ignacio** la descripción más viva de este servicio directo a los últimos y el implicar a los demás, cuando nos da cuenta de la casa de Sta. Marta: “Y así ciertamente era un bello espectáculo ver a un santo anciano (Ignacio) acompañando como sirviente a una joven y hermosa mujer...” y implicando en esta obra a mujeres de la nobleza, y contestando a los que siempre en estos casos dicen que es un trabajo inútil: “... con que sólo en una noche no ofendieren a Dios aunque supiere que luego volvería a la vida siempre...” Es la gratuidad frente a nuestras eficacias ‘seguras’.

II, 346-7 (D. 14, 44)

14. Quid ego de ardentissima eius in próximos charitate dicam? Quanta animarum Christo lucrificandarum siti aestuabat, ut nullum intentatum lapidem relinquebat, ut peccatores ad meliorem frugem conversos Deo redderet. Memini ego illum, quo tempore domus Stae. Marthae Romae instituta est, cum nobiles aliquot meretrices e turpi quaestu emergerent et ad salutarem questum et pias lacrymas se reciperent, per vicos publicos eas comitari solitum, non quidem gregatim, sed modo hanc, modo illam. Itaque pulcherrimum erat sane spectaculum videre sanctum senem, quasi anteambulonem, praeuntem iuvenem et formosam et vagam mulierculam, ut e crudelissimi tyranni faucibus eriperet, et in Christi manibus collocaret. Comitabatur autem illas vel in coenobium nuper extractum, vel in principis foeminae alicuius domum, in qua paulatim cicurarentur, et ad virtutis studium, exemplo et consilio aliarum incitatae, assuefierent. Qua in re maxime emicuit sanctissimae atque illustrissimae foeminae Leonoris Osoriae, Ioannis Vegae, tunc Caroli Quinti Romanorum imperatoris apud Summum Pontificem legati, uxoris et pia charitas et fervens animarum zelus. Cum autem quidam dicerent huiusmodi mulierculas, inveteratas iam et in omni vitiorum sorde confirmatas, facile in pristinam vitam relabi, et tamquam canes ad vomitum redire, pro eoque non esse tam anxiam de earum conversione curam suscipiendam: - Minime - inquit Pater - sane: sed ego quidem, si omnibus laboribus et curis possem uni persuadere ut vel una tantum nocte a peccato abstineret propter dominum meum Iesum Christum, nihil omnino omitterem, ut saltem illo tempore Deum non offenderet, etiamsi scirem postea e vestigio ad pristinam consuetudinem reducturam.

14. ¿Qué voy a decir de su ardentísima caridad? Le quemaba tanto la sed de ganar almas para Cristo que no dejaba ninguna piedra por remover para llevar a los pecadores convertidos a una vida más virtuosa. Me acuerdo que, en el tiempo en que se abrió la casa de Santa Marta en Roma, acostumbraba a acompañar por las calles a algunas prostitutas nobles que habían dejado este género de vida y se habían convertido, arrepentidas, a otro más honrado. Lo hacía no en grupo sino una a una. Y era precioso ver este espectáculo: un santo viejo caminando delante de una joven, hermosa y perdida mujercita para arrancarla de las fauces del tirano y ponerla en las manos de Cristo. Las acompañaba o a un monasterio abierto hacía poco o a la casa de alguna mujer principal en la cual poco a poco se amansasen y se acostumbrasen, ayudadas por el ejemplo de otras, a la vida virtuosa. En todo esto sobresalió la caridad y el celo ferviente de la virtuosísima e ilustrísima señora Leonor Osorio esposa de Juan de Vega, legado entonces de Carlos Quinto, emperador de Romanos, junto al Sumo Pontífice. Algunos decían que esta clase de mujeres, habituadas ya a todos los vicios, volverían a caer en la antigua costumbre y volverán al vómito como los perros, y que no había que ocuparse con tanta solicitud de su conversión. De ninguna manera -dijo el Padre - Si yo pudiera convencer con todos mis trabajos y cuidados a una sola que una sola noche no pecara por mi señor Jesucristo, no dejaría nada sin hacer para que al menos, durante aquel tiempo, no ofendiera a Dios aunque supiera que volvería enseguida a su antigua costumbre.

Recojamos las otras versiones de estos hechos. Nadal en su **Apología** y en sus **Exhortaciones de España** nos refiere así la carestía de Roma y la respuesta de Ignacio y los primeros compañeros.

II, 86-7 (D. 3, 84)

[84] *Romae congregati 10 patres; obierat enim Patavii Osius, acri vir ingenio ac spiritu imprimis fervido. Maiori spiritus fervore accensi, quasi ex integro ceperunt sua ministeria exercere, maiori etiam edificatione, exercitatione ac fructu spirituali. Erat vero eximia utilitas in Exercitiis spiritualibus, magna commotio per exhortationes quae habebantur in plateis ac viis urbis frequentioribus. Ad prelatos ac doctores insignes haec spiritus excitatio fortiter quidem pertingebat; ex his enim non pauci tum per Exercitia spiritualia, tum per spiritualia colloquia ac pias divinarum rerum consuetudines, non vulgarem fructum retulerunt. Tanta animi alacritate, spiritus confidentia ac luce suis ministeriis spiritualibus incumbabant, ut ad externa etiam opera singulari successu extenderentur opportune, ad iuvandos vinctos, infirmos, pauperes omnes; nam quum fames Urbem misere occupasset et extrema pauperes paterentur, magna sollicitudine ac labore effecit P. Ignatius cum sociis ut ex tota Urbe conquisitos, pauperes. semel quotidie domi reficerentur, ac cubitum stratis ad pavimenta paleis reciperentur; horum erat quotidianus numerus 400 plus minus. Multae praeterea elemosynae magnatum virorum ac divitum hominum per P. Ignatium dispensabantur summa fide, quae ut purior esset, rogantibus illis ut quantum esset suis necessarium ex illis elemosynis reservaret, nunquam tamen id fecit, sed ex pura ac quotidiana emendicatione gaudentes victitabant omnes.*

[84] Se reunieron en Roma diez Padres; estaba presente Osio de Padua, hombre de ingenio agudo y sobre todo de espíritu ferviente. Con gran fervor comenzaron desde el principio a ejercer sus ministerios con gran fruto y edificación espiritual. Eran de extraordinario provecho los Ejercicios espirituales y, la predicación que tenían por las plazas y calles de la ciudad más frecuentadas, producía gran conmoción. Les llegaba este revuelo espiritual muy constantemente a los prelados y doctores y no pocos de entre éstos sacaron no pequeño fruto por los Ejercicios espirituales o por las conversaciones y práctica de las cosas de Dios. Se dedicaban con tanto ánimo, confianza espiritual y claridad en sus ministerios que también se ocupaban oportunamente de obras materiales con gran fruto: ayudar a los presos, a los enfermos a todos los pobres; llegó el hambre a Roma y los pobres padecían necesidad extrema: El P. Ignacio con los compañeros buscó a los pobres de toda Roma y una vez al día les daban de comer en casa y extendía paja en el suelo para que descansaran. El número diario era de 400 más o menos. Se conseguían además muchas limosnas de los nobles y ricos y el P. Ignacio las distribuía con suma fidelidad y, para que ésta quedase más patente, nunca quiso reservar lo necesario para los suyos a pesar de que se lo rogaban los bienhechores, sino que de la sola y diaria mendicidad comían todos con alegría.

II, 263 (D. 10, 26 b)

26. *Illud etiam eo tempore opus charitatis ipsorum existimationem bonam auxit non mediocriter. Laborabat Urbs annonae caritate ita graviter, ut omnes pauperes periclitarentur, nonnulli etiam fame interirent. Motus misericordia Ignatius, praeter eam stipem ex qua ipsi victitabant, tantum praeterea collegit, ut 400 pauperes singulis noctibus cibo reficeret et sub tectum reciperet.*

26. Esta obra de caridad en aquel tiempo aumentó no poco la estima de los nuestros. Padecía la ciudad tal carestía de víveres que estaban en peligro todos los pobres y algunos morían de hambre. Movido de compasión Ignacio, exceptuando lo que comían los nuestros, recogió tanto que todas las noches les daba de comer a 400 pobres y los recibía bajo techo.

El mismo hecho lo refiere Simón Rodríguez en su **Comentario sobre el origen y el progreso de la Compañía de Jesús**.

III, 105-7 (D. 3, 80)

Aconteció un invierno ser tanta la falta de trigo en aquella ciudad que los pobres, en parte por la falta de alimentos y en parte por ser aquel invierno de frío intenso, morían por la noche en las plazas y calles en las que dormían porque no había quien cuidase de ellos ni los recogiese. Los Padres se movieron a piedad y compasión por ellos y empezaron a buscar por la noche los desarrapados que dormían en las calles y plazas y los traían a casa y procuraban recibir limosna de ciertas personas devotas con lo que les conseguían fuego y paja para poder dormir y un poco de pan; y les enseñaban la doctrina cristiana y algunas otras oraciones que no sabían y tenían obligación de saber, y por la mañana iban los pobres a buscarse la vida. Y creció tanto el número de esos pobres que llegaban algunas veces a 300, otras veces 400, y ya no podían caber en la casa que tenían los Padres. Esta obra fue de tanta edificación que muchos cardenales y otras personas ricas se movieron para socorrer tan grande necesidad, diciendo: – Vergüenza y gran confusión es para nosotros que unos hombres pobres que no tienen para comer hagan esta obra santa y que pudiendo nosotros, no miremos para ello – . Finalmente se juntó mucha limosna y recogieron los pobres en otra parte y en un lugar más amplio donde se les proveyó mejor y no sólo a estos, que dormían y yacían en calles y plazas, pero también a todos los demás que se encontraban en las casas sin tener que comer se les ayudó, y entre todos serían más de dos mil; y los que gobernaban la ciudad procuraron con mucha diligencia traer trigo de modo que toda la ciudad se hartó.

Y Ribadeneyra, en la **Vida**, con su acostumbrado colorido.

IV, 297 (L. 2, 65)

65. No estaban ociosos los padres que quedaron en Roma, porque aviendo en aquella ciudad gran falta de mantenimientos, y siendo el año tan apretado que muchos, o perecían de hambre o se hallaban casi consumidos y para morir, tendidos por las plaças, los padres, para remediar quanto les fuesse posible tan gran necesidad, ponían gran diligencia en buscar dineros, allegavan pan y guisavan algunas ollas de yerbas, y buscando los pobres por las calles y plaças, los traían a casa, y después de averles lavado los pies, les davan de comer, y curavan los llagados y enseñávanles la doctrina christiana, y finalmente no dexavan de hazer oficio ninguno ni obra de misericordia que pudiessen, assí espiritual como corporal. Y algunas vezes estava la casa tan llena de los pobres que traían de las calles y plaças, que no cabían más, porque llegavan a trescientos y a quatrocientos los que estaban en casa, tendidos sobre el heno que para esto avían echado los padres en el suelo. Maravilló esta obra extrañamente con la novedad y provecho al pueblo romano y fue motivo para que otros se empleassen en semejantes obras de caridad. Porque muchos hombres principales, y entre ellos algunos cardenales, movidos con tal exemplo, procuraron muy de veras que los pobres no padeciessen tanta necessidad. Y fue creciendo tanto esta obra, que se sustentavan en Roma en diversos lugares tres mil pobres, los quales murieran de hambre, si no fueran socorridos. También se allegaron en este tiempo a los nuestros algunas personas señaladas, assí mancebos como hombres de mayor edad, para seguir su instituto y manera de vivir.

Nadal en su **Diálogo a favor de la Compañía contra los herejes** refiere así la fundación de Sta. Marta.

II, 273-4 (D. 10, 35)

[35] *Romae, praeter consueta, manum etiam extendit Ignatius ad publica pietatis opera instituenda. Eo enim tempore eius opera enituit in fundatione domus Catechumenorum, in erectione monasterii D. Marthae sacri, ad quod illae reciperentur mulieres, quae violata matrimonii fide, ad adulteros deficiunt, si quando tamen respiscunt, misere atque adeo desperate afflictari solebant; illinc enim certum illis exitium a maritis impendebat, hinc erat ipsis morte acerbior peccati obscaenitas; itaque nesciebant quo se verterent, ut subsidio destitutae. Domum praeterea unam instituendam procuravit, quo colligerentur tum expositi infantes, tum pueri omni praesidio orbat. Aliam item ubi puellae ex meretricio progeneratae protegerentur atque instituerentur honeste. Erat multum Ignatius et socii in dissidiis et factionibus sedandis ac pace concilianda. Breviter, nihil esse poterat unde proximus iuvvari posset ex instituto, quod et Romae et in omnibus fere christiani orbis provinciis per Ignatium et socios hoc tempore, si unquam antea, non maiori studio, cura atque diligentia obiretur, et quod non maiori rerum successu amplificaretur.*

[35] Además de lo que hacía de ordinario, Ignacio extendió su mano en Roma para fundar obras públicas de caridad. Sobresalió en aquel tiempo la fundación de la casa de los Catecúmenos, el monasterio de Santa Marta donde se podían recoger las mujeres que habían sido infieles al matrimonio y que se entregaban a los adúlteros cuando al entrar en sí se sentían afligidas y desesperadas; tenían miedo del seguro escarmiento de sus maridos y esta deshonestidad del pecado era para ellas peor que la muerte; por eso no sabían adonde acudir puesto que estaban del todo desamparadas. También se ocupó en abrir una casa donde se recogieran los niños expósitos y los que no tenían a nadie. Otra, donde las jóvenes salvadas de la prostitución se pudieran educar honestamente. Era grande Ignacio y sus compañeros en apaciguar bandos y enemistades y reconciliarlos en paz.

En resumen, no había nada en Roma donde pudiera ayudar a los prójimos según el instituto ni en casi todas las provincias del orbe cristiano, que no fuera emprendido por Ignacio y sus compañeros entonces (aunque también lo habían hecho antes) con gran empeño y que no aumentara más por el gran éxito.

Pero tenemos que recoger un párrafo que Ribadeneyra añade en **Hechos del P. Ignacio** al que antes hemos citado sobre la casa de Sta. Marta donde refiere la originalidad de esta obra. Casas para mujeres arrepentidas que quisieren ‘consagrarse a Dios’ ya había en Roma. Lo que Ignacio crea es una casa para recoger a mujeres casadas con dificultades en su matrimonio que podían llevarlas a perderse, o no casadas, pero que no estaban dispuestas a entrar en un monasterio. Y en las discusiones para iniciar la obra es Ignacio el que se lanza ante la indecisión de los demás interesados.

II, 348-9 (D. 14, 46)

46. *Et quoniam de nova Stae. Marthae (quam vocant) domo Romae instituta mentionem fecimus, non erit abs re pauca quaedam de modo, quo primum inchoata fuit atque erecta, dicere, ut huius sanctissimi viri tum charitas tum prudentia magis eluceat. Cum enim videret permagnum esse Romae luparum gregem, quae ex prostituta pudicitia quaestum quaerent, ex quibus nonnullae tandem, Deo inspiratore et duce, cuperent aliquando se ex colluvie illa et impurissima illa flagitiorum voragine in portum salutis recipere, et ad has quidem et suscipiendas et alendas institutum esse Romae monasterium (quod Conversarum vulgo appellatur), sed tamen ea lege ut se penitus totasque Deo in religione consecrarent: ac proinde iis, quae matrimonii vinculo vinctae sunt et,*

46. Y puesto que hemos hecho mención de la nueva casa que llaman de Santa Marta, no estará demás decir algo acerca del modo cómo fue fundada para que brille más la caridad y la prudencia de este santísimo varón. Vio que había en Roma gran número de casas licenciosas que buscaban la ganancia con la prostitución. Había sin embargo algunas mujeres que, movidas y ayudadas por Dios, querían por fin salir de aquel lodazal y cúmulo de pecados y acogerse al puerto de la salvación. Para acogerlas y alimentarlas se fundó en Roma el monasterio que vulgarmente llaman de las Arrepentidas pero con el objetivo de que se entregaran y consagraran totalmente a la vida religiosa. Por consiguiente aquellas

unitatis foedere abrupto, corpus dividunt et vulgant, quarum bene magnus est numerus, nullum esse asylum, nullum perfugium, quo se tantisper conferrent dum rebus compositis, in gratiam maritorum redirent; ac propterea esse permultas ex huiusmodi mulierculis, quae emergere quidem ex faecibus et explicare se ex labyrintho illo desiderarent sed non statim tamen se asperitati paenitentiaeque perpetuae ad eluendas vitae exactae sordes dedere; curavit Pater ut locus aliquis institueretur communis qui omnibus pateret, omnes amplecteretur.

Cum, autem hoc tam pium opus plurimis principibus viris et foeminis proposuisset, quorum opibus conficeretur, et omnes quidem se propensos ad iuvandum ostenderent, si quis esset qui primus lapidem mitteret, mallentque singuli sequi praeceuntes alios quam praeire sequentibus, et in hac concertatione multum temporis contritum esset; Pater, ut omnem diabolo interturbandi tam sanctum opus occasionem praecideret, hanc rationem excogitavit: ex area quadam nostra, quae ante ecclesiam nostram Romae est, P. Petrus Codatius eo quidem tempore cuniculis subterraneis effossis, extrahi curaverat ingentes lapides, ex romanis ruinis et insanis molium substrutionibus terra obrutos et sepultos. Ii autem lapides extracti in platea illa iacebant. Tunc P. Petro Codatio ait: - Vende lapides, Petre, atque ex iis summam centum aureorum mihi dato-. Cum ille fecisset, Pater centum nummos aureos capiens: - Ego -inquit- opus incipio: en 100 aurei: si nemo est qui anteire velit, me ducem sequatur — . Subsequuti sunt reliqui; et ita Patris industria opus eximium et valde salutare et inchoatum est et perfectum.

que estaban casadas y habían roto su matrimonio dividían su cuerpo y buscaban trato con otros y de éstas había muchas y no tenían asilo ni ayuda donde pudiesen acudir hasta que pudieran volver con sus maridos si las cosas se arreglaban; por eso había muchas pobrecillas que querían salir de verdad y verse libres de aquellas redes tan sucias pero no se entregaban enseguida a la austeridad y penitencia para lavar los pecados de la vida pasada; procuró el Padre que se abriese un sitio común que estuviera abierto a todas, que recibiera a todas.

Propuso esta piadosa obra a varones y señoras principales para realizarla con su ayuda y todos se mostraron decididos a colaborar pero ninguno se atrevía a ser el primero que tirase la piedra sino que esperaba que otros empezaran y seguirlos. Se perdió mucho tiempo en ponerlos de acuerdo. El Padre, para impedir al diablo toda ocasión de estorbar tan santa obra, pensó esta solución: el P. Pedro Codacio había desenterrado unas grandes piedras de unas zanjas subterráneas excavadas de un terreno que hay delante de nuestra iglesia en Roma. Eran de las ruinas romanas y de los cimientos de grandes construcciones y estaban cubiertas por gran cantidad de tierra. Estaban en la plaza. Entonces dijo al P. Pedro Codacio: - Pedro, vende estas piedras y dame a mí de lo que obtengas cien escudos de oro- Lo hizo así y tomándolos el Padre dijo -

Yo empiezo esta obra: aquí están cien escudos de oro: si nadie quiere ir delante, que me siga- Los demás le siguieron y así, por el ingenio del Padre, se empezó y acabó esta gran obra tan provechosa.

Pero su táctica de implicar en el servicio a los pobres no sólo fue de Ignacio. Los primeros jesuitas también la tienen. En una carta del P. Estrada que recoge Polanco en su **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús** se cuenta que como fruto de su apostolado consigue que cuatro doctores con otros cuatro se comprometan a “demandar y recibir las limosnas para los pobres”.

I, 247-50 (D. 7, 156-158)

156. Sentencia vera es de Ntro. Salvador (patres in Christo dilectissimi), ut sic luceat lux nostra coram hominibus, ut videntes opera nostra, glorificent Patrem qui in caelis est [Mt 5, 16]. Él mismo es el que dice: nemo accendit lucernum et ponit eam sub modio, sed super candelabrum, ut luceat omnibus qui in domo sunt [Mt, 5, 15]. De la cual doctrina excitado mi ánimo ya muchos días ha, dispuso por letras manifestar lo que la divina Magestad, por el vil y abyecto instrumento, en la tierra de montepulciano se ha dignado obrar, con deseo que el débito honor y gloria se dé a Aquel a quo omne datum optimum et omne donum perfectum est [Sant 1, 17], ut denique ad locum unde exeunt flúmina revertantur, ut iterum fluant [Ecl 1, 7]. Ultra de la compañía de pobres derelictos, y otra de fanciulas, que

nuevamente en Montepolliciano se han ordenado, y otra de hombres de la caridad, con otra de mujeres principales, etc.; ultra etiam de las confesiones particulares y generales, que con mucha enmienda de vidas allí se han hecho: resta agora saber cómo, queriéndome yo partir, fui forzado detenerme algunos dias, a instancia de cuatro doctores, principales personas desta tierra, los cuales se habían secuestrado para hacer la confesión general, con crecidos deseos de pasar adelante, y así comencé a dar los ejercicios a todos cuatro, visitando a cada uno de ellos dos veces al dia, por más presto me expedir: los cuales tandem hicieron mirabile y algunos de ellos inexplicable fruto. Tamen, porque más manifiesto fuese, ordené que después confesados todos juntos y otros mancebos mis devotos en un monasterio nos comuni-cásemos. Después, hecho esto, demandándoles yo si fuesen dispuestos para (por amor de Cristo) demandar la limosna en su misma tierra, me respondieron muy liberalmente y magnanimiter que aquello y mucho más estaban prontos y paratísimos para hacer: por lo cual ordené (para que por ellos Dios Ntro. Señor fuese más loado y glorificado), que se hiciese una procesión un domingo de los pobres derelictos, y que por toda la tierra anduviesen cantando las letanías, con los cuales fuésemos los sobredichos con otros cuatro, asimismo para demandar y recibir las limosnas para los pobres. Y así fue hecho: que yendo yo delante llamando a las puertas con un bastón, ellos, quién con talega a cuestras, quién con cesta o bocal etc. recibían las limosnas, según que aptas eran en los tales vasos; y repartido entre todos ocho los oficios, hubo otros que voluntarie, sin ser llamados, para traer la leña se ofrecieron.

157. *Quid dicam, Patres ac fratres in Christo amatissimi? stupebant singuli et ad insolitum spectaculum undique confluebant, intuentes turbam: et quos paulo ante reclusos fama vulgaverat, tunc humiliter mendicantes admirabantur. Nec tacere libet quod eleemosynarum copiam hilariter erogabant. Si quis panem praestabat, alius vinum offerebat; unus tribuebat ligna, alius ad cibaria condienda salem praestabat: unus praebebat oleum, alius pro infirmis ova largiebatur; denariorum etiam non parvus numerus congestus est, et denique qui (cum aliud non haberet) oleum obtulit. Quid plura? antequam finiremus, bis vel ter onera deponere oportuit. Mirabile dictu sed mirabilius visu. De fenestris undique circumspiciebant, et praeviis muneribus nobis mendicantibus obviabant; et denique, totam circumeundo terram, magna nos turba sequente, hospitale ingressi sumus, et coram altare procidentes, Deo omnipotenti gratias retulimus, et eleemosinae divisae sunt. Nec silebo interim de doctoribus; post tantam talemque mortificationem, quod creditis gaudium secum donum reportasse? Unus enim ex illis fuit, qui mecum loquens inquit: tanta sum iucunditate repletus, tanta miri fervoris dulcedine sum perfusus, ut continere me non valeam quin, prae gaudii magnitudine, exterius in vocem exultationis prorumpam. Cutis (inquit) me non capit: in cellam propero, ut vehementiam spiritus liceat evaporare. Quo cum pervenisset (ut postea ipse mihi retulit), maximum in fletum est resolutus. totusque pacatus effectus: experimentaliter recognovit quid utilitatis sit seipsum vincere atque abnegare, secundum Salvatoris nostri sententiam.*

157. ¿Qué puedo decir, Padres y Hermanos queridísimos? Se admiraban todos y confluían para ver el insólito espectáculo de aquel grupo. Y los que la gente consideraba antes retraídos ahora los veían mendigar humildemente. Y no se puede dejar de decir que daban con alegría gran cantidad de limosnas. Alguno daba pan, otro vino, uno daba leña, otro daba sal para condimentar los alimentos, otro aceite, otro huevos para los enfermos. También se recogió gran cantidad de monedas y otro en fin (no teniendo otra cosa que dar) dio un olivo. ¿Qué más? Antes de acabar tuvimos que ir dos o tres veces a depositar lo recogido. Es maravilloso decirlo pero más verlo. Miraban desde las ventanas y nos salían al encuentro con limosnas y finalmente, rodeados de gran muchedumbre y dando la vuelta a toda la tierra, llegábamos al hospital y nos arrollábamos en el altar dando gracias a Dios. Después se repartían las limosnas. Y tampoco puedo dejar de decir que los doctores, después de tan gran mortificación, se volvían a casa llenos de alegría. Uno de ellos, hablando conmigo me dijo: estoy tan lleno de gozo, estoy inundado de tanta dulzura que no me puedo contener sin prorumpir en gritos de júbilo. No me cabe en el cuerpo: me voy enseguida a mi cuarto para poder desahogar esta tan gran alegría. Y cuando llegó (como después me contó) estalló en un gran llanto y quedó en paz. Reconoció por experiencia de cuánto provecho es vencerse y abnegarse, según la sentencia de nuestro Salvador.

158. “Y finalmente, queriéndome yo partir, el cuñado del arcipreste vino a casa nuestra, y llorando se lamentaba no haber hecho fruto alguno; y que ahora deseándolo, yo me partía; y pidiéndome por amor a Cristo Ntro. Señor algún modo de bien vivir, se ofreció a demandar la limosna con los otros y que lo haría dos veces en la semana, o como le ordenase. Ultra desto, habiéndome yo de partir de mañana, me avisaron cómo en el hospital me esperaban más de sesenta mujeres, y fui forzado ir a darles algunas reglas de bien vivir, etc. Y así mismo me importunaban que les diese a ellas también los ejercicios, alegando que también ellas tenían ánimas como los hombres. Y, en fin, dejando otras cosas por abreviar, nos partimos con mucho sentimiento, por la gracia de Ntro. Señor, de toda aquella tierra, etc. Sea de todo alabado y glorificado el Salvador Nuestro Jesucristo, cui sit laus, honor et gloria in sempiternum. Amen”.

Tenemos otro dato importante referente a la incidencia en las ‘estructuras’ económicas del apostolado de la primera Compañía. En una carta del P. Araoz se alude a que entre los pecados públicos que se castigan se encuentran 30 usureros y amancebados, y otros tantos en Tolosa (Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús).

I, 243 (D. 7, 150)

150. *Del efecto de su predicar dice en una de 4 de julio 1540. Yo les prediqué y Ntro. Señor obró tanto en ellos, por el hincapié que hice en que los pecados públicos fuesen castigados, que, cuando el corrigidor fué de aquí, llevó consigo más de 30 usureros y amancebados públicamente en acémilas. Y escribe de Tolosa que tiene más de otros tantos. Concertáronse muchas litigaciones y enemistades, entre ellas de una que 11 años habían estado sin hablarse. En Aspetia, el día de Santa Cruz de mayo, fué el concurso de más de 4 mil personas, tanto que me pusieron un púlpito en el campo, y algunos subían a los tejados, otros a los árboles por oír, etc. El obispo de Avila que se había resfriado en dotar un colegio que allí comenzó, expendió por su mano de Araoz más de once mil ducados. Es tierra donde vere messis multa, operarii pauci.*

B. Nobles y poderosos

Veíamos que Ignacio tiene muy presente la situación sociológica del hombre. Él mismo, partiendo de una situación privilegiada va a ir haciendo un recorrido lleno de rupturas, pero no de evasiones. Su ruptura con el mundo del que procede no le va a llevar a dar la espalda a una realidad que está ahí y con la que hay que contar porque es un poder.

Pero para ver su postura ante los nobles y poderosos hay que tener presente su trayectoria y, en especial, su ruptura con ese mundo, como ya hemos visto en el apartado anterior.

Sin embargo, merece la pena enriquecer lo ya visto con algunas actitudes que en un principio tomó y que refleja así la **Autobiografía**.

I, 430-5 (D. 12, 51-53)

51. *Y así se partió de Ferrara para Génova. Halló en el camino unos soldados españoles, que aquella noche le hicieron buen tratamiento; y se espantaron mucho cómo hacía aquel camino, porque era menester*

pasar cuasi por medio de entrambos los ejércitos, franceses e imperiales, y le rogaban que dejase la vía real, y que tomase otra segura que le enseñaban. Mas él no tomó su consejo; sino, caminando su camino derecho, topó con un pueblo quemado y destruido, y así hasta la noche no halló quien le diese nada para comer. Mas cuando fue la puesta de sol, llegó a un pueblo cercado, y las guardas le cogieron luego, pensando que fuese espía; y metiéndole en una casilla junto a la puerta, le empezaron a examinar, como se suele hacer cuando hay sospecha; y respondiendo a todas las preguntas que no sabía nada. Y le desnudaron, y hasta los zapatos le escudriñaron, y todas las partes del cuerpo, para ver si llevaba alguna letra. Y no pudiendo saber nada por ninguna vía, trabaron dél para que viniese al capitán; que él le haría decir. Y diciendo él que le llevasen cubierto con su ropilla, no quisieron dársela, y lleváronle así con los zaragüelles y jubón arriba dichos.

52. En esta ida tuvo el pelegriño como una representación de cuando llevaban a Cristo, aunque no fue visión como las otras. Y fue llevado por tres grandes calles; y él iba, sin ninguna tristeza, antes con alegría y contentamiento. El tenía por costumbre de hablar, a cualquiera persona que fuese, por vos, teniendo esta devoción, que así hablaba Cristo y los apóstoles, etc. Yendo así por estas calles, le pasó por la fantasía que sería bueno dejar aquella costumbre en aquel trance y hablar por señoría al capitán, y esto con algunos temores de tormentos que le podían dar, etc. Mas como conoció que era tentación: - Pues así es, dice, yo no le hablaré por señoría, ni le haré reverencia, ni le quitaré caperuza.

53. Llegan al palacio del capitán, y déjanle en una sala baja, y de allí a un rato le habla el capitán. Y él sin hacer ningún modo de cortesía, responde pocas palabras, y con notable espacio entre una y otra. Y el capitán le tuvo por loco, y así lo dijo a los que lo trajeron: -Este hombre no tiene seso; dadle lo suyo y echadlo fuera-. Salido de palacio, luego halló un español que allí vivía, el cual lo llevó así a su casa, y le dio con que se desayunase y todo lo necesario para aquella noche.

Y partido a la mañana, caminó hasta la tarde, que le vieron dos soldados que estaban en una torre, y bajaron a prendelle. Y llevándolo al capitán, que era francés, el capitán le preguntó, entre las otras cosas, de qué tierra era; y entendiendo que era de Guipusca, le dijo: -Yo soy de allí de cerca-, parece ser junto a Bayona; y luego dijo: -Llevalde, y dadle de cenar, y hacelde buen tratamiento-. En este camino de Ferrara para Génova pasó otras cosas muchas menudas, y a la fin llegó a Génova, adonde le conoció un viscaíno que se llamaba Portundo, que otras veces le había hablado cuando él servía en la corte del Rey Católico. Este le hizo embarcar en una nave que iba a Barcelona, en la cual corrió mucho peligro de ser tomado de Andrea Doria, que le dio caza, el cual entonces era francés.

“Pues yo no le hablaré por señoría, ni le haré reverencia, ni le quitaré caperuza”. Es la ruptura total, aún en lo más convencional, que provoca la reacción del capitán: <Este hombre no tiene seso; dadle lo suyo y echadlo fuera>. Todo esto nos recuerda, casi al pie de la letra el <ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal” [EE 167].

Veamos como recoge este suceso Ribadeneyra en la **Vida**.

IV, 165-9 (L. 1, 59-60)

59. De Ferrara tomó el camino para Génova por Lombardía (la qual ardía toda de cruelísima guerra que entonces avía entre los españoles y franceses), y él endereçava su camino de manera que avía de passar casi por los mismos ejércitos y reales de los unos y de los otros. A esta causa le aconsejaron que se desviasse de aquel peligro y echasse por otro camino más desembaraçado y seguro. Pero él se determinó de seguir su camino derecho, llevando a nuestro Señor por su escudo y su guía. Passando, pues, adelante, vino a dar en un pueblo cercado, donde avía infantería española, que estava allí con mucha guarda y

recato. Y como algunos soldados y centinelas le vieron en aquel trage y figura, creyendo que fuesse espía de los enemigos, echaron mano dél y lleváronle a una casilla cerca de la puerta del pueblo, y allí con palabras blandas y halagüeñas, quisieron sacar dél quién era. Después, como no hallaron lo que querían, començáronle a escudriñar y a tentar con mucha desenvoltura y poca vergüenza, hasta desnudarle y quitarle los çapatos y ropilla que traía, por ver si hallarían alguna carta o rastro de lo que sospechavan; pero en fin quedaron burlados, y amenazándole le dixerón que fuesse delante del capitán, que a puros tormentos le harían confessar la verdad; y assí, desnudo, con sólo el jubón y çaragüelles, le llevaron por tres grandes calles delante del capitán, con mucha alegría y regocijo de su ánima. Y como quiera que hasta entonces, porque le tuviessen por rústico y hombre simple y que sabía poco de cortesías, solía tratar grosseramente a todos y no conforme al estilo común de la gente polida y cortesana, y llamar aun a los señores y príncipes de vos, viéndose en aquella hora llevar delante del capitán, le cayó un nuevo miedo que le hizo dudar si sería bien dexar por entonces aquella su costumbre, y tratar al capitán más cortesmente que solía a los otros. Y la causa de esta duda era porque por ventura si assí no lo hiziesse, daría ocasión al capitán para pensar que no hacía caso dél, y para que, enojado por verse menospreciado, le maltratasse e hiziesse morir a puros tormentos.

60. Pero, conociendo que este pensamiento nacía de flaqueza y temor humano, lo rechazó tan constantemente, que determinó por sola esta causa de no usar de ningún género de cumplimiento con el capitán, y cumpliólo bien a la letra. Porque, preguntando el capitán de dónde era natural, calló como si fuera mudo; y preguntándole más adelante de dónde venía, no respondió palabra; finalmente, a todas las otras preguntas que le hizo estuvo como una estatua, teniendo siempre enclavados los ojos del cuerpo en el suelo y los del ánima en el cielo. A sola esta pregunta: – ¿Eres espía? – respondió: – No soy espía –. Y esto por parecerle que si no respondía a ella, por ventura les daría justa causa de enojarse con él y atormentarle. Enojóse el capitán con los soldados ásperamente, riñéndoles y diziéndoles que harto locos eran ellos, pues le avían traído allí un loco, y con tanto manda que se lo quiten de delante y le echen de allí. Irritados los soldados con el maltratamiento de su capitán, quiebran en el pobre peregrino su enojo, y diciéndole mil baldones y ultrages, cárganle de puñadas y cozes. Contava él después que, con la memoria y representación que allí tuvo de la afrenta y escarnio que el Señor recibió de Herodes y de su soldada, avía el mismo Señor regalado su ánima con un admirable y extraordinario consuelo. Mas, passada esta befa y gritería, no faltó Dios a su soldado, porque, no aviendo todo aquel día desayunándose con otro manjar que de afrentas en injurias, y estando bien fatigado y quebrantado su cuerpo, un español, de pura lástima, le llevó consigo y le albergó y reparó, dándole de comer. De allí se partió el día siguiente, y prosiguiendo su camino, fue otra vez preso de ciertos franceses que, siendo centinelas, le vieron passar desde una torre, y le llevaron al capitán francés, el qual, sabiendo de dónde era, aunque no quién era, le acogió y trató y despidió cortésmente, y le mandó dar de cenar y hazer buen tratamiento. Llegado a Génova, topó con Rodrigo Portundo, vizcaíno, que era entonces general de las galeras de España, y avía sido su conocido en la corte de los Reyes Católicos. Este le amparó y dio orden para que se embarcasse en una nave que passava a España, a donde aportó, llegando a Barcelona con hartos peligros de corsarios y enemigos, viniendo a acabar su navegación en el mismo lugar donde la avía començado.

Pero esta ruptura aún en los modales va a irla matizando. Su ruptura, diríamos que es total en lo que respecta al status de seguridad y ventajas personales. Ribadeneyra en su *Vida* hace alusión a una ruptura con el mundo del que procedía: “no tenía cuenta con los negocios de sus deudos”. Y trae una carta de Ignacio al duque de Nájera en la que claramente le formula “pues

según mi modo de proceder y de todos los que dexan el mundo por Cristo N.S. es, quanto pueden, [...] tener tanta menos cuenta con cumplimientos humanos, quanta más entera la deben tener con lo que toca al servicio divino...”.

IV, 797-801 (L. 5, 71-72)

71. *Tuvo muy mortificado el afecto de la carne y sangre y el amor natural de los parientes; y assi, como si fuera hombre nacido sin padre y sin madre y sin linage (como dice S. Pablo de Melchisedech), o muerto del todo al mundo y a todas su cosas, no tenía cuenta ninguna con los negocios de sus deudos, a los quales procurava de aprovechar con sus oraciones para que fuesen siervos del Señor y passassen adelante en su servicio. De suerte que lo que se avía de hazer por ellos no lo medía con el afecto natural de la carne, sino con la regla del espíritu religioso y verdadera caridad. Por lo qual, estando su sobrina, señora y heredera de la casa de Loyola, para casarse, y pidiéndola por muger algunos cavalleros principales, escrivieron al padre a Roma los duques de Nájara y de Alburquerque, cada uno por su parte, rogándole muy encarecidamente que escribiesse a su tierra y procurasse que su sobrina tomasse por marido a cierto cavallero rico y principal que le nombravan en sus cartas. Respondió el padre a estos señores que aquel casamiento, aunque era de su sobrina, no era cosa de su profesión, ni a él le tocava, por aver ya tantos años antes renunciado estos cuydados y ser muerto al mundo y que no le estava bien bolver a tomar lo que tanto antes avía dexado, y tratar cosas ajenas de su vocación, y vestirse otra vez la ropa que ya se avía desnudado, y ensuziar los pies que con la gracia divina a tanta costa suya, desde que de su casa partió, avía lavado.*

72. *Y para que esto mejor se entienda, como cosa que tanto importa, con las mismas palabras de nuestro B. Padre, quiero poner aquí el traslado de la carta que escribió al duque de Nájara en respuesta de la suya, que dize assi:*

“La suma gracia y amor eterno de Christo nuestro Señor salude y visite a Vuestra Señoría con sus sumos dones y gracias espirituales. Una de Vuestra Señoría de ventiuono de hebrero me dio ayer el señor don Juan de Guevara, y no me detendré en escusar el descuido que en el escribir de mi parte he usado, pues según mi modo de proceder y de todos los que dexan al mundo por Christo nuestro Señor, es, quanto pueden, olvidarse de las cosas de la tierra por más acordarse de las del cielo, y tener tanta menos cuenta con cumplimientos humanos, quanto más entera la deven tener con lo que toca al servicio divino. Pero, si se huviera ofrecido en que a gloria de Dios nuestro Señor servir a Vuestra Señoría, yo no huviera faltado, conforme a mi pobre profesión, de mostrar la afición que yo devo a la persona y casa de Vuestra Señoría, por los favores y amor con que sus antepassados a ello me obligaron. Y assi, en mis oraciones pobres, que es donde solamente se me ha ofrecido servir, he encomendado y encomendaré, mediante la gracia divina, la persona y todas las cosas de Vuestra Señoría a Dios nuestro Criador y Señor, cuya especial protección y gracia muy abundante desseo sienta siempre Vuestra Señoría y toda su casa, a gloria de la su divina Magestad. Quanto al negocio del casamiento de que Vuestra Señoría me escribe, es él de tal calidad y tan ageno de mi profesión mínima, que yo tendria por cosa muy apartada della entremeterme en él, y es cierto que diez y onze años han passado que yo no he escrito a ninguno de la casa de Loyola, haziendo cuenta que a ella, junto con todo el mundo, una vez la he dexado por Christo, y que no devo de tornar a tomarla por propia por ninguna vía. Con esto, si Vuestra Señoría juzga que será a mayor gloria divina que se haga este ayuntamiento destas dos casas, y que a ellas tornará bien para el fin que todos devemos dessear, pareceme convendría escribir al señor de Açaeta¹ y Martín García de

¹ Ozaeta. Beltranus López de Galaztegui, dominus de Ozaeta, filius erat Magdalena, sancti Ignatii sororis,

¹ Ozaeta. Beltrán López de Galaztegui, señor de Ozaeta, era hijo de Magdalena, hermana de San Ig-

Loyola², mis sobrinos, para que se viessen con Vuestra Señoría y personalmente se tratasse dello, porque en estos dos creo que está toda la cosa de aquella parte, como al señor don Juan le he hablado largo sobre todo. Y así no me queda otro que dezir en esto sino remitirme a todo lo que bien parecerá a Vuestra Señoría en el Señor nuestro, a quien suplico por su infinita y suma bondad a todos dé su gracia cumplida, para que su santísima voluntad siempre sintamos y aquella perfetamente cumplamos. De Roma 26 de agosto de 1552.”

Efectivamente, de cara al “servicio divino” esta relación con el poder va a ser cuidada al máximo, pero desde el status de pobre religioso.

Quiero traer dos citas de Ribadeneyra en su *Vida* que pueden iluminarnos este complejo problema.

IV, 895 (L. 5, 190)

190. Dezía que el oficio del buen religioso no es meter los hombres en palacio, sino sacarlos dél y traerlos a Christo. Y así, quando algún seglar le pedía que intercediesse por él con algún príncipe o le favoreciesse para assentar con él, le respondía estas palabras: – Yo, hermano, no conozco señor ni mayor ni mejor que el que para mí escogí; a éste, si queréis servir y assentar en su casa, de muy buena gana os ayudaré con todas mis fuerças.

Sin embargo, sabemos que él no sólo no tuvo reparos en que los jesuitas estuviesen relacionados con reyes y príncipes, sino que no veía razón alguna para eludir esta relación. Aunque ya hice esta referencia, no quiero dejar de hacer mención en este lugar de la carta que escribe al P. Mirón, provincial de Portugal, con ocasión de que tanto él como el P. González de la Cámara han rehusado aceptar el cargo de confesor del rey Juan III. Y la razón era “cuán poco convenía a la Compañía honras y dignidades; ca más propio nuestro era andar en bajeza y por hospitales, porque conservándonos así, hacíamos frutos... y por eso para más servicio de Dios e de S.A. nos dejase andar bajos”. San Ignacio le contesta: “Yo, cierto, mirados los motivos vuestros, fundados en humildad y seguridad, que mejor suele hallarse en lo bajo que en lo alto, no puedo sino aprobar vuestra intención y edificarme della; pero, todas cosas consideradas, me persuado no acertastes en tal determinación, mirando el mayor servicio y gloria de Dios N.S...”

Pero tornando a las causas, porque no debíades rehusar este asunto, digo que aun la de vuestra seguridad no me parecía relevante. Porque si no buscásemos otro, según nuestra profesión, sino andar seguros, y hubiésemos de posponer el bien por apartarnos lejos del peligro, no habíamos de vivir y conversar con los prójimos. Pero según nuestra vocación, conversamos con todos...

Pues lo que las gentes podrían decir, que queréis honras y dignidades, cayérase de suyo con la fuerza de la verdad y evidencia de la obra, viendo que conserváis la bajeza, que por Cristo N.S. tomastes. Así, que, por lo que se puede decir o pensar del vulgo, no debéis de dejar lo que puede tornar en mucho servicio de Dios y de SS.AA. y bien común...”

et supra dictae Laurentiae curator. Hic et Laurentiae mater, Ioanna de Recalde, Ioannem de Borja praetulerunt. Mixtae II 850.

2 Martinus García, nepos Ignatii, frater Beltrani. Cron. I 504.

nacio y tutor de la dicha Lorenza. Éste y la madre de Loren, Juana de Recalde, dieron la preferencia a Juan de Borja. Mixtae II 850

2. Martín García, sobrino de Ignacio, hermano de Beltrán. Cron. I, 504.

De nuevo nos encontramos con la complejidad de Ignacio: lo decisivo es “el mayor servicio y gloria de Dios” (P.F.), no la propia seguridad. Pero ese servicio de Dios lo engarza al de SS.AA. como única concreción práctica que en la estructura social del momento podía desembocar en el “bien común”.

Efectivamente enmarquemos esto en una referencia que ya hicimos citando al P. Lancicio y ahora recogemos de la Vida del P. Ribadeneyra y que también recoge en **Dichos y hechos de S. Ignacio** y en **Colección de sentencias de S. Ignacio**.

IV, 875-7 (L5,162).

162. Quando veía nuestro B. P. Ignacio alguno de la Compañía muy zeloso y ferviente y deseoso de reformar los males públicos que cada día vemos en el mundo, solía dezir que lo que el hombre en semejantes cosas ha de hazer es pensar atentamente de qué le pedirá Dios cuenta el día del juyzio y aparejarse para ella, viviendo de manera que la pueda dar sin recelo. Pedirános nuestro Señor cuenta (dezía él) de nuestra vocación y estado, si, como buenos religiosos, tuvimos menosprecio del mundo y fervor de espíritu, si fuimos abrasados de caridad, amigos de la oración y mortificación, solícitos y cuidadosos en confessar y predicar y exercitar los otros ministerios de nuestro instituto. Desto nos pedirá Dios cuenta, y no si reformamos lo que no está a nuestro cargo. Aunque devemos arder de desseo de la honra y gloria de nuestro Señor y hazerle fuerça (por dezirlo assí) con nuestras continuas y abrasadas oraciones, suplicándole que Él mueva con su espíritu a los que lo han de remediar, y también, quando se ofreciere la ocasión, hablar y solicitar a los gobernadores de la república, para que hagan su oficio y quiten los escándalos públicos que en ella se veen.

II, 491-2 (D. 19, V, 74)

74. Hablando nuestro Padre de algunos de la Compañía zelosos, que quieren reformar el mundo y meterse en cosas de govierno, como hombres de república, dixo que no le parecía bien; y que en semejantes cosas que a él se le ofrecían, luego solía pensar de qué le havía de pedir cuenta nuestro Señor el día del juycio; y que le parecía que no se la pediría de lo que no huviesse reformado y metídose en cosas semejantes, sino de lo que no huviesse atendido a su instituto, confessando, o predicando, o leyendo, o gobernando, o en fin ayudando las almas como un pobre religioso.

III, 636 (D. 39, 16)

16. Quando se ofrezzen cosas mal hechas o desbaratadas en el govierno de la república, lo que devemos hazer es, encomendarlas muy de veras al Señor, y pensar de qué le abremos de dar quenta el día del juycio, y atender a nuestros ministerios con vigilançia, para dársela buena quando nos la pidiere.

Es decir nuestro status “como buenos religiosos” es el “menosprecio del mundo” que ha de concretarse en “conservar la bajeza que por Cristo N.S. tomamos”, y por eso no concibe que podamos convertirnos en una alternativa de poder de cara a “reformar los males públicos que cada día vemos en el mundo”. Pero esto, no desde una seguridad que se evade de una realidad conflictiva sino desde una presencia arriesgada para que “quando se ofreciere ocasión, hablar y solicitar a los gobernadores de la república, para que hagan su oficio y quiten los escándalos públicos que en ella se ven”.

Y así nos encontramos en el **Memorial** del P. Cámara con la siguiente referencia.

I, 706 (D. 13, 308)

308. 1º. *El padre no quería que ninguno de la Compañía procurase confesión de príncipe, ni tampoco se excusase.*

2º. *Le parecería que el tal confesor nunca en el tiempo de la confesión hablase al príncipe en ningunos negocios, aunque se podría enformar de los particulares para dar recuerdos al príncipe a sus tiempos convenientes: y así dixo el Padre, como otras veces había dicho, que no le había parecido bien dexar de confesar el rey de Portugal,*

3º. *El Padre mostró grande deseo que yo no fuese descuidado, diciendo: y cómo lo deseo!*

Y lo mismo recoge el P. Lancicio en sus **Sentencias de S. Ignacio**.

III, 678 (D. 42, 16-17)

[16] *Non voleva che alcuno della Compagnia procurasse la confessione de' principi, né anco si scusasse quando, essendo ricercato di ciò, egli ciò non avesse procurato; ma si mettesse il tutto al giuditio de' superiori.*

[17] *Li pareva che il confessore di qualche principe non dovesse parlar mai nel tempo della confessione al principe di nessun negocio, se bene potria informarsi delli particolari, per dar ricordi al principe a suoi tempi convenienti.*

Es decir, no podemos excusar nuestra presencia, (ni procurarla), junto a los poderes fácticos de cara al “bien común” pero “conservando la bajeza que por Cristo N.S. tomamos” manifestada “con la fuerza de la verdad y la evidencia de la obra”.

Y así Polanco nos refiere en el **Sumario hispánico del origen y progreso de la Compañía de Jesús** la acogida que Juan III dispensó a los primeros jesuitas que llegaron a Portugal, terminando con una razón de esta arriesgada presencia que hoy en nuestras estructuras sociales carecería de sentido: “Y así tenía por cierto que, reformándose la nobleza, gran parte del reino sería reformada”. Recordemos, de hecho, cómo Ignacio y los primeros compañeros implicaban a la nobleza en el “servicio a los pobres” como hemos visto en el apartado anterior. No es, por tanto, una presencia “espiritualista” sino “profética” sin caer en la trampa del poder.

I, 233-4 (D. 7, 135)

135. *Tres o cuatro días después de la llegada, el Rey los envió a llamar y los recibió muy benignamente y estuvieron más de un hora con él y la reina en su cámara, demandando él de su modo de proceder, y dónde se juntaron y de sus persecuciones, y grandemente se holgó (y lo mismo los demás) que se hubiese llevado la cosa tan adelante que se diese sentencia; y decían algunos que, si esta no se diera, no se hiciera fruto ninguno. Mandó llamar el Rey al príncipe y la infanta para que los viesesen, dando razón de los demás, y encomendóles que confesasen y mirasen por los gentiles hombres mancebos de su corte: los cuales, por constitución muy guardada, se confiesan cada 8 días, diciendo su Alteza que, si de mancebos conocen a Dios y le sirven, que cuando fueren grandes, lo harán mucho mejor. Y siendo ellos nobles cuales deben ser, que la gente baja tomará ejemplo dellos. Y así tenía por cierto que, reformándose la nobleza, gran parte del reino sería reformada.*

Pero no hay que olvidar que las estructuras con las que aquellos hombres se encontraron tenían un carácter absolutista. Era, por tanto, de capital importancia no caer en desgracia o sim-

plemente no indisponerse. Esto explica alguna de sus reacciones que hoy nos resultan indignas. Veamos como Ribadeneyra describe dos de ellas en su **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio**.

III, 632 (D. 38, cap. 6, 22)

22. Tuvo muy particular cuydado que ninguno de sus hijos diese a los grandes príncipes ocasión de justo enojo, y que si alguno avian tenido, de atajarle con gran prudencia, para que no recibiesse daño todo el cuerpo de la Compañía. Estando el P. Bovadilla en Alemania en la corte del emperador Carlos quinto por orden del papa Paulo terçero, aconsejaron algunos al Emperador, que, mientras se çelebrava conçilio para componer las controversias entre los católicos y los protestantes, se escribiesse el Interin que se escribió, que fue harto dañoso a la república, poniendo la mano el príncipe seglar (aunque con buen zelo) en lo que no era suyo. Contradixo esto mucho el P. Bovadilla; y agora sea por la cosa en si, aora por el modo con que la trató, el Emperador se enfadó, y le mandó salir de toda Alemania, y embió un comissario suyo con él para que lo acompañase hasta Italia. Supo nuestro bienaventurado Padre que el P. Bovadilla venía en desgraçia del Emperador, y no supo la causa della. Llegado a Roma no lo quiso admitir en casa hasta que supo todo lo que avía passado ; y el Emperador fue informado de lo que nuestro bienaventurado Padre avía hecho con su súbdito ; y el enojo que tuvo con él se mitigó sin daño de la Compañía¹.

Assimismo, en tiempo del papa Paulo quarto, predicando el P. Mtro. Laynez en Roma en Santiago de los españoles, dixo unas palabras, hablando de la simonía, que, puesto caso que en su intención no se podían reprehender, por ser llanas, çiertas y verdaderas, pero, porque algunos las podían interpretar mal, como dichas para reprehender las consultas que hazía S.S, sobre aquella materia para reformar la Dataría, nuestro bienaventurado Padre ordenó al P. Laynez que hiziesse una disciplina, para que el Papa, si lo supiesse, no tuviesse ocasión de enojarse contra él ni contra la Compañía.

Ribadeneyra matiza al comienzo: “que ninguno de sus hijos diese a los grandes príncipes ocasión de justo enojo”. Sin embargo, en los dos ejemplos que pone, dicho enojo no parece tan justo. Lo curioso es que no obliga a ninguno de los dos a que se retracten, y ambos ‘correctivos’ parecen tener como única finalidad evitar el posible “daño de la Compañía”, no la corrección del súbdito. ¿Es una forma ‘astuta’ de ‘satisfacer’ aquel irracional absolutismo sin claudicar ante la verdad?

Efectivamente, este poder tan desorbitado hay que contar con él, evitando previamente todo aquello que pueda imposibilitar la propia libertad. Es decir, hay que ser un gran político. Es el momento de aludir a algunos datos sugerentes que reflejan hasta qué punto era consciente de que la relación con los poderosos había que cultivarla antes del conflicto.

Por lo pronto, como nos refiere Ribadeneyra tanto en **Hechos del P. Ignacio** como en su **Vida**, rogaba a Dios “cada día por las cabezas de la Iglesia y por los reyes y príncipes cristianos”.

II, 390 (D. 14, 105)

105. Tuvo gran cuenta en rogar a nuestro Señor por los príncipes y cabeças de la iglesia: porque el año de 1555 a 21 de marzo dixo al P. Luis Gonçález, que cada día solía hazer oración con lágrimas por el Papa una vez; y que después que se havia enfermado (hablando de papa Julio) la hazia dos vezes;

¹ Cf. Chron. I. 293-294; BM. 137.138.

y a doña Leonor Mascareñas, que le había encomendado que tuviese memoria del rey Philipe en sus oraciones, scribió en una carta, que por el Rey, mientras era príncipe de España, hacía oración cada día una vez, y después que su padre le renunció sus estados, la hacía dos.

IV, 749-51 (L. 5, 20)

20. Tuvo muy gran cuenta en rogar a nuestro Señor muy particularmente cada día por las cabeças de la Yglesia y por los reyes y príncipes christianos, de los quales depende el buen govierno y felicidad de toda ella, como nos amonesta que lo hagamos el apostol san Pablo. Y assí, el año de mil y quinietos y cincuenta y cinco, a veintiuno de março, estando enfermo el papa Julio III de aquella enfermedad de que murió, ordenando nuestro B. P. que se hiziese oración continua en nuestra casa por el pontífice, dixo que mientras que el papa estava sano solía cada día hazer oración por él con lágrimas una vez, y que después que avía enfermado lo hacía dos vezes ". Y el año de mil y quinientos y cincuenta y seys, aviendo el emperador Carlos V hecho dexación de todos sus reynos al rey don Felipe, su hijo, doña Leonor Mascareñas que (como diximos) le avía criado y sido su aya, por la gran devoción y confiança que tenía en las oraciones del santo padre, como quien tan bien le conocía y le avía tratado, le escribió pidiéndole con grande instancia que tuviese mucho cuydado de encomendar a nuestro Señor al rey don Felipe, su señor, pues dél pendía el bien de la christiandad; a la qual respondió el padre que por el rey, quando era príncipe, avía tenido costumbre de hazer oración particular cada día una vez, y que después que su padre le avía renunciado los reynos, lo hacía cada día dos vezes con cuydado particular.

No podemos olvidar que por muy absolutistas que fuesen los poderes, todos ellos debían quedar enmarcados en el único absoluto para él, que era Dios. Por eso hay una frase que repite en varias ocasiones en sus cartas a gente importante que revela con fuerza y precisión esto. Su reconocimiento no es absoluto sino relativo, por eso acuña la fórmula "mi señor en el Señor nuestro". No hay 'señor' que suplante a 'nuestro Señor'. Pero de esa mediación de poder "depende el buen gobierno y felicidad de toda ella" [Iglesia, república] y hay que rogar a Dios con insistencia para que sea 'mediación' del 'señorío' (el de Dios) y no impedimento.

Pero como es natural, su relación con los poderosos no quedaba resuelta en este rogar por ellos. Había que cultivarlas de forma que, teniéndolos favorables, no se convirtiese en servilismo. Para esto cuidaba dos aspectos fundamentales que podían condicionar muy seriamente dicha relación: el tema de la información y el tipo de dependencia.

Era muy consciente de que sólo el conocimiento puede fundamentar la relación. Pero este conocimiento está mediatizado por la información. Por eso cuidaba de que todo lo que <Nuestro Señor obraba por la Compañía o de lo que ella padecía> se comunicase a los cardenales y otros señores principales amigos de la Compañía. Así nos lo refiere Ribadeneyra en **Dichos y hechos de S. Ignacio**.

II, 486 (D. 19, V, 1)

1. Quando havia alguna buena nueva, de lo que nuestro Señor obrava por la Compañía, o de lo que ella padecía, tenía gran cuydado de hazer trasladar lo que se escrevía, y enviarlo a los cardenales y otros señores principales amigos de la Compañía, o tales, que es estar informados pudiesse aprovechar.

Pero era más decisiva la información de carácter negativo. Por eso no ocultaba sus conflictos sino que él mismo quería informar como nos refiere Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio**.

II, 374 (D. 14, 78)

78. Tenía nuestro Padre esta costumbre, que, quando tomaba familiaridad con algún gran personaje, le contava luego sus prisiones y persecuciones y la causa dellas muy clara y largamente: y esto hazía para que, informados de la verdad, no diesen a otros que con invidia se las podían contar diferentemente de lo que havía pasado. Assí lo hizo con madama Margarita de Austria y otros cardenales; y al Rey de Portugal se las scrivió, añadiendo que, por todo quanto Dios ha criado, no quisiera no haver passado lo que havía passado. Yo scrivi la carta.

DH. V. 11. En los principios de la Compañía, quando nuestro Padre tomava amistad con algún gran personaje, luego le contava las contradicciones que havía tenido, las vezes que havía estado preso, y las causas dellas; y esto muy e propósito y muy en particular; y hazíalo con muy gran prudencia, por prevenir y armar las tales personas con la verdad contra las calumnias y falsas informaciones que en aquel tiempo se dezían y davan contra él; y aun al Rey de Portugal escrivió todo lo que por él havía passado en esta parte.-

Ribadeneyra.

Y junto a la información, como antes dijimos, está el tipo de dependencia que se cultivase. Dicha dependencia era irrenunciable pero podía ser absoluta, y por tanto anulante, o “en el Señor nuestro”, posibilitando el encauzamiento de unos poderes reales que están ahí actuando y frente a los cuales no quería constituirse en fuerza alternativa, como vimos antes. Dicho encauzamiento ha de ser en el “divino servicio” no en servilismo. Pero para que sea servicio ha de ser una dependencia en libertad (“en el Señor nuestro”), no vendida. Por eso cuidaba escrupulosamente que su estrecha relación con personajes influyentes nunca pudiese interpretarse como un dejarse comprar. Recogemos dos citas de Ribadeneyra sacadas de **Dichos y hechos de S. Ignacio**.

II, 483 (D. 19, IV, 1)

1. El tiempo que confessó a madama Margarita de Austria hija del emperador Carlo 5º, que fueron algunos años, en el principio de la Compañía y de su mayor pobreza, embiando ella dozientos y trezientos ducados por vez a nuestro Padre, para que los repartiessse a los pobres, y entendiéndose que su intención era ayudar nuestra pobreza, nunca jamás quiso nuestro Padre que se tomasse un quattrin dellos para la casa; y assí los hazía distribuyr en los monasterios y obras pías de Roma, de suerte que *omnium ratio constaret*.

III, 484 (D. 19, IV, 3)

3. Por la misma causa, a los señores que eran muy devotos y amigos de la Compañía, y de cuyo favor ella mucho se servía, no quería que el procurador les pidiessse limosna, por no cansarlos en cosas menores, sino que se recibiesse lo que ellos de su voluntad embiavan.

“De cuyo favor ella mucho se servía”. Es el decisivo concepto del ‘favor’ para Ignacio. Como dice D. Bertrand en su importante libro *La politique de S. Ignace de Loyole*; Paris: ed. Cerf, 1985, él intenta liberar las libertades de la relación amo-esclavo y las implica en la relación favorecido-obligado. Efectivamente, en nuestra sociedad moderna dominada por lo impersonal esto es inconcebible pero en tiempo de Ignacio era más personal. Hoy nos movemos cada vez más en un mundo jurídico impersonal de derechos, que exigimos al mismo tiempo que, cínicamente, queremos eludir los deberes. La estructuración impersonal de la sociedad convierte cada vez más las relaciones personales en relaciones jurídicas de individuos aislados en sus ‘derechos’, pero no implicados en una relación de favorecido-obligado. Como dice Bertrand el concepto

de favor en Ignacio estaría entre gracia - ayuda y obligación; no es cuestión de deber o de norma sino de lazo de amor, una ligazón de persona a persona que surge del reconocimiento mutuo y que hace posible la igualdad en una desigualdad reconocida: la igualdad de que cada cual ejerce su papel en dicha relación de desigualdad. El compromiso que de aquí surge está potenciado por una libertad inventiva de los contratantes. Es obligarse sin obligar y obligar sin obligarse. No es algo jurídico sino una obligación mutua sin exigencias (en libertad e igualdad) que surge de la experiencia agradecida del mutuo favor. ¿No sería el rico concepto de servicio que surge de la dinámica formulada en la petición de la Contemplación para alcanzar amor: “cognoscimiento interno de tanto bien recibido, para que yo enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad” [EE 233]?

Esta rica y difícil trama del mutuo favor-obligación supo transmitirla a muchos de los primeros jesuitas como aparece en la **Relación del P. Blas Rengifo** a propósito del P. Araoz.

III, 591 (D. 33, 17)

[17] *Del P. Doctor Araoz vimos todos que. con ser hombre perfectísimo, nunca le perdieron de vista grandes murmuraciones. Decía dél el P. Isla, Rector del collegio de Madrid y su confesor, que tenía unas virtudaças tan hondas como unos raigones muy hondos de una ençina muy fuerte. Deçialo él por estos mismos términos. Tenía en grado muy eminente y conoçido el ser inmobile en las persecuciones que passava, y en ser el famoso perdonador de las injurias, y el don del “omnibus omnia factus sum” con todo género de gentes. Fue muy eminente en el trato con reyes y grandes señores y príncipes con muy señalada edificación, máxime en la codicia de no tomar dellos nada.*

“Máxime en la codicia de no tomar dellos nada”. Este ‘favor’, por tanto, es resultado de una relación gratuita, no de una ‘compra-venta’, y posibilita una libertad sobre todo en lo referente al gobierno de la Compañía. Cámara nos refiere en su Memorial cómo procuraba que esta libertad fuese notoria. La libertad no puede surgir de la nada y la imposibilitamos cuando nos vamos hipotecando con el disimulo. El “niño Bartholomeo” recomendado de un cardenal no parecía ser idóneo para la Compañía. Pero para que “se pueda mandar a su casa” con libertad real, es necesario que su incapacidad vaya siendo pública y el parentesco del cardenal no sea un condicionamiento decisivo.

I, 682-3 (D. 13, 265)

2° *El niño Bartholomeo tenga cada día obligación de dar cierta cosa de coro, y haga penitencia pública quando faltare, diciendo la causa, para que, no siendo idóneo, se sepa en casa que no lo es etc., y se pueda mandar a su casa; como se ha mandado a 29 del mismo.*

como se ha mandado a 29 del mismo

Esto lo escribí en el cuaderno pequeño que traía conmigo el mismo día seis, día en que Nuestro Padre lo mandó; pero como cuando lo transcribía al otro cuaderno era ya después del 29 el mismo mes, por eso añadí aquí estas palabras. El niño no pertenecía aún a la Compañía, y sólo lo tenía Nuestro Padre en casa a ruegos de un cardenal, a fin de educarlo en costumbres y sujeción religiosa.

Ribadeneyra en **Dichos y hechos de S. Ignacio** nos refiere también dos casos de libertad real de Ignacio frente a personas de las que la Compañía recibía grandes ‘favores’.

II, 495 (D. 19, V, 86)

86. *No quiso conceder a D^{ña} Leonor Osorio, muger de Juan de Vega, virreyna de Sicilia (a quien la Compañía tenía muy grande obligación), que un moçacho de 13 años que predicava con mucha admiración de los oyentes, se recibiesse en uno de nuestros collegios de Sicilia para criarse en él; ni tampoco consintió que fray Joan Texeda¹ posasse en el collegio de Gandia, aunque lo pidió el P. Francisco, siendo duque y fundador. Es verdad que concedió que un hijo del P. Francisco estuviesse en el collegio de Gandia, para estudiar en él, y otro de Joán de Vega en el de Alcalá, aunque con dificultad.*

Y aquí hemos de referirnos al caso particular de la entrada en la Compañía de una persona “ilustre o muy docta” (el caso más significativo será el de Francisco de Borja). Ignacio era muy consciente de la ambigüedad de este hecho. Veamos la conversación de Ignacio con el polémico Theotonio de Bragança que Ribadeneyra nos refiere en sus **Hechos del P. Ignacio**.

II, 386 (D. 14, 96)

96. *hablando nuestro padre un día de agosto de 1555 con <D. Theutonio, estando yo solo presente,> y exhortándole a humillarse y a no ser tanto de su cabeça, <le> dixo: - <D. Theotonio>, yo estoy, determinado de no sufrir en mi tiempo quiebra en las Constituciones, y menos sufriré a un ilustre o muy docto que no vaya derecho en la Compañía, que a otro de baxa suerte y ignorante: porque estos puédense recibir y despedir sin escándalo; el illustre y el letrado, así como ayudan mucho quando hazen lo que deven, así por el contrario pueden dar grande bofetada a la Compañía quando no lo hazen.*

Por eso el P. Lancicio en sus **Sentencias de S. Ignacio** hace en dos ocasiones alusión a este tema.

III, 677 (D. 42, 15)

[15] *Diceva molte volte che la Compagnia doveva havere sempre particular cura di mortificar nobili et letterati, perchè se queati fossero fini fariano gran servitio a Dio, et se non foessero tali fariano molto male.*

1. *Ioannes de Texeda habebatur auctor consilii habiti a PP. Andrea de Oviedo e Francisco Onfroy sese in eremum transferendi (vide Epp. mixtae, I, 167-74), Ign. scripsit Patri Araoz exprobrans Texedae commorationem in Societatis collegio (epist. data ad finem martii 1548, MI. Epp. II, 42-44); de eadem re scripsit etiam Patri Borgiae die 29 martii eiusdem anni (ibid, 65-66), S. F. Borgia in epist. data die 1 maii Ignatio respondit se in animo habere Ioannem de Texeda a cohabitatione cum nostris seiungere (S. F. Borgia, II, 546). De Ioanne de Texeda cf. De Actis, n. 53.*

1. Juan de Tejada era considerado autor del proyecto de los Padres Andrés de Oviedo y Francisco Onfroy de retirarse al desierto (Cfr Epp mixtae, I, 167-74) Ignacio escribió al P. Araoz reprobando la permanencia de Tejada en el colegio de la Compañía (carta escrita a finales de marzo de 1548, MI Epp. II 42-44); acerca del mismo asunto escribió también al Padre Borja el día 29 de marzo del mismo año (ibid. 65-66) San Francisco de Borja en una carta del día 1 de mayo respondió a Ignacio diciéndole que tenía en su ánimo que Juan de Tejada no habitara con los nuestros. (S. F. de Borja II, 546)...

III, 679 (D. 42, 28)

[28] *Era di parere che nella Compagnia, se alcuni si dovevano tollerare non portandosi bene, dovevano essere piú tosto persone di bassa sorte et poco dotte, che noblli et dotte ; perchè diceva quelli si potevano licentiar senza romore et scandalo, non così queste ; et come persone di qualità, portandosi bene, danno gran credito alla Compagnia, così quando si portano male le danno un gran smacco.*

Todo este tema volverá a salir cuando tratemos el modo de gobierno de S. Ignacio.

Como conclusión podemos decir que Ignacio era muy consciente de la importancia y gravedad del tema, y que lo sorprendente fue cómo supo moverse en un terreno tan ambiguo, sirviéndose de una fuerza que estaba ahí actuando, pero sin hipotecarse. Para conseguir esto tenía muy claro que no podía implicarse en el poder como alternativa ni ‘venderse’, sino relacionarse con él desde la libertad que debe proporcionar el status de ‘pobre religioso’.

Para terminar quiero contar una simpática escena de uno de los primeros compañeros de Ignacio, el bondadoso Pedro Fabro. Estos hombres nunca se movieron en las públicas denuncias que exasperan más que convierten, pero tuvieron una capacidad de interpelación personal desde una libertad de espíritu que ya la queríamos para nosotros. La escena la trae el P. Gregorio Rospho en **Recopilación de dichos y hechos de algunos de la Compañía de Jesús.**

III, 567 (D. 29, P. Ribadeneyra, 2)

[422, 267] *2 P. Petrus Faber legebat Moguntiae septem auditoribus psalmos, P. Claudius Ingolstadii; et cum semel, in mensa esset ducis Bavariae, suum breviarium accepit hinc inde volvens folia; et cum Princeps ab eo peteret quidnam faceret, respondit :- Illustrissime Princeps, quaero locum Scripturae, sed non possum invenire, qui excuset vestram pompam.*

[422, 267] *2* El P. Pedro Fabro enseñaba los salmos a siete alumnos en Maguncia y el P. Claudio en Inglostad; estando una sola vez a la mesa del duque de Baviera tomó su breviario y lo hojeaba. El Príncipe le preguntó qué hacía y le respondió: Ilustrísimo Príncipe, buscaba un lugar de la Escritura que le justifique tanta pompa, pero no lo puedo encontrar.

3. Este hombre situado en la realidad social tiene una responsabilidad

Efectivamente, este estar situado en una realidad social no es algo meramente pasivo y neutral sino que en su concepción del hombre ha de ser una implicación responsable que pasa por la propia decisión en libertad asumida con riesgo y prudencia. Porque hay que ‘acertar’, pero podemos ‘errar’. Esta doble dimensión (riesgo-prudencia) de nuestra responsabilidad social sería su aspecto activo. Pero para Ignacio tiene también una dimensión pasiva: la edificación. Serán los dos apartados de este tema.

A. Riesgo - prudencia.

B. Edificación.

A. Una responsabilidad asumida con riesgo desde la prudencia

Ya aludimos más arriba a que la propia seguridad no era para Ignacio un valor decisivo, y el servicio de Dios debía lanzarnos a grandes riesgos. Pero esto no quiere decir en absoluto que fuese precipitado.

Cámara formula con precisión esta difícil síntesis prudencia (**Memorial**).

I, 663-4 (D. 13, 234b)

234 b. El padre, en las empresas que toma, muchas veces parece que no usa de ninguna prudencia humana, como fué en hacer aquí este colegio sin tener ninguna renta para él, y otras cosas símiles: mas parece que todo lo hace fundado en sola la confianza de Dios. Mas así como en el tomallas parece que va sobre la prudencia humana, así en el seguillas y buscar los medios para llevarlas adelante usa de toda prudencia divina y humana. Parece que qualquiera cosa que emprende, que primo la negocia con Dios; y como nosotros no vemos que lo ha negociado con El, espantámonos de cómo lo emprende. Acordarme he de cómo se fundó el colegio, etc.

se fundó el colegio,

Esto puede verse en la fundación que se hizo del mismo colegio romano.

Este sorprendente equilibrio es la concreción de su célebre sentencia sobre la regla fundamental de la praxis: “Sic Deo fide, quasi rerum successus omnis a te, nihil a Deo penderet; ita tamem iis operam omnem admove, quasi tu nihil, Deus omnia solus sit factururus”. “Confía en Dios de tal manera como si todo el resultado dependiera de ti, no de Dios; pero entrégate al trabajo como si éste no valiera para nada y Dios tuviera que hacer todo”.

Efectivamente, usando las mismas palabras de Cámara, nosotros también tenemos que decir: “espantámonos de lo que emprendió”. Su fe en Dios lo embarcaba en una misión que superaba todos los cálculos humanos. Como comenta Ribadeneyra en su **Vida** “nunca se aplicará a las cosas arduas y sublimes el que, pensando muy por menudo todas las dificultades, congojosamente teme los dudosos sucesos que pueden tener”.

IV, 899 (L. 5, 195)

195. Estos y otros semejantes eran los documentos que dava quando embiava a sus hijos a las ferias espirituales y al caudaloso y rico trato de las almas, pero mucho más esclarecidamente lo hazía por la obra que con palabras. Porque, como también se lee de san Gregorio Nazianzeno nunca ordenava cosa a sus discípulos que él no la hiziese primero. Y aunque su prudencia era excelente, con todo como solía dezir que los que quieren ser demasiadamente prudentes en los negocios de Dios, pocas vezes salen con cosas grandes y heroycas. Porque nunca se aplicará a las cosas arduas y sublimes el que, pensando muy por menudo todas las dificultades, congojosamente teme los dudosos sucesos que pueden tener. Por lo qual dice el Sabio: “Pon tassa a tu prudencia” [Prov 23, 4]. Y cierto, no conviene que falte su moderación y medida a aquella virtud que es moderación y medida de todas las demás.

Por eso el mismo Ribadeneyra en su **Collectanea** llega a decir que según Ignacio los “hombres espirituales... no habían de ser prudentes... en emprender grandes obras en servicio de Nuestro Señor”.

II, 418 (D. 16, 17)

[17] *Dezía también N. Padre que los hombres espirituales, para emprender y hazer grandes y señaladas obras, en servicio de N. Señor, no avian de ser muy prudentes: quería decir que no avian de ser tan considerados y tan circunspectos, que todo lo mirassen y temiessen y nunca acabassen de resolverse. Esto dixo un día que se trataba si era bien que el P^e M.^o Benito Palmio, Provincial que es agora de Lombardia, y yo, predicassemos en los “bancos” en Roma, como se lo avíamos nosotros pedido y supplicado a N. Padre: y dudávase si era bien concedérnoslo porque no se perudiesse la auctoridad de los que lo pedían, siendo personas conocidas Y por estas palabras de N. Padre, la consulta, a quien se avia remitido, determinó que nos fuesse concedida la gracia, y se hizo, anno 1553, con fructo por la gracia del Señor.*

Pero conviene precisar este riesgo. En las “grandes y señaladas obras en servicio de N. Señor” que emprendía no se movía por emociones sino por la razón, como el P. Nicolás Lancicio formula en su **Colección de sentencias y hechos de N. P. Ignacio**.

III, 648 (D. 41, 18)

[18] *Sicut ipse in decernendis rebus non affectum sed rationem ducem sequebatur, ita hoc ipsum ab aliis servari volebat, et nihil temere ac sine causa fieri et veluti ex occasione tantum; ideoque, antequam quidquam inchoaretur, omnia diligenter esse perpendenda, et tum demum, etiamsi nulla sese offerret occasio, rem inchoandam et diligenter deducendam usque ad finem.*

[18] Al determinarse a una cosa se movía por la razón no por el sentimiento. Así quería que procedieran los demás y que no hicieran algo sin motivo, ciegamente y como por casualidad. Por eso antes de empezar algo hay que sopesar todas las cosas con diligencia, comenzar lo entonces aunque no se presente ocasión, y llevarlo con diligencia hasta el final.

Es decir, emprender grandes obras, pero nunca “temerariamente y sin causa o como por mera casualidad”.

Aunque como Ribadeneyra reconoce, los que le rodeaban no siempre captaban esta prudencia que sólo el resultado satisfactorio confirmaba: “admirábamos su prudencia, pues intuía con habilidad lo oculto y las consecuencias futuras” (**Collectanea**).

II, 418 (D, 16, 19)

[19] *Multa instituebat quorum consilia, quod quo spectarent nesciremus, admirabilia nobis videbantur. Cum videbamus exitum admirabamur prudentiam ipsius, qui occulta et futura tam solerter prospexisset.*

[19] Mandaba muchas cosas que, los que las veíamos, no sabíamos a qué se debían y nos parecían raras. Pero al ver el resultado admirábamos su prudencia que preveía con tanta astucia lo oculto y lo futuro.

Es decir, su fe le llevaba a emprender empresas arriesgadas que asumía desde una responsabilidad encarnada en la realidad, poniendo en juego todos los resortes y previsiones humanas sin ningún ‘providencialismo’ infantil.

Consecuencia de todo esto era la tenacidad y constancia con que proseguía lo emprendido. Veamos cómo Cámara nos describe “la gran constancia que nuestro Padre tenía en proseguir lo que veía ser para el divino servicio y bien espiritual de los prójimos” (**Memorial**).

I, 534-9 (D. 13, 13-20)

13. 1º. *Quanto al hacer el P. Vitoria la doctrina, nuestro Padre propone dos cosas que se consideren: la una si habrá auditorio competente; la otra, si se podrá perseverar en lo comenzado; y si después destas consideraciones se determinare que haga él la doctrina, quiere el Padre que primero haga tres liciones privadas, a las quales también asistan los que han de juzgar.*

Quanto al hacer

14. *Entonces no se tenía en nuestra iglesia la lección de Escritura, que allí se acostumbra a hacer al pueblo por la tarde, a modo de predicación; y, pensando algunos que sería bueno la tuviese el Padre Vitoria, se lo propuse al Padre Ignacio, y él me respondió esto que aquí digo.*

dos cosas se consideren

15. *Usaba Nuestro Padre, en todo lo que ordenaba, de mucha circunspección en cuanto a los medios que se emplearían, en cuanto a los fines que se debían pretender y en cuanto a los inconvenientes que podrían resultar, en especial cuando se trataba de asuntos públicos y expuestos a la vista y el juicio de los de fuera. Me acuerdo que, a los pocos días de mi llegada a Roma, le mandó a pedir el cardenal de la Cueva un predicador para La Goleta, donde un familiar suyo hacía de capitán general; y, como opinase el Padre Polanco que podía cumplir con este cometido el Padre Mendoza, ordenó Nuestro Padre exactamente lo que aquí se cuenta del Padre Vitoria: que fuese a predicar tres veces al refectorio y que le escuchasen las tres aquellos con quienes él mismo consultaba si le enviaría, a fin de que pudieran emitir sus pareceres con el mayor conocimiento posible de causa.*

la otra, si podrá perseverar

16. *A muchos, tanto de casa como de fuera, causaba asombro la gran constancia que Nuestro Padre tenía en proseguir las cosas de que estaba persuadido convenían al servicio de Dios y provecho espiritual del prójimo. Muchas veces pensé que esto tenía su origen en él en la mucha comunicación y consulta que tenía con Dios antes de determinarse en cualquier negocio; porque procedía como quien ya había alcanzado el fin que los asuntos podían tener y, conforme a ello, para todo hallaba medios inusitados y muy diferentes de los que otro cualquiera hallaría.*

El papa Julio III quiso establecer en Roma un seminario de jóvenes alemanes que, después de estudiar las doctrinas e imbuirse de las costumbres católicas, pudieran servir a las iglesias de Alemania, para las que no se hallaban sacerdotes. Se buscaron casas convenientes en que pudieran vivir al estilo de un colegio; y, una vez reunidos algunos, confió el papa al Padre Ignacio su dirección espiritual y el gobierno de la casa; y en lo temporal se proveía de limosnas que el mismo Julio III daba y de lo que por su parte los cardenales, viendo el agrado que en ellos experimentaba el papa, también aportaban.

17. *Mas después de su fallecimiento y del de Marcelo II, aconteció que a Paulo IV, sucesor suyo en el pontificado, agradó poco esta obra y, por tanto, no le otorgó favor ni limosna alguna de las que antes se daban; y, por consiguiente, dejaron también de dar las suyas los cardenales, a excepción del cardenal Morone, que como era el que solicitó esta obra en tiempo de Julio III, por haber estado mucho tiempo de nuncio en Alemania, dio siempre diez cruzados cada mes.*

Pero como esto no bastaba para la provisión de los convictores, trataban muchos de convencer a Nuestro Padre de que disolviera el colegio hasta mejor oportunidad. Pero nada de esto bastó para hacerle desistir; y, porque era humanamente imposible que pudieran sustentarse en Roma todos los que ya estaban allí, dio orden de repartirlos por los colegios de la Compañía de Italia y Sicilia, para que vivieran

en ellos a nuestra costa y de que dos o tres permanecieran en Roma en las mismas condiciones (si no podía ser de otra manera) en la casa que se había tomado, para poder conservar su posesión y orden, y así se hizo.

Pero, restablecidas después las primera facilidades, volvieron todos a Roma; y fue creciendo tanto el colegio y cobrando tanto crédito, que se conserva hasta hoy; y tiene, además de los alemanes para quienes se instituyó, unos 200 convictores, la mayoría hijos o parientes de personas nobles, de casi todas las naciones; y se llama vulgarmente el “colegio germánico”.

La razón de haber recibido Nuestro Padre a estos convictores, además de los alemanes (para los que se fundó el colegio), fue para que, con la pensión que ellos daban cada mes, se pudiese pagar el alquiler de la casa, que era grande, y se ayudase a sustentar a los mismos alemanes.

18. En tiempo de Paulo IV, cuando más arreciaba la dificultad que hubo para mantener el colegio, sucedió una cosa que cae bien traerla aquí en esta ocasión. Cuando el Padre Ignacio tomó sobre sí la responsabilidad de aquella obra, comenzó enseguida a hacer muchas diligencias para que viniesen de Alemania y de todas aquellas regiones sujetos aptos para lo que en ella se pretendía, escribiendo sobre ello y encomendándolo mucho a los de la Compañía que por allá andaban. Y por esto sucedió que llegaron a Roma, precisamente en el tiempo en que por la mencionada escasez no se podían sustentar, nueve jóvenes, casi todos de Bohemia, para los que además creo que consiguieron allá los nuestros del emperador Fernando una limosna para el viaje.

19. Recibió Nuestro Padre en nuestra casa con muchas muestras de caridad y con todo agasajo; y, como vio la dificultad que había en aquello para lo que habían sido enviados a Roma, decidió atraernos hacia la Compañía, pues en ella podrían contribuir a la conversión de sus naciones tanto o más que en el nuevo colegio. Merece la pena referirse a los artificios y medios que usó con ellos para este fin; porque, por una parte, les dispensaba el mejor trato y todos los mimos que podía: les mandaba a la mesa donde comían cualquier fruta o cosa exquisita que tuviésemos; quería que yo les acompañase mientras comían, para alegrarlos y agasajarlos, encargándome que se los entregase “convertidos”; y, por otra, les hacía comprender la dificultad que tendrían en cualquier otro género de vida que quisieran abrazar en Roma.

En fin, se portó con ellos de tal manera, que todos los nueve pidieron ser admitidos en la Compañía e ingresaron en ella con tan buenos deseos, que tan sólo dos no perseveraron.

20. Pero, volviendo a la constancia que tenía Nuestro Padre en las cosas que emprendía, antes de que la Compañía se hubiera propagado tanto, se ocupaba en algunas obras piadosas de particular servicio de Dios, como la erección de las casas de catecúmenos y arrepentidas y otras semejantes. Estas en Roma suelen encomendarse especialmente a algún cardenal, para que tenga la superintendencia sobre los que se ocupan de ellas. Sucedió, pues, muchas veces que el Padre Ignacio quería hacer o proseguir en esta materia algunas cosas de manifiesto servicio de Dios; y, porque los cardenales que tenían la superintendencia de estas obras no se preocupaban suficientemente de ellas, ocurría que tenía frecuentemente choques con ellos; mas no por esto desistía de llevar a cabo lo que creía convenir a la honra de Dios, aunque ello no fuera del gusto de los hombres.

Mas, porque éstos eran tales que, por otra parte, importaba mucho mantenerlos benévolos para con las cosas de la Compañía, fue preciso que Nuestro Padre diera de mano a estas ocupaciones, prefiriendo no meterse en ellas, pues no podía continuarlas sin notable detrimento nuestro. Todo esto lo supe, porque me lo contó el mismo Padre y otros antiguos de la Compañía.

En fin, podemos afirmar que tenía mucha razón el cardenal di Carpi, nuestro protector, cuando le aplicaba aquel dicho: “ya ha fijado el clavo”, como si dijera que el juicio que el Padre se formaba una vez en semejantes materias era tan firme y constante como un clavo muy bien clavado.

Más aún, su tenacidad y constancia suplía en el desánimo y desaliento de los que debían comprometerse a mantener aquellas grandes obras, como nos cuenta el mismo Cámara en su **Memorial**.

I, 653-4 (D. 13, 213)

213. *Dixo el Padre hoy, y otras veces se lo he oído, que el colegio tudesco mas aína [bien] le sobraría renta que le faltaría: y así, estando el cardenal de Augusta desanimado, y no queriendo tomar esta empresa, el Padre le mandó a decir que, quando él fallase, él solo la tomaría.*

así, estando

He aquí todavía otro ejemplo de la gran constancia de Nuestro Padre, de que ya hablé antes a propósito del mismo colegio germánico. Y esto que decía de la provisión del colegio se verificó tan exactamente, que ahora se mantienen, a costa de los convictores que hay en él, treinta personas de la Compañía que moran en dicho colegio para su servicio.

Pero detengámonos en el transfondo de esta arriesgada prudencia.

Como antes veíamos, todo tiene su punto de arranque en la fe, su apertura radical a Dios "sic Deo fide". Como Cámara afirma, "nunca se atreve a hacer ninguna cosa de momento, aunque tenga todas las razones, sin hacer recurso a Dios". Aunque los hechos que trae para ilustrar esto son meramente anecdóticos, pero la frase que los enmarca, dice el mismo Cámara, que era muy común en él: "Dormiremos sobre ello" y añade que quería decir que haría oración sobre algún negocio.

I, 628-30 (D. 13, 162-5)

162. 1º. *El Padre dice que nunca se atreve a hacer ninguna cosa de momento, aunque tenga todas las razones, sin hacer recurso a Dios, y esto decía al propósito del confesor don Diego.*

del confesor D. Diego.

Era el Padre don Diego de Eguía navarro de nacimiento, de gran virtud y ejemplaridad. El Padre Pedro Fabro le llamaba "el santo don Diego". El caso que aquí se menciona es el siguiente: Nuestro Padre le tuvo mucho tiempo por confesor suyo; y como era de gran sencillez y candor, decía algunas cosas en alabanza de Nuestro Padre, ponderándolas tanto, que podían ser ocasión de escándalo para quien no conociese bien su inocencia y santo celo. Así, por ejemplo, decía que el Padre Ignacio no era simplemente el Padre Ignacio, sino que era santo y más que santo. Y otras veces decía: el Padre Ignacio es papa y más que papa; el Padre Ignacio es Cristo y más que Cristo; el Padre Ignacio es Dios y más que Dios.

Por esta causa el Padre, después de hacer oración sobre ello, dejó de confesarse con él, a pesar de ser muy contrario a cambiar de confesor. Y éste es el contexto de lo que aquí digo.

sin hacer recurso a Dios

Nuestro Padre observaba con mucha exactitud este modo de proceder. En el caso de Tarquinio, que antes he contado, recuerdo que, cuando se consultó sobre su venida a España y dos consultores dijeron que se podía prescindir de ella por la experiencia que se tenía de su solidez, el Padre respondió: "Dormiremos sobre ello"; era ésta una frase muy frecuente en él, cuando quería decir que haría oración sobre algún asunto.

En octubre de 1555 teníamos que partir de Roma, el Padre Nadal para Castilla con cinco Hermanos, de los que era superior, y yo para Portugal con los trece o catorce que traje conmigo. Quiso el Padre Ignacio que viniéramos todos juntos hasta España. En este tiempo estaban en guerra entre sí el rey de Francia y el emperador, hecho que dificultaba nuestro viaje, así por mar como por tierra: pues por tierra se temía que, al ser algunos de nosotros españoles y dirigirnos a España, nos impedirían el paso en Francia; y por mar andaban navíos franceses de la armada de Marsella, con la que habíamos de encontrarnos necesariamente, que robaban y apresaban a los españoles que pasaban por allí.

Un día después de la cena, poco antes de emprender el viaje, propuso Nuestro Padre todo esto en la consulta: y a pesar de que el Padre Nadal y yo estábamos mucho más inclinados a viajar por tierra, no obstante oímos los pareceres de los Padres sin manifestar nuestra inclinación. Los votos se dividieron, y el Padre puso fin a la consulta con su frase habitual: “Es menester dormir sobre ello”.

A las nueve del día siguiente, que era la hora en que acababa la oración, llamó al Hermano Martín, que le ayudaba en su habitación, y le dijo: “Id y decid a Maestro Nadal y a Luis González que vayan de Génova a España por mar con una gran bendición”. (No recuerdo haberle oído ninguna otra vez esta palabra).

164. Salimos por tierra hasta Lerici, en donde teníamos que embarcarnos para Génova; y cuando llegamos ya se habían ido la víspera los Hermanos, que habían caminado desde Roma hasta allí delante de nosotros. Tuvíamos tantas tormentas y un tiempo tan adverso, que por dos veces intentamos hacernos a la mar; y como no pudimos seguir adelante, tuvimos que tomar tierra otra vez, porque desde Lerici no pudimos llegar más que hasta Portovenere, que dista de Lerici solamente tres millas; embarcados después en Sestri (hasta donde habíamos caminado por tierra un trecho de nueve leguas), tuvimos que desembarcar nuevamente en una playa, por no sernos posible continuar más adelante. Finalmente nos decidimos a caminar por tierra las treinta millas que aún faltaban, aunque nos costó muchísimo trabajo, tanto por la dificultad y aspereza del camino, como por el mal tiempo; de modo que en sesenta millas que hay desde Lerici hasta Génova empleamos [10] días.

En Génova hallamos una nave genovesa que se preparaba para zarpar rumbo a Alicante. Y como los temporales y tormentas que habíamos atravesado continuaban, tuvimos que esperar mes y medio a que cesaran. Durante este tiempo todos se ocuparon en trabajos de mucho fruto y servicio de Dios. Y aunque nos enteramos de que en Marsella tenían aviso de la salida de nuestra nave y de que los franceses la esperaban, y temíamos que abordaran y apresaran por llevar a muchos españoles con sus bienes, no obstante, como el dos de diciembre de 1555 vino ya buen tiempo, zarpamos del puerto por la mañana. Y a pesar de hallarnos en lo más crudo del invierno y haber precedido tan fuertes tormentas, nos sopló siempre un viento con tiempo tan sereno y un mar tan manso y sin oleaje, que no tuvimos ya más dificultades, a no ser dos o tres días de calmas, durante los que la nave no pudo moverse.

165. No recuerdo que ninguno de nosotros se marease, a pesar de que el Padre Nadal y yo éramos tan propensos a ello, que ésta era la principal causa por la que deseábamos hacer el viaje por tierra. Los marineros afirmaban que habían atravesado aquel golfo cuarenta veces, y no se acordaban de que alguna vez –en verano o en invierno– hubieran tenido en él tanta bonanza.

No tuvimos más que un leve temor y toque de alarma por causa de los franceses, al pasar casi avisando Marsella. Pero no nos pasó nada. Al fin llegamos a Alicante en tan sólo nueve días. Desembarcando en este puerto, nos ahorramos más de setenta leguas de camino por tierra, que son las que dista de Barcelona, y así nos vimos libres de los peligros de los bandoleros de Cataluña.

Ante este recurso a Dios “durmiendo sobre ello” (¡más pasiva no puede ser la expresión!) hay que añadir su práctica ordinaria de consultar que Cámara describe así en su **Memorial**.

1, 631-2 (D. 13, 168-9)

168. 4° Háganse autenticar los vivae vocis oráculos, en que el papa manda que uno de la Compañía pueda visitar el patriarca, y que les obliga so pena de pecado a recibir los obispados, para que queden ad perpetuam rei memoriam. Y porque desto hasta hoy no se había al Padre acordado, dixo estas palabras: Quántos descuidos pasan por nosotros!

Quántos descuidos pasan

169. Causaba gran admiración a los que trataban a Nuestro Padre el cuidado y memoria que tenía de todas las cosas de importancia. Él era quien recordaba los asuntos a los subalternos que tenían que ocuparse de ellos o con quienes los tenía él que tratar. No recuerdo que en cosas de este estilo dijese nunca a nadie que se las recordase.

Esta era la manera que tenía de consultarlas y tratarlas: todos los días al concluir la comida, tanto al almuerzo como a la cena, el hermano que quitaba el mantel ponía en la mesa un reloj de arena de una hora; y si había de proseguirse algún asunto del cual ya se había comenzado a hablar, colocaba también como señal una naranja. Todos los Padres de la consulta traían sus papeles, donde apuntaban lo que Nuestro Padre quería que hiciesen sobre aquel asunto. Preguntaba luego por orden a cada uno, no abordando nunca más que una sola cosa. Y así estaba oyendo y respondiendo a todos, hasta que la arena del reloj acababa de caer. Y una vez transcurrida la hora, se levantaba y daba por conclusión la consulta.

Y ambas cosas (su continuo recurso a Dios y consulta a los que rodeaban) hay que añadir una cualidad en la que descolló de forma notable y que era consecuencia de un profundo conocimiento de las personas y de su capacidad de realismo: fue un gran político en el sentido más estricto del término y como contrapunto a ingenuo o simplista.

Como concreción de lo que queremos decir al afirmar que era un gran político, leamos la descripción que nos hace de él Cámara en su **Memorial**.

I, 692 (D. 13, 281)

281, [i. d] Suele nuestro P°. (y así lo dixo platicando después en este negocio), quando le piden alguna cosa, luego dar en el punto si lo ha de conceder o no; y si no lo ha de conceder, prepararse en quanto el otro habla, para darle tales palabras. y guiar la cosa de manera, que el otro vaya satisfecho. Uno de los modos es remitiendo el negocio otro: otro modo es poniendo todas las dificultades que hay en aquel negocio, y cómo no lo puede hacer; y universalmente suele dar tan buenas palabras y mostrar tanto amor, que todos los que despide con la negativa van contentos: y todas las cosas que dice van fundadas en razón, de modo que el otro se hace capaz. Y así acaesce muchas veces venir uno a pedir una cosa con mucha instancia para otro, y salir tan persuadido del Padre, que no solamente queda contento con la negativa, mas se hace procurador contra el otro.

Recogemos algunos datos tan sólo porque este tema quedará completado cuando analicemos su modo de gobierno.

Ante todo podríamos decir que esta cualidad se manifestaba en su 'astucia'. Efectivamente, hay que afirmar que fue un hombre 'astuto' como respuesta a una realidad 'mala' de la que no huía y a la que había que responder. En último término, como Ribadeneyra observa en sus **Collectanea**, era la puesta en práctica del consejo evangélico de ser sencillo como paloma y prudente como serpiente.

II, 421 (D. 16, 35)

[35] E. *Qui ita in se fuerit constitutus et intelligentia necessaria instructus et agendi modo, ad alios tum iuvandos, tanquam in pulverem et solem ex umbra aiebat posse descendere: sed cogitare se non cum perfectis hominibus planeque sapientibus vivere, sed in medio nationis pravae ac perversae versari; animumque suum ita institutum, ut neque scelerum ulla aut flagitiorum immanitate perturbetur, neque ulla hominum vel fatuitate vel fraude et astutia ipse non retineat vel cum prudentia columbae simplicitatem, vel serpentis cum simplicitate prudentiam.*

[35] E. Quien ya estuviera así dispuesto y dotado de la suficiente inteligencia y modo de proceder para ayudar a otros, decía que sólo podía bajar al sol y al polvo desde la sombra: que piense que vive no entre perfectos y sabios sino en medio de una generación perversa y tiene que preparar su ánimo a no alterarse por la enormidad de los crímenes y maldades ni a desistir por la fatuidad, mentira y astucia de los hombres y mantener, junto con la prudencia, la sencillez de la paloma y con la sencillez, la prudencia de la serpiente.

Astucia que por otro lado había que tener en tiempos tan complicados para sobrevivir. Simón Rodríguez en su **Comentario sobre el origen y progreso de la Compañía** nos cuenta una anécdota del grupo en su accidentado viaje de París a Venecia en que aparece esta necesaria astucia.

III, 37-9 (D. 3, 29)

[29] *Entre tanto salieron de París los Padres que allí habían quedado para disponer y distribuir las cosas que sobraban. Y pasando cerca de una venta no muy lejos de París (y poco alejada del camino), algunos labradores y soldados franceses que allí estaban (viendo cómo iban vestidos los Padres) empezaron a decir en voz alta: — ¡oh! ¡oh! ¿Quiénes sois? ¿De dónde venís y a dónde vais? — Y porque entre los dichos Padres algunos eran españoles, los demás compañeros franceses respondieron todos a la vez: — Somos estudiantes de París. — Y uno de los soldados volvió a decir: sois carmelitas, ó frailes ó clérigos, ¿o quienes sois? Venid aquí dónde estamos — a lo cual contestó una anciana que allí estaba, diciéndoles a los soldados: — Dejarlos marchar, dejarlos ir que van a reformar alguna provincia —, y ellos empezaron a reír y los Padres a caminar hacia adelante. Tenían esta orden mientras pasaban por Francia, que fueran siempre los franceses los que hablaran y respondieran a quien les preguntara cualquier cosa y que callaran los españoles cuando no eran de los que hablaban bien el francés. De manera que cuando alguien iniciaba la conversación con algún español, enseguida acudía algún francés que se entrometía y el español callaba: y cuando les preguntaban: ¿de dónde sois? Los franceses decían su lugar de origen y cuando en particular se le hacía la pregunta a un español que de dónde era y quién era su familia él sólo contestaba: somos estudiantes de París. Y así se embarullaban y confundían las preguntas de manera que no se pudiese percibir que alguno de ellos era español. Una vez creyendo uno de esos españoles que hablaba bien francés, con un soldado en un camino, vio como el soldado le apretaba tanto preguntándole cual era su tierra y su gente y no tenía por donde escapar siempre le respondía: soy estudiante de París, y el soldado lo repitió muchas veces, diciendo: — Ya lo comprendo, ¿pero de que lugar sois? Y viendo que solo le decía soy estudiante de París, le respondió airado: — Pues yo os digo que no sois más que una gran bestia —: y con esto lo dejó.*

Pero esta astucia no era sólo de cara a la supervivencia, que por instinto de conservación a todos nos sale con mayor o menor acierto, sino de cara a asuntos en los que por confiada ingenuidad suponemos actitudes en los demás que no existen. Ribadeneyra en su **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio** trae el caso concreto de cuando tenía que tratar con “gente cavilosa”.

III, 629 (D. 38, cap. 6, 6)

6. Quando tratava con gente cavilosa procurava negociar delante de testigos o por escripto.

Pero además sabía que no todo tiempo es oportuno para alcanzar algo. Su profundo conocimiento del hombre le hacía contar con los condicionamientos extrínsecos que pueden impedir lo que en principio, por convicción, no hubiera tenido dificultad. Así formula Ribadeneyra en su **Colección de sentencias de S. Ignacio** esta búsqueda del ‘tiempo oportuno’.

III, 636 (D. 39, 15)

15. El tiempo de la mañana es mejor para tratar con los seglares de cosas espirituales y de su aprovechamiento; y el de después de comer para pedirles cosas de gracia o temporales.

Y efectivamente, parece ser que esto lo tenía presente con todo el mundo y especialmente con el papa. Veamos cómo Cámara nos cuenta cómo espera entregar las cartas del príncipe Felipe sobre el colegio Romano para el papa en un momento especialmente favorable (**Memorial**).

I, 660-2 (D. 13, 230-232)

230. El año pasado escribió N.P. a España que hubiesen cartas del príncipe para el papa, y algunos cardenales sobre el colegio de Roma. Llegaron aquí en el verano; mas el Padre guardó la del papa hasta el día que vino la nueva de la reducción de Inglaterra, que fué en Diciembre, y el mismo día, estando el papa muy alegre y benévolo al príncipe, le hizo dar la letra por Montesa, que sirve de embaxador, dándole este aviso; que luego como le hablase enviase una cédula al Padre de todo lo favorable que había hablado en el papa. Esta cédula envió el Padre a todos los cardenales que habían de hablar, para que no tuviesen temor de hablalle, viendo estaba bien afectado, como lo estaba; y así, pasándose en esto muchos días, con grandes diligencias que usó el Padre, a seis del presente Hebrero el papa se determinó en consistorio de dar al colegio una reserva de dos mil ducados de renta, y cada mes 50 sobre sus rentas, empezando luego agora.

del príncipe

231. Se trataba del príncipe Felipe, que ahora es rey de Castilla y entonces gobernaba España, por estar su padre el emperador en Flandes. Se escribieron las cartas a algunos de nuestros Padres que acá tenían entrada con él.

Esta cédula envió

No estoy del todo seguro si Nuestro Padre usó de otra diligencia que le ví usar muchas veces en asuntos de este género; y era que, cuando mandaba mostrar algún escrito como éste a los cardenales o a otras personas importantes, hacía que llevaran tantas copias cuantos eran los que interesaba que las vieran, y además de eso el original, que era el primero que se les mostraba, para que leyéndolo viesan la autoridad

que tenía; y después le dejaba la copia, diciendo: “aquí queda la copia para memoria y recuerdo de Vuestra Señoría”.

232. (i. d.) Después a 15 del mismo, hablando los mismos cardenales, que sería bueno dar los 50 escudos por mes de limosna a la casa por tener tanta necesidad, y que no fuese renta perpetua, para que la casa la pudiese aceptar, el papa dixo: “Yo una vez quiero que sean perpetuos. Mas para que la casa se pueda aprovechar dellos, se puede dar un medio, es a saber: que la bula se haga **al protector** de la Compañía pro tempore existente, y que él los pueda dar al colegio o a la casa, según le pareciere”. Sabido esto por N. P., hizo hacer consulta, en la qual se determinaron ambos por N. P., en cuya presencia se hizo: el primero, que si el papa diera esto de limosna, en quanto fuera su voluntad, como hacen los cardenales, fuera mejor para la Compañía. El 2º, que de aquel modo en ningún modo del mundo conviene, y por tanto se anexa al colegio in perpetuum, y en ningún modo se acepta en la casa.

al protector

Aunque el protector que entonces teníamos era el cardenal di Carpi, de gran virtud y especialmente devoto y amigo de la Compañía, con todo Nuestro Padre decía muchas que la Compañía no necesitaba ni debía tener otro protector más que el mismo papa¹.

Pero no es sólo la búsqueda del tiempo oportuno sino la forma eficaz de hacer algo que en conciencia creía era lícito, para “no hacer rumor”. De este modo supera la “dificultad” de admitir alemanes del colegio germánico para la Compañía haciéndolo de uno en uno: “porque desta manera no lo sabría ni el Papa ni los cardenales” (**Memorial**).

I, 666 (D. 13, 239)

239. En el colegio tudesco se han movido ocho de los más aptos para la Compañía; y por la dificultad que traía este negocio, la cosa se ha consultado muchos días, proponiendo los Padres muchos medios, sin que el Padre respondiese sino esta palabra: “**Hay dificultad**”. Y en este tiempo acaesció moverse el papa para dotar el colegio, y tocar que, pues la Compañía no quería tomar obispados, sería bueno hacer un colegio, junto al nuestro, de mancebos gobernados por la Compañía para que tuviesen cargo de ánimas. Y con esto el Padre se determinó de no recibir los germánicos juntos, sino uno de mes a mes, por no hacer rumor: porque desta manera no lo sabría el papa ni los cardenales.

Hay dificultad

La dificultad que Nuestro Padre encontraba era que pudiera parecer al papa que la Compañía le frustraba el fin (pues él intentaba hacer aquel colegio para que de él salieran alemanes, criados con la leche de la Compañía, que pudieran servir a las iglesias particulares de Alemania, como prioratos, vicarías, etc.); y que por nuestro propio interés pretendíamos tener en él un seminario de nuestro colegio, pues recibíamos tantos juntos.

hacer un colegio

Dio Nuestro Señor al papa Julio III al fin de su vida tanto conocimiento de la Compañía, que, además del colegio germánico, quería hacer otros de todas las naciones, en que vivieran bajo la obediencia

1. Post mortem Cardinalis Carpensis (2 Maii 1564) P. Generalis D. Lainez Pium IV rogavit ne Societas alium Cardinalem protectorem haberet. Cui Summus Pontifex respondit se protectorem Societatis esse velle. Vide epist. P. Polanci ad Ioannem de Valderrábano. Roma 19 Maii 1564 Polanci Compl. I, 455. Exinde nullum alium Cardinalem protectorem habuit Societas.

de los nuestros personas que con esta educación pudieran posteriormente servir bien a la Iglesia universalmente; pero con su muerte esto no se llevó a efecto.

Pero donde su 'astucia' llega al culmen es en el delicado asunto de la oposición del cardenal Ginuchi a que se fundase una nueva orden religiosa. Cámara refiere cómo el propio Ignacio contaba que, tomando el consejo que el cardenal le había dado "para estorbar la cosa", *mutatis mutandis*, alcanzó lo que quería (**Memorial**).

I, 696 (D. 13, 287)

297. 1º Acordarme he de lo que me contó el Padre de quando la Compañía andaba por confirmarse, y el cardenal Ginuchi contradicia, aun después de la concesión del papa y uno obispo, flayre dominico, revolvió todo esto, el qual después fué muy atribulado de muchas tribulaciones, y aun dicen que agitado interiormente: y en fin, después que el Padre hubo las bulas, se fué a dar gracias al Ginuchi de un consejo que le había dado, el qual daba por estorbar la cosa: mas tomándolo el Padre, mutatis mutandis, alcanzó lo que quería.

Pero donde su talla de "político" alcanza la cumbre, a mi manera de ver, es en su capacidad de aunar autoridad con el principio de subsidiariedad. Esto lo veremos detenidamente en su modo de gobierno. Sin embargo, quiero traer una anécdota que refiere Cámara en su **Memorial**.

I, 552 (D. 13, 41)

41. 1. A la petición del cardenal Viseo, que pide predicador, dixo N. P. que en estas cosas debemos escusar de metelle en ellas, y que hablen al P. Nadal que tiene sus veces.

A la petición

Este párrafo se entenderá mejor por lo que luego sigue. Este cardenal era Don Miguel, obispo de Viseu.

Es decir, hipotecamos nuestra responsabilidad y capacidad de decidir por quererlo decidir todo y ser responsables de todo.

Y para terminar, una concreción enormemente trascendente de este principio de subsidiariedad que yo formularía de una forma dinámica diciendo: un irse desimplicando para implicar a los demás. Leamos lo que nos cuenta Ribadeneyra en su **Collectanea**.

II, 419 (D. 16, 21)

[21] <Hasta poner en pie las obras pías, trabajava por sí, y holgava que los de la Compañía trabajassen; iam constitutis, se salía fuera, y no juzgava que talis provincia fuesse a propósito de la Compañía, porque huiusmodi sodalitas bellua multorum est capitum, et omnibus satisfacere perdifficile; quod si unum offenderis, operam luseris>

"Iam constitutis, se salía fuera". Es lo más opuesto a la tendencia de todo hombre a aislarse en la "propia obra", imposibilitándola porque es difícilísimo satisfacer a todos. ¿Esto no podríamos considerarlo como la posibilitación real del pluralismo?

B. Edificación

Nuestro estar situados en la realidad social decíamos que tenía una dimensión pasiva: nuestra implicación en esa realidad no es neutral ni indiferente. No pasamos de incógnito por la vida. Parafraseando el título de la Contemplación de **Rey Temporal** podemos decir que nuestra vida siempre será un llamamiento (para bien o para mal). Al margen de nuestras intenciones e inhibiciones estamos ‘edificando’ o ‘desedificando’. Es una dimensión más de nuestra responsabilidad.

En los EE no sale el concepto pero sí su contenido en otros vocablos: en sentido positivo como “ejemplo” y en sentido negativo como escándalo.

En EE 189, “para emendar y reformar la propia vida y estado” aparece el “ejemplo” como una de las responsabilidades fundamentales de toda persona de cara a los que le rodean.

EE 189

(189) PARA EMENDAR Y REFORMAR LA PROPIA VIDA Y ESTADO.

Es de advertir que acerca de los que están constituidos en prelatura o en matrimonio (quier abundan mucho de los bienes temporales, quier no), donde no tienen lugar o muy prompta voluntad para hacer elección de las cosas que caen debaxo de elección mutable, aprovecha mucho, en lugar de hacer elección, dar forma y modo de enmendar y reformar la propria vida y estado de cada uno dellos, es a saber, poniendo su creación, vida y estado para gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de su propria ánima. Para venir y llegar a este fin, debe mucho considerar y ruminar por los exercicios y modos de elegir, según que está declarado, cuánta casa y familia debe tener, cómo la debe regir y gobernar, cómo la debe enseñar con palabra y con exemplo: asimismo de sus facultades cuánta debe tornar para su familia y casa, y quanta para dispensar en pobres y en otras cosas pías, no queriendo ni buscando otra cosa alguna sino en todo y por todo mayor alabanza y gloria de Dios nuestro Señor. Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas spirituales, quanto saliere de su proprio amor, querer y interesse.

En EE 362, escándalo se contrapone a provecho y el sujeto de dicho escándalo es el “pueblo menudo”.

EE 362

[362) 10ª regla. Debemos ser mas promptos para abonar y alabar assí constituciones, comendaciones como constumbres de nuestros mayores; porque dado que algunas no sean o no fuesen tales, hablar contra ellas, quier predicando en público, quier platicando delante del pueblo menudo, engendrarían más murmuración y escándalo que provecho; y assí se indignarían el pueblo contra sus mayores, quier temporales, quier spirituales. De manera que assí como hace daño el hablar mal en ausencia de los mayores a la gente menuda, assí puede hacer provecho hablar de las malas costumbres a las mismas personas que pueden remediarlas.

Efectivamente, esta responsabilidad que escapa, por así decirlo, a nuestro control, pero que hay que contar con ella, le preocupó siempre, y a veces la concretó en cosas mínimas. Pero traigamos algunos datos que ilustren esto.

Cámara refiere en su **Memorial** la deliberación sobre una reforma en la “viña”, lugar que habían adquirido para recreo y descanso de los jesuitas de Roma. Ignacio consulta con el síndico, ministro y el maestro pedrero si tal reforma “sería cosa para dar mal exemplo a los que habían de venir, o también a los presentes”. Y ante su respuesta favorable “les hizo otra vez ponderar la edificación y exemplo”. Y el mismo Cámara se sorprende de dichas “dudas y escrúpulos” siendo una obra de tan poco costo y tratándose de algo tan importante para Ignacio como era la salud.

I, 608 (D. 13, 134-135)

134. 8º, En la viña hay una montañeta; la qual se ha consultado si se abaxaría, porque puede criar cosas venenosas, y está en lugar que da otras muchas incomodidades, o si se haría una pared para que se pudiese un poco allanar, y hacer lugar cómodo, presupuesto que sería la misma espesa [gasto]. El Padre ha ido hoy, llevando consigo al síndico de casa, y al ministro, y a nuestro maestro pedrero Lorenço, y a un otro de casa, y así les hizo consultar, después de maestro Lorenço haber medido, y decir que costaría 15 escudos el muro: y los puntos eran, que dixesen en su consciencia, si hacer aquel muro sería cosa para dar mal exemplo a los que habían de venir, o también, para los presentes. El muro autem se proponía sin ser blanqueado ni encolado, y de dos palmos en largo. Todos quatro, después de consultar, han dicho, que en su consciencia les parecía que se hiciese: y todavia les hizo otra vez ponderar la edificación y exemplo, y determinaron lo mismo.

En la viña

135. La viña es una finca que hizo comprar Nuestro Padre en tiempo de mucha necesidad, únicamente por parecerle necesaria para la salud de los Hermanos, que, por ser muchos y de muy diferentes naciones en el colegio romano y por ser Roma muy nociva, especialmente para los extranjeros, temía cayeran a menudo enfermos de gravedad. Y por esto mandó que, antes de que se comprara la finca, fuera a ver el emplazamiento el maestro Alejandro, que era el principal médico de Roma, para que juzgase si sería sano; y como le pareció excelente, Nuestro Padre la adquirió, aunque después la experiencia mostró lo contrario.

encolado

Encolado es lo mismo que revocado. En este tiempo era yo ministro, y lo que dejé anotado en este pasaje fueron las dudas y escrúpulos que tenía Nuestro Padre en acometer una obra de tan poco gasto, siendo como era muy decidido y liberal en el coste de las que claramente contribuían a la salud de los Hermanos.

Es decir su preocupación por la edificación desbordaba el momento presente. Es la responsabilidad histórica, a la que somos tan poco sensibles, pero cuyas consecuencias tantas veces la humanidad ha sufrido.

Pero este “exemplo” para los que habían de entrar después en la Compañía a veces lo concretaba en cosas sencillas: los juegos, la limpieza. Veamos lo que nos cuenta el P. Lancicio en **Co-
lección de sentencias y hechos de N.P. Ignacio.**

III, 670-671 (D. 41, 96-100)

[96] *Valde erat intentus sanctus Pater ne quid eius tempore fieret, quod et praesentibus et posteris mali speciem exempli praeberet; ideo et facta quorundam improbabat et puniebat, quae scandali posse occasionem praebere videbantur, et impediabat ne talia apparerent. Hanc ob causam pro recreatione suburbana nostrorum nil aliud praeter deambulationem et iucunda colloquia permittere voluit, nisi trudiculorum lusum, in quo per circum ferreum, sive supra mensam sive supra terram, globi malleolo traiciuntur; et tabellarum rotundarum, quae per mensas longo tractu certis conditionibus protruduntur. Et magna postea poena affecit Patres Olavium ac Ribadeneiram ac alios, quod malum aureum inter se mutuo proiicerent, + manu + utraque proiectum apprehendendum; quod si casu excideret vel non apprehenderetur manu, salutatio angelica recitanda erat. Ob hunc, inquam, lusum eos punivit, uti et alios, qui alium lusum modum invexerant, nolens similia in exemplum trahi.*

[97] *Omnibus consultoribus poenitentiam iniunxit, quod, non praemonito lanione de praescripto medici, missus fuisset emptor ad carnes in macello tempore quadragésimae emendas pro esu quorundam nostrorum; ideoque ipsum dein Ministrum ad lanionem misit, qui eum doceret id ex iusta necessitate fieri et medici praescripto.*

[98] *Vetuerat ne domi a nostris abluta indusia et lectorum lintheamina aliaeve in locis, saecularium aspectui expositis, siccanda appenderentur, iudicans rem non esse boni exempli.*

[99] *Eandem ob causam barbam a nostris ali vetuit, vel ad similitudinem saecularium tonderi; ideoque, quoniam, cum barbarum tonsore uterentur nostri, non aequae distantes omni ex parte pili barbae reliquebantur, ne sub mento longior prominere barba quam a lateribus, et non in acutum apicem, sed in rotundae figurae speciem delinearet, deinceps, id non novacula, sed solis forcibus barbas iussit minui; et ut ipse praeiret exemplo, propriis ipse manibus barbam suam abscidit, et omnibus ex partibus aequalem et aequae undequaque a carne distantem retinuit, quemadmodum nunc omnes sancti Patris imagines, et antiqua eius facies mortui formata ex gypso statua representat.*

[100] *Indecorum putabat si in cubiculis nostrorum, oculis intrantium expositae apparerent scopae, calcei, lucerna aut ollula nocturna, aut lectuli pendentia lintheamina, vel indusia et his similia; ideoque in cubiculo sancti Patris, praeter mensam, scamna, libros et suppellectilem scriptoriam ac lavacrum, nihil cernebatur, uti nec pavimento sputis coinquinatum. Quamobrem exiguum testaceam scutellam, etiam dum iret cubitum, ca-*

[96] Procuraba con insistencia que nada de aquel tiempo pudiese servir de mal ejemplo a los presentes y a los que vinieran detrás; por eso reprobaba y castigaba el comportamiento de algunos que pudiera ser ocasión de escándalo e impedía que ni siquiera tuvieran la sola apariencia. Por esta causa no quiso permitir a los nuestros en el descanso fuera de la ciudad, además del paseo y la agradable conversación, que el juego de lanzas en el cual por medio de un semicírculo de hierro (o sobre la mesa o en el suelo) los globos son arrastrados por un martillo; y el de las tablillas redondas que se arrojan con fuerza a lo largo de las mesas un largo trecho bajo ciertas condiciones. Y dio una gran penitencia a los Padres Olave y Ribadeneira por haber tirado uno a otro una manzana dorada para tirársela entre ellos con las dos manos de tal manera que el que no la cogía tenía que rezar el Angelus. Por este juego como digo, los castigó como a otros que habían introducido otro modo de jugar, para que no arrastraran a otros en cosas semejantes.

[97] Dio una gran penitencia a todos los consultores por no haber avisado al carnicero la prescripción médica y haber enviado al comprador a comprar carne en tiempo de cuaresma para alguno de los nuestros. Y así envió al mismo Ministro al carnicero para que le dijera que lo había hecho por una justa necesidad y por mandato del médico.

[98] Había prohibido a los nuestros colgar las camisas lavadas y las sábanas y otras ropas para secarlas, a la vista de los de fuera, pensando que no era de buen ejemplo.

[99] Por lo mismo prohibió a los nuestros llevar la barba como los seculares; por eso ya que los nuestros iban a un peluquero de barbas que no dejaba pelos de la barba parejos; y para para que no sobresaliera por debajo del mentón por los lados ni puntiaguda sino redonda, mandó después recortarla no con la navaja sino con sólo las tijeras; y para precederlos con su ejemplo él mismo recortó con sus propias manos su barba y la dejó pareja por todas partes y distante igualmente de la carne por todas partes como muestran todas las imágenes del Santo y representa la estatua de yeso de su cara cuando murió.

[100] Le parecía indecoroso que aparecieran a los ojos de los que entraban en los cuartos de los nuestros las escobas, los zapatos, la lámpara, el vaso de noche o las toallas colgando del lecho o los vestidos y cosas parecidas. Así, en su cuarto, fuera de la mesa,

piti proximam habebat, in quam exspueret, hac quoque in re ostendens amorem mundiciei.

los asientos, el mueble del escritorio y el lavabo, no se veía nada ni el suelo lleno de esputos. Por eso tenía una escudilla pequeña de barro cocido cerca de la cacerera aun, cuando iba a dormir, para escupir, mostrando así en esto su amor por la limpieza.

Es decir, el mal ejemplo no es tanto algo escandaloso en sí sino “no conveniente a religiosos de la Compañía” como nos cuenta el P. Manareo (**Respuesta de Manareo a algunos postulados de Lancicio**).

III, 434-5 (D. 23, 26)

26. Habuit semper magnam rationem aedificationis. Hinc cum eundum mihi esset Lauretum, in officium rectoratus mihi succedens P. Sebastianus Romaei, illi valde carus ob virtutem et prudentiam, misit ad septem ecclesias aliquot Patres cum lagena vini et pane ad refocillandum vires, si opus esset. Id resciscens b. Pater, postquam Lauretum abivissem, dedit poenitentiam omnibus qui peregrinati fuerant, quod res, aiebat, esset mali exempli, ac minime conveniens Societatis religiosis. Addebat, quod argumentum id esset devotionis tenuioris, cum omnes peregrini belle valeremus, mandavitque ut de caetero nihil huiusmodi admitteretur.

26. Tuvo siempre mucho cuidado con la edificación. Tuve que ir a Loreto para el oficio de rector en el que me sucedía el P. Sebastián Romaei muy querido por él por su virtud y prudencia. Envié a las siete iglesias algunos padres con una bota de vino y pan para reponer las fuerzas, si fuera preciso. Al saber eso el B. Padre después que volví de Loreto, les impuso a todos los que habían peregrinado una penitencia porque, decía, que era de mal ejemplo y no conveniente a los religiosos de la Compañía. Añadió que era un motivo de aflojar en la devoción ya que todos los peregrinos estábamos fuertes y mandó que en adelante no se admitiese nada semejante.

Y así renuncia a todo pleito de cara a ventajas materiales porque “quando el religioso padesce por amor de nuestro Señor, y pierde en lo temporal por conservar la paz y caridad ...”, cosa que contrasta con su energía en exigir sentencia en los conflictos con la autoridad eclesiástica (cfr. relación con la Iglesia). Veamos lo que nos cuenta Ribadeneyra en **Hechos y dichos de S. Ignacio**.

II, 484 (D. 19, IV, 4-5)

4. Estando nuestro refectorio de la casa de Roma sin ventana, y tan oscuro que quasi no tenía luz ninguna, porque un vecino que teníamos no consintía que se hiciese ventana en una pared que era común, nuestra y suya, aunque se podía hazer sin ningún perjuyzio suyo; nuestro Padre, aunque le dezían que era nuestra la justicia, y que fácilmente se alcançaría de los juezes, nunca quiso que se pleitease con este vezino por esta causa, antes se estuvo el refectorio oscuro y ciego obra de ocho años, hasta que se compró un corralejo del vecino, donde respondía la ventana que se havía de hazer.

5. Lo mismo hizo quando se compró del mismo vecino la casa de la Torre Roja, que es donde está aora la sala de la congregación, que, llevando el vecino puertas, ventanas, piedras y hierros, etc., de la casa vendida, nuestro Padre no quiso que se pleitease, ni que se altercasse della, diciendo, que quando el religioso padesce por amor de nuestro Señor, y pierde en lo temporal por conservar la paz y charidad, que él abundantemente se lo recompensa.

Pero era muy consciente de que aún el escándalo del “mal ejemplo” es algo relativo. Es decir, depende en gran parte del estar situado. Por eso Ribadeneyra hace la observación siguiente en su **Tratado del modo de gobierno de S. Ignacio**.

III, 629 (D. 38, cap. 6, 5)

5. Tenía gran quienta que las personas muy ilustres o señaladas en letras en la Compañía no diessen mal exemplo, por el daño que dél se podía seguir a los demás.

Aunque según el mismo Ribadeneyra en **Colección de sentencias de S. Ignacio** el mayor escándalo entre religiosos de cara a los seglares es la división.

III, 634 (D. 39, 1)

1. Ningún escándalo puede aver mayor de los religiosos para con los seglares, que saber que los de una misma religión están en vandos y divisos entre sí.

En resumen, la disyuntiva edificación-escándalo es una dimensión sociológica. Es algo que debe replantear el mismo mundo cerrado de ‘mi santidad’. Es interesante a este respecto lo ocurrido en el Colegio de Sta. Bárbara en París, cuando fue acusado de “pervertir” a los estudiantes y ya iba a ser escarmentado públicamente. Entonces se le plantea el siguiente dilema: <porque por una parte deseaba grandemente que le azotasen y maltratasen por Cristo, y por otra juzgaba que esto sería causa que aquellos mozos que habían comenzado a servir al Señor volviesen atrás; y así, venciendo la caridad del prójimo a su propio gusto y contentamiento, se fue a la cámara del doctor Govea... (porque) no era justo que se diese este escándalo a los pequeños.> Veamos cómo nos lo cuenta Ribadeneyra en **Hechos del P. Ignacio**.

II, 382-4 (D. 14, 90)

90, Porque se ha hecho mención del doctor Govea, quiero dezir lo que aconteció a nuestro Padre estando en Paris, siendo el doctor Prínçipal del collegio de Sta. Bárbara, donde nuestro Padre estudiava las artes. Acostumbravan los artistas en París disputar entre sí las fiestas; y como nuestro Padre exhortasse a sus condiscípulos y a otros estudiantes a confessarse y comulgarse las fiestas, y apartarse de malas conversaciones etc., començáronlo a hazer algunos, y a emplear las fiestas en cosas santas y de devoçión, y no acudían a las disputas aquellos días. Echando el maestro de ver la falta, supo lo que passava, y amonestó a nuestro Padre que no pervirtiesse los estudiantes, etc. Nuestro Padre dió razón de lo que hazía y aconsejaba: y, no teniendo cuentas con las palabras de su maestro, procurava cada día de ganar más discípulos a Jesu Christo; y assi crecía el número de los que se allegavan a los santos sacramentos y menguava el de los disputantes. En fin, tomándolo por afrenta el maestro, se quejó al Dr. Govea dello, pintándole la cosa muy diferente de lo que era, y el Govea dixo: – Dezilde de mi parte a esse hombre (porque entonces no sabía quién era), que atienda a sus estudios. y no me vaya pervirtiendo y engañando los estudiantes; si no, que yo haré y aconteceré –, etc. Referió el maestro al Padre estas palabras, añadiendo más amenazas; y en fin nuestro Padre, como quien sabia lo que hazía, no tenia cuenta con palabras y amenazas, pero cada día allegava más gente; y assi, haviéndole ya avisado tres o quatro vezes y sin provecho, mandó el Prínçipal un día, a hora que todos los estudiantes estavan en las clases, que se cerrase la puerta del collegio, y se sonase la campana al aula, adonde juntándose, según la costumbre, todos los maestros con sus maços de vergas, entendió nuestro Padre que estava muy seguro que la junta era para

açotalle y darle una sala de las que solían dar en aquel tiempo en Paris aun a los grandes y muy estirados. Entonces estuvo el Padre en duda de lo que havia de hazer; porque por una parte deseava grandemente que le açotasen y maltratasen por Christo, y por otra juzgava que esto sería causa que aquellos moços, que havían comenzado a servir al Señor, bolbiesen atrás; y así, vençiendo la charidad del próximo a su proprio gusto y contentamiento, se fue a la cámara del doctor Govea, que aún no havia baxado, y dixole lo que havia entendido y lo que él havia hecho; y que por lo que a él tocava, estava muy aparejado de ser açotado; pero que no era justo que se diese este escándalo a los pequeños. En fin, el Padre le habló de tal suerte que, tomándole el doctor por la mano, le llevó a la aula, donde todos maestros estava armados con las vergas, y especialmente el maestro de nuestro Padre, y todos los estudiantes, aguardando el fin del espetáculo; el qual fué, que, delante de todos, el doctor se arrodilló, pidiendo con lágrimas perdón a nuestro Padre de lo que havia querido hazer, diciendo a todos que era un St. Gerónimo, etc.; y así nuestro Señor sacó mayor bien de lo que el diablo havia armado para estorvar el que se havia comenzado; porque de aquí comenzaron otros a seguir a los primeros, y a tener cuenta con los consejos y exercicios de nuestro Padre; y quizá nuestro Señor usó deste medio para que el doctor Govea tomase conocimiento de nuestro Padre, y de aquí se travase la amistad que fué causa de la yda a la India, como está dicho. Yo oý esto en Paris. 1542.

Es el sentido más estricto de escándalo (ser tropiezo para alguien) y que en EE 147 formula con tanta precisión.

[147] Coloquio. Un coloquio a nuestra Señora, porque me alcance gracia de su hijo y Señor, para que yo sea recibido debaxo de su bandera, y primero en summa pobreza spiritual, y si su divina majestad fuere servido y me quisiere elegir y rescibir, no menos en ta pobreza actual; 2º, en pasar approbrios y injurias por más en ellas le imitar, sólo que las pueda pasar sin peccado de ninguna persona ni displacer de su divina majestad, y con esto una Ave María.

Hay escándalo cuando se sigue “pecado de alguna persona” o “displacer de su divina majestad”. Más aún, la buena voluntad y simplicidad han de ser corregidas desde esta dimensión “sociológica”. Veamos cómo Cámara nos cuenta la dura corrección de Ignacio al “santo D. Diego” porque desde su “simplicidad y buen celo”, “hablaba dél con tanto exceso de loor, que escandalizaba a algunos” (**Memorial**).

I, 656-8 (D. 13, 221-223)

221. Hoy hizo un Padre disciplina de tres salmos en una cámara, estando en la otra tres con la puerta abierta que le oían, y dicianle a cada salmo: “hablar claro y no equivocar en cosas escandalosas”. Y la misma penitencia hará otros dos días: y dióselo el Padre, porque hablaba dél con tanto exceso de loor, que escandalizaba a algunos, que no entendían su simplicidad y buen celo.

hoy hizo un Padre

Era éste el Padre don Diego de Eguía, de quien ya traté antes, a quien el Padre Fabro llamaba siempre “el santo don Diego”. Para que se entienda mejor la prudencia y candor de este buen viejo, voy a contar aquí sobre él algunas cosas que todavía recuerdo. Solía decir muchas veces estas frases: “El que piensa de sí que vale para algo, vale para poco: el que piensa de sí que vale para mucho, no vale para nada”. La poca confianza que ponía en sus méritos para salvarse y cuánta ponía en los de la Compañía

y orden religiosa en que estaba, la expresaba con esta comparación: si dais en pago una única moneda rota o falta de valor corriente, nadie os la aceptará; pero cuando pagáis mil cruzados a un mercader que vende al por mayor, aunque entre ellos haya uno falto del justo valor, aún cuela. Así yo, tan sólo espero pasar gracias a los de la Compañía.

Tenía especial don de Dios para consolar y retener en la Compañía a los tentados, aunque fuera acerca de la vocación; y era tan celoso de esto, que no había nadie tentado en casa, a quien él no acudiese al punto, sin dejarlo hasta verlo remediado; de modo que era señal de que uno tenía alguna aflicción el ver que don Diego le buscaba y le trataba mucho. Y cuando los tales le daban cuenta de sus cosas, por más descaminadas que fuesen, siempre les respondía: “Bueno va, bueno va eso”. Por ejemplo, si uno le decía: “Padre, de verdad que no puedo soportar tanta sujeción y mortificación propia”, le decía él con mucha eficacia y buen juicio: “Bueno va por ahí, bueno va eso”. “Padre, hoy me he decidido a pedir licencia para marcharme de esta casa; este género de vida no es para mí”, al punto intervenía: “Bueno va eso”. Y así en todo lo demás, buscando siempre la victoria de la tentación y el gran beneficio que de ella les podía resultar.

222. De este modo condujo y retuvo a muchos; y en especial recuerdo de un doctor, muy culto y hombre importante, que, sufriendo mucho en los comienzos de su vida en la Compañía a causa de indisposiciones y por el trato extraordinario que había dado a su cuerpo en el mundo, sólo con el trato continuo con el Padre don Diego permaneció en la Compañía y perseveró y murió en ella con edificación y buen ejemplo.

Con la gente de fuera nunca hablaba más que de Dios y de cosas espirituales, fuera por caminos, posadas o por cualquier otra parte donde se hallara, sin valerse de ninguna preparación humana.

223. El Padre Araoz me contó que, viniendo ambos en una ocasión de Roma a España, después de convertir a un soldado que había hallado en el camino, le dijo que se fuera luego a Roma a hacer los Ejercicios; y como le respondiera que no tenía dinero para el viaje, de dio para este fin no sé cuantos escudos. Y dudo si no hizo esto también otras veces; de lo que sí me acuerdo muy bien es que mandó y trajo muchos a Ejercicios.

La simplicidad e inocencia de este buen Padre, no excusaba la repercusión que sus simplicidades podía provocar en los de fuera (escándalo). Veamos la razón de estas duras ‘penitencias’ en otro pasaje del Memorial de Cámara: “Y dixo el Padre que todo esto había hecho para poder dar razón, cuando por ventura alguno de fuera lo supiese”. Es decir, es un nuevo matiz, en nuestro estar situados en una realidad social, del dilema escándalo-edificación: que siempre hay que “poder dar razón”. Es nuestra irrenunciable dimensión pública.

1, 683 (D. 13, 266)

266. 3° Porque don Diego con sus hervores decía del Padre cosas extraordinarias en alabarlo, el Padre no se confiesa más con él, y hizo que tres examinásemos lo que había dicho; y las proposiciones, con las interpretaciones que él daba, hizo guardar en escrito. Hizole dar penitencia, de la qual está dicho a los 26 del pasado. Y dixo el Padre que todo esto había hecho para poder dar razón, quando por ventura alguno de fuera lo supiese. Quanto a D. Diego, conocida es su santa simplicidad. El Padre se confesó has-tagora con él, porque es enemigo de mudar confesores.

para poder dar razón

Tenía nuestro Padre un cuidado muy especial en prever los males futuros y en preparar con antelación los medios con que se les había de hacer frente. Ejemplo de esto fue, como ya conté, el esfuerzo que puso

en obtener sentencia de inocencia para los de la Compañía, cuando fueron acusados en Roma. Así mismo otros muchos que se hallarán en este cuaderno.

Más aún, aunque no todo escándalo es justificable, hay que tenerlo en cuenta de forma que, no escandalizando, no quedemos paralizados. Así nos cuenta Cámara la penitencia que impuso a la consulta por comprar en Cuaresma la carne para los enfermos escandalizando al carnicero. Para evitarlo, cambiar de carnicero y razonarle cómo el médico era el que decidía que algunos enfermos comiesen carne (**Memorial**).

I, 683-4 (D. 13, 267)

267. [4º] Haremos penitencia todos los que fuimos a la consulta del modo de comprar de carne para los enfermos esta quaresma: y dixo el Padre que, si el macelero [carnicero] se escandalizase, no tomasen dél un bocado de carne; que fuesen a otros: mas que para esto fuese yo a hablarle.

mas que para esto fuese yo a hablarle

Me acuerdo muy bien de este caso, en que Nuestro Padre nos impuso penitencia a todos los consultores, porque la compra de la carne no se había ordenado de modo que se hiciese sin ningún escándalo del carnicero. Tanto estimaba Nuestro Padre la edificación, que quiso que el ministro en persona fuera a dar razón al mismo carnicero de que el médico mandaba que algunos enfermos de casa comieran carne aquella quaresma, para que desapareciese por completo el escándalo que se le podía ocasionar con esta orden de comprársela.

Es decir, como resume Ribadeneyra en la **Vida**, no sólo debemos tener “cuenta con Dios sino también con los mismos hombres por el mismo Dios” (frase sacada de otro contexto que más adelante tendremos ocasión de comentar detenidamente).

IV, 871 (L. 5, 157)

157. Enseñávanos y persuadíanos que no tuviésemos solamente cuenta con Dios sino también con los hombres por el mismo Dios, lo qual declarava desta manera. Que, pues en esta vida no solamente tenemos a Dios nuestro Señor presente para mirar y galardonar nuestras obras, sino que (como dize el Apóstol) también somos espectáculo de los ángeles y de los hombres y de todo el mundo [I Cor 4, 9], procuremos (como dise el mismo Apóstol en otra parte) [Rom 12, 17] todo lo bueno y lo sigamos, y abracemos assí lo que es tal delante de Dios como delante de los hombres. De manera que trabajemos primera y principalmente de agradar a Dios nuestro Señor, de cuyo rostro (como dize el Profeta) sale el verdadero juicio [Sal 16, 2], y después procuremos también de agradar a los hombres, quitándoles de nuestra parte toda ocasión de vituperar y tener en poco nuestro ministerio (como dize el mismo Apóstol) [II Cor 6, 3], porque el mismo Dios assí lo manda y lo quiere.

Sin embargo, este tema tan importante va a tener una concreción nefasta para la Compañía de Jesús y que comentaremos en una larga nota en el capítulo sobre el “modo de gobierno de S. Ignacio”.

Como decíamos al comienzo, el hombre para Ignacio es responsable, pero no sólo personalmente desde su decisión, sino socialmente, tanto por su compromiso activo, como por su “ejemplo” (que va a ser un “llamamiento” al margen de nuestra intencionalidad). Y esta responsabilidad

hay que asumirla en toda su complejidad y concreción “según las circunstancias de lugares, tiempos y personas” como a él le gusta repetir en las Constituciones de la Compañía de Jesús.